

AMY HARMON

LA
FRÁGIL
BELLEZA
DEL
CRISTAL

CHIC 



LA FRÁGIL BELLEZA DEL CRISTAL

Amy Harmon

Traducción de Cristina Ducrós para

Principal Chic



CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Dedicatoria

Prólogo

Diario

1929

Capítulo 1

1938

Diario

Capítulo 2

1939

Diario

Capítulo 3

Diario

Capítulo 4

Diario

Capítulo 5

1940

Diario
Capítulo 6
1943
Diario
Capítulo 7
Diario
Capítulo 8
Capítulo 9
Diario
Capítulo 10
Capítulo 11
Diario
Capítulo 12
Diario
Capítulo 13
Diario
Capítulo 14
Diario
Capítulo 15
Capítulo 16
Diario
Capítulo 17
Capítulo 18
Diario
Capítulo 19
Diario
Capítulo 20
Diario
Capítulo 21
Diario
Capítulo 22
Diario
Capítulo 23
Diario
Capítulo 24

Diario
Capítulo 25
Capítulo 26
Epílogo

Nota de la autora
Sobre la autora

LA FRÁGIL BELLEZA DEL CRISTAL

Una novela poderosa llena de amor, dolor y esperanza

Italia, 1943. Alemania ha ocupado la mayor parte del país y la población judía corre un grave peligro. Eva Rosselli y Angelo Bianco se criaron como si fueran de la misma familia y el amor no tardó en llegar, pero las circunstancias y la religión los separaron: a pesar de sus sentimientos por Eva, Angelo decidió hacerse sacerdote.

Ahora Eva es una mujer perseguida por la Gestapo y Angelo la esconde en un convento. Allí, mientras esperan a que llegue la ayuda que les salvará la vida, Eva y Angelo sobreviven a un peligro tras otro hasta enfrentarse a la elección más dura de todas...

«Las historias de Amy Harmon siempre emocionan y conmueven al lector. Debéis leer sus libros.»

Usa Today

«Las obras de Amy Harmon siempre me llegan al corazón, pero *La frágil belleza del cristal* me ha llegado al alma.»

Mia Sheridan, autora *best seller*

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



LA FRÁGIL BELLEZA DEL CRISTAL

V.1: septiembre, 2018

Título original: *From Sand and Ash*

© Amy Sutorius Harmon, 2016

© de la traducción, Cristina Ducrós, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha hecho posible gracias a un acuerdo con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Book Cover Art Joana Kruse / Alamy Stock Photo

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-18-8

IBIC: FRH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

*Al verdadero rabino Nathan Cassuto:
no tengo palabras, solo admiración.*

Prólogo

24 de marzo de 1944

Junto a la carretera, sobre la hierba mojada, Angelo había dormido un rato; sin embargo, la noche era fría y la sotana, fina, así que se despertó temblando. Sollozó incluso ante ese pequeño movimiento, pero el dolor agudo que sentía en el costado derecho lo reavivó. Estaba oscuro y tenía la boca tan seca que chupó el rocío de la hierba que había al lado de su cara. Tenía que moverse para entrar en calor y encontrar agua. Tenía que moverse para encontrar a Eva.

Se puso en pie con dificultad y dio un paso, luego otro, diciéndose a sí mismo que andar no le dolería tanto como quedarse tumbado. Cada aliento parecía que le quemara y estaba seguro de que tenía alguna costilla rota. Entre la oscuridad y la pierna mala, cada paso que daba era incierto, pero al final encontró la postura que menos le dolía y se encaminó cojeando hacia vía Ardeatina camino a Roma, o al menos eso creía. Que Dios le ayudara si tuviera que darse la vuelta. Apenas veía por el ojo derecho; el izquierdo lo tenía hinchado y cerrado, y tenía la nariz rota. Bueno, esa no era una gran pérdida: nunca había sido uno de sus atractivos. Había perdido tres uñas de la mano derecha, y el dedo meñique de la izquierda estaba roto. En un momento dado se tropezó y se dio contra el dedo meñique doblado; el dolor le provocó náuseas y le hizo ver las estrellas mientras luchaba por no perder la consciencia. Con cuidado, se arrodilló y, entre sollozos, le dedicó una plegaria a la *Madonna*, suplicándole que le

ayudara un poco más. Lo hizo, así que siguió caminando.

No estaba tan lejos de la iglesia de Santa Cecilia, puede que a unos ocho kilómetros, pero se movía tan despacio que le llevaría horas llegar y no tenía ni idea de qué hora era. Agradecía la oscuridad, aunque fuera solo porque le hacía pasar desapercibido. Se suponía que estaba muerto, y era más seguro que la gente lo siguiera pensando. No podía imaginarse qué aspecto tendría con el pelo lleno de sangre y roña y la sotana sucia y maloliente, con el hedor del sudor y la muerte; la había llevado durante tres días. Parecía un heraldo del infierno en lugar de un miembro del ejército de Dios.

Sabía que había otra iglesia en esa calle; de hecho, en todas las calles de Roma había una o cinco iglesias. Intentó sin éxito recordar el nombre del pastor de la iglesia. Cerca de allí también había un monasterio y una escuela, donde había escondido a algunos refugiados, niños y judíos, pero la carretera estaba en silencio. No había visto ni un alma desde que los camiones que llevaban alemanes, unas bien aprovechadas armas y cajas vacías de coñac hubieran pasado por ahí haciendo mucho ruido y dejando atrás la vieja cantera y las catacumbas. Ahora estas aguardaban nuevos muertos; los antiguos fantasmas no tendrían más reclamo para las Fosas Ardeatinas.

Le llevó una dolorosa eternidad llegar a la iglesia, pero recuperó la paz cuando vio la fuente. Prácticamente se dio de bruces con ella, asfixiándose cuando al gemir de dolor inhaló una gran cantidad de agua en lugar de tragarla. Eran aguas salobres, así que probablemente se pondría enfermo, pero era lo mejor que había probado nunca. Bebió hasta saciarse y se levantó intentando no gritar cuando sus triturados dedos tocaron la superficie helada. Se lavó lo mejor que pudo, limpiándose la sangre y la suciedad del pelo y la piel. Quería estar lo más presentable posible por si no conseguía llegar a su destino antes del amanecer, y el agua lo ayudó a reavivarse.

Se paralizó de miedo cuando una sombra apareció a su lado, pero luego se dio cuenta de que solo era un hombre de piedra; una estatua. Esta miraba hacia abajo con una detenida compasión, con las manos extendidas, pero incapaz de ayudarlo. Angelo no sabía el nombre del

santo ni lo que representaba esa estatua, ni siquiera el nombre de la iglesia, pero algo en ella —la solemnidad de la expresión, la aceptación melancólica en la postura— le recordó a la escultura de Donatello de san Jorge y el día en el que sintió la llamada.

Tenía trece años cuando san Jorge le habló. No literalmente. Angelo no era un loco ni un profeta y, sin embargo, el santo le había hablado. Ese día llevaba muletas; le dolían tanto las piernas que no podía llevar la pierna protésica. La excursión del colegio le había dejado exhausto, aunque seguir el ritmo de sus compañeros no le interesaba demasiado. El padre Sebastiano les había llevado al palacio del Bargello y Angelo dejó de avanzar cuando vio la estatua.

Estaba empotrada y elevada, así que no pudo tocarla, pero quería hacerlo. Se aproximó a ella todo lo que pudo y se quedó mirándola con la cabeza inclinada hacia atrás; san Jorge tenía una mirada inocente, fija en un espacio ancestral que ocultaba tras la armadura, y reflejaba una intrepidez que contrastaba con el sesgo preocupado de sus cejas. Tenía los ojos bien abiertos y despejados y la espalda rígida; se enfrentaba al peligro inminente con firmeza a pesar de que no parecía ser lo suficientemente mayor como para sujetar una espada. Angelo no podía hacer otra cosa que mirar boquiabierto su cara; estaba paralizado. Se quedó en esa posición durante mucho rato, ignorando la famosa cúpula, los frescos y las vidrieras. La enormidad del museo y todas sus maravillas quedaron reducidas a esa única escultura.

Y ahora, más de doce años después, estaba contemplando una estatua a la que suplicó del mismo modo que a la famosa obra de Donatello. «Ayúdame, san Jorge», dijo en voz alta, esperando que el cielo lo escuchara. «Ayúdame a enfrentarme a lo que está por venir».

Angelo se dio la vuelta y se alejó dando tumbos de la fuente hacia una carretera tan antigua como la propia Roma, con los ojos de la estatua desconocida sobre su espalda cansada. Angelo redirigió sus pensamientos hacia su héroe, hacia aquella lejana tarde en la que todo estaba claro y la inmortalidad era un premio, y no una terrible tortura. Ahora le dolía mucho verse tentado por la inmortalidad; la muerte le parecía mucho más apetecible.

Esa tarde tan distante, un hombre se unió a él mientras contemplaba la estatua de san Jorge, pero no se percató de él hasta que le empezó a contar la historia que había tras la obra de arte.

—Jorge era un soldado romano, algo parecido a un capitán. No renunció a su fe en Cristo; le ofrecieron dinero, poder y riquezas si veneraba a los dioses del Imperio. El emperador, como ves, no quería matarlo, lo apreciaba mucho, pero Jorge lo rechazó.

Angelo retiró la vista de la escultura de Donatello. El hombre que estaba junto a él era un cura como el padre Sebastiano, mayor que el padre de Angelo pero más joven que su abuelo Santino. Le brillaban los ojos y llevaba el cabello perfectamente peinado. Tenía una cara agradable y peculiar, pero las manos entrelazadas detrás de la espalda atestiguaban su sacrificio.

—¿Murió? —preguntó Angelo.

—Sí —contestó el cura seriamente.

Angelo se lo había imaginado, pero la verdad le seguía resultando dolorosa.

Quería que el joven héroe saliera victorioso.

—Murió, pero venció al dragón —añadió el cura con delicadeza.

Eso no tenía ningún sentido para Angelo. Arrugó la nariz, confundido, y volvió la mirada hacia la escultura y el gran escudo que Jorge llevaba en la mano. Creía que era una historia real, y los dragones no tenían cabida en ella.

—¿Un dragón? —preguntó—. ¿Luchó contra un dragón?

—El mal, la tentación, el miedo. El dragón es un símbolo de la batalla que libró consigo mismo para mantenerse fiel a Dios.

Angelo asintió; lo comprendía perfectamente. Se quedaron en silencio una vez más con la mirada fija en la escultura del soldado que la destreza del maestro trajo a la vida.

—¿Cuál es tu nombre, jovencito? —le preguntó el cura.

—Angelo —contestó—. Angelo Bianco.

—Angelo, san Jorge vivió hace más de mil quinientos años y aún hablamos de él. Creo que eso le hace inmortal, ¿no?

Ese pensamiento había provocado que se le saltaran las lágrimas a Angelo, que intentó secárselas.

—Sí, padre, eso creo.
—Arriesgó todo y ahora es inmortal.
«Arriesgó todo y ahora es inmortal».

Angelo gimoteó; el recuerdo hizo que se le retorciera el estómago. Qué ironía. Qué terrible ironía. Él también lo había arriesgado todo y puede que hubiera perdido la única cosa por la que cambiaría su inmortalidad.

Cuando el amanecer empezaba a vislumbrarse por el cielo al este y la tenue luz caía sobre las agujas y campanarios de la Ciudad Eterna, Angelo alcanzó las puertas de Santa Cecilia. La llamada a los laudes empezó a sonar, como si le diera la bienvenida, pero Angelo solo podía aferrarse a las espirales de hierro y rezar para que, por algún milagro, Eva lo esperara dentro.

La madre Francesca lo encontró unos minutos después con la espalda contra la puerta como si lo hubieran apuntalado por ser un secuaz de Satán. Debió de creer que estaba muerto, porque gritó horrorizada, se santiguó y salió corriendo en busca de ayuda. Angelo estaba demasiado cansado como para tranquilizarla.

A través de sus hinchados párpados vio aparecer a Mario Sonnino, que le tomó el pulso y dio instrucciones al resto para que lo llevaran dentro.

—No es seguro —consiguió decir Angelo. Mario no estaba seguro a este lado de las puertas, aunque tampoco lo estaba dentro—. Alguien podría verte —intentó advertirle, pero era incapaz de hablar de forma inteligible.

—¡Llévalo a la habitación de Eva! —ordenó Mario.

—¿Dónde está Eva? —preguntó Angelo forzándose a hablar; necesitaba saberlo.

Nadie le contestó. Subieron las escaleras rápidamente y Angelo gritó por el dolor de las costillas al moverse. Lo colocaron con cuidado en la cama, donde le envolvió el perfume de rosas de Eva.

—¿Eva? —preguntó de nuevo, esta vez más alto.

Echó un vistazo con el ojo que no tenía completamente cerrado, intentando ver algo, pero las sombras eran borrosas y la gente

permanecía ominosamente en silencio.

—No la hemos visto en tres días, Angelo —contestó finalmente Mario—. Se la han llevado los alemanes.

24 de marzo de 1944, vía Tasso

Confesión: mi nombre es Batsheva Rosselli, no Eva Bianco, y soy judía. Angelo Bianco no es mi hermano, sino un cura que solo quería protegerme del lugar en el que precisamente me encuentro ahora.

Cuando conocí a Angelo, era un niño, como yo. Un niño con una mirada llena de decepción para alguien tan joven. Tras llegar a Italia, estuvo durante mucho tiempo sin hablar; simplemente observaba. Creía que era porque era americano, porque no entendía. Ahora, cuando lo pienso, me entra un poco la risa; yo le representaba las cosas y le hablaba más alto, como si le pasara algo en los oídos. Bailaba alrededor de él, tocando el violín y cantando cancioncillas solo para hacerle sonreír. Cuando lo conseguí, le abracé y le besé en los mofletes. No le pasaba nada en los oídos ni a su comprensión. Me entendía perfectamente; solo se limitaba a escuchar, observar y aprender.

Camillo, mi paciente padre, me decía que le dejara en paz, pero yo no podía. Simplemente no podía. Ahora me doy cuenta de que ese patrón nunca cambió. Bailé a su alrededor durante años, intentando llamar su atención, deseando verle sonreír; deseando estar cerca de él, quererle y que él me quisiera a mí. Era rebelde incluso entonces, sin retroceder ante el miedo, aunque no lo admitía. La rebeldía siempre fue mi mayor aliada, a pesar de que a veces la odiara. Se parecía a mí y hacía daño como lo hacía yo, pero no dejó que me rindiera, y, cuando el miedo se llevó los motivos para luchar, la rebeldía me los trajo de vuelta.

Una vez mi padre me dijo que estábamos en la Tierra para aprender, que

Dios quería que recibiéramos todo lo que tuviera que enseñarnos la vida y que después tomáramos lo que habíamos aprendido para convertirlo en nuestra ofrenda para Dios y la humanidad. Sin embargo, tenemos que vivir para aprender, y a veces tenemos que luchar para vivir.

Esta es mi ofrenda; estas son las lecciones que he aprendido, los pequeños actos de rebelión que me han mantenido con vida y el amor que ha alimentado mi esperanza cuando no tenía nada más.

Eva Rosselli

1929

Capítulo 1

Florenxia

— Santino tiene un nieto, ¿lo sabías? — dijo el padre de Eva.

— ¿El *nonno* tiene un nieto? — preguntó Eva.

— Sí, aunque realmente no es tu *nonno*, eso lo sabes, ¿verdad?

— Sí que lo es, porque me quiere mucho — razonó Eva.

— Sí que te quiere, pero no es mi padre y tampoco el de tu madre, así que no es tu abuelo — le explicó su padre con paciencia.

— Sí, *babbo*, lo sé — dijo Eva enfadada, sin entender por qué insistía en eso —, y Fabia no es realmente mi abuela.

Decir una cosa así en alto parecía una mentira.

— Sí, exacto. Verás, Santino y Fabia tienen un hijo. Se fue de Florenxia a Estados Unidos cuando era joven porque allí tenía más oportunidades, se casó con una chica estadounidense y tuvieron un niño.

— ¿Cuántos años tiene el niño?

— Once o doce. Es un par de años mayor que tú.

— ¿Cómo se llama?

— Se llama Angelo, como su padre, creo. Pero, por favor, Batsheva, escúchame un segundo y deja de interrumpirme.

El *babbo* de Eva solo la llamaba por su nombre completo cuando se empezaba a impacientar, así que Eva se mordió la lengua y escuchó.

— La madre de Angelo ha muerto — dijo tristemente.

— ¿Por eso la *nonna* estaba llorando ayer cuando leyó el telegrama?

—Eva ya había olvidado que no tenía que interrumpir.

—Sí. Santino y Fabia quieren que su hijo traiga al niño a Italia; ha tenido algunos problemas de salud, algo en la pierna, al parecer, y quieren que viva aquí, con nosotros, al menos durante un tiempo. El hermano mayor de Santino es cura y creen que el chico podría ingresar en el seminario aquí, en Florencia. Es un poco mayor para empezar ahora, pero en Estados Unidos iba a una escuela católica, así que no irá muy retrasado; quizás incluso vaya adelantado. —Su padre dijo eso último como si estuviera pensando en voz alta y no como si fuera algo que Eva tuviera que saber—. Y yo ayudaré en lo que pueda.

—Podemos ser amigos —contestó Eva—. Los dos hemos perdido a nuestras madres.

—Eso es verdad, y seguro que necesita a un amigo, Eva.

Eva no se acordaba de su madre; había muerto de tuberculosis cuando era pequeña. Tenía un vago recuerdo de ella tumbada en la cama, muy enferma y con los ojos cerrados. Eva no debía tener más de cuatro años, pero aún recordaba la altura de aquella cama y la alegría que sentía cuando alcanzaba a sentarse encima con el violín entre las manos; quería tocarle una canción.

Había gateado hasta el lado de su madre y le había acariciado la mejilla acalorada por la fiebre; el color rojo intenso del tuberculoso le hacía parecer una muñeca con coloretes. Su madre había abierto los párpados despacio, mostrando unos ojos vidriosos y drogados, lo que acentuaba su similitud a una muñeca. La figura casi sin vida de ojos azules y vidriosos que la miraban le había asustado; entonces su madre pronunció el nombre de Eva como un crujido y el sonido se rompió entre sus labios como un papel viejo.

—Batsheva —susurró, e inmediatamente le siguió una tos que le sacudió el cuerpo tembloroso.

La forma en la que dijo su nombre, aquel jadeo ronco, la forma en la que suspiró a través de las sílabas como si fuera la última palabra que diría jamás, había hecho que Eva odiara su nombre durante mucho tiempo. Después de morir su madre, cuando su padre le llamaba Batsheva se ponía a llorar y se tapaba los oídos.

Fue entonces cuando su *babbo* empezó a llamarla Eva.

Eso era todo lo que recordaba de la vida de su madre, de su corta vida juntas, y había intentado olvidarlo. No era un recuerdo con el que disfrutara; prefería aferrarse a la imagen de su madre y fingir que recordaba a aquella agradable mujer de pelo castaño y suave con piel de porcelana, sujetándola en su regazo junto a un Camillo mucho más joven y sin canas en su pelo moreno, con una cara seria bajo unos ojos marrones y sonrientes.

Eva había intentado recuperar a la niña de la imagen, la niña pequeña que se sentaba en el regazo de su madre y miraba atentamente a la mujer que la sostenía. Sin embargo, por mucho que lo intentaba, no podía acordarse de esa mujer. Eva ni siquiera se parecía a su madre. Había salido a su padre, Camillo; tenía la piel pálida y los labios rosados.

Es difícil querer o echar de menos a alguien que ni siquiera has conocido.

Eva se preguntó si Angelo, el nieto de Santino, quería a su madre. Esperó que no la quisiera demasiado, porque querer a alguien y luego perderlo sería mucho peor que no haberlo tenido nunca.

—¿Por qué estás tan triste? —preguntó Eva mientras metía las rodillas debajo del camisón.

Había encontrado a Angelo observando la tormenta en la biblioteca de su padre con las puertas del balcón abiertas mientras la lluvia caía con fuerza contra las baldosas rosas. No creía que fuera a contestar; nunca lo hacía. Llevaba tres meses viviendo en la casa con su *nonno* y su *nonna*, y Eva había hecho todo lo que estaba en su mano para que fueran amigos; había tocado el violín para él, le había bailado, se había metido en la fuente con el uniforme de la escuela puesto, con la consecuente regañina, solo para hacerle reír. A veces se reía y eso hacía que lo siguiera intentando con más ganas, pero nunca le hablaba.

—Echo de menos a mi madre.

A Eva se le sacudió el corazón, sorprendida. Le estaba hablando, y

encima en italiano. Sabía que Angelo entendía lo que le decían, pero pensaba que contestaría en inglés, como estadounidense que era.

—Yo no recuerdo a mi madre. Murió cuando yo tenía cuatro años —respondió con la esperanza de que dijera algo más.

—¿No te acuerdas de nada? —preguntó.

—Mi padre me ha contado algunas cosas. Mi madre era austríaca, no italiana, como mi *babbo*. Se llamaba Adele Adler; un nombre bonito, ¿no crees? A veces lo escribo con una caligrafía bonita. Suena como el de una estrella de cine estadounidense, incluso lo parecía un poco. Mi padre dice que fue amor a primera vista. —Estaba balbuceando, pero Angelo la miraba con interés, así que continuó—. La primera vez que mi *babbo* vio a mi madre, él estaba en Viena por negocios, vendiendo sus botellas de vino. Es que *babbo* tiene una empresa de vidrio. Vende sus botellas a todas las bodegas. En Austria tienen muy buen vino. *Babbo* me ha dejado probarlo.

Eva creía que Angelo tenía que saber lo sofisticada que era.

—¿También tocaba el violín? —preguntó Angelo con vacilación.

—No, mi madre no era demasiado musical, pero quería que yo fuera una gran violinista, como mi abuelo Adler. Es muy famoso, o eso es lo que dice el tío Felix —dijo mientras se encogía de hombros—. Háblame de tu madre.

Se calló durante unos segundos y Eva creyó que se quedaría en silencio otra vez.

—Tenía el pelo oscuro como el tuyo —susurró.

Se acercó despacio y le tocó el pelo. Eva contuvo el aliento mientras él le toqueteaba un rizo largo. Finalmente, bajó la mano.

—¿De qué color tenía los ojos? —le preguntó cuidadosamente.

—Marrones, también como los tuyos.

—¿Era guapa, como yo?

La pregunta no iba con segundas; siempre le habían dicho que era muy guapa y lo había aceptado sin darle demasiada importancia.

El chico ladeó la cabeza y se quedó pensando.

—Supongo. Para mí sí lo era, y además era *soft* —dijo la palabra en inglés y Eva arrugó la nariz sin estar segura de entenderlo.

—¿*Soft*? ¿*Soffice* o *grassa*?

—No, *grassa* no. No gorda. Todo en ella me reconfortaba. Era... suave.

La respuesta era tan acertada, tan concreta y tan madura que lo único que pudo hacer fue quedarse mirándolo.

—Pero... tu *nonna* también es suave —aportó Eva finalmente, intentando encontrar algo que decir.

—No de la misma forma. La *nonna* se preocupa; intenta hacerme feliz y quererme, pero no es lo mismo. *Mamma* era todo amor y ni siquiera tenía que intentarlo, simplemente... lo era.

Se sentaron a observar la lluvia y Eva se puso a pensar en las madres y el amor, en cosas suaves y en la soledad que le hacía sentir la lluvia a pesar de que no estuviera sola.

—¿Quieres ser mi hermano, Angelo? No tengo hermanos y me gustaría mucho tener uno —dijo con la mirada fija en su cara.

—Tengo una hermana —susurró Angelo sin contestarle y sin dejar de mirar la lluvia—. Todavía está en Estados Unidos. Cuando nació..., mi madre murió, y ahora ella está allí y yo estoy aquí.

—Pero tu padre está allí con ella.

Sacudió la cabeza con tristeza.

—La llevó con mi tía, la hermana de mi madre. Ella quería un bebé.

—¿A ti no te quería? —preguntó Eva, confusa. Angelo se encogió de hombros como si no le importara—. ¿Cómo se llama... tu hermana pequeña? —insistió.

—Mi padre la llamó Anna, por mi madre.

—La volverás a ver.

Angelo la miró. Tenía los ojos más grises que azules a la luz de las sombras de la pequeña lámpara del escritorio de Camillo.

—No lo creo. Mi padre dice que Italia ahora es mi casa, y yo no quiero, Eva. Quiero a mi familia.

Se le quebró la voz y se miró las manos como si estuviera avergonzado de su debilidad. Era la primera vez que había pronunciado su nombre. Eva le cogió la mano.

—Yo seré tu familia, Angelo. Seré una buena hermana, te lo prometo. Si quieres, puedes llamarme Anna cuando estemos a solas.

Angelo tragó saliva haciendo esfuerzo con la garganta y le apretó la mano a Eva.

—No quiero llamarte Anna —contestó con un sollozo. Volvió a mirarla mientras se secaba las lágrimas—. No quiero llamarte Anna, pero seré tu hermano.

—Si quieres, puedes ser un Rosselli. A *babbo* no le importaría.

—Seré Angelo Rosselli Bianco.

Se río ante la idea, secándose la nariz.

—Y yo seré Batsheva Rosselli Bianco.

—¿Batsheva?

Esa vez fue Angelo quien frunció el ceño.

—Sí, así me llamo, pero todo el mundo me llama Eva. Es un nombre hebreo —añadió con orgullo.

—¿Hebreo?

—Sí, somos *ebrei*.

—¿*Ebrei*?

—Judíos.

—¿Eso qué significa?

—No lo sé exactamente. —Se encogió de hombros—. No voy a las clases de Religión del colegio. No soy católica. Casi ninguno de mis amigos conoce mis rezos ni van al templo, excepto mis primos Levi y Claudia, que también son judíos.

—¿No eres católica? —preguntó Angelo, sorprendido.

—No.

—¿Crees en Jesús?

—¿A qué te refieres con creer en él?

—¿Que él es Dios?

Eva frunció el ceño.

—No, creo que no. No llamamos así a Dios.

—¿No vas a misa?

—No, nosotros vamos al templo, aunque, la verdad, no muy a menudo —admitió—. Mi padre dice que no necesitas ir a la sinagoga para hablar con Dios.

—Yo iba a un colegio católico y a misa todos los domingos. Mi madre y yo siempre íbamos a misa. —Angelo aún tenía una expresión

de sorpresa en la cara—. No sé si puedo ser tu hermano, Eva.

—¿Por qué? —espetó con perplejidad.

—Porque no somos de la misma religión.

—¿Los judíos y los católicos no pueden ser hermanos y hermanas?

Angelo se había quedado callado, pensativo.

—No lo sé —admitió finalmente.

—Yo creo que sí —contestó ella con firmeza—. *Babbo* y el tío Augusto son hermanos y no están de acuerdo en casi nada.

—Entonces, vale. Estaremos de acuerdo en todo lo demás —dijo Angelo seriamente—, para compensar.

Eva asintió igual de seria que él.

—Sí, en todo lo demás.

—¿Por qué discutes conmigo siempre? —preguntó Angelo con un suspiro y levantando las manos en el aire.

—No discuto contigo siempre —contestó Eva.

Angelo se limitó a poner los ojos en blanco y a intentar deshacerse de la persistente sombra que siempre le seguía a todos lados. Generalmente no le importaba, pero había pasado toda la mañana enseñándole a jugar al béisbol, un deporte que nadie practicaba en Italia, y ahora le dolía la pierna y quería que Eva se marchara para ocuparse de ella.

—Entonces, ¿qué le pasa a tu pierna exactamente? —le preguntó Eva al percatarse de su malestar.

Ella ya le había enseñado las reglas básicas del fútbol y, aunque Angelo no podía correr muy bien, podía proteger y defender; era un portero soberbio. Aun así, a pesar del tiempo que habían pasado jugando juntos, no había hablado de su pierna, y Eva había sido sorprendentemente paciente, esperando a que fuera él quien decidiera revelar su secreto. Pero ya se había cansado de esperar.

—No le pasa nada... exactamente. Simplemente es que no está entera.

A Eva se le cortó la respiración por el horror. Que le faltara una

parte de la pierna era algo peor de lo que había imaginado.

— ¿Puedo mirar? — suplicó.

— ¿Por qué?

Angelo se removió con incomodidad.

— Nunca he visto a alguien a quien le faltara una pierna.

— Bueno, ese es el problema: no puedes mirar lo que no existe.

Eva suspiró, exasperada.

— Quiero ver la parte que sí existe.

— Tendría que quitarme los pantalones — la desafió en un intento de sorprenderla.

— ¿Y? — respondió con descaro, encogiéndose de hombros —. Me dan igual tus calzoncillos apestosos.

Él arqueó las cejas, sorprendido, y ella lo presionó con sutileza.

— Por favor, Angelo. Nadie me enseña cosas interesantes. Todo el mundo me trata como a una niña pequeña.

La verdad era que todo el mundo la trataba como a una princesita. Estaba muy mimada, pero Angelo había notado que eso era algo que a ella no le gustaba especialmente.

— Vale, pero tú también tienes que enseñarme algo.

— ¿Como qué? — Frunció el ceño, dubitativa —. Mis piernas son normales, mi cuerpo está entero. ¿Qué quieres que te enseñe?

Angelo sopesó eso durante un momento. Eva estaba segura de que le pediría que le enseñara sus partes femeninas. Si los sorprendían en ese momento, el *nonno* les daría una zorra y la *nonna* se santiguaría, sacaría las cuentas negras y se pondría a rezar. Pero Eva era curiosa, y no le importaba que alguien le resolviera sus dudas acerca de las partes de los chicos.

— Quiero que me enseñes ese libro en el que escribes y que me lo leas — dijo Angelo.

Eva se sorprendió, pero probablemente era más seguro que el jueguito de enseñar. Solo le llevó cinco segundos contestar.

— Vale.

Ella extendió la mano y se dieron un rápido y enérgico apretón. Por el ceño fruncido de Angelo, sabía que le preocupaba el trato que acababa de hacer. La disposición de Eva para hacer el trato

probablemente le habría hecho creer que al final esto acabaría mal. Probablemente creería que escribía sobre él, y así era, pero a Eva no le importaba que lo supiera.

Aun así, le estrechó la mano y empezó a remangarse la pernera derecha. El resto de los chicos de Florencia llevaban pantalones cortos casi todo el año, pero Angelo no. Angelo parecía un hombrecillo con pantalones y unas botas negras feas.

— ¡Creía que te ibas a quitar los pantalones! — resopló, sin gustarle que le hubiera mentado.

— Quería ver cómo reaccionabas. No eres una señorita, eso seguro.

— Sí lo soy, solo que no soy una señorita tonta que se vuelve loca por unos calzoncillos holgados.

Estiró la pierna en la que tenía una columna de acero ajustable atada a la rodilla y sujeta al muslo por un lado y a la bota negra por el otro.

Eva, fascinada, tocó las tiras con la mano extendida.

— Me ayuda a caminar; me lo hizo mi padre.

Le cambió la cara al hablar de su padre, como cada vez que lo mencionaba. El padre de Angelo era herrero y le había prometido enseñarle a manejar el hierro también. Angelo no necesitaba dos piernas para construir cosas con las manos, pero eso había sido antes de que su madre muriera. Su padre estaba en Estados Unidos, Angelo en Italia y nadie le iba a enseñar a trabajar el metal.

— ¿Te lo puedes quitar?

Eva estaba realmente interesada en verlo sin la pierna.

Angelo desabrochó las correas y soltó un pequeño quejido, como si aflojarlas fuera un alivio.

Se quitó la prótesis y Eva, con los ojos como platos y la boca abierta, se quedó mirando la pierna que acababa en la rodilla.

Angelo parecía incómodo y quizás un poco avergonzado, como si hubiera hecho algo malo. Eva se acercó y le dio la mano rápidamente.

— ¿Te duele?

El cuero parecía suave y llevaba un calcetín gordo para proteger la piel del peso y la tracción del artilugio, pero no era como ponerse una bota, y el curioso muñón justo debajo de la rodilla estaba rojo e

irritado.

—Es un poco incómodo llevar la pierna de metal, pero me gusta poder andar. Utilicé muletas durante mucho tiempo. El soporte es ajustable, así que se amoldará según vaya creciendo, al menos durante unos cuantos años, y siempre puedo usar la muleta cuando se me canse mucho la pierna.

—¿Cómo perdiste la pierna?

—En realidad nunca la he tenido.

—¿Naciste sin ella?

—Mi madre decía que el doctor creía que el cordón umbilical se me enrolló alrededor de la pierna demasiado pronto y que no le llegaba la sangre; no creció bien y algunas partes de mi pierna murieron. Me quitaron esas partes cuando nací. —Se encogió de hombros—. Mi madre decía que no era tan grave si no le daba importancia.

—Pero otras partes crecieron bien.

Eva tenía los ojos puestos en los músculos del muslo descubierto; Angelo se ruborizó y de inmediato empezó a reajustarse la pierna de metal para ponerse los pantalones. Su rubor hizo que Eva se sonrojara también; ella solo quería hacerle saber que le parecía que su pierna estaba bien.

—Hago ejercicios todos los días; salto, doy zancadas y hago sentadillas para fortalecer las piernas. Los médicos me dijeron que cuanto más fuerte sea, más cosas podré hacer. Soy muy fuerte —añadió tímidamente, y lanzó una breve mirada a Eva antes de fijar la vista en el suelo.

Eva estaba impresionada y sonrió mientras asentía.

De repente, se levantó y salió de la habitación. Angelo la siguió con la mirada, probablemente preguntándose si ya habría acabado con él, pero antes de que le diera tiempo a abrocharse la última correa, ya estaba de vuelta. Llevaba un libro en las manos; se sentó a su lado, encima de la cama. Inmediatamente, Angelo se apartó hasta casi caerse al suelo y Eva se preguntó si le había hecho sentirse inseguro; ella a veces se sentía así cuando estaba con él. Miró a Eva y esta reconoció la mirada; era la misma mirada que su padre le lanzaba

cuando hacía algo que no entendía.

— ¿No quieres ver mi cuaderno? —preguntó.

— Quiero que tú me lo enseñes —insistió sin agarrarlo.

— Vale. Bueno, pues este es mi cuaderno de confesiones.

Lo abrió por las tapas de cuero suaves y pasó las páginas sin dejarle ver bien ninguna de ellas.

— Tienes una letra muy bonita, pero no sé leer muy bien en italiano. Hablar es una cosa, pero solo leo en inglés.

Eva asintió, agradecida de que no pudiera leer fácilmente sus pensamientos y palabras.

— Pensaba que era tu diario. — Parecía decepcionado—. ¿A quién te confiesas? —preguntó.

— Ah, sí, claro que es mi diario, pero ahí confieso cosas. Cosas privadas.

Arqueó las cejas para indicarle que estaba escuchando información privilegiada. En realidad, escribía sobre su día a día, pero quería hacer que sonara bien.

— Léeme una página —insistió Angelo.

— Creía que eras tímido —dijo Eva mordazmente—, pero ya veo que no. Eres bastante mandón, de hecho. Me gusta.

Angelo dio unos golpecitos encima del cuaderno para que Eva volviera a poner la atención en él.

— Muy bien. Te voy a leer la confesión que escribí sobre ti cuando llegaste a Italia.

— ¿Sobre mí?

— Sí, creo que te gustará.

Estoy muy contenta de que Angelo esté aquí. Estoy cansada de estar con adultos todo el tiempo. Babbo dice que soy más lista y más madura que los niños de mi edad porque he crecido rodeada de adultos. Eso está bien, supongo, pero estoy cansada de la gente mayor. Quiero jugar al escondite y al pillapilla. Quiero tener a alguien a quien contarle mis secretos. Quiero tirarme por la barandilla, saltar encima de la cama, trepar por la ventana de mi habitación hasta el tejado y sentarme con un amigo, y no solo los que tengo en mi imaginación.

Angelo solo tiene once años, es dos años más mayor que yo, pero yo soy más alta que él. Es bastante pequeño. La nonna dice que es normal, que las chicas crecemos más rápido. Dice que ya me alcanzará, pero es muy guapo y tiene unos ojos muy bonitos; demasiado bonitos para ser un chico. Pero, claro, él no tiene la culpa de eso. Tiene el pelo rizado, también como de chica; tendrá que llevarlo siempre corto y no ponerse vestidos, sino será más guapo que yo, y no creo que me guste la idea.

Angelo frunció el ceño y ella se rio ante su descontento.

—Sabes que sí que eres muy guapo —bromeó—, a pesar de que tengas una nariz demasiado grande para tu cara.

—No creo que tengas que preocuparte porque sea más guapo que tú —resopló—. Eres la chica más guapa que he conocido. —Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, volvió a ruborizarse—. Esa no me ha gustado, léeme otra.

Y así lo hizo. Leyó una confesión tras otra mientras Angelo escuchaba con la paciencia de un cura.

1938

17 de noviembre de 1938

Confesión: a veces me da miedo dormir.

Anoche tuve un viejo sueño que tengo desde los nueve años; uno que no entiendo, pero parece que él a mí sí. Como siempre, en el sueño está oscuro, pero entre la oscuridad hay mucha gente. No puedo ver nada aparte de la luz de la luna que entra por la pequeña ventana que hay en lo alto de la pared y las lamas que resuenan por todos lados en la oscuridad. Estoy en movimiento y tengo miedo.

Sé que debo alcanzar la ventana; de repente, tengo los dedos enganchados en la repisa de la pequeña apertura y empujo las lamas que he usado como escalera con la punta de los zapatos para alcanzarla.

«Si saltas, nos castigarán a nosotros».

Unas manos me agarran de la ropa y me las quito de encima pataleando con desesperación.

«¡Nos matarán!», gime una mujer debajo de mí.

«Tienes que pensar en el resto».

«Morirás si saltas», susurra otra persona, apoyada por el resto de la gente. Pero no los oigo.

Metó la cabeza por la abertura y el aire que me da en la cara es como agua, como vida, como una cascada de fría esperanza. Abro la boca y me la trago, y siento que soy incapaz de saciar la sed que me araña la garganta, aunque igualmente me fortalece.

Fuerzo los hombros a través de la ventana, aferrándome a todo y a nada,

moviéndome para liberarme, y de repente, estoy colgando bocabajo en un mundo que está en marcha y repiquetea, aunque todavía oigo los latidos de mi corazón en el pecho. Y entonces caigo.

Eva Rosselli

Capítulo 2

Italia

La despertó su padre llamándola por su nombre y agitándola con fuerza para rescatarla del sueño.

—¡Eva! ¡Eva! —Tenía miedo. Eva no lo escuchaba, y su miedo hizo que ella también se asustara. Abrió los pesados párpados, lo miró y vio el alivio en su cara—. ¡Eva, me has asustado!

Se le quebró la voz.

La levantó con la colcha revuelta entre los dos mientras la abrazaba por la espalda. Su cuello olía a sándalo y tabaco, y el consuelo que sintió al oler su aroma la dejó sin fuerzas y la adormeció.

—Lo siento —susurró sin saber exactamente por qué se disculpaba.

Estaba dormida, eso era todo.

—No, *mia cara*. Tendría que haberlo imaginado. Cuando eras pequeña, dormías tan profundamente que Fabia apoyaba la cabeza contra tu pecho para asegurarse de que estabas respirando. Supongo que lo olvidé.

Después de un rato, la soltó, y Eva se dejó caer contra la almohada.

—Estaba soñando —dijo.

—¿Era un buen sueño?

—No. —No había sido un buen sueño—. Era el sueño recurrente del que ya te he hablado.

—Ah. ¿Has saltado esta vez?

—Sí, supongo que sí, pero no con las piernas, sino con el cuerpo entero. Caí por la ventana. Me dejé caer y, luego, me he despertado.

—En los sueños, siempre nos despertamos cuando caemos. Siempre nos despertamos antes de llegar al suelo —la tranquilizó su padre.

—Eso está bien, porque llegar al suelo sería muy doloroso. Podría matarme —susurró.

—Entonces... ¿por qué saltas en el sueño? ¿Por qué siempre quieres saltar? —le preguntó su padre.

—Porque si no lo hago, seguro que moriré.

Era la verdad, y en el sueño, ella lo sabía. Saltar o morir.

Su padre le acarició las mejillas como si tuviera ocho años en lugar de dieciocho, casi diecinueve. Eva le agarró la mano, le besó la palma y, luego, él cerró el puño como hacía cuando era pequeña. Su padre casi había llegado a la puerta cuando ella le preguntó:

—¿He gritado? ¿He gritado y te he despertado?

—Has gritado, pero no me has despertado. Ya estaba despierto.

Eran las tres de la mañana y de repente se dio cuenta de lo mayor que parecía su padre. Eso le asustó incluso más que el sueño.

—¿Estás bien, *babbo*? —le preguntó con miedo.

—*Sono felice se tu sei felice.*

«Yo soy feliz si tú eres feliz». Era lo que siempre decía.

—Soy feliz.

Le sonrió con cariño.

—Entonces, todo está bien en mi vida.

De nuevo, esas eran las palabras que siempre decía. Apagó la lámpara y la oscuridad invadió la habitación, pero se quedó en la puerta.

—Te quiero, Eva.

Su voz sonaba extraña, como si estuviera llorando, pero ya no le veía la cara.

—Yo también te quiero, *babbo*.

El padre de Eva, Camillo Rosselli, sabía lo que estaba por venir. Creía que había protegido a su hija de eso, o puede que fuera tan italiana, tan joven y tan inocente que hubiera obviado por completo la tormenta que se avecinaba y solo pensara en bailar bajo la lluvia. Casi ninguno de sus amigos sabía que era judía. Eva casi nunca se acordaba de que lo era. No sentía que fuera diferente, pero se había dado cuenta de las caricaturas que se burlaban de los judíos, de los símbolos despectivos que había a veces y de los artículos que aparecían en los periódicos de Santino. Esas cosas siempre enfurecían a su padre, pero a Eva simplemente le parecían cuestiones de política, y en general la política en Italia era para los políticos, no para la gente, que a menudo se encogía de hombros y seguía con su vida.

Claro que había escuchado discutir a Camillo con su hermano, Augusto, pero siempre estaban discutiendo; lo hacían al menos una vez a la semana desde que Eva nació.

—Los judíos son la sangre pura de Italia. La sinagoga precede a la iglesia —decía Augusto.

—Eso es verdad —contestaba Camillo acaloradamente mientras se echaba más vino.

—Perdimos a amigos y familiares en la Gran Guerra, y todo por defender nuestro país, seguro que eso contará para algo.

Camillo asentía y sorbía; sorbía y asentía.

—Me fío más de los fascistas que de los comunistas —añadía Augusto.

—No veo ningún motivo para hacer eso —contraargumentaba Camillo.

Y en ese momento era cuando Augusto y Camillo no se ponían de acuerdo y se pasaban toda la tarde fumando, dando sorbos y discutiendo sobre Il Duce, los camisas negras y los bolcheviques.

—Ningún judío que esté a favor de la libertad puede apoyar una ideología que recurre a la fuerza y a la intimidación para ganar adeptos. —Camillo señalaba con el dedo a su hermano pequeño.

—Pero al menos ellos no quieren arrebatarnos nuestra religión. Los fascistas desprecian tanto el conservadurismo católico como nosotros. Se trata más bien de nacionalismo, incluso de revolución.

—En muy raras ocasiones la revolución ayuda a los judíos — gritaba Augusto, indignado y con las manos en alto—. ¿Cuándo fue la última vez que fuiste al templo, eh, Camillo? Eres más italiano que judío. ¿Acaso Eva conoce nuestros rezos? ¿Acaso te has dado cuenta de que hoy es *sabbat*?*

Camillo se hundía en su asiento lleno de culpa, pero su respuesta siempre era la misma.

—Sé que es *sabbat*, ¡y claro que Eva conoce los rezos! Soy judío y siempre lo seré. Eva es judía y siempre lo será, no porque vayamos a la sinagoga ni porque conozcamos las fiestas, sino porque es nuestra herencia; es lo que somos, lo que siempre seremos.

Últimamente habían hablado más y más sobre la creciente corriente antisemita en las noticias de la radio y los periódicos. Al cuñado de Camillo, Felix Adler, que tenía un acento austríaco entrecortado tan diferente del sube y baja y el balanceo del acento italiano del resto de la familia, incluso lo habían amenazado para que se marchara de Italia tras la publicación en los periódicos del *Manifiesto de la raza* el julio anterior, lo cual causó una conmoción que arruinó el mes de agosto. La familia había ido de vacaciones a Maremma, igual que todos los años, escapando del calor de la ciudad en la costa, pero el *Manifiesto de la raza* los había acompañado y se les había metido en la cabeza, apropiándose de su felicidad.

—Mussolini nos ataca. Dice que los judíos no hemos servido bien a nuestro país, que es nuestra culpa que los sueldos sean bajos y los impuestos altos, que haya pocas viviendas, que escasee la comida y que las escuelas estén abarrotadas. Es culpa de los judíos que no haya trabajo y que los niveles de criminalidad se estén disparando, ¿sabes?

—dijo Camillo, moviendo la cabeza con disgusto.

Augusto se mofaba. Siempre era más optimista que su hermano mayor.

—Los únicos periódicos que están publicando cosas como esa son los que intentan conseguir dinero del Gobierno. Difunden tonterías para adular a las fuerzas fascistas. Nadie se lo cree, los italianos son más listos.

—Pero los italianos lo están permitiendo, lo están tolerando. Tanto

si a nuestros amigos les gusta como si no, lo están tolerando.

¡Nosotros, los judíos, lo estamos tolerando! No hace tanto que salimos del gueto y hemos desarrollado una indignación más que justificada. Esperamos que lo peor no pase, pero, entre tanto, pasará, y cuando pase no nos sorprenderá. Ya sabes, Augusto, que alguien ha apoyado unas puertas viejas y oxidadas contra la pared del café de vía San Giana donde desayuno todas las mañanas. En ellas hay un cartel que dice: «Volved a meter a los judíos en el gueto». Ha estado ahí durante casi una semana y nadie lo ha quitado, ni siquiera yo —añadió en un murmullo avergonzado.

—El rey le pondrá freno a esto, acuérdate de mis palabras —le contestó.

—El rey Víctor Manuel hará lo que le diga Mussolini —predijo, tajante.

Eva lo había escuchado todo, pero para ella eran hombres mayores; Camillo, Augusto, Mussolini y el rey. Hombres mayores que hablaban demasiado, y ella una jovencita no demasiado interesada en escuchar.

El 5 de septiembre de 1938, una semana después de volver de la costa, una nueva ley, autorizada por los fascistas y firmada por el rey, proclamaba que los judíos no podían mandar a sus hijos a escuelas italianas ni públicas ni privadas desde parvulario hasta la universidad. Fue la primera de muchas leyes que vendrían.

Eva había acabado el instituto la primavera pasada y, en lugar de solicitar una plaza en la universidad, decidió ver qué opciones tenía. Camillo le había advertido que no esperara para hacerlo, pero se había mantenido en las mismas. Simplemente quería tocar música durante un tiempo. Era miembro de la orquesta de la Toscana y llevaba ahí dos años. Había sido la violinista más joven en conseguir ser titular. Además, tenía tres pretendientes que la mantenían muy ocupada: un chico judío que tocaba el chelo, un chico católico que se hacía el duro y un policía de Florencia al que le sentaba muy bien el uniforme y le encantaba bailar. Estaba haciendo malabares con los tres y no tenía intención de dejar de hacerlo en un futuro próximo. Era joven, guapa y la vida le sonreía, así que no solicitó la plaza, y de repente, esa

puerta se le cerró.

La mañana después de aquel terrible sueño, Eva se despertó con otro tipo de pesadilla. Cuando se dirigió a la cocina para desayunar, Santino estaba sentado donde siempre en la mesa desgastada en la que Fabia le servía el café; decía que el comedor era para Camillo y Eva. Estaba leyendo *La Stampa*, un periódico nacional que leía de arriba abajo todas las semanas. Los otros periódicos estaban apilados debajo y cada poco tiempo se pasaba la mano por la cara, desde las cejas hasta la barbilla, y decía «*Mio Dio*» como si no pudiera creer lo que leía. Fabia estaba llorando.

—¿Qué pasa, *nonna*? —preguntó Eva, que se colocó a su lado de inmediato.

Rápidamente pensó en Angelo, como siempre hacía, preocupada por si le había pasado algo.

—Han aprobado nuevas leyes, Eva —contestó Santino con tristeza, y señaló la página del periódico que estaba sujetando—. Más leyes contra los *ebrei*.

—¿Adónde iremos? —preguntó Fabia a Eva—. No queremos dejaros.

Eva tan solo fue capaz de sacudir la cabeza, confundida. Agarró el periódico de Santino, pues sabía que había comprado otro, y empezó a leer.

Fabia estaba llorando porque de repente era ilegal para los no judíos trabajar en casas de judíos; ella y Santino eran católicos. Según *La Stampa*, las nuevas leyes raciales prohibían a los judíos tener casas, propiedades o negocios por encima de un cierto valor. Los judíos que tenían empresas no podían emplear a más de cien personas y tenían que estar dirigidas por no judíos. La fábrica de cristal de Camillo, Ostrica, tenía más de quinientos trabajadores. Su padre había creado la compañía y había estudiado Ingeniería química para ser el mejor fabricante de cristal posible, y le había sacado muchísimo partido. Sin embargo, nada de eso importaba ya.

No solo no se permitía a los profesores judíos enseñar en los colegios, sino que además estaba prohibido usar libros de texto escritos por judíos en los colegios italianos. Judíos y no judíos ya no

podían casarse entre ellos, y los no judíos tampoco podían ser tutores legales de judíos.

El padre de Camillo, Alberto Rosselli, había nacido en el gueto. Solo habían pasado sesenta y ocho años desde que los judíos de Italia habían recibido la libertad y los derechos de los ciudadanos italianos, y ahora se los volvían a quitar. Los judíos no podían tener cargos políticos ni servir en el Ejército. Los judíos extranjeros ya no tenían permitida la entrada en Italia, lo que significaba que Felix Adler, el cuñado de Camillo, tenía cuatro meses para irse, y volver a Austria ya no era una opción.

Eva leyó la lista una y otra vez, analizando el lenguaje, los detalles. Luego la volvió a leer sin comprender del todo qué estaba pasando, qué había pasado ya.

El tío Augusto, la tía Bianca, Claudia y Levi llegaron, y toda la familia habló con tono de incredulidad hasta que se hizo un silencio nervioso a medida que avanzaba el día. Lo único que hacía Augusto era rascarse la cabeza.

—¿Por qué sigue pasando esto? ¿Por qué los judíos? ¡Siempre les tiene que pasar a los judíos!

Camillo les dijo a Santino y Fabia que había otras opciones para evitar las leyes, que pensaría en algo y que no debían preocuparse, pero, por primera vez en su vida, Eva no lo creyó.

Cuando la tarde llegaba a su fin, Eva no podía soportar más el pesimismo que reinaba en la casa, y agarró el sombrero y el monedero y se dirigió hacia el seminario. Llevaba ya tres años visitando allí a Angelo.

Al principio, Fabia y Eva iban a visitar a Angelo al seminario casi todos los días. Eso le hizo más fácil la transición. Daban un paseo hasta la *trattoria* y tomaban un helado o jugaban a las damas en la plaza en su hora libre. El padre Sebastiano, el director del seminario, era indulgente con Angelo y le permitía ciertas cosas debido a sus circunstancias y a las donaciones regulares de Camillo. Fabia hacía

ganchillo mientras Angelo y Eva hablaban y reían, y él se sentía con fuerzas renovadas hasta que volvían a visitarlo.

Sin prisa, pero sin pausa, el pequeño niño perdido se adaptó hasta convertirse en un verdadero seminarista italiano, y se integró con el resto de los chicos que asistían al colegio con el propósito de convertirse en curas católicos. Sin embargo, cuando cumplió quince años, Angelo le pidió a Eva que dejara de esperarlo fuera. Le dijo que no estaba bien y que los demás chicos se metían con él. Eva se rio y le dijo:

—¡Pero si somos familia!

Entonces la miró con la boca entreabierta como si quisiera decirle algo. Esperó hasta que la atención de Fabia se centró en otro lugar.

—¿Qué ocurre, Angelo? —preguntó Eva, enojada y con las manos en la cintura.

—Eva, tú y yo no somos parientes.

—¡Pero somos familia, Angelo!

Su rechazo le había dolido, pero Angelo se mantuvo firme como solo él sabía.

—Eres demasiado guapa y estoy demasiado apegado a ti. Y no eres mi hermana, ni mi prima, ni nada por el estilo —repitió con firmeza casi como si la verdad de sus palabras lo entristeciera—. Los otros chicos también creen que eres muy guapa y les gusta decir cosas sobre ti y sobre mí, así que necesito que dejes de venir.

Después de eso, las cosas cambiaron entre ellos. Eva dejó de esperarlo en la puerta y, a pesar de que el seminario estaba solo a cinco bloques del lugar al que ambos llamaban casa, solo lo veía durante las vacaciones escolares o los fines de semana que él echaba de menos a sus abuelos. Aún hablaban y reían cuando estaban juntos y Eva seguía tocando el violín para él, pero, sin duda alguna, las cosas habían cambiado.

Sin embargo, ahora lo necesitaba. Necesitaba hablar con él, decirle que su mundo se estaba haciendo añicos; el mundo de los dos, ya que sus mundos estaban entrelazados por sus familias, tanto si Angelo quisiera admitirlo como si no.

Bajó andando la calle y contempló los edificios y a la gente del

vecindario, que tan familiares le resultaban. Nadie actuaba de forma diferente. Nadie la miraba fijamente ni la señalaba con el dedo gritando: «¡Ebreia!, ¡judía!».

Donna Mirabelli iba caminando por la calle hacia ella y, cuando la alcanzó, le sonrió amablemente y la saludó como siempre hacía. Las tiendas estaban abiertas, la tierra aún no se había abierto ni se había tragado Italia entera. «Las leyes eran una estupidez», se dijo Eva a sí misma. Nada cambiaría.

Esa vez, Eva no esperó ante la puerta a que apareciera Angelo. Cruzó la plaza, pasó por la fuente donde Juan Bautista se encontraba en el centro, con los brazos abiertos y rodeado de palomas, y se metió por la entrada en la que había una pequeña y pulcra placa que anunciaba al visitante que había llegado al seminario de San Juan Bautista. Juan Bautista era el santo patrón de Florencia y todo tenía el nombre de san Juan no sé qué o no sé cuántos. La puerta daba paso a un pequeño recibidor donde un cura de aspecto cansado y pelo fino tecleaba en una mesa pequeña. Unos cuantos estudiantes que atravesaban la gran escalera que había tras él se detuvieron al verla. Al parecer, las visitas femeninas eran algo poco frecuente. El tecleo se detuvo y el cura miró con expectación a Eva mientras se quitaba las gafas.

—Necesito ver a Angelo Bianco, por favor. Es un asunto familiar.

—Espere aquí, *signorina* —contestó educadamente. Dejó las gafas sobre la mesa y se alisó la sotana mientras se levantaba.

Caminó con rapidez hacia la doble puerta que había a su izquierda y Eva se preguntó si habría más escaleras o si Angelo estaría simplemente tras las puertas.

Cuando apareció, tenía la frente arrugada por la preocupación, los ojos azules bien abiertos y las manos tendidas hacia ella; ya apuntaba ciertas maneras de cura. Eva hizo lo posible por sonreírle y tranquilizarlo, aunque quería lanzarse a sus brazos. Tenía la raya del pelo hecha cuidadosamente y lo llevaba hacia abajo; repeinado, pero no liso. Ondeaba como la superficie del mar en una noche de brisa, oscura y brillante. Luchó contra la necesidad de meterle los dedos en el pelo y liberar sus rizos. En su lugar, se sujetó las manos y de

repente se vio luchando contra las lágrimas.

—¿Podemos dar un paseo? —preguntó rápidamente.

—Eva, ¿qué pasa? Cuéntame qué sucede. ¿Qué ha ocurrido?

—Todos están bien, no es nada de eso. Es solo que... Por favor, Angelo, necesito hablar contigo.

—Dame un momento —accedió Angelo.

Este se dio la vuelta y caminó tan deprisa como su cojera le permitía. Unos minutos después, estaba de vuelta con el sombrero de ala ancha negro típico de los seminaristas y el bastón al que había dejado de resistirse.

—¿Puedes salir conmigo así, sin más?

Sentía que lo iban a detener en cualquier momento.

—Tengo veintidós años, Eva, y no soy un prisionero. Le he dicho al padre Sebastiano que me necesitan en casa y que volvería por la mañana.

Cruzaron la plaza y salieron a la calle, pero Eva no quería irse a casa, todavía no.

—¿Podemos caminar un rato? Me he pasado todo el día escuchando los llantos de Fabia, las estrategias de mi padre y el martilleo de Santino. ¿Por qué siempre tiene que insistir tanto cuando está molesto? El tío Felix ha estado tocando canciones horribles con el violín durante todo el día y, cuando no lo hacía, se paseaba.

—Las leyes.

Angelo no preguntó; ya lo sabía.

—Sí, las leyes. Ya no puedo ir a la universidad, Angelo, ¿lo sabías? Debería haberme matriculado en verano, como me dijo mi padre; permitirán que los judíos que ya están matriculados en la universidad continúen sus estudios, pero yo no me matriculé y ahora no puedo hacerlo. No se admiten nuevos candidatos judíos.

—*Madonna* —susurró Angelo.

La palabra sonó más a una maldición que a una súplica. Caminaron en silencio, perdidos los dos en un sentimiento de furia inútil.

—¿Qué harás ahora si no vas a ir a la universidad? —preguntó finalmente.

—Quería enseñar música, pero habrá muchos profesores judíos buscando trabajo ahora que no pueden hacerlo en los colegios normales.

—Puedes dar clases privadas.

—Solo a estudiantes judíos.

—Bueno..., eso es algo, ¿no?

Intentó sonreír de modo alentador, pero Eva le frunció el ceño.

—¡Puede que me case con algún chico judío y tenga bebés judíos gordos y viva en el gueto! O puede que nos echen del país como les ocurrió a los Schreiber en Alemania, a mi abuelo Adler en Austria y a mi tío Felix en Italia.

—¿De qué estás hablando? ¿Quiénes son los Schreiber?

Angelo ladeó la cabeza, confuso.

—¡Los Schreiber! ¿No te acuerdas de ellos? Los judíos alemanes que se quedaron con nosotros.

Eva no podía creer que se hubiera olvidado. Cuando nombraron a Adolf Hitler canciller de Alemania en 1933, las cosas empezaron a ponerse muy feas para los judíos de allí. Las leyes se sucedieron al igual que lo hacían ahora en Italia.

Eva paró de caminar; tenía el estómago revuelto. Habían creído que eso no pasaría en Italia, pero eran como los Schreiber. Eran como todos aquellos refugiados a los que Camillo había abierto sus puertas. Durante dos años habían tenido a gente en la casa de invitados. Diferentes familias. Todos judíos, todos alemanes. Y ninguno de ellos se quedó demasiado. La casa de los Rosselli era un lugar en el que reorganizarse antes de hacer planes más permanentes. Todos los refugiados eran silenciosos y no salían de las habitaciones.

Los Schreiber tenían una hija de la misma edad que Eva y otra un poco mayor: Elsa y Gitte. Eva, que hablaba alemán, creyó que podrían ser amigas, pero las chicas alemanas nunca salían de la casa de invitados. Al principio, Eva se había quejado de que era como si no tuvieran invitados en absoluto. Para ella, tener invitados significaba entretenimiento, diversión. Camillo le explicó que los refugiados estaban cansados y tenían miedo y que nada de eso era divertido para ellos.

—¿Miedo de qué? Ahora están en Italia.

Era un país seguro: a los italianos no les importaba si alguien era judío.

—Han perdido sus casas, sus negocios, sus amigos, ¡sus vidas enteras! El señor Schreiber ni siquiera es judío.

—Entonces, ¿por qué tiene que marcharse?

—Porque la señora Schreiber sí que lo es.

—Ella es de Austria —contraargumentó Eva, segura de sí misma.

—Es una judía austriaca, como lo era *Mamma*, como lo es el tío Felix. Con las nuevas leyes, en Alemania es ilegal que un alemán se case con una judía. Al señor Schreiber lo iban a mandar a la cárcel a pesar de que llevaba casado con Anika desde mucho antes de que se aprobaran las leyes, y por eso han tenido que huir.

Los Schreiber fueron los primeros, pero luego hubo muchos otros; de hecho, el flujo era constante. Algunos eran más abiertos que otros y contaban horrores que parecían ser imposibles. El tío Augusto incluso se había burlado de algunas historias, por supuesto en privado, y solo cuando hablaba con Camillo, que había envejecido muchísimo durante esos dos años. Lo que no se podía negar era que la mayoría de los refugiados que acogieron, incluso si solo fue por un pequeño periodo de tiempo, parecían estar en diversas fases de trauma, y había siempre presente una sensación inquietante de tensión entre ellos, como si en cualquier momento las autoridades locales fueran a entrar y a arrestarlos.

—No me acuerdo de ellos, Eva —contestó Angelo suavemente—, pero sí que recuerdo que algunos desconocidos se alejaron allí durante un tiempo.

—¡Durante dos años, Angelo! Luego dejaron de venir. *Babbo* dijo que ya no podían salir de Alemania.

Eva no entendió lo que realmente significaba eso. Simplemente encogió los hombros y siguió con su vida. No hubo más judíos nerviosos en casa. Hasta ahora; ahora su casa estaba llena de judíos nerviosos.

Eva apretó los puños y dejó de caminar; necesitaba cada ápice de sus fuerzas para contener las lágrimas bajo sus párpados. Sin

embargo, se colaron por los rabillos y le cayeron por la cara. Se dio la vuelta y caminó a ciegas en dirección contraria, en busca de algún lugar donde dejarlas salir sin que nadie la viera. Angelo la siguió como una sombra silenciosa con una marcha ligera extrañamente tranquilizadora. Eva anduvo sin darse cuenta de que hacía rato que ya sabía adónde iba.

Se encontró a sí misma a las afueras de la puerta de San Frediano, en la avenida de Ludovico Ariosto, frente a la entrada del antiguo cementerio judío. Su madre no estaba enterrada aquí, tampoco los abuelos Rosselli. Habían cerrado el antiguo cementerio en 1880, hacía casi sesenta años, mucho antes de que ellos murieran.

Los altos cipreses a los lados del camino que salía de la entrada le hicieron sentirse a salvo. Siempre le pasaba. Una vez su padre la llevó allí, hacía mucho tiempo, y le mostró dónde estaban enterrados sus abuelos maternos. Eran de la familia Nathan, y él estaba orgulloso del nombre. Dijo que Nathan era un apellido judío con una historia impresionante que por desgracia ahora Eva no recordaba, pero le encantaba el cementerio y había vuelto sola muchas veces, dejando guijarros en las lápidas de los Nathan y prometiéndose siempre que le preguntaría a Camillo más sobre sus antepasados. Pero nunca lo hacía. Ahora había muy pocas lápidas decoradas; sesenta años era mucho tiempo para que quedara alguien que los recordara y dejara guijarros en sus tumbas.

Ese día no llevaba piedras con ella; ni guijarros ni piedras bonitas. No llevaba peso en los bolsillos, pero sí una gran carga en su corazón. Las lápidas desgastadas le recordaban a un juego de ajedrez mal emparejado. Algunas lápidas eran gruesas y estaban curvadas; otras, altas y decoradas; pero la mayoría eran bajitas y parecían tambalearse como peones viejos. A Eva le gustaba imaginar que la forma de las lápidas era una caricatura de la persona enterrada y se enorgullecía del tamaño regio que tenían los monumentos de sus ancestros. Se dirigió en zigzag hasta la esquina más alejada, hasta el pequeño banco que alguien había construido antaño para sentarse junto a los seres queridos que habían fallecido hacía tiempo. Angelo la siguió, todavía en silencio, pero se había quitado el sombrero, como si llevarlo entre

los muertos fuera sacrilegio. Era irónico, pensó ella. Los hombres judíos se cubrían la cabeza para rezar y para los rituales religiosos — simbolizaba que estaban por debajo de Dios—, pero no se lo dijo a Angelo.

—¿Qué es este lugar, Eva? —le preguntó.

Se sentó a su lado con cuidado, con las manos sobre el regazo, el sombrero bajo las manos y el bastón apoyado en el banco entre ambos. Eva luchó contra la necesidad de tirarlo; estaba cansada de las cosas que se interponían entre ellos.

—Es un viejo cementerio judío.

Le dio una patada a un montón de hojas caídas y de hierba descuidada que había a sus pies y volcó una pequeña piedra. Se inclinó hacia adelante, la recogió, le quitó la suciedad de la superficie y le sacó brillo con las palmas. Luego se levantó y la colocó en la base de la lápida más antigua de los Nathan y volvió a sentarse junto a Angelo. Él le tomó la mano y le dio la vuelta para verle la palma.

—¿Por qué has hecho eso?

Angelo sacó su pañuelo y, con cuidado, comenzó a limpiarle la suciedad de las manos. A Eva se le pasó el enfado gracias a su ternura; le temblaban los labios y quería apoyar la cabeza contra su hombro y compartir con su llanto todo su miedo y confusión.

—¿Eva? —insistió con calma al ver que no contestaba.

Eva se tragó todos sus sentimientos e intentó hablar. Cuando al final contestó, lo hizo con una voz muy bajita, casi un suspiro.

—*Babbo* me contó que antiguamente no era común marcar las tumbas con lápidas o con ningún tipo de distinción. Los judíos lo hacían, pero era para evitar que alguien pasara sin darse cuenta o se tropezara y cayera encima de una tumba y que el cuerpo que había debajo de la tumba dejara de ser puro. No lo sé exactamente, es un mitzvá.

Eva se encogió de hombros, un gesto italiano de indiferencia que significaba: «No lo sé, pero saberlo no es demasiado importante».

—¿Qué es un mitzvá?

—Un acto sagrado o una tradición que convierte lo mundano en divino. —De nuevo, se encogió de hombros—. Así que, antes de las

lápidas y las inscripciones, cada persona que pasaba por la tumba dejaba una roca, una encima de otra, y así el monumento se convertía en algo perenne. Imagino que al final, alguien consideró añadir una piedra más grande con el nombre y la fecha de nacimiento para que la gente supiera quién estaba ahí enterrado. ¿Y ahora? Ahora lo hacemos como un símbolo de conmemoración.

—Algo que convierte lo mundano en divino —murmuró Angelo
—. Es precioso.

Había acabado de limpiarle las manos y con suavidad se las puso de nuevo en su regazo; siempre respetuosamente, siempre con cuidado. Eva no quería que la soltara. Necesitaba que Angelo se las sujetara con fuerza, que se las agarrara y le dijera que todo saldría bien. La emoción volvió a aparecer y los pensamientos le golpearon tan fuerte y con tal insistencia que se llevó una mano a la frente para que no se desbordaran, pero la desolación de ese día había arrasado con sus defensas y, de pronto, se vio a sí misma soltando todas esas cosas que no debía decir.

—Creía que algún día me casaría contigo, Angelo. ¿Lo sabías? Quería casarme contigo, pero eso ahora no puede pasar, ¿verdad?

Angelo carraspeó, pero no contestó. Al final, Eva se obligó a mirarlo, y sus ojos azules se aferraron a los de ella. Su mirada reflejaba que ya lo sabía; lo sorprendieron sus palabras, pero no sus sentimientos.

—Eso no iba a pasar nunca, Eva. En un año podré recibir órdenes sagradas y seré cura, Eva. Ese es mi camino —dijo con firmeza.

Sin embargo, tenía los labios tensos y le temblaba la mano cuando la acercó a su mejilla. Eva se apartó, decepcionada, y se deshizo de ella como si fuera una mosca pesada. Sus sentimientos oscilaban de la ternura a la ira.

—No, no puede pasar porque soy judía y ahora va contra la ley que un católico se case con una judía. Que yo te quiera va contra la ley, Angelo. Ahora debería ser mucho más fácil para ti.

—¿De qué estás hablando, Eva?

Angelo mantuvo un tono neutral, suave, como si intentara calmar a una niña inquieta, pero Eva no era una niña, y él lo sabía.

—He visto cómo me miras, Angelo. Quieres ser cura, pero me quieres.

—¡Eva! —La palabra fue como un látigo y Eva se estremeció—. No puedes decir cosas como esa. —Se levantó de golpe con el bastón entre las manos—. Tenemos que irnos. Oscurecerá pronto y, después de un día como este, tu padre se estará preguntando dónde has ido.

Eva se levantó, pero no había acabado.

—*Babbo* dice que muchos chicos se hacen curas debido a tensiones familiares, porque así pueden obtener una educación que de otra manera no recibirían. Le preocupaba que te hubieses visto obligado a entrar en el seminario porque tu padre y tu abuelo querían que fueras y porque sentías que no tenías un hogar.

—No fue así para mí, Eva, y lo sabes. Sabes que quiero ser cura.

—Pero eras un crío —replicó con voz dubitativa—. ¿Cómo podías saber lo que supondría?

—Me ha supuesto muy poco en comparación con lo que se me ha ofrecido. —En sus ojos se veía claridad, inocencia y también ferocidad; lo único que pudo hacer Eva fue sostenerle la mirada—. Dios me hace fuerte, me da coraje, me da paz y me da un objetivo. —Su voz sonaba muy convincente.

—¿Y no puede darte esas cosas si no eres cura? —preguntó Eva con tristeza.

—No, Eva, no creo que pueda. No de la misma forma.

Le ofreció el brazo, a modo de ofrenda de paz, y Eva lo agarró con la mano y le dejó que la guiara hacia la salida del cementerio. Caminaron entre las tumbas; Eva se sentía agradecida de que le hubiese ofrecido el brazo. El enfado y la desesperación se habían esfumado y la habían dejado fría y débil. Aturdida, dio un paso tras otro hasta que Angelo volvió a hablar.

—Habría sido soldado, piloto... Si hubiera nacido con dos piernas, habría sido piloto; he soñado con volar desde que pude caminar, quizá porque no podía correr como los otros niños. No necesitas correr cuando puedes volar. Ahora, entre la guerra y Mussolini aprobando estas leyes de locos, me alegra tener una pierna mala. Me alegra no tener que lanzar bombas y luchar por cosas en las que no

creo.

— ¿Solo crees en la Iglesia católica?

Angelo suspiró.

— Eva, no entiendo lo que me estás preguntando.

— ¿Crees en la gente? ¿Y en mí? — preguntó con voz cansada.

No intentaba discutir, ya no. Discutir con Angelo era como dar patadas a una pared; siempre acababa haciéndose daño a sí misma.

— Tengo fe en Dios, no en la gente — contestó despacio y con obstinación. Eva quiso abofetearlo.

— Pero Dios actúa a través de la gente, ¿no? — insistió.

Angelo no contestó y esperó a que continuara, mirando el espacio que había entre su cara y la carretera por la que iban caminando, donde las sombras que se alargaban les daban cierta privacidad. No había retirado el brazo y Eva seguía aferrada a él.

— Mi padre creía en Italia. El tío Augusto incluso creía en el fascismo. Fabia cree en el papa; Santino, en el trabajo duro; y tú crees en la Iglesia. ¿Sabes en lo que creo yo, Angelo? Creo en mi familia. Creo en mi padre, en Santino y en Fabia, y creo en ti, en la gente que más quiero en el mundo. El amor es la única cosa en la que creo.

— No llores, Eva, por favor — susurró Angelo.

Su voz se quebró por la angustia. Eva ni siquiera se había dado cuenta de ello; se llevó la mano a la cara y se enjugó las mejillas.

— Estas leyes van a acabar con todos nosotros, Angelo. Esto solo puede ir a peor. También creo eso.

1939

29 de junio de 1939

Confesión: nunca antes había odiado a alguien. Ni a una sola persona. Pero estoy aprendiendo.

Han aprobado más leyes raciales. Cuando Angelo se enteró, corrió a casa y se encontró con que no estábamos al tanto de lo que había ocurrido. Así que él fue el portador de las malas noticias; al parecer, ya nunca hay buenas noticias.

Los judíos ya no pueden hacer negocios con los no judíos; ni con doctores, ni con abogados, ni con periodistas, ni con ningún profesional formado. En tan solo un día, hemos perdido la forma de ganarnos la vida, y eso no es todo: se nos ha prohibido ir a centros turísticos y a lugares vacacionales. No podemos pasar nuestras vacaciones en la playa, la montaña o un balneario. No podemos poner anuncios ni esquelas en los periódicos. No podemos publicar libros o dar charlas en público. No podemos tener radio.

Al oír esto, le dije a Angelo: «¿Por qué no podemos tener radio? ¿Y qué pasa con las maquinillas de afeitar eléctricas? A babbo le gusta mucho su maquinilla nueva. ¡No te encariñes mucho con ella, babbo! ¿Qué será lo próximo? ¿Lavadoras? ¿Teléfonos?».

Angelo no se rio. En su lugar, bajó la mirada hacia el decreto que tenía en sus manos.

«Aún puedes tener teléfono, pero vuestros nombres ya no aparecerán en la guía telefónica y os han prohibido la entrada a ciertos edificios públicos», dijo. Después de eso, nadie se rio. La absurdidad de todo aquello era lo más

insultante, y los insultos parecían no acabar nunca.

Eva Rosselli

Capítulo 3

Viena

—Mi padre no se irá de su apartamento. Dice que la última vez que lo hizo, un soldado alemán le mandó barrer la acera. La lejía le quemó las manos y ahora no puede tocar el violín. —El tío Felix se tiró en el sofá y hundió la cara en las manos—. Asaltaron la casa y se llevaron las obras de arte y lo que tenía de valor. Ahora está viviendo en mi antigua habitación con nada más que su violín, que tiene suerte de conservar, y está preocupado por no poder tocarlo por las llagas de las manos. ¡Hay un comandante alemán viviendo en su apartamento, durmiendo en su cama, comiéndose su comida y sentándose en su mesa! Y aun así cree que puede esperar a que se vaya, que todo pasará. Ya han arrestado a muchos de sus amigos; músicos, artistas, escritores, académicos... ¡Los han llevado a un campo de trabajo! ¿Cuánto durarán, Camillo? —gimió Felix tras sus manos.

El padre de Eva se limitó a sacudir la cabeza. El tío Felix en realidad no necesitaba que le diera una estimación de la esperanza de vida de los artesanos austríacos prisioneros. Ambos lo sabían.

—Todos los días arrestan a judíos. Tengo que ir a por él; tengo que sacarlo de Austria y traerlo aquí.

—Felix... no puedes —razonó Camillo con delicadeza—. ¡Están deportando judíos de Austria, no dejan que entren más! Si tienes suerte, te dirán que te des la vuelta en el control fronterizo; si no la tienes, te detendrán y te deportarán. No existe la posibilidad de que

consigas llegar hasta Otto para sacarlo de allí. Estoy haciendo todo lo que puedo, pero Otto tiene que solicitar un visado; tiene que hacer cola como los demás y enseñarles el pasaporte. Les tiene que decir que tiene familia y un lugar donde quedarse aquí en Italia.

Camillo había sido claro una y otra vez con el tema de su anciano suegro, pero Otto estaba harto y era un testarudo, y las increíbles colas que había en la oficina de emigración eran intimidatorias. Muchos de los que esperaban en la cola habían sido objetos del tipo de humillaciones que había sufrido él recientemente: limpiar la pintura de una pared o los eslóganes políticos de la acera, barrer los adoquines, o recoger los excrementos de caballo con sus propias manos.

—Se lo he dicho, pero no me hace caso —se lamentó Felix.

El 12 de marzo de 1938, Austria había recibido a Hitler con los brazos abiertos. Se referían a aquel acontecimiento como «*Anschluss*»: «unión». Sin embargo, Otto Adler decía que ese término no era más que propaganda nazi para reformular la incorporación a la fuerza de Austria en la Alemania nazi.

Otto Adler lo había presenciado todo desde lo alto de su apartamento; la calle repleta de gente ondeando la cruz torcida, alzando los brazos y gritando ante la comitiva que se movía despacio a lo largo de la calle. Era un desfile militar con el propio Adolf Hitler de pie en un coche descapotable saludando y agradeciendo a las exultantes masas que le daban la bienvenida a él, el conquistador que nació en Austria, su preciosa ciudad. Fue algo que Otto Adler nunca había visto antes, y fue mucho más que un desfile. Las animadas masas trataron a Hitler como si fuera un salvador o un mesías.

A Otto no le impresionó y se negó a formar parte de la celebración; dio la espalda al desfile y retomó sus ejercicios. Pero los espectadores eran tan pesados como las moscas y el sonido de la calle se colaba por las ventanas y las paredes, haciéndole imposible acallarlos, ni siquiera con el concierto para violín en re mayor de Tchaikovsky que salía de las cuerdas de su violín.

—*Sieg heil, Sieg heil* —entonaban, haciéndole perder el ritmo y maldecir.

Hacía un gesto de desdén y cambiaba el tempo para encauzarlo con el canto. Se le daba bien adaptarse.

«Ese es el problema con muchos judíos», le contó a su hijo en una carta. «Que no se adaptan. No se integran. Pero yo sí, me han recibido con los brazos abiertos en una de las sociedades más prestigiosas. He tocado para la realeza y he cenado con personalidades importantes. No le tengo miedo al pequeño Führer, me adaptaré; siempre que tenga mi música, seré feliz. No necesito mucho».

Aun así, odiaba ver que Austria se postraba ante los alemanes. Todo el país había celebrado la invasión y permitido que Hitler pasara por encima de ellos con tanques y palabras de exaltación.

Ocho meses después, y a escasos días de que las leyes raciales se aprobaran en Italia, las tropas de asalto nazis y las Juventudes Hitlerianas ya se habían organizado, y llevaron a cabo violentas matanzas contra los judíos. En ciudades de Austria y Alemania, los alborotadores saqueaban y destrozaban negocios y casas de judíos. Quemaron novecientas sinagogas y provocaron daños o destrozos a setecientas empresas judías. Los instigadores atacaban, escupían y arrojaban a hombres y mujeres judíos a la calle, y mataron a noventa y uno de ellos. La policía acorraló y mandó a treinta mil hombres judíos a campos de concentración y, cuando todo hubo acabado, los nazis se presentaron ante la comunidad judía con una factura por los daños que, según ellos, habían causado.

Todo ese horror tenía un precioso nombre: «*Kristallnacht*», la Noche de los Cristales Rotos. Otto Adler escribió a Camillo diciéndole que podría haber hecho una fortuna: Ostrica habría tenido trabajo durante un año reemplazando las ventanas hechas añicos y los cristales rotos de las calles. Luego le confesó a Felix que tenía miedo; había dejado de adaptarse.

—¿Cómo te puedes comprometer con gente que no quiere que existas? Quieren que desaparezcamos. ¡No me puedo adaptar a la muerte!

El año 1938 había sido un mal año para ser judío, pero 1939 sería incluso peor.

Ese día, Angelo fue del seminario a casa con la idea de acompañar a Camillo, a Felix y a sus abuelos al concierto de Eva; sin embargo, le habían pedido que dimitiera de su puesto y abandonara la orquesta, sin explicaciones. Un despido, sin más, aunque realmente no necesitaba explicaciones, pues la razón era obvia. Habían despedido también a otro miembro, un chico judío que tocaba el chelo y con el que había estado saliendo el año anterior.

—No me importa, ellos se lo pierden —dijo Eva con actitud desafiante.

Tenía la barbilla erguida y le brillaban los ojos. Evidentemente, sí que le importaba, pero a Felix le importaba incluso más. Las noticias fueron otro golpe más, y esta vez personal, para el profesor que había dedicado años en convertirla en una violinista clásica.

Felix no se estaba adaptando bien a ninguna de las leyes. Llevaba en Italia trece años y le habían concedido la ciudadanía a los cinco, pero se la habían quitado con las nuevas leyes. Camillo se las había arreglado para conseguirle una exención. Angelo no sabía cómo lo hacía, pero era consciente de que generalmente tenía que ver con dinero y sobornos que Camillo pagaba muy gustosamente. Por el momento, Felix estaba a salvo, pero su padre no. Debido al precario destino de su padre en Austria y al continuo insulto que suponían las leyes raciales italianas, el atractivo austríaco de cuarenta y cinco años ahora aparentaba sesenta. Se le habían ensombrecido mucho los ojos azules y su pelo castaño claro se le había llenado de canas. Estaba demacrado y callado, y pasaba demasiado tiempo en su habitación.

—Era con diferencia lo mejor que tenían —dijo Eva de nuevo con los ojos puestos en su tío Felix—. No necesito una orquesta para ser violinista.

—Ya eres violinista, nadie te puede quitar eso —dijo Felix con frialdad, si bien su actitud contradecía sus palabras.

Eva vio cómo su tío se retiraba con una impotente angustia escrita por toda la cara, y Angelo tuvo que morderse la lengua para no ponerse a maldecir las vergonzosas leyes y la constante tensión en la

que ponían a la familia que amaba.

—Vamos, Eva —dijo de repente—. Vamos a dar un paseo; necesitas aire y yo, un helado.

No necesitaba un helado. Necesitaba golpear a alguien, tirar piedras a las ventanas, hacer algo. Pensó en la tienda que había visto en la plaza mayor la semana anterior.

Era una botica, a la que iba con frecuencia. Vendían una pomada que le aliviaba el dolor y le protegía el muñón de la pierna derecha para que no se le irritara demasiado cuando llevaba la chapucera prótesis. Estaba pintada de un acogedor y alegre amarillo, pero en realidad no acogía a todo el mundo: «No se admiten judíos», rezaba un cartel en la puerta. En la tienda de al lado subían el listón: «No se admiten judíos ni perros», como si fueran sinónimos. Angelo se tragó la bilis que le subía del estómago y abrió la puerta. La campanilla avisó al tendero de su entrada.

—*Buongiorno, signore* —le dijo una señora desde detrás de una hilera de estanterías.

Angelo no contestó, pero cogió la pomada que le gustaba de su lugar habitual y la colocó en el mostrador esperando a que la señora lo llamara. Lo miró con recelo; al parecer se había dado cuenta de que no había contestado a su amistoso saludo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó sin poder evitarlo.

—*Scusami?*

—¿Cómo puede saber si alguien es judío o no? El cartel dice que no se admiten judíos.

La dependienta se sonrojó y su mirada fue de un lado para otro.

—No puedo, y no me importa. Tampoco pregunto.

—Entonces, ¿a qué viene el cartel?

—Tenemos bastante presión, ya sabe. Los fascistas nos dejan en paz si el cartel está en la puerta. Solo trato de proteger mi tienda.

—Ya veo. Y ¿qué hay de la tienda de al lado? ¿Los fascistas también tienen algo en contra de los perros?

Soltó una risita, como si le estuviera contando un chiste, pero se le borró la sonrisa cuando Angelo la fulminó con la mirada.

—He comprado aquí durante años, pero no volveré a no ser que

quite el cartel —dijo suavemente.

—Pero usted no es judío, *signore* —protestó.

La túnica negra de seminarista y el sombrero de ala ancha lo dejaban claro.

—No, y no soy un perro, ni tampoco un cerdo fascista.

Dejó la pomada en el mostrador y se dispuso a salir de la tienda.

—No es tan fácil, *signore* —le dijo a su espalda, y Angelo le miró la cara sonrojada. La había avergonzado, bien.

—Es exactamente así de fácil, *signora* —contestó.

Y lo era. Lo creía de todo corazón. Negro o blanco, bien o mal.

—Necesito estar de vuelta antes del atardecer; es *sabbat* —dijo Eva en voz baja, devolviendo a Angelo al presente, pero agarró el sombrero y los guantes con un entusiasmo que traicionaba su propia necesidad de escapar durante un rato.

Estuvieron deambulando a propósito y se detuvieron para comprarse un helado enorme de su sabor favorito. Querían olvidarse un rato del mundo que había a su alrededor; necesitaban reír, olvidar, fingir que sus vidas iban bien y que eran fáciles, aunque fuera solo durante una hora o dos.

Pero tendrían que caminar con los ojos cerrados; el mundo ya no estaba bien ni era fácil. La prueba de ello se encontraba por todos lados y ninguno de los dos estaba ciego.

—No nos parecemos a eso, ¿verdad? —preguntó Eva mientras comía helado.

Miraba el periódico semanal que alguien había dejado cerca del banco del parque donde se habían sentado a disfrutar del capricho. Colocó el pie encima de las páginas para evitar que se las llevara la brisa. En el centro de la portada había una caricatura que decía: «Profanadores de la raza». Representaba a un hombre judío con los rasgos exagerados llevando en brazos a una mujer aria inconsciente a su oficina privada. Eva lo recogió y estudió la caricatura con aire reflexivo.

—¡Se parece más a tu nariz que a la mía!

Trataba de quitarle hierro al asunto; su voz sonaba alegre e intentaba no sonar afectada.

—Yo tengo una nariz romana.

Angelo intentó reírse también, pero se le revolvió el estómago; había visto demasiadas veces ese tipo de burla y «humor» en la prensa italiana. Había sido una campaña continuada que había ido a peor con los manifiestos de la raza «científicos» y la culpabilización constante a los judíos italianos por todos los problemas del país, que eran menos del uno por ciento de la población.

Angelo leía todos los periódicos nacionales, un hábito que había desarrollado cuando echaba de menos Estados Unidos. Si quería ser italiano, tenía que entender Italia, y lo había intentado, pero, incluso cuando tenía doce años y leía minuciosamente el periódico político *La Stampa*, se preguntaba si los periódicos representaban Italia o solo el Gobierno.

—Se parece un poco a Mussolini —dijo Angelo con la esperanza de hacer reír a Eva como antes.

—Sí, a Mussolini y al *signore* Balbo, el director de la orquesta —añadió Eva secamente.

Angelo arrugó el trozo de periódico en la mano. Se acordó del dibujo que había visto en un periódico de una mujer austríaca, sentada en un banco que decía «*Nür Für Arier*», «Solo para arios», y se preguntó cuánto tiempo tardaría Eva en no poder siquiera sentarse en un banco en su propio país.

—Antes no te acordabas del *sabbat* —dijo Angelo, no porque le importara, sino porque quería cambiar de tema.

—Sí, lo sé. Qué curioso, ¿no? Nunca antes había pensado en lo de ser judía hasta que empezaron a perseguirnos por serlo. *Babbo* siempre ha celebrado que aprendamos sobre todo lo demás, pero hemos decidido que es mejor ver de qué va todo este embrollo. Nos estamos volviendo devotos. —Guiñó a Angelo y se encogió de hombros.

Eva había crecido en ese último año. Seguía teniendo a unos cuantos hombres bien atados, pero poco a poco la cuerda se iba aflojando; las citas habían disminuido y cada vez estaban más espaciadas en el tiempo. Cuando no estaba dando clases de violín a niños judíos a cambio de poco dinero o de nada, estaba en casa practicando. Su vida se había reducido drásticamente a la música, la

familia y a unos pocos amigos judíos que eran tan cuidadosos y reticentes como lo eran los Rosselli últimamente.

—¿Y qué has aprendido? —le preguntó. Sonó como el padre Sebastiano, así que sonrió burlonamente para suavizar ese efecto.

—Mucho, pero no he aprendido lo más importante.

—¿No? ¿Y eso qué es? —preguntó.

—¿Por qué la gente nos odia tanto?

—¡Se han llevado a mi padre! —gritó Felix—. Lo han arrestado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Camillo, con la cara pálida y las manos extendidas hacia Felix.

Este sostenía una carta. Le temblaban las manos como si tuviera una enfermedad y el papel ondeaba como si estuviera agitando la terrible verdad que había en él.

—Por la criada. Es ilegal que trabaje para un judío, pero el comandante alemán que vive en el apartamento de mi padre necesitaba una criada, así que la contrató para que le cocinara y le limpiara. Se preocupaba por mi padre y creo que le ha cuidado lo mejor que ha podido. Dijo que me habría llamado, pero que tenía miedo de hablar libremente; siempre hay alguien escuchando las líneas de teléfono, pero pensó que tenía que saberlo. Cuando llegó al apartamento el día 14, ¡hace dos semanas!, mi padre ya no estaba. Cuando le preguntó al *Kommandant* dónde estaba, le dijo que había llegado «su turno».

—¿Adónde lo han llevado? —le presionó Camillo.

—No lo sabe exactamente. Escribió que se habían llevado a todo el edificio, que ya no quedaban judíos. El oficial le dijo que pronto ya no quedarían judíos en Viena.

—He leído que están reubicando a algunos en guetos judíos. —Camillo empezó a caminar de un lado a otro, intentando ser positivo y pensando en soluciones.

—La criada cree que lo han mandado a un campo de trabajo. Su hermano trabaja en la estación de tren y le ha dicho que todos los días

el tren sale temprano, antes del amanecer, para que la gente de Viena no los vea partir. Dice que va lleno de judíos y que el tren va a un lugar llamado Mauthausen, cerca de Linz.

—Pero Linz no está lejos de Viena. ¡Eso está bien!

—¡No está bien, Camillo! Nada de esto lo está. Morirá.

La seguridad en la voz de Felix Adler hizo que Eva se estremeciera y que Camillo se dejara caer sobre una silla. Parecía totalmente abatido.

—No le dejaron llevarse su violín. El oficial alemán lo estaba mirando cuando la criada llegó para trabajar. Le dijo que se lo iba a mandar a su hijo en Berlín. Le va a mandar a su hijo el violín de mi padre —repitió Felix, de repente enfadado. Entonces, barrió la mesa con los brazos y volcó la lámpara y la radio que supuestamente no debían tener.

—¿Qué estás tocando, Eva? —suspiró Felix Adler desde la ventana que daba al jardín—. No lo reconozco. Se parece un poco a Chopin, pero no lo es.

—Es Chopin mezclado con Rosselli, espolvoreado con una pizca de Adler y empapado de enfado —murmuró Eva con los ojos cerrados mientras sostenía el violín con la barbilla.

Esperaba que la regañara y le gritara que tocara lo que estaba escrito, pero Felix se quedó en silencio. Continuó tocando, pero abrió los ojos, mirándole y dejándose llevar por las cuerdas como si fuera una abeja coqueteando con una flor. Felix tenía las manos agarradas detrás de la espalda y los pies juntos; era la postura que adoptaba cuando estaba pensando profundamente o escuchando.

Eva y el tío Felix habían tenido una relación de amor-odio desde que él llegó a Italia en 1926, dos años después de que muriera su madre. Ella solo tenía seis años y no estaba preparada para el maestro que era Felix Adler. Había venido a Italia con el expreso propósito de hacer de ella una violinista Adler y por el amor que sentía hacia su hermana, a la que Eva le recordaba con frecuencia. Fue su último

deseo. Había tenido otros estudiantes y había tocado en la Orchestra della Toscana, pero su prioridad siempre había sido Eva.

Ella lo desafiaba en todo momento, era tozuda y distraída, se aburría con facilidad y solía desaparecer cuando le tocaba clase. Tenía buen oído y lo que le faltaba de disciplina lo compensaba con musicalidad. Le encantaba tocar el violín y Felix al final había aprendido a perdonarla por lo demás, aunque lo hacía a regañadientes.

Le había llevado su tiempo darse cuenta de que Eva realmente no leía la música que le ponía delante; escuchaba y copiaba y, si no entendía algo, le pedía a Felix que le enseñara. Después de unas cuantas demostraciones, podía tocar compás tras compás de memoria.

Enseñarle a leer música había sido una tortura para los dos; ella lo odiaba y él también, y la mitad de las veces se las habían pasado odiándose mutuamente. Felix la había obligado a hacer todo lo que a ella no le gustaba, y pocas veces le permitía hacer lo que le gustaba. Notas y escalas largas y repentización día tras día.

—¡No quiero practicar notas largas! Quiero tocar Chopin —
pataleaba Eva.

—No puedes tocar Chopin.

—¡Sí que puedo! Escucha.

Eva inmediatamente se lanzaba con un nocturno de Chopin, completado con cada variación con la que él intencionadamente había tocado, solo para probarla.

—No puedes. Solo estás repitiendo como un loro; no estás leyendo. Me escuchas y tocas sin mirar la partitura, no contemplas la música según la vas creando.

—Veo la música en mi cabeza, y no se parece a puntos negros y líneas. Se parece a un arcoíris, es como si volara, y también se parece a los Alpes y los Apeninos. ¿Por qué no puedo escuchar y tocar sin más?
—se quejó.

—¡Porque no siempre estaré aquí para enseñarte! Tienes que ser capaz de leer las notas y convertirlas en música, tanto en tu cabeza como con el instrumento. Estás componiendo, pero los grandes compositores ven las notas cuando escuchan la música. ¡No ven los

Apeninos! Y nunca podrás tomar nota de tus composiciones si no sabes cómo leer y escribir música.

Al final, acabó aprendiendo, pero aun así ella seguía confiando mucho en su habilidad para la mímica, para embellecer y adaptar.

La palabra «adaptar» le recordaba a su abuelo, que al final no había sido capaz de readaptarse.

— ¿Tío Felix?

Eva bajó el violín y se inclinó, interrumpiendo la ensoñación y la composición de estilo libre, y se quedó mirando la espalda rígida de su tío.

— Por favor, Eva, sigue tocando — dijo en voz baja.

— ¿Qué te gustaría que tocara, tío?

— Toca lo que quieras, algo mezclado con Rosselli y espolvoreado con una pizca de Adler — dijo, y los hombros empezaron a temblarle.

Nunca había visto llorar a su tío, pero en los últimos meses había llorado dos veces. No sabía qué hacer para reconfortarlo, así que tocó. Interpretó el nocturno en mi bemol mayor de Chopin, porque era inquietantemente bello; sin embargo, se dejó llevar por sus propios arreglos y acabó tocando algo que no sonaba como nada que hubiera tocado antes. Cuando finalmente bajó el violín, Felix se había hundido en una silla y se secaba los ojos con un pañuelo que aún tenía enrollado en la mano. Su mirada se encontró con la de ella. Había tanta tristeza en sus ojos que a Eva le dolió el corazón, pero Felix le sonrió con ternura y empezó a hablar. Tenía la voz cansada, como si le pesaran las palabras.

— Solo una cosa se me ha dado bien en la vida: el violín. No era tan bueno como mi padre. Quizás podría haberlo sido, pero bebía demasiado y perdía el temperamento a menudo. Vine a Italia porque fracasé en Viena. Vine a Italia porque estaba enamorado de una mujer que no lo estaba de mí y, durante los últimos trece años, lo he pagado contigo. Si no hubieras sido tan fuerte, podría haberte destrozado. Podría haber hecho que me odiaras, pero luchaste y no me hiciste caso. Ahora te escucho y me siento en deuda.

— ¿De verdad? — preguntó Eva, maravillada.

Nunca le habían dicho eso antes.

—Cuando tocas, siento esperanza. Pueden quitarnos nuestras casas, nuestras posesiones, a nuestras familias, nuestras vidas; nos pueden sacar a patadas como ya hicieron antes, nos pueden humillar y deshumanizar, pero no pueden quitarnos nuestros pensamientos, no pueden despojarnos de nuestro talento, no pueden llevarse nuestro conocimiento, nuestros recuerdos ni nuestras mentes. En la música no hay esclavitud. La música es una puerta y el alma escapa a través de la melodía, aunque sea solo durante un par de minutos, y todo aquel que la escucha es libre, todo aquel que la escucha se eleva.

»Cuando tocas, oigo cómo mi vida despega de las cuerdas, escucho las largas notas y las escalas, las lágrimas y las horas. Nos escucho a nosotros, juntos en esta habitación; escucho a mi padre, las cosas que me enseñó y que yo te he enseñado a ti. Lo escucho todo, y cuando tocas, mi vida suena, y la suya también, una y otra vez.

Eva dejó el instrumento y, con lágrimas en la cara, se arrodilló frente a su tío y deslizó los brazos a su alrededor mientras presionaba la mejilla contra su delgado pecho. Él la abrazó con cuidado y se quedaron en un triste silencio escuchando el viento ulular un compás lastimero no muy diferente al que había compuesto Eva, quien se preguntó si el viento sería el único testigo cuando la muerte que asolaba Austria llegara a por ellos también.

10 de agosto de 1939

Confesión: tengo diecinueve años y me han besado muchas veces, pero nunca antes como esta vez.

Sentí que me ahogaba, pero que no necesitaba respirar. Como si estuviera cayendo, pero sin llegar nunca al suelo. Incluso ahora me tiemblan las manos y tengo el corazón tan agitado e hinchado que parece que va a arder. Que yo voy a arder. Quiero llorar, quiero reír, quiero enterrar la cabeza en la almohada y gritar hasta quedarme dormida, porque quizá pueda revivirlo en mis sueños.

No puedo creer que haya pasado y, aun así, creo que llevo esperando que pasara los últimos siete años, desde que engatusé a Angelo para que lo hiciera por primera vez. He estado esperándole durante mucho tiempo... y esta noche, durante un par de horas en un mundo lo suficientemente grande para nosotros dos solos, ha sido mío.

Pero no sé si seré capaz de hacer que se quede. Temo que, cuando llegue mañana, estaré esperándolo de nuevo.

Eva Rosselli

Capítulo 4

Grosseto

Tras la aprobación de las leyes raciales ese verano, a Angelo le sorprendió que Camillo dijera que iba a seguir llevando a la familia a la playa. Sin embargo, Camillo había hecho la reserva antes de que se aprobara la ley e insistió tozudamente que había alquilado el mismo alojamiento a la misma familia durante más de veinte años. Así que, en agosto, unos pocos meses antes de que estallara la guerra, todos ellos se subieron al tren a Grosseto confiando en la habilidad de Camillo para que saliese todo bien.

Los primeros días de los cinco que Angelo tenía de retiro los pasó durmiendo, comiendo, jugando a las damas y debatiendo acerca de todo y de nada, simplemente por el hecho de que a Camillo y a Augusto les gustaba debatir y Angelo disfrutaba escuchándolos. Últimamente discutían menos, ya que el fascismo había mostrado su verdadera cara y dejado ver que Augusto estaba equivocado. Sin embargo, aún discrepaban en ciertos puntos y era un alivio que todavía fuese así.

Eva caminó mucho. Sus pies coqueteaban con el oleaje, bailaban con las olas hasta que acababa mojada y fría. Luego se tumbaba en su toalla grande y blanca y se quedaba dormida bajo el sol hasta que se secaba. Después, repetía el proceso. Su piel de porcelana se había sonrosado y bronceado, lo que hacía que sin duda pareciera más italiana que austríaca. Sus ojos y su cabello eran oscuros, pero su piel

era sin lugar a duda menos aceitunada que la de Angelo. Después de una hora al sol, la piel de Angelo ya se había puesto negra y, en tan solo unos días, parecía que había pasado toda su vida echando redes con los pescadores de Grosseto.

Los pinos marítimos con forma de paraguas bordeaban la playa, y una tarde Angelo se fue a pasear por los bosques de alcornoques donde las familias aristocráticas aún cazaban jabalíes salvajes; se perdió entre las sombras, los olores y el silencio. Cuando las sombras se hicieron más grandes y su piel más pegajosa por el sudor, salió del bosque y se dirigió hacia la playa deseando darse un baño rápido en las cristalinas y frías aguas.

Estaba nublado y el cielo ya no era del inocente azul que había sido antes ese día. Aun así, a pesar de la amenaza de tormenta, Angelo se quitó la camiseta, el zapato y la prótesis y saltó hacia las olas hasta que se sumergió en el Tirreno. Poco después, Eva estaba chapoteando en el agua junto a él. Patalearon, se salpicaron y flotaron bocarriba hasta que un trueno lejano retumbó y los instó a volver a la orilla.

Aunque se avecinaba una tormenta, el aire todavía era cálido. Se envolvieron en la toalla y dejaron que el calor les secara el pelo mientras observaban acercarse la tormenta.

—¿Qué es eso?

Eva inclinó la cabeza hacia la pila de ropa y los hallazgos del bosque que había dejado. Angelo rara vez guardaba algo; le impacientaba el desorden y generalmente era poco sentimental, pero creyó que a su *nonno* le gustaría lo que había encontrado esa tarde.

—He encontrado una aljaba de púas de puercoespín blancas y negras.

—Ah, bueno, yo he visto flamencos con motas rosas en el lago — comentó Eva con los ojos puestos en el agua y una ligera sonrisa, dejando entrar a Angelo en el juego.

—Eso no es nada. Yo he despertado a una lechuza y se me ha lanzado a la cabeza —replicó él—. Y he matado un cerdo salvaje con mis propias manos. Pensé en traerlo para cenar, pero luego recordé que el cerdo no es *kosher**.

Eva frunció los labios e intentó dar con una historia mejor.

—Bueno, yo he encontrado esto.

Le dio una concha, completamente intacta, aún con ambas partes unidas. Angelo la cogió y echó un ojo al interior; estaba suave y vacío, sin rastro de la vida que una vez hubo dentro.

—¿No hay perla?

—No, solo arena.

—Pero la arena puede convertirse en perla —sugirió él, devolviéndole la concha.

—La arena no se convierte realmente en una perla, idiota. No se convierte en nada, simplemente está escondida. El grano de arena sigue estando debajo de las capas de nácar.

—¿Nácar? —interrumpió.

No había escuchado esa palabra antes.

—La sustancia mineral con la que la ostra cubre el grano de arena.

La mención de la ostra seguía teniendo el mismo efecto de hace años, y los ojos de Eva se posaron brevemente en los de Angelo antes de desviar la mirada. Otro momento del que probablemente no se acordarían; sin embargo, ahí estaban, sentados más o menos en el mismo lugar donde se habían sentado siete años antes, cuando el cielo estaba despejado y no había amenaza de tormenta.

—¿Te refieres a que está nacarado? ¿Cómo lo sabes?

—Por *babbo*. Es ingeniero químico, Angelo. Sabe el nombre real de todas las sustancias que conoce el hombre.

—Así que el pequeño incordio se convierte en una preciosa perla.

Le guiñó a Eva y le dio unos golpecitos en la nariz.

—¿Me estás llamando pequeño incordio?

Angelo se echó a reír sin poder evitarlo; siempre le hacía reír.

—Sí, eres un incordio precioso.

—Sigue así y te robaré la pierna falsa y tendrás que ir saltando de vuelta a la casa.

—No tienes corazón —dijo, fingiendo horrorizarse.

—Soy un incordio sin corazón. —Le dio un golpe, pero Angelo la detuvo fácilmente y le quitó la concha.

Se oyó otro trueno en el cielo, no tan suave y distante como el

anterior. Eva y Angelo, que aún discutían desenfadadamente, se vistieron corriendo y recogieron sus cosas, pero no fueron lo bastante rápidos y, con un nítido estallido, el cielo, desbordado, se abrió sobre sus cabezas. La lluvia salpicaba la arena y Eva chillaba. Angelo no podía correr muy bien, y ella no quería dejar que se mojara él solo, así que miraron a su alrededor en busca de cobijo.

Cogidos de la mano, recorrieron la arena con gran esfuerzo en dirección a los árboles y a la pequeña choza del pescador que estaba justo en la orilla. La cerradura estaba rota y la choza abandonada, aunque aún quedaba una vieja red y una caña de pescar oxidada entre el polvo y las telarañas.

Con la ropa pegada a los brazos y el pelo negro en las mejillas, se adentraron entre risas en la choza. Las paredes húmedas y la primitiva oscuridad hacían que el lugar pareciera más un calabozo medieval de tortura que una guarida ante la tormenta.

Eva agarró una caña con una mano y le lanzó a Angelo una red y, una vez más, comenzaron a pelear diciendo cosas como «¡*En garde!*!», «¡Siente mi ira!» o «¡Toma esa, insensato!».

Eva cometió el error de embestirlo con demasiada fuerza y Angelo le quitó la «espada» de un manotazo.

—¡Ríndete, bribona! —dijo con una mueca irónica en los labios.

Los rizos negros le colgaban en la frente y sus ojos azules bailaban con Eva, que se pavoneaba alrededor de él fingiendo que era igual de experta que un espadachín. Se reía y estaba relajada, como la Eva de siempre, y el corazón de Angelo se enterneció cuando la vio sonreír.

Ella se dio cuenta del cambio en su atención; hizo ademán de faltar, como si fuera a arrodillarse, dio un paso adelante y se agarró de su brazo, girando como para lanzarlo por encima de su hombro en un movimiento que era más de lucha que de esgrima. Angelo soltó la red y tiró de Eva con fuerza; la espalda de ella contra el pecho de él, los antebrazos de Angelo contra los pechos de Eva y una mano agarrándola por la caja torácica.

Lo había hecho como parte del juego, pero evidentemente no lo había pensado bien. Su cuerpo, desde los muslos hasta el pecho, se abrazaba contra el de Eva; su pelo le rozaba la cara; su aroma le

cosquilleaba la nariz; y su boca estaba suspendida junto a la sedosa oreja de Eva, preparado para exigirle que se rindiera.

Se quedaron petrificados durante unos cuantos largos segundos, paralizados en aquel abrazo extraño, con los ojos cerrados y las bocas ligeramente abiertas, intentando respirar sin moverse, sin hacer ningún ruido y mareándose en el intento. Cuando Angelo atrajo a Eva hacia sí, esta colocó las manos en los brazos de Angelo y se quedó quieta contra él, con las manos agarradas al cuerpo rígido que la tenía secuestrada. No se atrevió a pronunciar su nombre, ni a emitir sonido alguno, ya que con certeza habría roto el hechizo. Luego sintió los labios de Angelo moverse muy suavemente contra el lóbulo de la oreja, rozando la parte superior de su mandíbula y haciendo el mismo camino de vuelta. Eva se resistió al dulce temblor que le bajaba por la columna, pero Angelo lo sintió y sus labios se alejaron de su piel. Sin embargo, no se apartó ni aflojó los brazos.

Lentamente, Eva giró la cabeza y, cuando levantó la cara y la barbilla, sintió que su aliento marcaba el camino a través de sus mejillas. En ese momento era el aliento de Eva el que cosquilleaba las mejillas de Angelo y calentaba sus labios. De nuevo, se detuvieron con los músculos en tensión, queriendo sentirlo todo, no perderse nada y sin cruzar aún ninguna línea. De pie, uno enfrente del otro, tenían los ojos cerrados cuando comenzaron a acercarse a esa línea para después cruzarla, abalanzándose uno encima del otro.

Las bocas se tocaron; se unían, se retiraban, se rozaban, se apartaban, se juntaban y, luego, volvían a alejarse, todavía con los ojos cerrados, negando todo.

Eva se giró cuando Angelo se movió y el baile comenzó otra vez, desde un ángulo diferente, más directo y menos accidental. *Accidental, inocente, dulce*, palabras que patinaban por la mente nublada de Angelo. Asintió suavemente. Sí, eso era; inocente.

Con su boca contra la de Eva, le elevó con un ligero movimiento el labio superior, separándolo del inferior, y exploró el espacio que había entre ellos con un toque involuntario de su lengua. Involuntario. Inocente. Dulce, increíblemente dulce, igual que aquel beso de hacía tanto tiempo.

Pero esa dulzura lo encendió tanto como el vino de Camillo y, de repente, estaba bebiendo con ansia, hasta la última gota de los labios de Eva, incapaz de parar. No era como nada que hubiera probado antes. Ella le agarró la cara para que siguiera bebiendo y se evadiera, perdiéndose en el sabor, en la textura, en el embriagador calor de la boca de Eva en la suya.

De repente, abrieron los ojos.

La intensa oscuridad se encontró con el azul abrasador; Angelo se moría por volver a cerrar los ojos mientras abría la boca y bajaba las manos por el cuerpo de Eva.

—Eva —susurró, y su tormento hizo que ella temblara.

—Otra vez —le pidió con los ojos suplicantes—. Otra vez, Angelo.

—*Madonna*. —Exhaló—. *Madonna* —suplicó de nuevo, pero la adorable *Madonna*, madre de supreciado Jesús, no podía hacer nada contra la *madonna* que tenía delante.

Se movieron como si fueran uno, volviendo a juntar los cuerpos; retomar el contacto fue tan bien recibido y maravilloso que suspiraban como si estuvieran coreando el Aleluya. Después solo hubo placer y presión, bocas e impulsos, mientras los besos crecían y se multiplicaban convirtiéndose en algo que ambos desconocían hasta entonces.

Fuera, la tormenta se había aplacado y había dado paso a un arcoíris de tonos pastel que se reflejaba en los charcos grisáceos que ninguno de los dos vio. Fuera, Fabia los llamó para la cena, pero ninguno de los dos la escuchó. Fuera, el aire se enfriaba con la tarde, pero ninguno de los dos sintió el frío. Fuera, Camillo Rosselli estaba preocupado y daba bocanadas a la pipa preguntándose qué futuro depararía a los dos jovencitos que siempre se habían querido el uno al otro pero que no podían estar juntos. Y cuando extinguieron su fuego, ambos olieron el humo.

Salieron de la cabaña del pescador con sus virginidades intactas, pero no volvieron a la seguridad y sensatez de la casa. En su lugar, se

desviaron hacia el bosque de hoja perenne mojado por la lluvia y situado justo al lado de la casa en la que estaban pasando las vacaciones. No querían irse ni dejar de tocarse y besarse, ni volver a un sitio donde separarse implicaría con certeza culpa y arrepentimiento, al menos para Angelo.

Cuando al final se separaron y Eva entró de puntillas en su cuarto, borracha de amor y mareada por el deseo, con una mano contra los labios sonrientes para evitar soltar alguna risita, Angelo se sentó en el porche e intentó no pensar en nada. También se llevó la mano a la boca, pero no era para sofocar la risa; tenía el aroma de Eva en sus dedos.

Se le volvió a tensar todo el cuerpo y le dolía respirar; estaba en una agonía exquisita. Nunca había experimentado un placer como ese, y no solo se refería al cuerpo y a la piel de Eva, a su boca y a su sabor; no solo se refería a la forma en que lo había tocado y le había hecho estremecerse. Era más que eso; no solo era placer, era dicha.

Le habían advertido de los peligros de la carne. A los seminaristas los asesoraban a fondo, les advertían infinitamente y los amenazaban con sus almas cuando hablaban de pasiones irrefrenables y el rechazo de todos los impulsos carnales. Sin embargo, nadie le había dicho que sentiría aquella dicha inmensa. Estaba a punto de llorar, y no era simplemente porque había caído en la trampa que todo seminarista teme en secreto y con la que sueña a la vez. Era el amor lo que había hecho que cada caricia se sintiera como una redención y cada beso como un renacer. No el deseo ni el placer: era el amor lo que creaba aquella dicha.

Sabía desde hacía mucho tiempo que quería a Eva, pero nunca se había admitido a sí mismo que la quería de la forma en la que un hombre quiere a una mujer. Nunca se había permitido rumiar esa idea; la había desterrado en el momento que decidió casarse con la Iglesia y renunciar a los demás.

—¿Angelo?

Angelo se retiró los dedos de la boca como si lo hubieran sorprendido con la mano en una caja registradora. Camillo salió al porche y miró a su alrededor, esperando obviamente que Eva

estuviera ahí también. Cuando vio que no estaba, colocó una silla a la derecha de Angelo y se preparó la pipa como si tuviera todo el tiempo del mundo. No era tarde, aunque Angelo y Eva se habían perdido la cena. Dentro de la casa, todo el mundo estaba despierto todavía y la atmósfera marga estaba llena de murmullos y de risillas. Angelo esperaba que nadie se hubiera dado cuenta de todo el tiempo que habían pasado a solas Eva y él.

Camillo dio una calada y ronroneó cuando el humo salió de su boca en forma de nubes fragantes. A Angelo siempre le había gustado el olor de la pipa, así que cerró los ojos brevemente y dejó que el aroma se mezclara con la sal y el mar, los árboles y la lluvia, antes de exhalarlo y volverlo a inhalar profundamente, saboreando el aroma.

—Puede que seas nuestra única esperanza, Angelo —dijo Camillo al cabo de un tiempo.

Al desaparecer inevitablemente el chute de adrenalina, Angelo se había adormecido en aquella oscuridad tan grata y se había quedado débil.

—¿A qué te refieres, Camillo?

Camillo nunca había dejado que Angelo lo llamara por cualquier otro nombre.

—Ya sabes, puedes casarte con Eva y llevártela a Estados Unidos; eres un ciudadano estadounidense y, si fuera tu esposa, podrías sacarla de Italia, fuera de Europa, y te asegurarías de que estuviera a salvo de lo que está por venir.

Angelo estaba tan sorprendido que lo único que hizo fue quedarse ahí sentado, contemplando la oscuridad como si hubiera un montón de bufones esperando a reírse ante la increíble propuesta de Camillo. Se quedó sentado durante tanto tiempo, con la cara inexpresiva, que Camillo se inclinó sobre él y lo miró a los ojos.

—Eva nunca te abandonaría —dijo finalmente Angelo; era lo único que le había venido a la mente.

—¡Ajá! —gritó con cariño Camillo. Dio otra calada y se reclinó en la silla—. Lo sabía.

—¿Qué sabías, *babbo*? —preguntó Angelo, utilizando sin querer el apelativo cariñoso con el que lo llamaba Eva.

—Sabía que conmigo no fingirías —contestó—.Quieres a Eva, y ella te quiere a ti. Tú eres cura y ella, judía.

—Y tú, un poeta —dijo Angelo suavemente a pesar de que su corazón iba a cien por hora.

Camillo se rio amablemente.

—Eso soy, un gran poeta y filósofo. Por eso fumo de esta pipa, me otorga el aspecto que deseo.

—Aún no soy cura —añadió Angelo con delicadeza.

Fue una tontería decir eso. Había pasado nueve años en el seminario; nueve años, y ahora estaba en la fase final de su preparación. El día de su ordenación ya se había programado.

—Eso es como si un hombre prometido dijera que todavía no está casado.

Era exactamente como eso, y Angelo no sabía qué responder. Era muy honesto y estaba demasiado conmocionado como para seguirle el juego. Camillo tenía razón; no podía fingir, y la realidad empezaba a penetrar en la niebla en que se había sumido.

Angelo no era estúpido; no estaba ciego, ni era sordo ni mudo, pero sí que había sido un iluso. Había creído que podría querer a Eva sin estar enamorado de ella; que podría estar cerca de ella, pero no demasiado; que podría tener a Eva y también a Dios.

Y no podía.

Él no era la excepción, sino la regla. No era san Jorge, que mataba dragones por su Dios, simplemente era Angelo Bianco y había caído ante la serpiente más astuta de todas —Satán, de color rojo ardiente, con siete cabezas y diez cuernos—, de la cual san Juan habla en el Apocalipsis.

—Todavía quiero ser cura, Camillo —susurró.

Le dolió el pecho al admitirlo, como si estuviera traicionando a Eva. Y lo estaba haciendo, justo como había hecho con la Iglesia y consigo mismo. Las últimas horas habían sido las más dulces de su vida, pero no había actuado con corrección.

—Lo sé —dijo Camillo—, sé que quieres, por eso estás sentado aquí solo en lugar de estar en algún sitio con Eva. Por eso todos estos años has estado tratándola como a una hermana y dejando que yo te

tratar a ti como a un hijo.

—Sois mi familia —contestó Angelo con las emociones a flor de piel.

—Sí, pero aún puedes salvarla.

Camillo lo miró a los ojos con una expectación sincera que confundió a Angelo todavía más.

—Pero... creía que te referías a...

—¿A casaros? No. Para empezar, es ilegal. Los católicos no pueden casarse con judíos, a pesar de que lo hemos estado haciendo durante las últimas décadas en Italia, a pesar de que el tío católico de Santino se casara con mi tía judía hace treinta años —se burló indignado. Sacudió la mano en el aire como si desechara su broma, así como la mención a las enrevesadas conexiones que habían unido a Camillo y a Santino—. Y, en segundo lugar —continuó—, tienes razón: Eva no se iría. Es algo inherente a los judíos; preferimos morir juntos a que nos separen de nuestros seres queridos. —Sopló de la pipa y dejó que el silencio depurara su mente—. Bueno, quién sabe, quizás no sea algo propio de los judíos, quizás lo sea de los humanos en general. —Volvió a sacudir la mano—. De todas formas, sé que no me abandonaría aunque con ello consiguiera salvarse.

—No entiendo, Camillo, ¿qué quieres que haga?

Angelo esperaba que Camillo le dijera qué hacer exactamente, que le diese instrucciones, que le allanara el camino.

—Eres nuestra única esperanza porque estás en una posición en la que puedes ayudar a mucha gente, Angelo. La Iglesia ya está ayudando a los refugiados, ¿lo sabías?

Angelo sacudió la cabeza; la cuestión era cómo lo sabía Camillo.

—He estado buscando formas de ayudar a mi suegro. He estado trabajando con Delasem.

—¿Con qué?

Angelo no tenía ni idea de qué era Delasem.

—La Delegazione per l'Assistenza degli Emigranti Ebrei* —explicó Camillo—. Están creciendo comunidades, Angelo, y la Iglesia católica está ayudando en lo que puede. Después de todo, quizá los católicos salven nuestras almas —dijo, sonriendo con la pipa en la boca—, o

quizá solo nuestras vidas, aunque me conformaría con eso.

— ¿Qué puedo hacer yo?

Las instrucciones parecían muy vagas.

— Ante las amenazas de guerra, los contratos de Ostrica se han multiplicado por diez. El Gobierno es nuestro mayor cliente, no paga bien, pero compra una cantidad enorme. Estamos contentos de que no se hayan apropiado de la empresa en nombre del bien común. Estamos especializados en cristal hecho a mano, pero invertimos en maquinaria para hacer cristal de tipo industrial cuando Mussolini comenzó a posicionarse y la guerra parecía inevitable. Somos más ricos de lo que nunca hemos sido y un gran porcentaje de los beneficios va para DELASEM. Incluso he donado una gran parte a la Iglesia con la condición de que tú seas el administrador de la cuenta y tengas poder para decidir, dentro de la organización de la Iglesia, adónde va el dinero. Te pediría que te aseguraras de que se destina a alimentar y esconder a los refugiados y a aquellos que les estén dando cobijo. ¿Puedes hacer eso? ¿Lo harás por mí?

— ¿Cómo? — preguntó de nuevo Angelo.

— Siendo cura, como siempre has querido. Y si llega lo peor, usando tus contactos para escondernos. Necesito que salves a nuestra familia, Angelo.

Eva permaneció despierta toda la noche, maravillosamente aturdida, en una nube donde recordaba los besos; sin embargo, luego cayó en una terrible depresión al pensar en el futuro. El año pasado se había convencido a sí misma de que no había finales felices, solo interludios felices, y de alguna manera los interludios hacían que los finales fueran mucho peores.

Se acabó quedando dormida cerca del amanecer y durmió hasta mediodía. Se dio un baño tranquilamente, se secó y se rizó el pelo, se pintó las uñas de rojo y al final bajó las escaleras cerca de las tres de la tarde, segura de que todo el mundo la miraría y verían reflejados en su cara sus sentimientos. Tenía miedo de la primera mirada que

intercambiaría con Angelo, porque entonces sabría si sentía lo mismo que ella. Puede que ni siquiera la mirara.

Fabia estaba en la cocina rebozando y friendo sardinas. Santino estaba diseñando algún tipo de decoración para el sombrero con las púas de puercoespín que había encontrado Angelo y el resto de la familia estaba en el porche, bebiendo limonada mezclada con algo más fuerte y disfrutando de las temperaturas algo más bajas que había dejado la tormenta de la noche anterior.

Todos saludaron a Eva con cariño sin mencionar lo tarde que se había levantado o su ausencia durante la cena de la pasada noche. Angelo no estaba en el porche y respiró más tranquila mientras se mecía en el columpio del porche bajo el brazo de su padre, recostándose sobre él y cerrando los ojos para evitar ver a Angelo si al final se unía a ellos. Sin embargo, no fue Angelo quien apareció esa tarde.

No era extraño que el gerente y su mujer, una pareja mayor que siempre, sin excepción, había sido educada y agradable, se pasaran para ver cómo estaban sus huéspedes. Dirigían toda la hilera de casas de la playa, propiedad de una de las familias más ricas de Italia, aunque Eva nunca se acordaba de quiénes eran. Todos los que estaban en el porche recibieron amablemente a la pareja, pero la cálida bienvenida se tornó rápidamente en una situación fría y apagada.

El hombre mayor y su mujer se quedaron uno al lado del otro frente a Camillo, como si necesitaran apoyo moral para el acto inmoral que estaban a punto de cometer.

—Lo siento, *signore* —dijo el anciano—, sé que habéis venido aquí durante muchos años y no nos importa. Nos agrada que lo hayáis hecho, pero la gente se está quejando. Os han reconocido de otros años y saben que sois judíos, y con las nuevas leyes..., ya sabéis.

Camillo se quedó mirando a la pareja sin poder creérselo. Eva se enderezó, separándose de él al levantarse; necesitaban estar de pie para enfrentarse a este ataque inesperado.

—Por supuesto, os devolveremos el dinero —añadió la mujer a toda prisa, y le extendió un sobre a Camillo.

Este lo agarró, lo abrió y miró las liras que había dentro. Eva fue

testigo de su humillación y enrojeció de ira. Se acercó y le dio la mano a su padre; la tenía rígida, pero le apretó los dedos.

—Ya veo —dijo Camillo despacio y con calma—. ¿Cuándo queréis que nos vayamos exactamente?

—Lo más pronto posible. Espero que lo entendáis, no queremos perder más clientes ni meternos en líos con los *carabinieri*. —El hombre se encogió de hombros como si no tuviera otra opción—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Nos iremos por la mañana —dijo Camillo rígidamente.

La anciana miró a su marido y este, a Camillo.

—Sería mejor que os fuerais esta noche, *signore*.

El silencio que había en el porche era como estar frente a un horno encendido.

—El viaje de vuelta a Florencia dura un día entero y hay gente que está mayor —añadió Camillo en voz baja pero con un tono firme—. Estábamos a punto de sentarnos para comer y tenemos que recoger las cosas. Nos iremos por la mañana.

La mujer se acercó y le arrancó el sobre de las manos.

—Entonces necesitaremos esto para cubrir las pérdidas

—soltó de mala manera la mujer—, y no nos culpéis si aparecen los *carabinieri* y os echan. No serán tan amables como lo hemos sido nosotros.

El anciano miró a su mujer con la misma cara de asombro que tenía Eva. La mujer se había mostrado hostil ante una provocación mínima.

—Seguro que no pasará nada si os marcháis mañana

—dijo el anciano saliendo del porche con el sombrero entre las manos—. Vamos, Guida —le ordenó a su mujer, que se dio la vuelta, pero no les devolvió el sobre.

Cuando al final apareció Angelo y su abuela le contó entre sollozos lo que había ocurrido, volvió a salir de casa cerrando de golpe la puerta delantera y haciendo temblar la pared. Se fue echando chispas a la cabaña del administrador y volvió media hora después con aspecto alterado y débil. Nadie le preguntó cómo había ido la conversación.

Mientras cenaba las sardinas fritas de Fabia, ensalada y tomates, permaneció en silencio, al igual que el resto. Por las caras congeladas y los ojos cansados que se veían por toda la mesa, uno podría haber pensado que no solo se trataba de la última cena, sino que la crucifixión estaba por llegar. Eva no creyó que alguien fuese a apreciar su intento de frivolidad y se guardó para sí misma el juego de palabras.

Recogieron sus cosas en un incómodo estupor y se fueron a acostar pronto; ninguno de ellos quería hablar de la suspensión de las vacaciones. Por la mañana, dejaron la casa tan limpia y recogida como se la encontraron y se montaron en los coches que habían alquilado para ir hasta la estación de tren de Grosseto.

Eva no quería mirar atrás, pero mientras se alejaban no pudo evitar darse la vuelta para ver cómo desaparecía la casa detrás de la curva. No volverían a Maremma; ya no habría más vacaciones en la arena blanca ni pescado fresco del mercado de Grosseto; no habría más besos robados, de eso estaba más que segura. Esas cosas eran ahora recuerdos, recuerdos que habían sido mancillados.

15 de agosto de 1939

Confesión: tengo miedo al rechazo.

Un niño que ha sido rechazado suele morir, incluso aunque sus necesidades vitales estén cubiertas. Un niño que ha sido rechazado pasa toda su vida intentando complacer a los demás y nunca a sí mismo. Una mujer que ha sido rechazada suele engañar a su pareja, solo para sentirse deseada. Un hombre que ha sido rechazado no lo volverá a intentar por muy solo que se sienta. La gente que ha sido rechazada se convencerá a sí misma de que se lo merece, aunque sea solo para dar sentido a un mundo sin sentido.

Estoy convencida de que no hay nada peor para el corazón del ser humano; sin embargo, durante el pasado año me he acostumbrado a ello. Lo espero y lo acepto, me adapto a ello en lugar de ir contra ello. Odio esto de mí misma y a veces me pregunto adónde se habrá ido la antigua Eva, la chica que tenía pasión, la chica que en secreto creía que era capaz de hacerlo todo, de serlo todo y de querer a quien fuera. Luego lo recuerdo: la rechazaron.

Eva Rosselli

Capítulo 5

Roma

En el seminario no esperaban a Angelo hasta dentro de tres días, así que empleó los dos primeros para ir a visitar a monseñor Luciano a Roma. Le confesó sus sentimientos por Eva, le contó las intimidades que habían compartido y le pidió consejo y absolución. El monseñor le dio ambos, pero no ocultó demasiado su consternación.

—Eso no tiene futuro, hijo mío.

Angelo pensó en Eva, en su brillante sonrisa y en sus ojos resplandecientes, en la forma en que había sentido su boca. Ella lo amaba y él a ella; por supuesto que eso tenía futuro. Pero monseñor Luciano continuó como si hubiera escuchado las dudas en el silencio de Angelo.

—Aunque no fueras a ordenarte..., ella es judía, Angelo.

—Sí, lo es.

—No puedes casarte con una judía.

—¿Por las leyes?

—Sí, pero no me refiero a eso. Tú eres católico, no puedes casarte con ella; no es creyente.

—Ella cree en Dios.

Angelo sintió una punzada de dolor, un deseo de defenderla, aunque entendía lo que su mentor intentaba decirle.

—¿Qué Dios? —lo presionó monseñor Luciano—, está claro que no Jesús.

—¿De verdad cree que Dios es un dios de condiciones, monseñor? —argumentó Angelo—. Quizás la única condición es el amor, el amor hacia él, hacia el prójimo. Eva no rechaza a Jesús, simplemente no lo conoce —intentó explicar Angelo.

—¿Estás seguro de que podrías ayudarla a conocerlo? —indagó monseñor Luciano.

Angelo reflexionó sobre ello antes de llegar a una conclusión.

—No lo sé, padre, pero aunque aceptara a Jesús como el salvador, no creo que quisiera que la bautizaran.

—¿Por qué?

—Porque es... judía. —Angelo levantó las manos, frustrado ante su incapacidad de encontrar una respuesta mejor—. Es su herencia, su historia. Es más que su religión. Es una parte de ella, de su padre, de sus antepasados.

—Pero no es una parte de ti —contestó monseñor Luciano en voz baja, entrelazando las manos y mirando a Angelo.

Angelo se echó hacia atrás casi como si le hubieran dado una bofetada. Se dio la vuelta para que monseñor no viera la reacción que le causaban esas palabras.

No era una parte de él.

Ese era el quid de la cuestión: él no era judío. Lo habían criado y querido personas judías, pero él no era uno de ellos. El dolor y el rechazo que había sentido cuando su madre murió y su padre lo dejó en Italia resurgió en su cabeza y le quemó todo el cuerpo de nuevo.

«La Iglesia es el mejor lugar para ti, Angelo. Ahí no serás una carga». Esas fueron las últimas palabras de su padre. Ahora era mayor y más sabio, y podía encontrarle el sentido a la decisión de su padre y a lo que deseaban para él sus abuelos. Pero los sentimientos y la inseguridad nunca lo habían abandonado.

—Sabes lo que es mejor, Angelo, lo que es correcto. Ahora debes seguir adelante y no mirar atrás —dijo monseñor.

Angelo no pudo más que asentir. La Iglesia era el mejor sitio para él. En el fondo, lo sabía. El lugar de Angelo no estaba junto a Eva; no era una parte de él.

Angelo pasó su último día de vacaciones de vuelta en Florencia con Eva, intentando encontrar un modo de decirle que nada había cambiado y que nada podría hacerlo. La llevó a todos sus lugares favoritos e intentó compartir con ella sus sentimientos para explicarle qué lo llevaba a tomar esa decisión. Sin embargo, acabó pareciendo un guía de una ciudad que ella ya conocía y amaba.

Eva estaba callada y Angelo notaba su tristeza. El arte y la arquitectura no alimentaban su espíritu de la forma en que nutrían el suyo. Se esforzó más, destacando un fresco aquí, una estatua allá, contándole lo que le gustaba y apreciaba para que ella también lo hiciera. Poco a poco, la expresión de su cara se relajó y recuperó la sonrisa a medida que el arte cobraba vida.

En medio de una gran extensión con algunas de las mejores obras de arte del mundo, lo único que quería enseñarle del Palazzo del Bargello era la estatua de san Jorge de Donatello, con el escudo en la mano y enfrentándose con la mirada a una amenaza que nadie más podía ver.

—El padre Sebastiano nos trajo aquí dos años después de que yo viniera a Italia. Esta estatua lo cambió todo para mí. No podía mirar otra cosa. El resto del grupo siguió, pero yo no podía moverme. Otro de los curas me vio contemplar la estatua y me contó la historia de san Jorge y el dragón.

Angelo le contó la historia que tanto lo había conmovido, la que había alterado su pensamiento y redirigido su vida. Mientras hablaba, Eva tenía los ojos puestos en la escultura, casi como si imaginara a Angelo, el niño que quería ser santo, ahí de pie hacía tantos años.

—Lo arriesgó todo —dijo Angelo cuando acabó la historia— y, a pesar de que murió por sus creencias, continúa vivo gracias a ellas. —Entonces se encontró con la mirada de Eva, que tenía los ojos tristes. Puede que hubiera visto la verdad y le hubiera dolido—. Después de eso, don Luciano, el cura que conocí ese día, se interesó por mí e incluso mandó una carta al seminario pidiendo que le informaran de mis progresos en la escuela. Don Luciano ahora está en Roma, es

monseñor, y espero aprender a su lado algún día.

Era su deseo más profundo.

En la Piazza del Duomo, se detuvieron delante de las puertas de bronce del baptisterio y él señaló la vida de Cristo, minuciosamente ilustrada grabado a grabado, panel a panel.

—La primera vez que vi esto, no pude dejar de mirarlo. Era como estar enamorado, como cuando no puedes apartar la vista de alguien un instante sin que te entren ganas de volver a mirar —susurró con la voz sobrecogida.

Eva solo asintió con los ojos puestos en su cara en lugar de en las puertas del baptisterio.

Angelo dio media vuelta y dijo:

—Ahora, a Santa Croce.

—¿Santa Croce también? —preguntó Eva, refunfuñando como si tuviera cinco años.

Estaba bromeando, pero tras las bromas había algo de verdad. Cuanto más veían, más grande era el abismo que había entre ellos. Caminaron aquella corta distancia, pasando por un par de manzanas entre el Duomo y la basílica, y su conversación se enfrió en el calor de agosto. La previsión del tiempo había anunciado lluvias; no obstante, no había nubes en el cielo y la brisa era inexistente.

—¿Has estado dentro? —le preguntó mientras empezaban a cruzar la larga plaza de la basílica franciscana.

—Sí, vine de excursión con el colegio, y una vez con el tío Felix. Me hizo tocar el violín fuera, ¿te acuerdas? Atraje a mucha gente y se mostró bastante contento conmigo ese día.

—¡Me acuerdo! Me lo contaste. Tú también estabas bastante contenta contigo misma, si no recuerdo mal.

Eva se crecía delante de una multitud y, cuando le contó a Angelo a cuánta gente había atraído, él deseó más que nada haberla podido escuchar.

—Tocar delante de un público es mil veces mejor que tocar sola —dijo ella, confirmando sus pensamientos.

—Bueno, me encanta Santa Croce. Es fascinante e intimidada menos.

Angelo le guiñó un ojo a Eva, y ella simplemente sacudió la cabeza

y suspiró.

Angelo analizó el altísimo edificio blanco que tenían enfrente, las puertas abovedadas, las complejas esculturas, coronadas con un montón de cruces y una estrella azul de seis puntas que le recordaba a la horrible estrella amarilla que algunos de los refugiados de Camillo llevaban en la ropa. El recuerdo lo deprimió. Gracias a Dios que Italia no había recurrido a etiquetar a sus judíos.

—¿Qué intimidada menos? —replicó, dubitativa.

Se frotó la cabeza y Angelo podría jurar que la oyó gimotear. El arte lo fortalecía, pero Eva parecía estar sobrecogida. O puede que él fuera el causante; quizá Angelo la deprimía.

—El catolicismo es tan... recargado —dijo intentando resumir sus pensamientos.

—Esa es una de las cosas que me encantan del catolicismo. Es complicado y bello, y no hay nada fácil en él. Todo es simbólico, sacramental, como una mujer bella; te obliga a esforzarte.

Eva se indignó.

—¿Qué sabrás tú de mujeres bellas?

—Crecí con una, creo que sé bastante.

—¡Ja! —Se rio. Trataba de ser dulce a la vez que honrado—. Yo no soy complicada, Angelo.

—Para mí, sí.

La miró unos instantes y luego apartó la mirada.

—No, eso es lo que tú crees. Tú eres bastante más complicado de lo que yo seré jamás. No sé lo que te mueve, nunca he podido entender tu pasión por...

—¿Dios? —acabó la frase por ella.

—No, no creo que tu pasión sea Dios exactamente. Creo que lo que te apasiona es la ascensión.

Angelo la contempló con estupefacción.

—¿Ascensión? —preguntó, incrédulo.

—No tienes sed de poder, ni de riquezas, ni de mujeres, diversión, música o... placer.

—¿De verdad soy tan soso? —Se rio de sí mismo, al igual que Eva, pero esta continuó.

—Tienes sed de propósitos, de significado, de... martirio..., o quizás solo de santidad.

—Creo que simplemente acabas de describir las ambiciones de un buen cura —contestó, extrañamente aliviado.

—Sí, ¿verdad?

Eva parecía algo sorprendida.

—¿Por qué crees que las sinagogas son tan simples? ¿Es porque el judaísmo es mucho más... sencillo, simple? —Era el turno de Angelo de encontrar la palabra correcta.

Eva pensó durante un momento.

—No todas son simples, pero a diferencia del catolicismo, una religión que se ha dedicado a la decoración durante siglos y siglos —dijo Eva, y le lanzó una mirada irónica—, el judaísmo solo necesita la Torá y diez hombres para tener una sinagoga, el resto puede improvisarse. Mi padre dice que es porque los judíos tienen muy pocas oportunidades de asentarse como pueblo. Siempre estamos moviéndonos, el Éxodo nunca acaba, no hemos podido echar raíces, así que nuestras raíces residen en las tradiciones, en la familia, en nuestros hijos.

Angelo vio cómo Eva luchaba contra sus emociones y le agarró la mano. Sus lágrimas le hacían querer arrancarse la ropa y tirarse del pelo. Odiaba verla sufrir, odiaba la terrible injusticia de todo aquello, y solo podía mirar sin poder hacer nada mientras Eva se esforzaba por controlarse.

—Está volviendo a pasar, Angelo. Otra vez. El Éxodo.

Angelo solo pudo asentir con la cabeza, coincidiendo con ella, pero entonces Eva lo miró y sus ojos parecieron feroces; brillaban por el enfado y las lágrimas.

—Nuestras ceremonias giran en torno a nuestros hijos. Es muy diferente del catolicismo, donde se pide a los hombres que hagan una serie de promesas que les privan de sus raíces, de sus hijos, de la familia. No habrá descendientes de Angelo Bianco. Tu árbol acabará contigo.

Angelo sacudió la cabeza, pero no se molestó en defender a la Iglesia o a sí mismo. Eva estaba enfadada y tenía todo el derecho a

estarlo. El enfado, el dolor y el deseo de que las cosas fueran diferentes tanto en el mundo como entre ellos eran como una bola enredada con cuerdas entrelazadas e indistinguibles. Él lo entendía y, de alguna forma, también lo sentía así. Angelo no creía que Eva lo culpaba de cómo eran las cosas, pero sí de las cosas que nunca podrían ser.

—No he venido aquí para ver Santa Croce; es maravillosa, pero quizás otro día. Vamos.

Angelo le soltó la mano, la agarró del codo y la giró hacia el hermoso claustro a la derecha de la gran iglesia. La rodearon hasta que llegaron a la entrada de columnas de la renovada capilla Pazzi.

—La capilla Pazzi, de Filippo Brunelleschi, famosa por su arquitectura renacentista —repitió como un loro Eva.

Ella era de Florencia y, después de todo, Camillo Rosselli era su padre, un hombre que valoraba el aprendizaje por encima de todo. Sin embargo, Angelo estaba bastante seguro de que Eva no había visto más allá del exterior.

—Muy bien, ahora entra dentro y siéntate conmigo —le pidió.

Eva lo siguió dócilmente y entró en la silenciosa capilla. Claramente, esperaba bastante más de extravagancia, más opulencia. En su lugar, Angelo vio cómo se le suavizaba la cara y cómo al principio se le hinchaba y deshinchaba el pecho profundamente, como si no pudiera respirar. Luego, Eva se llevó la mano al pecho y la dejó descansar ahí, como si su corazón hubiera intentado salir y volar hacia la enorme belleza simplista del interior abovedado.

—Te gusta —dijo Angelo, más que complacido.

La llevó hasta la bancada de piedra que bordeaba las paredes por debajo de las grandes ventanas y columnas abovedadas que conformaban el perímetro rectangular de la sala. Angelo se sentó con un suspiro, estiró las piernas y se frotó la rodilla distraídamente con la mano. Siempre que llevaba la prótesis le dolía un poco, como un zapato que te hace rozaduras. Durante la mayor parte del tiempo no le importaba el dolor, le recordaba su debilidad y hacía que estuviera agradecido por su fuerza.

—Aquí es donde los monjes de Santa Croce solían sentarse hace

mucho tiempo. Era una sala de reuniones, una sala capitular —explicó en voz baja a Eva.

Estaban a solas en la capilla, pero el espacio exigía respeto.

—Me pregunto cómo sonaría el violín aquí —musitó Eva con los ojos puestos en la luz que salía del óculo de la cúpula encima de sus cabezas.

—Maravillosamente. Escucharte tocar el violín aquí sería como estar en el paraíso —dijo Angelo, deseoso de vivirlo.

La tensión que había sentido entre ellos durante todo el día había desaparecido en las puertas de la capilla, y ahí estaban, juntos en silencio.

—La planta de la capilla de Brunelleschi la forman el círculo y el cuadrado, una base rectangular con una cúpula central cónica. Cada espacio está dividido geoméricamente. Las dimensiones son matemáticas y cada proporción es perfecta. Todo está en armonía, nada es superfluo. El yeso blanco de las paredes, el gris de las columnas de piedra e incluso las pinturas circulares de terracota esmaltada son sosegadas, serenas y están equilibradas —explicó en voz muy baja.

—Ya lo veo —contestó Eva, asintiendo—. Me gusta. —Se detuvo y luego añadió con incredulidad—: He vivido toda mi vida en esta ciudad, ¿cómo no he estado dentro de esta capilla antes?

—Naciste en Florencia y lo das por sentado, pero yo he nacido en Nueva Jersey, que no es precisamente famosa por su arte. Incluso cuando era un chaval, uno bastante triste que echaba de menos su casa, supe ver que esta ciudad era especial. Si miras la ciudad desde las colinas que la rodean, ves las cúpulas, los campanarios y las murallas medievales de los castillos, y es casi como si no hubiera pasado el tiempo, como si el Renacimiento estuviera en pleno apogeo. Hay una sensación de atemporalidad, de ser transportado al pasado, quinientos años atrás, cuando se construían capillas como esta.

—¿Has subido a las colinas? Yo no —se burló Eva.

—¿Acaso dudas de mí?

Angelo sonrió y golpeó la prótesis con el bastón.

—No —dijo Eva, también con una sonrisa—. Creo que naciste con

media pierna para que los demás pudiéramos seguirte el ritmo.

—Eva, tú sí que hablas como una verdadera hermana.

—No soy tu hermana, Angelo —dijo suavemente.

Angelo no se lo discutió. Era curioso cómo ambos eran familia solo cuando les convenía, pero Angelo quería confesar algo y no podía esperar más.

—¿Eva?

—¿Sí? —Había miedo en su voz.

—¿Recuerdas cuando hace un año fuimos al cementerio judío y me dijiste que Camillo estaba preocupado por si me habían presionado para meterme en el seminario, como si me hubieran coaccionado un poco? —Eva asintió—. No quise admitirlo entonces porque tenía miedo de que, si lo admitía tú, no lo dejarías estar, pero tu padre tenía razón.

Eva levantó las cejas ante la confesión, pero Angelo continuó suavemente, decidido a sacarlo todo fuera.

—Antes de que me dejara aquí, mi padre me dijo lo que se esperaba de mí. Me contó que mi tío había estado investigando y había hecho algunas recomendaciones, y que yo iba a entrar en el seminario. Me aseguró que me iban a cuidar y a enseñar. Me dijo eso porque, debido a mi pierna, el trabajo físico como el que hacía él no era una opción para mí, así que la Iglesia era el mejor lugar para mí. «Te será difícil proveer para una familia, Angelo. Tu deber es ser capaz de proveer para ti mismo y no ser una carga para nadie» —citó en voz baja Angelo.

—¿Dijo eso?

Eva tenía las mejillas sonrosadas y las manos apretadas por la rabia.

—Sí —contestó—. Perdónale, Eva; yo lo he hecho.

—Podrías haber sido cualquier cosa que quisieras, Angelo. Todavía puedes.

—Ah, ahí está otra vez: la chica que cree que puedo caminar sobre el agua.

—Soy judía, Angelo, no creo que nadie pueda caminar sobre el agua.

Angelo sacudió la cabeza ante la muestra irrespetuosa de humor, pero no pudo evitar sonreír.

—Cuando estoy aquí, siento que simplemente puedo sumergirme en el espacio. Toda mi vida he estado físicamente desequilibrado por mi pierna, pero aquí todo tiene sentido. Todo es simple, y mi mente y mi cuerpo están en armonía. Hay equilibrio.

—Pero no puedes vivir aquí —añadió ella.

Angelo creyó que su intención probablemente era provocarlo, sin embargo, su voz sonaba quejumbrosa.

—No, no puedo, pero puedo hacer lo que sea para llevar esa paz a mi interior, para sentir que tengo una meta. Al principio no quería ser cura, Eva, pero he llegado a creer que es lo que Dios quiere que sea. Empecé a creerlo el día que vi a san Jorge. No sé cómo y no sé por qué, pero tengo que derrotar a mis propios dragones. Todos tenemos que hacerlo, y yo mataré a los míos de este modo.

Eva tenía la cara pálida y Angelo advirtió cómo le martilleaba el pulso en el cuello. Sentía el latido de su propio corazón en la cabeza y notó que una gota de sudor le recorría la espalda por debajo de la camiseta que llevaba bajo la sotana.

—Las obras de arte que te he mostrado hoy son antiguas, de antaño, pero el arte se centra en una cosa: la historia de la cristiandad, y esa verdad está viva y todavía inspira y mueve a hombres y mujeres. Es lo que nos separa del caos, del egoísmo, de la perdición. Es el respiradero para la esperanza y la luz en la oscuridad. Siempre ha sido suficiente para mí, más que suficiente. Me enamoré de la Iglesia católica a través del arte y luego me pidieron que diera mi vida por ella. Fue fácil para mí, ¿no lo ves? Cuando amas a alguien de manera tan completa, haces lo que sea por esa persona. Yo siento lo mismo por la Iglesia y por Dios. —Dudó durante unos segundos, pero luego suspiró profundamente y añadió—: Y también es lo que siento por ti.

Los ojos de Eva volaron hacia los de Angelo, que atisbó un destello de alegría en su profundos iris marrones que se desvaneció en cuanto se dio cuenta de que había más. Angelo no había acabado.

—Haría cualquier cosa por ti, Eva, cualquier cosa. —Pensó en lo

que Camillo le había dicho sobre no solo bendecir vidas, sino salvar las de los judíos, y eso le dio la fuerza para continuar—. Pero no puedo tenerte a ti y a la Iglesia. Necesito a la Iglesia, Eva. Necesito a la Iglesia, y creo que la Iglesia me necesita a mí.

Eva no respondió, nada de nada. No le ofreció ni una mirada, ni un suspiro, ni una palabra.

—¿Eva? —preguntó en voz baja, pero él lo sabía. Sintió la verdad que había entre los dos, oscura, espesa, escurridiza y peligrosa.

Eva se volvió y levantó la mirada hacia la suya.

A Angelo se le paralizó el aliento en la garganta a medida que se levantaba de la piedra con rigidez y daba un paso hacia delante. Tenía que alejarse de ella.

Por Dios, ¿qué había hecho? Eva no solo lo quería, estaba enamorada de él. Y él no podía entregarse a ella. La verdad que había estado evitando se introdujo en su pecho como el aceite: oscuro, espeso, escurridizo, peligroso.

Dio unos cuantos pasos más, se giró y volvió donde estaba. Eva se levantó para estar a su altura; le brillaban los ojos y los labios le temblaban.

«*Kyrie, eleison*». Señor, ten piedad. «*Christe, eleison*». Cristo, ten piedad.

—No puedo —susurró Angelo.

—Sí puedes —le susurró Eva, casi rogándole y abandonando cualquier pretensión.

Durante un minuto, Angelo dejó que la posibilidad le arrastrara de nuevo. ¿Podría? Cerró los ojos e intentó imaginar que abandonaba la Iglesia. Las palabras de su padre le retumbaban en la cabeza:

«Pertenece a la Iglesia, es el mejor lugar para ti. Tu trabajo es no ser una carga». Rechazó esas palabras, pero la voz de Camillo también apareció, ensordecedora: «Estarás en una posición donde podrás hacer el bien. ¡Salva a mi familia!». Y las palabras de monseñor Luciano fueron la guinda final: «Pero no es una parte de ti, Angelo».

—No puedo, Eva —dijo más firmemente—. Y no lo haré —añadió con voz severa.

Tenía que ser fuerte, no perdería la batalla en este momento, ni

siquiera por Eva.

—Ya lo has hecho.—Su voz sonó tranquila, pero el dolor era agudo y le hizo torcer la boca de forma irónica.

Se rio de sí misma y la agonía que se reflejaba en su cara se hizo eco en su pecho. Se veía reflejada en él, y él en ella; siempre había sido así. Cuando Eva estaba frente a Angelo, era lo único a lo que Angelo podía mirar. Eva llenaba su campo de visión, pero sus ojos estaban abiertos a una gloria diferente.

Los cerró durante unos segundos y tomó aire profundamente. Cuando los volvió a abrir, solo quedaba acero.

—Estuvo mal, Eva, en todos los aspectos, y lo sabes. Yo lo sé. Ninguno de los dos puede permitirse que vuelva a ocurrir. No pasará de nuevo.

Angelo mantenía los puños cerrados a los costados con firmeza.

—Te quiero, Angelo.

Esa era la verdad final; puede que la única verdad que realmente importara.

—¡Y yo te quiero a ti! —le contestó.

La verdad era aterradora, pero no tanto como para renegar del único camino en el que creía verdaderamente.

—¿Pero no lo suficiente?

—Más de lo que he querido a nadie jamás.

—Pero no lo suficiente —repitió ella.

—Somos lo que prometemos, Eva, y yo he hecho una promesa. No querrías a un hombre que no sabe mantener sus promesas, ¿verdad?

Se cruzaron las miradas y Angelo vio en los ojos de Eva que lo creía. Reconoció su derrota, advirtió su aceptación. Vio a Eva, la niña pequeña que siempre había cedido a sus caprichos y lo había seguido adonde fuera. Ella sabía que no cedería. El inflexible Angelo, lo llamaba ella. En una ocasión le había dicho que su virtud era tan descorazonadora como admirable y, en ese momento, Angelo no se sintió virtuoso.

Entonces Eva asintió; reconocimiento, consentimiento. Se le movió un músculo de la mandíbula y se le tensaron los labios. Sin decir palabra, Angelo le ofreció el brazo, pero ella no lo aceptó.

—Por favor, vete, Angelo. Vete —susurró Eva.
—Quiero acompañarte a casa. Necesito saber que estás a salvo.
—Y yo necesito que me dejes —dijo con más fuerza.
—No voy a hacerlo —insistió, deseando que cediera una vez más.
—Ya lo has hecho —contestó, y, cuando los ojos de Eva se encontraron con los de él, la niña pequeña había desaparecido—. Angelo, vete.

Era el turno de que él cediera.

Con el corazón abatido, se dio la vuelta y salió de la silenciosa capilla, consciente de que Eva no lo seguiría, ni esa vez ni nunca más.

1940

10 de junio de 1940

Confesión: sigo amando mi país, incluso después de lo que ha hecho.

Italia no ha sido leal a sus judíos, pero en mi corazón, magullado y traicionado como está, sigo siendo italiana y mi alma se estremece ante lo que le espera a mi país, incluso a pesar de que me haya rechazado.

Estamos oficialmente en guerra. Italia invadió Francia y declaró a su vez la guerra a Gran Bretaña. Ya no eran rumores o amenazas, conjeturas o palpitos del corazón; Italia había entrado en la guerra como aliada de Alemania. Somos aliados de un país al mando de un hombre que odia a los judíos.

Me pregunto cuántos hombres, cuántos judíos, tendrán que morir hasta que Hitler se declare ganador. Alemania ya ha invadido Dinamarca y Noruega, sometiéndolos sin piedad. Bélgica se rindió en tan solo dieciocho días. La siguiente es Francia. Cuando Inglaterra caiga, no habrá nadie más que les detenga.

Estados Unidos no quiere tomar parte en la guerra. Yo tampoco quiero. De todas formas, a los judíos no se les permite luchar. Los judíos que no son italianos están resentidos con nosotros por eso. De repente, la policía fascista está dando órdenes de trabajo por toda la ciudad. A los hombres y chavales judíos, y a veces también a las mujeres, se les puede sacar de sus casas de manera aleatoria para que caven la gravilla o las zanjas, o muevan ladrillos de un lado a otro. Es nuestro «deber patriótico», dicen los fascistas. Dicen que es lo mínimo que podemos hacer, como si nosotros hubiéramos hecho las leyes

que nos prohíben hacer el servicio militar. Mejor eso a que nos obliguen a luchar con Hitler, supongo. Sin embargo, quedarse sentado mientras otros luchan no me parece lo correcto, incluso si mueren por una causa horrible.

Angelo también me ha excluido. Excluido y abandonado, igual que ha hecho Italia. El pasado noviembre lo ordenaron cura y no lo he visto desde entonces.

Eva Rosselli

Capítulo 6

Shivá

Dos días después de que Italia entrara en guerra, Camillo interrumpió a Eva y a Felix en la sala de música. La mirada desesperada de su padre hizo que a Eva le sudaran las manos y que se le acelerara el corazón.

—Están aquí los oficiales de inmigración, Felix —dijo Camillo, abatido—. La policía, los *carabinieri*.

Felix se paralizó con el arco del violín alzado en el aire y moviendo el violín hacia una posición a la que no llegaría. La resignación se apoderó de los rasgos de Felix y las manos cayeron a sus lados al mismo tiempo que se le hundían los hombros. Colocó con cuidado su violín en el sofá y dejó el arco a su lado.

Todos descendieron las escaleras despacio, como si estuvieran caminando contra una banda invisible que deseaba mantenerlos en la sala de música, en la seguridad de Paganini y Bach, en la reconfortante rutina de las notas largas y las escalas.

En la entrada había tres policías italianos. Fabia los había acomodado y les había ofrecido un pisco. No podía acostumbrarse al hecho de que ya no tenía que abrir la puerta como si estuviera contratada; ya no era una criada. Era la señora de la casa, pero nadie la podía convencer de ello; en su cabeza nada había cambiado. Las maniobras de Camillo simplemente eran eso, maniobras. Era su casa y ella, la criada, querida, pero aun así, la

criada.

—¿Felix Adler? —preguntó uno de los policías bruscamente.

—Sí, yo soy Felix Adler —respondió el tío Felix con cansancio. Pareció casi aliviado, como si hubiera estado esperando la visita y estuviese agradecido por no tener que esperar más.

—Tenemos una orden de arresto.

—Ya veo. —Felix asintió despacio y colocó las manos detrás de la espalda, extrañamente dócil; ya no era ni el apasionado maestro ni el filósofo melancólico.

—¡Pero es un ciudadano italiano!

Camillo no se había resignado y parecía estar afectado, como si de alguna manera hubiera vuelto a fallar. Primero a Otto y, ahora, a Felix.

—Es un judío extranjero, se le quitó la ciudadanía con las leyes de 1938.

El policía enseñó a Camillo sus órdenes, en las que había todo tipo de sellos que parecían oficiales. A los italianos les encantaban los sellos.

—Pero consiguió una exención —insistió Camillo.

—También ha sido anulada.

El oficial dobló el papel y se lo metió bajo el brazo. Camillo se echó hacia atrás, conmocionado, y en sus mejillas apareció un color de enfado.

—¿Cuándo? ¿Por qué?

El policía ignoró a Camillo y se volvió a dirigir a Felix.

—Tiene que venir con nosotros, por favor.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó Camillo; la voz le temblaba de la furia.

—Se le retendrá durante un tiempo y, luego, se lo enviará a Ferramonti; o puede que a Campagna, en Salerno. A algún lugar del sur.

—¿Pero seguirá en Italia? —preguntó Camillo sin poder hacer nada.

Miró a su cuñado, pero Felix no dijo nada. Su aceptación silenciosa era casi igual de inquietante que la orden de arresto.

—Seguramente, no se preocupe. No somos como los nazis, no se le

hará daño. Estamos en guerra y esto es por la seguridad de Italia, eso es todo. Simplemente se trata de un confinamiento, nada de lo que tener miedo —los tranquilizó el oficial italiano.

Se había percatado de Eva y se le había hinchado el pecho; le sonrió como si la chica fuera a agradecer la atención en ese momento.

—¿Puedo preparar una bolsa de viaje pequeña? —preguntó Felix educadamente.

Eva no pudo más que mirar la cara pálida de su tío mientras esperaba una respuesta.

—Sí, pero debe darse prisa, no hay ni espacio ni tiempo para que coja todas sus pertenencias. Todas sus necesidades básicas estarán cubiertas.

Felix sonrió en agradecimiento y salió de la habitación. El oficial lo siguió, como si los arrestados tendieran a salir corriendo, pero se quedó arriba de las escaleras con la atención dividida entre Eva y la habitación de Felix. Este había dejado la puerta entrecerrada y podían escucharlo moverse, abriendo y cerrando cajones, haciendo saber a todo el mundo que estaba haciendo lo que se le había pedido.

Cuando se oyó el disparo, el sonido quedó extrañamente amortiguado, pero aun así, retumbó por toda la casa como un portazo. Durante unos segundos de estupefacción, nadie se movió. El oficial que estaba arriba de las escaleras fue el primero en reaccionar y entró bruscamente en la habitación donde se había disparado su detenido.

Todos se quedaron paralizados con la mirada elevada hacia el balcón que daba al salón, a la espera de una explicación. Luego se escuchó un grito y una serie de maldiciones en italiano mezcladas con ruegos a la *Madonna*.

Camillo comenzó a correr y subió las escaleras de dos en dos, algo que Eva nunca había visto antes. Camillo Rosselli no corría. Su reacción hizo que Eva subiera los escalones circulares detrás de él, pero antes de que pudiera entrar a la habitación de Felix, su padre se volvió hacia ella con las manos temblorosas y le ordenó que se quedara fuera.

—¡Espera, Eva! —le ordenó—. Deja que entre yo primero.

De repente, el *carabiniere* estaba de vuelta con la cara pálida y el

labio superior brillante. Cerró la puerta de la habitación de Felix tras él, como si hubiera dado carpetazo al caso.

—Está muerto —dijo—. Se ha disparado en la cabeza.

Su voz sonó neutra, pero su garganta ponía de manifiesto que se esforzaba por no vomitar. Se colocó la gorra negra evitando por primera vez la mirada de Eva desde que había llegado a la casa. Inmediatamente, esta lo empujó y alcanzó la puerta, irrumpiendo en el espacio masculino que olía a betún, a café y al jabón que usaba Felix cuando se afeitaba, pero también había otro olor: el de la sangre. También olía a sangre y a un aroma agrio que más tarde Eva reconocería como el de la pólvora.

—¡Eva!

Su padre la agarró del brazo y la echó para atrás, pero no antes de ver la piscina carmesí que se deslizaba como una criatura con vida por debajo de la puerta del armario y a través de las baldosas de terrazo.

Felix Adler se había metido en su armario, había cerrado la puerta y, serenamente, se había pegado un tiro.

En lo que a familias se refería, definitivamente ellos no eran una familia típica; Angelo estaba seguro de que la mayoría de familias judías no incluían a un cura y sus abuelos católicos, pero ellos eran la única familia que Felix Adler tenía. A Felix no le quedaba ningún padre, solo tenía a Santino y a Fabia. No tenía parientes, solo a Camillo, su cuñado. No estaba casado y no había tenido hijos, aunque había tratado a Eva y a Angelo como si fueran suyos. De este modo, Camillo, Eva, Santino, Fabia y Angelo se reunieron en la sinagoga antes del oficio; los cinco eran los *avelim*, los enlutados.

Angelo fue desde la parroquia en cuanto recibió la noticia, y Eva corrió a sus brazos, dejando a un lado la tensión que había entre ellos en favor de la preocupación inmediata. No habían tenido contacto desde que ordenaron a Angelo; ni cartas, ni telegramas, ni visitas amistosas. Habían pasado siete meses desde que recibió los sacramentos, siete meses desde la última vez que había estado en casa.

Ahora estaban uno al lado del otro. Eva se aferró a su brazo mientras el rabino Cassuto daba una pequeña explicación de algo inexplicable. La propia Eva no tenía mucho que decir. No se había alejado de Angelo desde el momento en que había llegado y, a pesar de que se agarraba a él, dándole a entender que lo necesitaba, permaneció en silencio; incluso lloró en silencio, como si Felix se hubiera llevado el sonido con él. Se había ido el maestro y, con él, la música.

Camillo quiso que tocara durante el oficio, pero ella simplemente negó con la cabeza y él pareció entenderlo. Le pidió a otro estudiante de Felix que tocara una pieza de Mendelssohn, algo que Felix habría apreciado, y se olvidaron del tema.

Antes de que empezara el oficio, hicieron jirones la camisa de Felix, un ritual llamado *keriah* que simboliza la separación y la pérdida en la estructura de la familia. A ellos los habían hecho jirones, y mientras cada uno cogía un jirón, recitaban un pasaje del libro de Job. El Señor otorga y el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor. Llevarían la tira de la tela atada a su ropa durante los siete días de *shivá**.

El Señor no se había llevado a Felix; Felix había decidido irse y, a pesar de que el suicidio se trataba con la misma seriedad en el judaísmo que en el catolicismo, nadie lo juzgó por ello y el rabino Casutto fue el primero en decir: *Baruch atah Adonai, Dayan Ha-Emet*», «Bendito seas, Adonai, verdadero juez».

—Felix fue una víctima de la guerra —añadió el rabino Cassuto, y ahí se quedó todo.

Angelo había oficiado su primer funeral hacía un mes; había muerto de repente en su empobrecida parroquia una querida madre y esposa. Había estado aterrorizado por haberle fallado a la familia en sus momentos de necesidad, pero descubrió que, mientras se centrara en el difunto y en sus seres queridos y dejara de preocuparse de sí mismo, estaría bien. Dio el servicio funerario en latín y el rabino Cassuto habló en hebreo; Eva tuvo que traducirle, pero los sentimientos eran prácticamente los mismos. Estamos hechos a la imagen de Dios, y a él retornamos.

Después del oficio, se unieron al cortejo hasta la tumba deteniéndose siete veces, para representar la dificultad de la tarea, el dolor del calvario, y, cuando al final bajaron el ataúd de Felix hasta el suelo, echaron tierra encima de su lugar de descanso definitivo, enviándolo de vuelta a la tierra. Era precioso y doloroso, al igual que la vida, al igual que volver a casa, al igual que volver a ver a Eva.

Volvieron a la casa y se pasaron el resto del día recibiendo a un constante flujo de amigos y vecinos hasta que al final, de la misma forma que el resto de rituales del día, eso también llegó a su fin. Ahora estaba sentado junto a Eva en una banqueta tan baja que se le había atascado la prótesis. Tenía los ojos puestos en la vela que habían encendido al volver y que se había estado quemando desde entonces.

—¿Qué significa *shivá*? —preguntó Angelo. Quería sacar a Eva de la soledad de su silencio; estaba tan retraída que le preocupaba.

—Significa siete —respondió de inmediato.

—Ah, ya veo. Hoy hemos parado siete veces y os sentaréis en el suelo durante una semana, siete días.

Curioso, habían pasado siete meses desde que no había estado en casa.

—Sí.

—¿Por qué el siete es significativo?

—Es de Job. Cuando lo perdió todo, sus amigos se sentaron con él durante siete días y siete noches y lloraron con y por él.

De nuevo, se quedaron en silencio. Angelo estaba perdido, le dolía el corazón y estaba casi al borde de las lágrimas, frustrado por no poder sostenerla y hacerla reír, por que las cosas entre ellos no pudieran ser más sencillas y cómodas, como lo fueron una vez. Se llevó los puños a la cabeza y confesó:

—No me puedo quedar, Eva. Me gustaría, pero tengo responsabilidades que no pueden esperar.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Gracias por venir.

—Si pudiera quitártelo, lo haría. Me lo llevaría conmigo. Te quitaría tu dolor y lo soportaría por ti.

Felizmente soportaría su dolor si eso significaba que ella no tendría que hacerlo.

—Lo sé —repitió como si de verdad lo creyera—, sé que lo harías, pero desafortunadamente, no es así como funciona el dolor, ¿no? Podemos causar dolor, pero pocas veces podemos curarlo.

—Habla conmigo, quizás así te sientas mejor. Cuéntame todo lo que significa esto.

Señaló con la mano toda la habitación, incluyendo la vela y los espejos cubiertos, las banquetas bajas y la comida de condolencia que había tomado la familia, una extraña mezcla de huevos, pan y lentejas; no era el tipo de comida que él hubiera elegido como consolación.

—Háblame de la vela —le sugirió, dándole algo por donde empezar.

—Un miembro de la familia enciende la vela inmediatamente al entrar en la casa. Se llama la vela de *shivá* y se quema durante los siete días.

Angelo asintió, animándola a seguir.

—La vela nos recuerda al alma de quien se ha ido y también a la luz de Dios. Después de todo, Él creó nuestras almas con esta luz. Es de un salmo, creo.

—La luz de Dios es el alma del hombre —citó Angelo.

—Sí. —Eva asintió—, así es.

Paró de hablar con una expresión contemplativa y Angelo la presionó un poco; no quería que se volviera a apagar.

—¿Y estas banquetas?

Eva parecía sorprendida, como si se hubiera olvidado por un momento de que él estaba ahí.

—Ah, así estamos más cerca de la tierra, más cerca de la persona amada que ahora está bajo ella.

Simbolismo. Era un cura católico; si algo entendía bien, era el simbolismo.

—¿Y los espejos? —la incitó.

Todos estaban cubiertos con una tela oscura.

—Durante el luto, uno no debe preocuparse por las apariencias, no se debe juzgar; la gente debería poder manifestar su dolor de cualquier forma necesaria. Es una forma de amabilidad para los que están de luto. El *shivá* se centra en aquellos que se han quedado atrás.

Angelo se inclinó hacia delante y le dio la mano para consolarla. Permanecieron sentados mirando la parpadeante vela con las manos agarradas en el espacio que había entre las pequeñas y extrañas banquetas.

—Viví un periodo de *shivá* después de que te ordenaran —soltó Eva de repente—. No me di cuenta de que era eso, pero durante una semana no salí de casa; no podía. Cubrí el espejo de mi habitación para no tener que mirarme y dormía en el suelo. Me dejaste, y yo estuve de luto.

Se rio sin emoción y le soltó la mano. Angelo no sabía qué decir, pero de alguna forma, ella le había pasado algo de su dolor, porque de repente le pesaba el corazón por la pena compartida.

Eva había asistido a su ordenamiento; ella, Camillo, Felix, Santino y Fabia: su familia. A menudo se había preguntado qué impresiones se habría llevado Eva ese día, qué habría pensado mientras estaba arrodillado, postrado en el suelo, con los brazos doblados debajo de él, la frente contra el suelo y los ojos cerrados, dejando que la letanía de los santos pasara por encima de él, a través de él.

«*Kyrie, eleison*». Señor, ten piedad. «*Christe, eleison*». Cristo, ten piedad. «Oh, Dios, hazme digno, hazme valiente, ayúdame a ser un valiente servidor. Ayúdame a ser más de lo que soy», rezó en silencio, con el único deseo de ser mejor, de ser digno.

La imagen del San Jorge de Donatello le vino a la cabeza y los ojos se le llenaron de lágrimas. «Ayúdame a derrotar mis dragones», susurró. «Ayúdame a resistir a la serpiente, ayúdame a resistir, ayúdame, ayúdame».

«Dios padre del cielo, ten misericordia de nosotros. Dios hijo, redentor del mundo, ten misericordia de nosotros. Dios Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros», entonaron las voces a su alrededor.

Tenía las manos ungidas y sujetas; las consagraba, las santificaba para que todo lo que bendijera estuviera bendecido por Dios. El obispo colocó las manos en la cabeza de Angelo y le preguntó si podía jurar obediencia. Angelo dijo que sí, sí a la obediencia. El obispo le preguntó entonces si podía dar su vida por Dios y renunciar al

patrimonio que tuviera. Angelo dijo que sí, sí a la pobreza. Finalmente, dijo que sí al celibato, renunciando al placer de la carne por los placeres del reino de Dios. Había dicho que sí; había consagrado su vida, su corazón y su lealtad.

Aun así, había dudado. Se había preguntado si Eva, mientras lo miraba, sentía lo mismo que él siempre que se alzaba la hostia consagrada y las voces cantaban en adoración. Se preguntó si habría visto la belleza y lo habría entendido; quería a toda costa que lo entendiera y necesitaba desesperadamente dejar de preocuparse por eso.

De repente, Eva se inclinó sobre él y Angelo creyó durante un instante que quería darle la mano. En su lugar, tiró de un hilo suelto que colgaba de la manga de la sotana y lo arrancó. Sostuvo el pequeño cordel entre los dedos, alisándolo una y otra vez.

Cuando, a la mañana siguiente, partió hacia Roma, el cordel de su sotana estaba atado alrededor de la tela de la camisa de Felix, que Eva llevaba prendida en la blusa.

En agosto, dos meses después de la muerte de Felix, el padre de Eva la llevó a la playa. Una excursión de un día, como lo llamaba él. Eso era todo lo que les permitían, excursiones de un día; no podían quedarse en los hoteles ni alquilar una casita, así que tomaron el tren de Florencia a Viareggio, caminaron diez minutos desde la estación, se quitaron los zapatos y pasearon por la arena, fingiendo que aquellas eran las vacaciones que realmente necesitaban.

Los tobillos de Camillo eran como dos palillos que salían de sus pantalones remangados. Se quitó el sombrero y dejó que la brisa le agitara el pelo canoso mientras el sol se reflejaba en sus lentes. Eva cargaba con el almuerzo y metió los zapatos dentro de la cesta para no tener que llevarlos en la mano. La playa estaba llena de sombrillas y risas de niños. Eva extrañó las playas de Maremma, con tramos tan solitarios que podías dar un paseo sin ver ni una sola alma.

Al final encontraron un lugar en el que sentarse y colocaron el

almuerzo encima de la manta, observando todo y nada, intentando disfrutar el cambio de escenario, aunque fuera el uno por el otro. El viento se levantó y los roció de arena y espuma, e indudablemente su almuerzo se volvió más crujiente.

—Es gracioso —dijo Camillo distraídamente, con la mirada fija en los pies.

—¿Qué es gracioso, *babbo*?

—Hay arena en mi sándwich y entre mis dedos.

Sacudió un pie y luego el otro, como si estuviera verificando que realmente tenía arena entre los dedos.

—No es que sea demasiado gracioso —se burló Eva.

—Me está poniendo de los nervios. Hay arena por todas partes: en mis pies, en la ropa... Se pega contra la piel suave y se mete en cada grieta y fisura que hay. Creo que no me gusta comer en la playa. No importa lo que haga, parece que no puedo evitarlo. —Su voz sonaba pensativa, como si estuviera cuadrando algo o resolviendo un acertijo. Eva simplemente esperó, acostumbrada a las vueltas que daba su padre a la hora de expresarse—. Pero la arena forma parte de mi negocio; la arena, la sosa y la cal. Sin la arena no habría cristal. Mi padre le puso el nombre de Ostrica, «ostra», a la empresa porque la ostra toma la arena y la convierte en algo precioso, como nosotros, que tomamos la arena y la convertimos en cristal.

—¡No sabía eso! El abuelo Rosselli era un romántico.

—Queremos convertir lo mundano en algo bello, ¿no está bien eso? —preguntó.

Eva recordó la conversación que había tenido con Angelo en el cementerio, cuando le explicó lo que era un mitzvá.

—Para ti todo es un mitzvá —contestó con voz suave.

Rodeó el brazo de Camillo, con los ojos puestos en el horizonte y sus pensamientos en Angelo y en las ostras. No importaba cuánto lo intentara: todo le recordaba a Angelo.

—No creas. Solo soy una ostra que se esconde en su concha, convirtiendo la arena en cristal.

Había un tinte melancólico en su voz; se advertía el dolor en ella. Eva volvió a fijar la vista y la atención en la cara de su padre.

— ¿De qué estás hablando?

— Realmente no soy tan diferente a los demás, supongo. He estado esperando a que se solucionara por sí solo.

— ¿Qué?

— El mundo, Eva, el terrible estado en que se encuentra el mundo. Pensaba que podría apañármelas, idear estrategias y adaptarme a las leyes. Y lo he hecho: he conseguido que el negocio siga a flote, he conservado la casa, os he mantenido a Santino, a Fabia y a ti... Pero el mundo no va en buena dirección; Italia no va a recuperar el rumbo, no sin ayuda. No puedo continuar de brazos cruzados, no puedo seguir escondiéndome en la concha mientras elaboro vidrio. Debo hacer algo más. Todos tenemos que hacer algo más, de lo contrario moriremos.

— ¿Babbo?

Eva escuchó la alarma en su propia voz y su padre se volvió hacia ella con los ojos llenos de pena.

— Tengo que ir a por tu abuelo, Eva. Se lo debo a Felix.

— ¿A Austria? ¿Pero no está en un campo?

— Los alemanes no querrán a un viejo, porque no será un buen trabajador. Compraré su libertad, les daré algo de valor. Comerciar se me da bien; soy un vendedor nato, ya lo sabes. Iré a por él y lo traeré de vuelta con nosotros, y luego Angelo nos ayudará a esconderlo hasta que acabe la guerra.

— ¿Cómo lo sacarás del país?

— Eva, Ostrica suministra botellas a muchas bodegas de Austria. He estado en Austria docenas de veces y tengo todas las excusas del mundo para viajar allí por negocios. Soy un ciudadano italiano y mis documentos lo reflejan claramente. Nadie lo cuestionará. También tengo documentos de identidad para Otto que aseguran que él también es un ciudadano italiano.

— ¿Cómo has conseguido documentos falsos? —gritó ella.

— Tengo una muy buena imprenta en Ostrica. ¿Te acuerdas de Aldo Finzi? Hace las etiquetas para las botellas, unas etiquetas preciosas, y hemos estado imprimiendo pasaportes, Eva. Estamos haciendo documentos falsos para los refugiados; es de los mejores trabajos que Aldo ha hecho nunca. No quería contártelo. Lo que no

sabes no puede hacerte daño.

—Oh, *babbo* —se quejó—, si te sorprenden con el abuelo, puede que os arresten a los dos. Se pueden apropiarse de la fábrica si descubren que estás falsificando documentos.

—La fábrica no es mía —dijo Camillo con delicadeza—, ¿cómo van a quitármela?

—¿Lo sabe *signore* Sotelo?

Gino Sotelo era el mejor amigo de su padre y el socio no judío.

—Sí, Gino lo sabe, y si me ocurre algo, espero que permita que Aldo continúe con su trabajo. Salvará vidas.

Se le revolvió el estómago y el corazón se le encogió. Sobre todo, estaba preocupada por su padre; lo que estaba planeando hacer lo pondría en un verdadero peligro. Eva realmente no creía que su abuelo siguiera con vida en Austria. Lo habían arrestado y se lo habían llevado. El tío Felix había perdido toda esperanza. Y entonces, ellos perdieron a Felix; aunque su pérdida fue algo gradual, un proceso lento, humillación tras humillación. Al final, cuando apretó el gatillo, ya no quedaba nada de él.

—No te preocupes, Eva. Estaré bien. Traeré de vuelta a Otto, no puedo dejarlo allí. Él no puede salvarse a sí mismo, ya no permiten salir a los austríacos, y menos aún a los que son judíos.

—¡No puedes ir! ¡Por favor, no vayas!

—Ya tengo todo preparado. No llamaré la atención, seré amable y silencioso, como siempre. Seré invisible y todo irá rodado, ya verás.

—Si te pasa algo, no tendré a nadie más, a nadie —lloró Eva, abandonando su valor por la honestidad.

No podía permitir que se marchara.

—Estaré bien, pero pase lo que pase, siempre tendrás a Angelo. Me lo ha prometido. Siempre tendrás a Angelo.

La voz de su padre era firme, como si su mera voluntad lo garantizara.

—Ay, *babbo*, ¡no lo entiendes! Nunca tendré a Angelo.

—Eva miró hacia el sol con los ojos entrecerrados, dejando que su luz los quemara mientras lloraba—. He perdido a Angelo, al tío Felix y, pronto, te perderé a ti también.

1943

16 de septiembre de 1943

Confesión: nunca me siento a salvo.

Justo el pasado miércoles, la gente estuvo bailando en la calle diciendo que la guerra se había acabado para Italia. El país se había rendido ante Estados Unidos y se había firmado un armisticio. Todo el mundo decía que los estadounidenses llegarían pronto y que nuestros soldados volverían a casa. Algunos incluso decían que derogarían las leyes raciales. Pero el sábado, los alemanes ocuparon Florencia. Han tomado el control de todo lo que está al norte de Nápoles. Se acabó la celebración, pero no la guerra. Solo han cambiado los bandos.

No sabemos nada de babbo. Trato de no pensar en él porque es demasiado doloroso. Puede que eso me convierta en alguien débil, pero he oído rumores sobre los campos de trabajo, y tengo miedo de no volver a ver a babbo, así que me lo he sacado de la cabeza por completo y sigo hacia delante. Perdóname, babbo.

Angelo está aquí, ha vuelto. Dice que todo va a ir a peor, no a mejor. Cree que tengo que volver a Roma con él; no entiendo por qué cree que en Roma estaré más segura. Los estadounidenses bombardearon Roma en julio y, hasta ahora, eso no ha ocurrido en Florencia, pero dice que puede esconderme. Ha estado ayudando a refugiados judíos desde el inicio de la guerra. Santino y Fabia se quedarán solos, pero Angelo dice que, si me quedo, solo los pondré en peligro. Ellos temen por mí y me han rogado que me vaya; creen que Angelo puede mantenerme a salvo. No saben que Angelo me hace sentir cosas

peligrosas. Me hace ser temeraria y estar enfadada. Me entristece. Y sé que él no se siente a salvo conmigo.

Eva Rosselli

Capítulo 7

La villa

Angelo había hecho el trayecto de Roma a Florencia doce veces en los últimos dieciocho meses, y ninguna de las visitas había sido de naturaleza personal. Tenía motivos para visitar su lugar de origen, conocía la ciudad y a sus habitantes, en particular a aquellos que se movían dentro de los círculos de la Iglesia, y hablaba inglés, bastante francés como para arreglárselas, un alemán aceptable y, por supuesto, un perfecto italiano. Era joven y guapo y llamaba la atención allá adonde fuera, pero la sotana, el alzacuellos y la ausencia de la extremidad le proporcionaban una coartada de la que no gozaban muchos hombres italianos.

Había muchos judíos escondidos en Italia; sin embargo, había el doble de soldados que buscaban refugio, que intentaban que no los matasen de un disparo o que los congregaran para ir a Alemania a trabajar en un campo. La rendición de Italia ante Estados Unidos el 8 de septiembre había puesto en una situación imposible a los soldados y a los ciudadanos. Ahora eran los enemigos de Alemania en lugar de sus aliados, y cuando los alemanes daban con algún soldado, lo consideraban prisionero de guerra. Algún que otro cura joven había tenido problemas con la Gestapo y otros tantos eran enviados a la cárcel hasta que alguien respondía por ellos. Angelo no tenía ese problema; era exactamente quien decía que era, lo cual le facilitaba todos los movimientos.

Esa mañana había escoltado a un grupo de refugiados extranjeros desde Roma, como le habían pedido. En el tren, había separado a los ocho refugiados para que, en caso de que detuviesen a uno, el resto todavía tuviera una oportunidad. Les dijo que fingieran estar dormidos para que, cuando les pidieran la documentación, la entregasen de manera soñolienta y sin hablar, para no exponerse.

El viaje duró seis horas, pero los refugiados habían interpretado su papel y todo había salido tan bien como había esperado. Los había escoltado desde la estación de Santa María Novella hasta la basílica del mismo nombre, que estaba cerca. En la iglesia, se encontraron con otro cura que los llevaría a Génova y, desde allí, otra persona los acompañaría, con suerte, hasta un lugar donde estuvieran a salvo.

Otros refugiados fueron escoltados hasta los Abruzos, desde donde los contrabandistas y un cura de la zona los llevarían a territorio aliado. Angelo no sabía quiénes eran; ninguno de ellos sabía quién estaba involucrado más allá del contacto inicial. Era más seguro así. Si detenían a una persona, esta no podría traicionarlos, porque no sabría nada. Era una red de voluntarios que solo conocían su papel. No había un cerebro ni una organización oficial, solo medidas desesperadas llevadas a cabo por gente dispuesta, y todo funcionaba por la gracia del Señor y la bondad y la valentía de las personas.

Sin embargo, Angelo no había ido a Florencia solo por los refugiados extranjeros; esa vez no. En esa ocasión, Angelo se dirigía a casa también por un motivo personal. Había estado observando y esperando; cuando en julio derrocaron a Benito Mussolini, al que reemplazó el general Badoglio, Angelo esperó con el corazón en un puño. Muchos creían que se derogarían las antiguas leyes y que todo volvería a su cauce. Pero eso no había ocurrido. Cuando los estadounidenses bombardearon Roma y el distrito de San Lorenzo quedó destruido, se preguntó si Florencia no sería el lugar más seguro en el que estar. Sin embargo, cuando se anunció el armisticio y los tanques alemanes entraron y ocuparon Roma, supo que no podía esperar más.

La guerra había destrozado Florencia, había ajado esa ciudad atemporal, que había agachado la cabeza tras un largo sufrimiento,

como una prometida viuda. Al igual que en Roma, había soldados por todas partes, colas eternas para el racionamiento y la gente no caminaba despacio, corría a toda prisa de un lado para otro, como si, al apresurarse, fuesen un blanco más difícil de alcanzar, más difícil de ver, más difícil de controlar. Los italianos eran gente entusiasta y efusiva y nunca tenían prisas; los italianos callejeaban.

Pero ya no. Ahora escapaban.

Angelo atravesó la gran puerta. No estaba cerrada. Tendría que regañar a su abuelo: ya no eran días de dejar las puertas abiertas. Atravesó el patio de la casa que una vez había llamado hogar, el lugar en que había jugado con Eva en la fuente y donde habían roto un par de ventanas cuando había intentado enseñarle a jugar al béisbol. Le alegraba ver que la casa permanecía igual; sus abuelos se habían ocupado de ella. Aún había flores de colores y los senderos estaban perfectamente cuidados, sin ningún escombros o señal de desastre como los que habían assolado Italia. El calor había cesado; el aire de septiembre era suave y el cielo, de un azul brillante. La belleza lo incomodó como si el clima templado y la brisa suave conspiraran con los nazis para que se confiaran.

Angelo se preguntó si la propuesta de sus abuelos de encargarse de la casa palaciega no lo convertiría en un objetivo más visible; una propiedad en el corazón de la ciudad, fácilmente accesible, que estaba detrás de un muro alto en una de las calles principales. Preciosa, bien cuidada, irresistible, al igual que Eva y el muro que se había construido alrededor de ella misma. Sin embargo, los muros no bastaban: era hora de que se escondiera. Tenía que convencerla de que se fuera de Florencia; a Eva y quizás también a sus abuelos. Estarían mejor fuera de la ciudad, lejos de una propiedad que podría ocasionar que atrajesen atención no deseada.

No se sabía nada de Camillo desde hacía tres años. Tres años y ni una palabra sobre si estaba vivo o muerto. La única palabra que conocían era «Auschwitz». Sonaba como un estornudo, inofensivo, pero cuando se pronunciaba entre los temerosos se convertía en otra cosa: en la parca, la peste negra. Solo eran rumores, pero los rumores bastaban para provocar que los judíos huyeran cargados solo con un

fardo de ropa en busca de un lugar donde esconderse. Otros se ocultaban en sus casas, esperando que la plaga de alguna forma no se percatara de ellos, que los perdonara y pasara de largo como había ocurrido en la antigüedad. Pero casi nunca ocurría eso.

Los más sabios se escondían. Camillo Rosselli no se había ocultado. Había confiado demasiado en que su ciudadanía italiana le serviría de protección. Solo sabían que habían mandado a Camillo a Auschwitz.

Angelo levantó la aldaba y dejó que repiqueteara contra la pulida puerta roja. Sus ojos se desviaron hacia la derecha, donde una vez había estado colgada la mezuzá.* Recordó el día en que Camillo lo quitó; era el año 1938 y, aunque tenía la espalda rígida, las lágrimas le recorrieron el rostro. Había puesto la casa a nombre de Santino y Fabia para protegerla de las leyes raciales. Cuando Angelo le preguntó por qué lloraba, le dijo que estaba avergonzado.

—Lo quito por miedo. Un hombre mejor lucharía por su Dios, pero yo no soy ese hombre. Me avergüenza decirlo, pero no soy ese hombre.

La puerta se abrió despacio y Fabia observó desde dentro, resguardándose de la luz de la tarde con la mano y entornando los ojos.

—¡Angelo! —jadeó, y dejó caer la mano con la que se ocultaba los ojos para tocarse las mejillas y luego acariciar las de él. Le agarró la cara, lo dirigió hacia ella y luego extendió los brazos para alcanzarlo. Era más pequeña de lo que recordaba, o puede que él hubiera crecido —. ¡Angelo! ¡Mi niño precioso! ¡Santino, mira quién está aquí! —gritó con la cabeza vuelta hacia el sombrío recibidor, cuya fresca amplitud llamó la atención de Angelo.

Pero este no buscaba ni descanso ni frescor, ni siquiera a su abuelo; Angelo buscaba a Eva.

—Estás muy grande —exclamó su *nonna*, y sus ojos volvieron a su cara arrugada—. Estás muy guapo, ¡*mamma mia!* Te pareces a tu padre.

De inmediato, Fabia se echó a llorar; eso no había cambiado. No podían hablar de su Angelino, su padre, sin que se le saltaran las

lágrimas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vio. Angelo sospechaba que no volverían a verlo más. Eso le molestó más por sus abuelos que por él mismo.

Su abuelo apareció tambaleándose desde la parte trasera de la casa, con las piernas encorvadas, aplaudiendo y llamando a Angelo por su nombre. Su pelo blanco no había cambiado, grueso y ondulado sobre su piel bronceada; sus ojos, los mismos que observaban a Angelo desde el espejo todos los días, brillaban y parecían aliviados.

—¡Has venido a casa! Has venido a casa, Angelo. Dinos que te puedes quedar un rato. Te hemos echado de menos.

Angelo besó en la mejilla a Santino y se inclinó para abrazarlo. A diferencia de sus ojos, la altura de Angelo no era algo que hubiera heredado de su *nonno*. Cuando se incorporó y dio un paso hacia atrás, dirigió la vista a la figura que bajaba las anchas escaleras de mármol que se extendían grandiosamente desde la entrada principal.

Eva llevaba un vestido azul oscuro que hacía que su piel pareciera de color crema, pálida y suave al lado del color zafiro. Estaba más delgada y llevaba más corto su pelo negro, cuyos rizos, que estaban de moda, le rozaban los hombros. Antes lo llevaba más largo; quizás la edad había hecho que fuese más consciente y cuidadosa de su aspecto y ahora le preocupaban más las opiniones de la gente. Eso esperaba; así estaría más segura. Eva lo saludó con un «hola» bajito. Su falta de entusiasmo contrastó de forma notable con las lágrimas de Fabia y los aplausos de Santino.

Angelo la saludó con la misma sobriedad, deseando poder abrazarla como a una hermana, deseando convencerse de que eso es lo que era y lo que siempre sería. Los ojos de Angelo buscaron durante un segundo el perdón en los de ella, pero no lo encontró. Los ojos de Eva parecían cautelosos. Era joven, solo tenía veintitrés años, pero reflejaba la misma intensa tensión que había visto en muchos otros a los que había ayudado y dado refugio en los últimos años, cosa que la hacía parecer mucho mayor de lo que era.

Aun así, seguía siendo la chica más hermosa que había visto nunca.

Eva bajó el último escalón y se aproximó a él, con las manos

extendidas. Angelo le agarró una entre las suyas.

—¿Es así como se hace? —preguntó Eva suavemente—, ¿así es como saludáis los curas?

Angelo sintió un ramalazo de enfado ante su tono de burla e inmediatamente picó el anzuelo. La envolvió entre sus brazos y la abrazó con fuerza, aunque brevemente.

Sintió cómo se sacudía, como si Eva no hubiese esperado el contacto, y el soplado que soltó le cosquilleó el cuello antes de que se separara de ella. Seguía oliendo al jazmín que Fabia cultivaba en las macetas que había debajo de las ventanas. Se mezclaba con un toque sutil de algo nuevo, como si la tristeza que sentía tuviera su propio aroma. Su pena era mayor que la última vez que la había visto; desde entonces, la vida le había dado unos cuantos golpes duros y ella los había absorbido todos. Su tristeza con aroma a jazmín estaba justificada.

Había pasado mucho tiempo. Debía haber ido antes, pero había estado intentando pasar página, había intentado dejar que ella pasara página. Se preguntó si tendrían que volver a empezar desde el principio, y de ser ese el caso, ¿serían capaces de llegar a un consenso; de ser amigos, incluso familia, una vez más, a pesar de que él fuese católico y ella, judía? Hubo un tiempo en que Eva lo hubiera seguido a cualquier lado, pero ahora no estaba seguro de que lo siguiera ni al otro lado de la calle. Sin embargo, haría lo posible por convencerla.

La cena fue escasa, nada abundaba en tiempos de guerra, pero Eva sacó una botella de vino austríaco de su padre y rieron y recordaron viejos tiempos, a pesar de estar tintados de frivolidad forzada. Eva participaba, no obstante; su sonrisa rápida se había ralentizado considerablemente por la tensión. De hecho, no estaba presente para nada. El brillo de sus ojos era más bien un destello nervioso, no uno travieso, y tenía la cabeza inclinada como si esperara que se produjera una desgracia. Eva siempre había sido una chica grácil, como si la música que creaba con el violín estuviera simplemente debajo de su piel. Ahora, en su postura se advertía quietud, como si la hubieran sujetado con tornillos. Odiaba verla así; hacía que su propia tensión aumentara considerablemente.

Hablaron de lo que estaba por venir. Fabia estaba segura de que las leyes raciales, las leyes que creó Mussolini para aplacar a Hitler, iban a derogarse ahora que el Duce había sido derrocado y que Alemania ya no era aliada de Italia.

—Las cosas van a empeorar durante un tiempo, *nonna* —dijo Angelo suavemente.

—¿Empeorar? —gritó Fabia.

Probablemente pensaba en las pérdidas que había sufrido Eva, la escasez de comida y las miles de muertes de jóvenes italianos en los frentes de Rusia y el norte de África. Y todo por una guerra y una ideología que la mayor parte del país no apoyaba.

—Tienes que volver conmigo a Roma, Eva. Por eso he venido.

Angelo se volvió hacia Eva, ignorando los rostros atónitos de sus abuelos.

—Roma no es más segura que Florencia —protestó de inmediato ella.

—Está mucho más al sur, más cerca de la línea de los aliados, y en Roma nadie te conoce. Tienes documentos falsos, ¿verdad?

No contestó. Se limitó a mirarlo; probablemente se preguntaba qué sabía y cómo lo sabía.

—Una identidad falsa aquí no te servirá de nada, Eva

—continuó Angelo como si Eva le hubiera dado una respuesta—. Aquí muchos te conocen, demasiada gente sabe que eres judía. De hecho, los papeles te meterían en más problemas. Eso es lo que metió a tu padre en problemas. Lo sorprendieron con documentos falsos. Úsalos y te torturarán hasta que les digas dónde los has conseguido y descubras a Aldo Finzi, Gino Sotelo, y también al *nonno* y la *nonna*.

Los tres tenían los ojos abiertos como platos y Eva, sentada en la mesa, corrió la silla hacia atrás.

—¿Cómo sabes lo de Aldo Finzi y el *signore* Sotelo?

—Lo sé todo. Nos han estado ayudando durante años. Y también sé lo que has estado haciendo tú.

—¿Nos?

—A la Iglesia —contestó Angelo.

No quería decir nombres. Por una parte, porque conocía a muy

pocos de ellos y, por otra, porque si no los nombraba, estarían más seguros. Reconocer que todo el mérito era de la Iglesia o, por el contrario, culpabilizarla de todo era algo hipócrita. Había visto a muchos sacerdotes y feligreses quedarse de brazos cruzados ante la amenaza de su salvación, pero había otros muchos que ayudaban en todo lo que podían, abriendo sus puertas, sus sótanos y sus corazones a refugiado tras refugiado. Había visto a monjas abriendo claustros que ningún hombre había pisado nunca; a los niños judíos los escondían en las escuelas católicas, las madres llevaban el velo católico y los hombres se convertían en monjes, aunque solo de forma temporal, y aprendían los rezos católicos para seguir con vida sin que nadie los intentara convertir.

—¿De verdad crees que mis amigos y mis vecinos me traicionarían ante los fascistas? Conozco a muchos de los policías locales, algunos de ellos incluso son amables. Ante todo, son italianos y, luego, fascistas, y la mayoría odia a los alemanes.

—Pero ahora los alemanes son los que están al mando, no los *carabinieri* locales. ¿Qué pasará cuando empiecen a ofrecer liras a cambio de nombres? ¿Cuando empiecen a ofrecer tres mil libras por judío? ¿Cómo de desesperados están tus amigos? ¿Y tus vecinos? Alguien te acabará delatando, Eva. Ya lo he visto otras veces. Algunos italianos incluso piensan que cuanto antes se encuentre a todos los judíos, antes acabará todo. «Dad a los alemanes lo que quieren y se irán», eso es lo que piensan algunos.

En ese momento, Santino y Fabia intervinieron para intentar calmar a Eva, aplacar a Angelo y averiguar cuál era la mejor escapatoria ante una amenaza a la que no querían enfrentarse. Era mucho más fácil confiar en que todo iría a mejor, pero Angelo sabía que no iba a ser así.

Dejaron de hablar del tema en aras de la tranquilidad y, al final, todos se retiraron a sus habitaciones. Angelo estaba de vuelta en su antiguo dormitorio, en la parte trasera de la casa, que, a pesar de que él nunca lo había sido, era la habitación de los sirvientes. Había deseado muchas veces que su presencia en esa casa estuviera claramente definida, que fuera tan simple de explicar o justificar.

Deambuló por la estancia y, finalmente, se forzó a sí mismo a arrodillarse delante de la antigua cruz que el *nonno* había colgado en su pared para que rezara. Era la oración de las completas, una hora que debería ser dedicada al elogio y a la gratitud, pero Angelo cambió el elogio y la gratitud para recitar salmos de ruego.

—Señor, muéstrame los caminos, enséñame tus sendas, guíame en tu verdad, porque tú eres el Dios de mi salvación; por ti, he esperado todo el día.

Desde que se había convertido en el sacerdote de una pequeña parroquia a los veintidós años, había estado suplicándole a Dios cada hora que le mostrara el camino. Era un canto que nunca se acababa en su cabeza, y no creía que eso fuese a cambiar en un futuro próximo. Cuando acabó, se levantó y se restregó la cara. Se sentía con renovadas energías. Se lavó las manos y se calmó. Luego, salió de la habitación, se deslizó por los pasillos y subió las escaleras decidido a terminar su batalla; no se marcharía de Florencia sin Eva.

La joven contestó a su llamada como si hubiera estado esperándolo y Angelo suspiró en silencio una oración de alivio por que no se hubiera cambiado para irse a la cama. No necesitaba ver a Eva con un camión largo y fluido, por mucho que este le cubriese el cuerpo. Se retiró de inmediato de la ventana que daba a los jardines de los que Santino se ocupaba cuidadosamente, a la pista de tenis en la que Eva antes derrotaba a Angelo y a la oscuridad de la luna que amenazaba su tranquilidad. Hizo que sintiera un agujero en el estómago y que las manos le empezaran a picar como si la Gestapo estuviera en las sombrías esquinas del patio, apuntando con sus pistolas a la preciosa chica iluminada y enmarcada perfectamente en la ventana. Angelo caminó hacia Eva, la apartó de la ventana y corrió las pesadas cortinas. Ella lo miró con las cejas arqueadas y sin protestar, pero rápidamente se alejó de él y se dirigió hacia el lado opuesto de la habitación.

—Una vez me dijiste que creías en mí. Por favor, créeme ahora. Las cosas que me han contado, la brutalidad que he presenciado... Los soldados que han vuelto a Italia han visto los campos y los trenes llenos de judíos, uno tras otro. Los refugiados cuentan historias. No es

propaganda. La gente no quiere creerlo, Eva, pero necesito que me escuches, necesito que vuelvas a creer en mí otra vez.

—¿Cuándo dije eso? ¿En 1938? Hace cinco años creía en ti, pero ahora no creo en nada. Me quedaré en Florencia con Fabia y Santino y haré lo que pueda para que no me detengan o me manden a un campo. ¿Vale? Puedes volver a Roma y a tu iglesia y seguir siendo el padre Bianco con la conciencia tranquila. Lo has intentado, yo me he negado. Fin de la historia.

—*¡Madre di Dio!* —maldijo Angelo con una exhalación.

Se reprendió inmediatamente a sí mismo y convirtió la maldición en una oración silenciosa. «*Madonna*, por favor, ayúdame a controlar mi temperamento y a salvar a esta chica». Añadió una súplica a su madre y a la de Eva, Adele, con la esperanza de que judíos y católicos fueran todos al mismo cielo.

Cuanto más tiempo pasaba sobre esta tierra, más seguro estaba de que la humanidad no tenía ni idea sobre Dios o el cielo, no cuando lo usaban como excusa para matar, para castigar y para discriminar. Amaba a Dios y, a cambio, recibía el amor de Dios, pero no sentía que tuviese derecho a él por el simple hecho de que se hubiese criado en el catolicismo o porque fuera cura.

—Tengo trabajo que hacer aquí, Angelo. Si sabes lo que he estado haciendo, como bien dices, sabrás que no puedo marcharme.

—¿Qué dice tu rabino?

Ahí la había pillado. Sabía perfectamente lo que decía su rabino. El rabino Cassuto ya había escondido a su mujer y a sus hijos en un convento. Angelo lo había ayudado a arreglarlo todo y, pronto, el rabino también se escondería. Las oficinas de la *delasem*, que el rabino había ayudado a dirigir, estaban cerradas. Todos los judíos de la organización seguirían actuando de forma clandestina a partir de ahora.

Eva simplemente lo miró y tragó saliva antes de hablar.

—No puedo esconderme sin más, Angelo —susurró ella.

—Te ayudaré, te esconderé.

—No me refería a eso. Si voy a Roma, tendrás que dejarme hacer lo que pueda. Quiero ayudar... Quiero hacer lo que haces tú —insistió.

Angelo notó su debilidad. No dejó que el alivio que sentía se reflejara en su cara; no había creído que pudiera convencerla.

—No estás en posición de hacer lo que hago yo —confesó—, pero si hay alguna manera en que puedas ayudar, te prometo que te lo diré.

—¿Por qué te importa, Angelo? Dime la verdad —preguntó en voz baja.

El joven empalideció y dio un paso atrás, como si Eva hubiera cruzado la habitación y le hubiera dado una bofetada; le escocían las mejillas como si lo hubiera hecho de verdad.

Eva tenía una expresión pétrea; sus ojos oscuros lo miraban directamente y tenía los brazos cruzados sobre el pecho.

—Qué tonterías dices, Eva.

Parecía el niño que una vez fue. Odiaba que en esa casa fuera Angelo y no el padre Bianco, siempre paciente e imperturbable.

—¿En serio? Te has desviado de tu camino para convertirme en alguien invisible. No existo para ti, Angelo. Soy judía. Hitler no quiere que exista, ¿lo recuerdas?

Durante un momento, ambos lo recordaron, demasiado bien, pero aquello no tenía absolutamente nada que ver con que ella fuera judía, y Eva era consciente de ello. Angelo comenzó a tener dificultades para respirar mientras sentía que Eva le aprisionaba el corazón. Eva era su prisión... y también su perdición. En eso se había convertido para él, y no podía negarlo.

17 de septiembre de 1943

Confesión: me voy a Roma con Angelo.

No sé qué otra cosa hacer. Todo está muy silencioso y todo el mundo está muy nervioso, esperando. El rabino Cassuto insiste a todo el mundo en que abandonen sus casas y se escondan. Al parecer, hay fascistas fanáticos — escuadrones militares— que capturan a judíos y antifascistas, y nadie los detiene. Los alemanes han deportado a miles de judíos de Niza, en Francia; judíos a los que protegía el ejército italiano, un ejército que ahora está disuelto. El rabino Cassuto dice que los alemanes no se irán de Italia y, que ahora que no estamos de su lado, no respetarán nuestras leyes ni nuestras ciudadanías. El Gobierno italiano ya no puede protegernos más, ni aunque quisiera. Nadie puede hacerlo. El tío Augusto, la tía Bianca, Claudia y Levi ya están en Roma. Levi está estudiando Derecho en la Pontificium Institutum Utriusque Iuris, la única universidad que acepta alumnos judíos. Parece que el tío Augusto cree que el Vaticano podrá proteger a los judíos en Roma, pero eso todavía no ha ocurrido.

Eva Rosselli

Capítulo 8

Roma

Eva y Angelo tomaron el tren temprano, y Santino y Fabia se despidieron de ellos con una sonrisa alentadora en la cara, aunque con preocupación en los ojos. El andén estaba lleno de la ajetreada gente habitual que se prepara para ir de viaje, unos desembarcando y otros empujando para subirse al tren. Todo el mundo a su alrededor iba con prisas; los alemanes observaban y se escuchaban silbidos, lo que los hacía apresurarse en sus despedidas y elevar las voces por encima del estruendo. Los cuatro se mantuvieron juntos, con los brazos unidos y las cabezas agachadas para escuchar las palabras y muestras de cariño.

—Cuida de ella, Angelo —dijo el *nonno* mientras acariciaba las delgadas mejillas de Angelo.

Angelo besó la frente de Santino y lo abrazó con fuerza.

—Recuerda lo que te he dicho, *nonno*: no te resistas. Si los alemanes aparecen en la puerta, dales lo que quieren. Solo tenéis que preocuparos de vosotros mismos. Camillo no querría que la *nonna* o tú sufrierais ningún daño por proteger sus posesiones. Lo único que le importaba era Eva, y yo la mantendré a salvo. Lo prometo.

Por extraño que pareciera, Fabia no lloró; parecía estar demasiado asustada como para hacerlo. Le temblaban las pequeñas manos y le flaqueaba la sonrisa. Eva resistió la necesidad de decirle a Angelo que había cambiado de opinión al sentir de repente que esa sería la última

vez que vería a Santino y a Fabia, que iban a acabar mezclados en el éter de la misma forma que lo habían hecho su padre y el tío Felix, sin volver a ver o a saber de ellos nunca más. Se le debió de notar el pánico, porque Fabia le dio las manos y reemplazó el miedo de su cara por un gran afecto.

—Te queremos, Eva —dijo firmemente—. Hemos vivido una buena vida, hemos sido felices. No te preocupes por nosotros, nos tenemos el uno al otro y estaremos bien. Algún día, la guerra acabará y volveremos a estar juntos de nuevo, y tocarás de nuevo para mí, ¿de acuerdo?

—Sí —susurró Eva, incapaz de contener las lágrimas.

Fabia la atrajo hacia sí y le dijo al oído:

—Dios vela por ti, y por Angelo también, y es un dios bondadoso.

Eva abrazó a Fabia con fuerza, pero su mente rechazó ese sentimiento. Dios velaba por todo el mundo o por nadie. Demasiadas personas habían acudido a él sin obtener respuesta alguna.

Angelo le tocó el brazo, cogió la pesada maleta de Eva y colocó su pequeña bolsa encima, que sujetaba debajo del brazo mientras se inclinaba apoyado en el bastón para que su pequeña *nonna* lo abrazara una vez más. Eva agarró su pequeña valija y el violín y subieron juntos al tren mientras prometían escribirles en cuanto llegaran a Roma.

—Estarán bien, no tienen nada de lo que preocuparse —le aseguró Angelo con cariño.

No dijo: «Ahora que tú no estás», pero Eva sí lo escuchó. Aquellos que refugiaban a judíos no estaban a salvo ahora que los alemanes estaban al mando.

—Este es tu pasaporte —continuó Angelo, que le dio un documento. Eva lo agarró, confundida.

—Tengo un pasaporte, Angelo.

—Un cura no viajaría a solas con una mujer joven que no es de su familia. Ahora eres mi hermana, ¿ves?

Señaló el documento que Eva sostenía y ella lo observó con detenimiento.

Parecía completamente auténtico, desde los diferentes sellos y el

emblema de la parte de delante hasta el tipo de letra del interior, que Eva conocía porque había estado ayudando a Aldo a hacer documentos falsos desde que su padre se fuera y no volviera. Ahora su nombre era Eva Bianco y no era judía.

—¿Cómo?

—Aldo —se limitó a decir—. Se lo pedí hace tiempo, por si acaso.

—¿Soy de Nápoles? —preguntó Eva en un tono de voz que solo escuchó Angelo.

—Nadie dará información a los alemanes que puedan rastrear al sur de la línea aliada. No tienen manera de verificar que no eres quien dices ser.

—Pero no tengo acento napolitano.

—Un alemán no lo notará. Tú hablas italiano, ellos no, y, en caso de que lo hicieran, podrías imitarlo. Siempre has tenido buen oído, y un alemán no será tan perspicaz como para distinguir dialectos.

La conversación secreta se acabó abruptamente cuando una pareja con un niño entró en el compartimento y se sentó enfrente de ellos. Unos minutos después, los siguió un hombre corpulento que se sentó a la derecha de ellos. A no ser que quisieran hablar de idioteces, lo que t demasiado trabajoso, no hablarían mucho durante el viaje. Era mejor así. Eva no necesitaba hablar con Angelo; no necesitaba a Angelo para nada. Iría a ver a su tío Augusto en cuanto llegaran y tenía la intención de mudarse con él, la tía Bianca, Claudia y Levi. Se quedaría con ellos hasta que los alemanes se marcharan de Italia. Ayudaría a Angelo con el trabajo de los refugiados si encontraba una imprenta; se había convertido en una experta aprendiz de impresor. No se escondería en un convento, como había sugerido Angelo la noche anterior.

Las primeras horas del viaje transcurrieron sin incidentes, pero en la estación de Chiusi, subieron al tren varios oficiales alemanes acompañados de un traductor civil que llevaba un brazalete negro, símbolo de su afiliación al régimen fascista.

—*Documenti!* —gritó el civil.

La gente empezó a buscar sus pasaportes. A Eva se le humedecieron las palmas y se le entrecortó la respiración. Siempre

había una primera vez para enseñar un pasaporte falso, y esta era la suya. Aldo siempre le había dicho que los pasaportes que hacía eran excepcionales: lo iba a comprobar dentro de poco. Angelo parecía estar completamente tranquilo y, cuando se acercaron los alemanes y pidieron los documentos, inclinó la cabeza de una forma sacerdotal y los colocó en la mano del oficial.

El alemán observó el pasaporte de Angelo durante lo que pareció una eternidad, le susurró algo al intérprete italiano y, aunque Eva hablaba alemán fluidamente, no escuchó lo que dijo. Al final le dirigió una mirada tenue y sospechosa a Angelo, que no parecía estar para nada preocupado por el escrutinio.

Después miró a Eva, que estaba sentada al lado de Angelo, y entrecerró aún más los ojos. Le puso la mano delante de la cara.

—Documentación.

Eva le colocó en la mano el pasaporte que Angelo le había dado apenas unas horas antes.

El alemán observó el documento con el mismo recelo.

—Así que Bianco, ¿eh? Interesante. ¿Su apellido es el mismo que el de usted? —dijo mirando a Angelo, y su acompañante se apresuró a traducir.

—Es mi hermana —mintió Angelo tranquilamente.

Eva pensó que era un buen mentiroso.

—*Sie ist meine Schwester* —repitió el traductor.

—No creo que esta sea su hermana, creo que es su esposa —dijo el alemán.

El traductor se apresuró a escupir las palabras que ya habían entendido.

—Hasta donde sé, es un desertor —continuó—. Un italiano cobarde, un soldado que huye de sus responsabilidades. No creo que sea cura.

—Ella es mi hermana y yo soy cura, no un soldado ni un desertor.

—Angelo se levantó la sotana y señaló la prótesis, que atrajo la atención del inspector alemán—. Nunca he sido soldado; a los hombres con una sola pierna se les da mejor ser curas.

Convencido, aunque no contento con ello, el soldado les devolvió

los pasaportes con un resoplido y continuó con sus siguientes víctimas. Se había centrado tanto en Angelo que casi no se había fijado en el pasaporte de Eva, lo justo para decirle lo del nombre. Eva deslizó el pasaporte en su bolsa y se permitió respirar por un momento. Desvió los ojos hacia los de Angelo y este la observó con una ligera sonrisa en la mirada. No tenían privacidad ni oportunidad de celebrar su pequeña victoria, pero cuando Angelo se dio unos golpecitos en la nariz, Eva se tiró de la oreja: una antigua señal de béisbol que Angelo le había enseñado hacía tiempo. Luego, desvió la mirada hacia la ventana para no devolverle la sonrisa.

A la joven le asombraba la tranquilidad con que Angelo llevaba su prótesis; no siempre había sido así. Le hizo esperar seis meses hasta enseñarle la pierna; había estado muriéndose de ganas y él se había mostrado reticente. A cambio del privilegio de enseñarle la pierna «que no había», Eva le había leído sus confesiones, una entrada de diario tras otra, y él había escuchado como si fuera la persona más fascinante del mundo.

Angelo no la había vuelto a mirar así en mucho tiempo.

De hecho, Angelo se esforzaba mucho por no mirarla. Incluso ahora, tenía los ojos puestos en la ventana, viendo pasar el campo, un borrón de colores y siluetas; la velocidad borraba los detalles y la definición hasta que parecía más una pintura emborronada que la vida real. Por la forma en que Angelo era ahora, Eva casi creía que el chico que una vez fue tampoco era real.

Eva sacó su diario y un bolígrafo de la bolsa y lo abrió por una página en blanco; necesitaba hacer algo para dejar de mirarlo, para olvidarlo, pero en su lugar, se acordó de la primera vez que escuchó su nombre.

Angelo. Angelo Bianco. «Ángel blanco».

Lo quiso de forma instantánea. Ambos habían sufrido pérdidas, eso era cierto, pero Angelo lo había vivido antes, y eso le pesaba profundamente. Eva casi no la había sentido y puede que eso fuera parte del problema. Él había aprendido a una edad temprana a despedirse de las cosas y de la gente. Ella lo experimentó más tarde y de forma repentina.

La pérdida de su madre no le afectó cuando ella murió, pero ahora la sentía más; ahora era la única Adler que quedaba. Tristemente, siempre recordaría a su madre muriéndose, pero su padre nunca estaría muerto para ella. Eso es lo que ocurre cuando te despides de alguien, cuando lo ves subir a un tren y nunca vuelve a casa. En algún lugar de tu interior, siempre crees que volverá.

Ir a Austria fue una tontería. Lo supo cuando escuchó el plan de su padre. Él la tranquilizó diciendo que siempre tendría a Angelo.

«Siempre tendrás a Angelo. Me lo ha prometido. Siempre tendrás a Angelo».

También se había equivocado en eso; Angelo nunca le había pertenecido, y nunca lo haría. Excepto una vez, durante unas pocas horas, en Maremma. El recuerdo le causó el mismo dolor de siempre.

—¿Aún sigues escribiendo en esa cosa vieja?

Había una sonrisa en la voz de Angelo. Eva levantó la mirada del grueso diario de cuero. No era el antiguo diario que él recordaba. Había llenado cuatro de ellos, pero siempre los escogía del mismo estilo, como si eso le diera constancia.

—Sí, pero no tan a menudo, evidentemente —contestó.

Cerró el diario y colocó alrededor la tira elástica que sujetaba las hojas y lo mantenía cerrado.

—¿Todavía escribes confesiones? —preguntó suavemente Angelo.

—No —mintió—. He decidido que las confesiones son cosa de curas. —Se dio cuenta de lo agresiva que había sonado e hizo un gesto como para retirar las palabras—. Solo escribo lo que pasa, eso es todo.

—¿Sobre qué estabas escribiendo... justo ahora? —le preguntó mientras Eva lo fulminaba con la mirada. Angelo levantó el brazo y la arruga que tenía entre las cejas se suavizó—. Solo trato de entablar conversación, Eva, no te estoy interrogando. Deja de mirarme así.

Eva se dio la vuelta y Angelo volvió a colocar la mano en su regazo. Se sentaron en silencio durante unos momentos hasta que Eva cedió con un suspiro.

—Pensaba en Maremma. En el viaje en tren. Fue horrible.

No especificó a qué viaje se refería.

—Pero aun así, seguíamos yendo, todos los años —dijo él con una

sonrisa.

Eva no quería que sonriera. El destello de sus dientes blancos bajo sus labios perfectos le provocó una punzada de malestar, así que miró hacia otro lado. Cuando Angelo le sonreía, sentía un terrible dolor.

—No volveré a ir —añadió firmemente.

Cerró los ojos para fingir estar dormida, pero en su lugar pensó en la última vez que había visto la casa de tejas rojas con el enorme porche rodeado de bosque y playa, lo mejor de los dos mundos.

La determinación de Camillo para evadir las leyes raciales había impresionado a Angelo; en su momento, le había dado muchas esperanzas. Después de que por primera vez se aprobaran las leyes en 1938, Camillo había traspasado su casa a Santino y a Fabia con la promesa de que todo seguiría igual que siempre. Eva y él «pagarían un alquiler» por las dos habitaciones que ocupaban; ese dinero equivalía a lo que les había estado pagando Camillo de sueldo al mes, así que nada cambió y las cosas siguieron su cauce sin problemas.

Sobre el papel, Gino Sotelo se convirtió en el único propietario de la fábrica de vidrio Ostrica, pero los dos redactaron un contrato donde se decía que nada había cambiado, lo firmaron delante de un abogado de Estados Unidos y establecieron un fideicomiso con una gran cantidad de dinero a nombre de Angelo. Este todavía era ciudadano estadounidense, así que funcionó. Camillo iba a trabajar, pero sin cobrar nada; si alguien preguntaba, simplemente los estaba asesorando.

La confianza era algo necesario. ¿Qué había dicho Eva hacía mucho tiempo? A veces Dios trabaja a través de las personas. Era cierto, y Camillo Rosselli tenía que trabajar con personas. Se las arregló para evadir las leyes, tal y como había dicho que haría, confiando en su gente más cercana. Había dado todos los pasos correctos, pero entonces, dio uno equivocado.

Angelo sabía que Eva no estaba durmiendo, aunque el ritmo y la vibración del tren con destino a Roma la estaba adormilando. La joven

intentaba mantener las distancias entre ellos. Había hablado de Maremma y se había retraído en sí misma. No podía culparla; tenía el mismo efecto en él, y sus recuerdos de Maremma eran igual de duraderos y complicados. Lo había sorprendido que Eva lo hubiera mencionado; fue devastador cómo acabó todo.

Cuando era más joven, se quedaba todo el mes de agosto, al igual que el resto de la familia, pero cuando se hizo mayor y tenía que estudiar más, un mes entero ya no era viable. Además, por mucho que quisiera a su familia y la playa, tres semanas de sol, arena y la belleza de Eva no eran saludables para un seminarista joven, independientemente de si decían que eran primos o no. Sin embargo, su *nonna* le rogaba, le suplicaba y le engatusaba, hasta que al final iba, aunque fuera solo unos días.

A Angelo le encantaban las playas de Maremma. Era un lugar lleno de recuerdos tintados de calor y blancura; arena blanca, conchas blancas, toallas blancas y el vestido blanco que Eva llevó ese verano de hace tanto tiempo, cuando recibió su primer beso.

También fue el primer beso de Eva, aunque estaba bastante seguro de que le habían dado muchos más desde entonces. Eva lo había convencido de que tenían que averiguar de qué iba todo ese lío. Ella tenía doce ese verano y él catorce; aún era muy joven y estaba muy lejos del sacerdocio como para preocuparse por su alma inmortal si besaba a una *signorina*. La sugerencia de Eva le había parecido lógica, incluso tentadora, por lo que se encogió de hombros y dejó que Eva atrajera su cara hacia la de ella.

Los labios de Eva eran suaves, pero los suyos estaban llenos de arena, y la chica arrugó la nariz y se rio cuando sus bocas se tocaron.

—¡Me haces cosquillas!

Se rascó la nariz y lo volvieron a intentar, pero ninguno de los dos cerró los ojos. Se quedaron mirándose el uno al otro a pesar de que estaban demasiado cerca como para ver algo aparte de pestañas y pecas.

Se quedaron inmóviles, con los labios tocándose, hasta que Eva empezó a reír.

Angelo se retiró y se restregó la boca, avergonzado.

—Creo que lo estamos haciendo mal —musitó Angelo.

—¿De verdad? —Eva frunció el ceño y dejó de reírse—. ¿Qué más deberíamos hacer?

—Bueno, para empezar, podrías cerrar los ojos.

—¡Pero tú tampoco los has cerrado! —discutió Eva.

—Yo también los cerraré.

—Vale, ¿qué más?

Angelo estaba bastante seguro de que los besos incluían la lengua. No estaba seguro de cómo, ya que parecía ser extremadamente húmedo y un poco asqueroso, pero pensó que haría un intento. No se lo diría a Eva; así, si no funcionaba, diría que había sido involuntario.

—Inclina la cabeza para que no nos demos con la nariz —le indicó.

—Vale, y tú acércate para que no tengamos que estirarnos —sugirió Eva.

Lo volvieron a intentar y Angelo se aseguró de que no tenía arena en los labios. Se inclinaron y cerraron los ojos a la vez, inclinando la cabeza instintivamente. Fue mucho mejor, sobre todo porque Eva no se estaba riendo. Angelo sacó un poco la lengua y rozó con ella el labio superior de Eva. Sabía como el sol y las uvas. Eva se puso rígida por la sorpresa, pero no se apartó. Angelo cogió puñados de arena mientras Eva le devolvía la caricia con la lengua. Luego, la lengua de Angelo tocó la de ella y sintió el sabor a sol y uvas en la boca y cosquilleándole la nariz. El chico tenía la mirada perdida, estaba completamente ebrio a causa de esa sensación.

Entonces, la *nonna* de Angelo los descubrió. Los llamó a voz en grito y pegó a ambos en la cabeza mientras se santiguaba y rezaba entre bofetadas. Los castigaron durante dos días y Camillo se sentó a hablar con ellos seriamente.

Cuando Camillo acabó con la extraña y farragosa charla sobre hombres, mujeres, bebés y besos, Eva simplemente se echó a reír y se levantó de su asiento de un salto. Se sentó en el regazo de su padre y lo miró a los ojos con una cara mortalmente seria.

—¡*Babbo!* Ha sido asqueroso, ha sido como besar una ostra. No quiero volver a besar a ningún chico en toda la vida.

—Ah, ¿sí? —se interpuso Angelo, pasmado, porque la experiencia

había sido muy diferente para él.

—¿No?

Camillo parecía igual de asombrado que Angelo.

—¡No! Ha sido un desafío tonto. Angelo es como mi hermano, y yo soy su hermana. No volverá a pasar, *babbo*, no te preocupes. Ahora, por favor, necesito a mi amigo de vuelta, no quiero pasar todas mis vacaciones sola.

—¿Angelo?

Camillo lo miraba con las cejas arqueadas.

—¿Eh? —Estaba totalmente perdido y habían herido sus sentimientos.

—¿Besar a Eva ha sido como besar una ostra? —preguntó Camillo.

Los ojos de Angelo iban desde la cara de Eva hasta las lentes de Camillo, de un lado a otro. Siempre intentaba contar la verdad, sobre todo a Camillo. ¿Debía decirle que para él no había sido como besar una ostra en absoluto? ¿Debía decirle que habían sido los quince segundos más maravillosos de su vida? Eva tenía los ojos abiertos de forma graciosa y la cabeza inclinada. Lo miraba como diciéndole: «¡Sígueme el rollo, tonto!».

Ah.

¡Ah!

—Esto... sí... Bueno, puede que como besar una ostra, no..., pero ha sido baboso y un poco asqueroso, como besar a la *nonna*, tal vez — mintió Angelo.

Eva se rio, ni lo más mínimo ofendida.

Camillo miró a Eva con los ojos entrecerrados y Eva le agarró la cara y le besó en la mejilla.

—No te preocupes, *babbo*. Angelo es mi hermano. Ahora, ¿podemos irnos a la playa, por favor?

El recuerdo le hizo sonreír a Angelo. Eva fue ladina y convincente. Camillo suspiró y ellos se fueron, pero no les dejaron a solas de nuevo, ni una vez en lo que quedaba de verano. No hubo más besos. Fue como si se hubiera tomado una decisión. La respuesta de sus mayores había dejado el camino claro. Si querían permanecer en la vida del otro, besarse ya no era una opción.

Nunca habían hablado de ello; nunca habían admitido que había sido bonito, un recuerdo precioso. Pero durante los años siguientes, no fueron capaces de hablar de otras sin sonreírse, y, cuando eso ocurría, Eva lo miraba a los ojos y a Angelo se le encogía el corazón.

Se frotó distraídamente el pecho con la mano para aliviar el dolor del pasado. Su mano encontró la cruz y la recorrió con los dedos. Cerró los ojos e intentó recitar sus oraciones de media mañana, pero con el traqueteo del tren y la figura de la joven que tenía a su lado, su cabeza viajó a otros lugares, de vuelta a playas blancas y a besos prohibidos.

Capítulo 9

La iglesia de Santa Cecilia

Se escuchó un gong y un silbido, y Angelo se despertó sobresaltado. Estaban en Roma. Al final se había quedado dormido. Eva también, y tenía la cabeza apoyada en su hombro, como si hubiera tratado de apoyarse contra el asiento pero hubiese perdido la batalla contra la gravedad. Ante el arrebató de ternura que sintió hacia ella, cerró los ojos y pidió fortaleza por enésima vez desde que la había visto el día anterior.

Eva se revolvió contra el hombro de Angelo y se apartó de una sacudida. Angelo acabó su oración y extendió los brazos mientras ella se recomponía. Se enderezó el alzacuellos y, antes de colocarse el sombrero negro de ala ancha en la cabeza, se peinó sus cortos rizos con las manos. Siempre que los mantuviera cortos, las ondas se amoldarían a la forma de la cabeza y no se rebelarían.

—Ya estamos aquí —dijo suavemente, volviéndose finalmente hacia ella.

Eva asintió agachando la cabeza mientras se colocaba el pequeño sombrero. Se pintó los labios de rojo y cerró de golpe el neceser, que metió dentro de su pequeña valija.

Se levantaron y se dispusieron a salir del tren a una abrumada, confusa y animada estación, a pesar de que ese día de septiembre aún hacía mucho calor.

—He conseguido que te alejes en un sitio no muy lejos de donde

vivo —dijo él, lanzando las palabras por encima de su hombro mientras zigzagueaba entre la multitud y usaba su bastón para abrirse camino.

—Me quedaré con mi tío. Le envié un telegrama, me están esperando —contestó Eva tras él.

Angelo se detuvo bruscamente y Eva maldijo entre dientes al chocar contra la espalda rígida de él. Angelo volvió a caminar casi de inmediato, pero cuando llegaron a la calle y dejaron las maletas, mientras esperaban el autobús en el que cruzarían la ciudad, le murmuró al oído su desaprobación.

—Viven en un vecindario predominantemente judío.

Eva arqueó una ceja sutilmente y frunció los labios, esperando a que continuara.

—Vivir con una familia judía es lo más insensato que puedes hacer. Ya que estás, ponte una estrella en el pecho.

—¿Estás diciendo que están en peligro? —murmuró ella, manteniendo la voz tan baja como la de él.

—¡Sí! Eva, eso es justo lo que estoy diciendo. —Angelo sacudió la cabeza con incredulidad—. Quedarte con tu tío echaría por tierra todo el razonamiento por el que quería que vinieras a Roma, un lugar en el que no te conocen, un lugar en el que tu nombre, tu dirección y tu religión no están en una lista fascista a la que puedan acceder fácilmente las SS, un lugar en el que nadie te puede delatar.

—Quiero verlos, Angelo. No los he visto en dos años.

El autobús se detuvo y Angelo se dirigió hacia él cargando aún con la maleta de Eva y la suya, mucho más pequeña.

—Este es nuestro autobús —dijo él, pero Eva no tenía ni idea de lo que significaba ni adónde se dirigía.

Subieron y se sentaron cerca de la parte delantera después de colocar las maletas en un portaequipajes encima de sus cabezas. El autobús arrancó dando tumbos y crujiendo y, finalmente, tomó su ruta, que Eva intentó averiguar.

—¿Dónde vives?

—No muy lejos de la casa de tu tío. Vivo en la parte oeste del Tíber, cerca de la basílica de Santa María.

Eva no tenía ni idea de dónde estaba eso; sus indicaciones no tenían sentido para ella.

—¿Vives con otros curas?

—Vivo en un apartamento con monseñor Luciano y su hermana mayor, una anciana adorable que pasa sus días tejiendo encajes cuando no está haciendo de ama de casa. Le gusta fingir que soy su hijo y nos cuida muy bien a los dos.

—Pensaba que vivías en... una rectoría. ¿No es así como se le llama a la casa de un cura?

—Antes sí. Después de ser ordenado, serví en un pueblo al sur de Roma durante unos seis meses antes de que me asignaran como párroco de la iglesia del Sagrado Corazón de Trastévere, no muy lejos del Coliseo.

—¿Párroco?

—Ayudante del sacerdote. Serví allí durante dos años y durante ese tiempo, llegué a conocer el área muy bien.

—¿Y ahora?

—Ahora mis responsabilidades han cambiado.

—¿Ya no das misa todos los días?

Eva siempre lo había imaginado introduciendo las hostias en la boca de los feligreses y dando largos sermones. De repente, se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida diaria de Angelo.

—Voy a misa todos los días, unas cuantas veces si me lo permiten mis deberes, pero no. Ahora soy el ayudante de monseñor Luciano, un alto cargo dentro de la curia romana.

—¿Qué es la curia romana?

—Es la sección administrativa de la Iglesia católica.

—¿Trabajas en una oficina? —Estaba perpleja.

—Sí, cuando no estoy corriendo por la ciudad, trabajo en la oficina del Vaticano. Ahora estamos muy ocupados, e iré a peor.

—¿Cuál es tu departamento?

—El de ayuda a los inmigrantes.

Eva lo miró fijamente, desconcertada.

—¿Existe tal departamento?

—En cierto modo, sí. Oficialmente nos dedicamos a promover la

ayuda de la Iglesia a inmigrantes, nómadas, turistas y viajeros. La congregación está supervisada por un cardenal. Monseñor Luciano sirve al cardenal Dubois, y yo asisto a monseñor Luciano. Mi trabajo es ayudar al monseñor en todo lo que me mande, pero rara vez me siento en una mesa y mecanografío, si eso es en lo que estás pensando; ya hay secretarias y ayudantes laicos que hacen eso. Suelo ser el enlace físico, y casi todo lo que hago es trabajo de campo.

—Qué interesante, el cura de una sola pierna haciendo trabajo de campo.

—Sí, es irónico —contestó, y sonrió burlescamente con un destello en los ojos azules.

Eva no sonrió a pesar de que quería hacerlo; era demasiado fácil caer en lo de siempre, pinchando y metiéndose el uno con el otro. No sería bueno para ella; haría que le echara demasiado de menos cuando volviera a Florencia. Decidió que se protegería de él, incluso cuando Angelo volvió a hablar, esa vez sin rastro de humor en la voz.

—Quiero que te quedes en Santa Cecilia. Es un convento de clausura, pero hay habitaciones para inquilinos en el bloque de la entrada. Está en el Trastévere y no estarás muy alejada de tu familia.

—Sonó como si estuviera dándole una orden, dictando lo que tendría que hacer, y Eva abrió la boca para protestar—. Por favor, Eva —imploró en una voz tan baja que la joven estuvo a punto de fingir que no lo había oído.

—No quiero estar sola —murmuró ella, odiándose a sí misma por su vulnerabilidad.

—Mejor sola que arrestada —dijo Angelo, aunque sus ojos mostraban compasión.

—No estoy segura de que eso sea verdad, Angelo —respondió Eva —, no estoy segura para nada.

—Eva —dijo con un suspiro el cura—, no lo dices en serio.

—¿Cómo lo sabes, Angelo? —preguntó mordazmente—. ¿Cómo puedes afirmar que sabes cómo me siento?

Angelo le dirigió una mirada que decía que sabía exactamente cómo se sentía y Eva se dio la vuelta con un giro de cabeza y lo ignoró. No sabía nada.

—Le he dicho a mi familia que iba a venir —reiteró la joven—. Me están esperando. Estoy segura de que también se alegrarán de verte a ti. —Angelo empezó a negar con la cabeza y el enfado le tensó los labios y creó un surco entre sus ojos con la profundidad de un cañón —. Los veré, cenaremos con ellos y luego podrás encerrarme en un convento si eso es lo que tienes que hacer —añadió antes de que Angelo pudiera retomar su lucha.

Angelo exhaló, aliviado, y pasaron el resto del trayecto en un estado de pétrea contemplación.

Tuvieron que cambiar de autobús y tomar otro antes de subirse a un tranvía que los dejó a dos bloques del número 325 de la avenida Domina. Eran las dos de la tarde y llevaban viajando desde las ocho de la mañana. Angelo parecía estar como una rosa, con su sotana negra y su sombrero de ala ancha en bastante mejor estado que la falda roja y la blusa blanca de Eva. Esta se sentía sucia y arrugada, y se quitó el sombrero para alisarse el cabello mientras esperaban a que alguien saliera a la puerta. El edificio era elegante y estaba limpio, los pasillos eran anchos y estaban ventilados, pero la residencia era más sencilla que la casa de su tío Augusto en Florencia, que ahora alquilaban a gente no judía por un precio ridículo. La puerta se abrió un milímetro y un ojo marrón apareció por el hueco.

—¡Eva! ¡Angelo!

La puerta se abrió por completo y la prima de Eva, Claudia, sin duda mucho menos regordeta de lo que había estado (era lo único bueno que tenía el racionamiento en tiempos de guerra), tiró de ella hasta la pequeña sala y cogió también de la mano a Angelo. Eva echó un rápido vistazo al suelo pulido, los cuadros de la pared y los muebles procedentes de su casa de Florencia. La atmósfera casera y el esfuerzo por hacer el apartamento más cómodo aliviaron el nudo que Eva tenía en el estómago. Había estado preocupada por sus tíos y por sus primos, por la vida que llevarían en Roma; por lo que parecía, todo iba bien.

—Os hemos esperado para comer. Levi ha traído fruta. Es un gurú del mercado negro, ya sabes. Se las arregla para traer cosas que nadie puede comprar —parloteó sin preocupación mientras los llevaba a una sala de estar repleta de gente.

—Eva, te acuerdas de Giulia, ¿no? La hermana de mi madre.

Giulia Sonnino era mucho más joven que su hermana mayor; como mucho, tendría treinta años, y Claudia y Eva siempre la habían admirado como si fuera más una prima sofisticada que una tía. Giulia todavía era adorable, pero estaba en avanzado estado de gestación. Sonrió con cansancio a Eva y a Angelo e intentó levantarse para saludarlos. Su marido, Mario, la hizo sentarse de nuevo en el sofá y se levantó en su lugar.

Mario Sonnino era un médico delgado y alto de ojos amables, un rasgo judío, según su padre. «Nosotros, los judíos, tenemos mirada amable y mentes avispadas», decía a menudo. Eva no sabía si eso era cierto. Camillo afirmaba que muchos rasgos eran judíos..., pero Mario le recordaba a su *babbo*, así que igual tenía razón.

Eva había asistido a la boda de Mario y Giulia cuando tenía doce o trece años, y a Claudia y a ella, el hombre les había parecido muy guapo. Además, sabía tocar el violín, cosa que lo convirtió en un espíritu afín desde el principio. Eva advirtió en ese momento que no era especialmente guapo, pero en su cara se reflejaba toda esa bondad, y era evidente que sentía devoción por su esposa. Eva le sonrió con cariño y le dio la mano a la pequeña niña que se aferraba a la pierna de Mario y a la que se le marcaron los hoyuelos cuando la presentaron.

—Esta es Emilia —dijo Mario—, y el chico que está decidido a ganar a Levi al ajedrez es nuestro hijo mayor, Lorenzo.

Era un chaval de ocho o nueve años al que le faltaban las dos paletas. Cuando oyó su nombre, levantó la cabeza del tablero de ajedrez que tenía enfrente y sonrió. Levi dejó de jugar y se aproximó a Eva y a Angelo en tan solo tres grandes zancadas; alzó a Eva con un gran abrazo que le provocó risa e hizo que Emilia chillara y suplicase su turno.

—¡A mí! ¡A mí! ¡Abrazame, primo Levi!

—¡Sí! ¡Házselo a Emilia! —dijo Eva entre risas mientras Levi la dejaba en el suelo.

Levi y Angelo se estrecharon la mano y, luego, la tía Bianca los guio hasta la mesa, donde engulleron la sencilla comida con rapidez. La conversación oscilaba de un tema a otro, ya que el tiempo que habían estado separados requería ponerse al día. Cuando Angelo empezó a responder algunas preguntas, Eva se volvió hacia Giulia para preguntarle acerca de su embarazo.

—¿Cuándo sales de cuentas?

—Dentro de un mes —suspiró Giulia como si un mes fuera una eternidad—. Ahora me siento muy preparada, aunque las circunstancias no sean las mejores.

—¿Vives en este edificio?

—No, en el antiguo gueto —contestó en voz baja—. Mario es médico, aunque ya no tiene consultorio. Teníamos una casa en Perugia... —Su voz se fue apagando y Eva no siguió con el tema—.

¿Os quedaréis aquí con Augusto y Bianca?

—preguntó educadamente Giulia, cambiando de tema y centrando la atención en Eva.

—No estoy segura.

Eludió la pregunta, pues no quería iniciar una posible conversación incómoda, pero su respuesta no pasó desapercibida.

—¿A qué te refieres? —trinó Claudia desde el otro lado de la mesa—. Claro que sí, te quedarás en mi habitación.

—Ya he dispuesto todo para Eva —intervino Angelo, y Claudia frunció el ceño de inmediato.

—Pero... ¿por qué?

—Eva se quedará aquí —dijo el tío Augusto como si tuviera la palabra final sobre el tema.

—No es seguro —dijo Angelo en voz baja—. No es seguro para ninguno de vosotros, si os soy sincero. Deberíais cambiaros de apartamento o abandonar Roma.

—¡Pero Roma es el lugar más seguro para los judíos! Los alemanes se han portado muy bien, estaremos a salvo aquí. Tu papa es nuestra mayor defensa. Los alemanes no quieren un problema internacional

de relaciones públicas con el Vaticano. Uno de cada tres alemanes es católico, ¿sabías eso, Angelo? Por eso traje aquí a mi familia.

—El papa está en una posición imposible. No tiene ningún poder sobre Hitler. No pudo salvar a los judíos de Alemania, no pudo salvar a los judíos de Polonia, no pudo salvar a los judíos de Austria. No podrá salvar a los judíos de Roma. —La mesa se quedó en silencio y Eva hizo una mueca de dolor. Angelo dejó el tenedor y se miró a Augusto con seriedad—. Si no queréis esconderos, es vuestra decisión, pero Eva no se quedará aquí. —Entonces, añadió en voz baja, como si las paredes tuvieran oídos—: Al menos dejad que os consiga documentación falsa por si vienen los alemanes.

—¿Como la que usaba Camillo? ¿Documentación como esa? —replicó Augusto, apartando la silla de la mesa con indignación. No se levantó, pero señaló a Angelo con el dedo—. Mi hermano fingió ser alguien que no era, lo detuvieron y ahora ya no está.

Una semana después de que Camillo Rosselli fuera a Austria en busca de Otto Adler, la policía italiana se había presentado en la fábrica de vidrio Ostrica, en Florencia, para hacer preguntas. La Gestapo se había puesto en contacto con ellos; alguien que sabía que era judío había reconocido a Camillo en Viena, que se había hecho pasar por su socio Gino Sotelo, quien no era judío. Camillo podría haber llegado mucho más lejos con su propia documentación: un judío italiano estaba más seguro que un hombre con documentación falsa.

Gino Sotelo declaró que no sabía nada y defendió su inocencia; lo creyeron solo porque Camillo Rosselli había dicho que había robado el pasaporte a espaldas de su antiguo socio. Era mentira: Gino había estado al tanto de todo, pero se libró de los cargos, y Camillo no tuvo que contarles a las autoridades que era un pasaporte falso, protegiendo así la actividad falsificadora que estaba teniendo lugar en Ostrica.

No evitó que Gino tuviera que decirle a Eva que su padre había sido arrestado. Fue a la villa, y, con el sombrero entre las manos y la cara pálida, le dijo a Eva que su padre no volvería a casa en un futuro próximo. La única información que le había dado la policía a Gino Sotelo fue que habían mandado a Camillo Rosselli junto con otros

detenidos judíos a un campo de trabajos forzados llamado Auschwitz.

—Tres años. —Augusto levantó tres dedos para recalcar sus palabras—. Y todavía no hemos tenido noticias. No lo haré; no haré nada que ponga en peligro a mi familia, nada de documentos falsos.

Dio un golpe en la mesa del comedor y la pequeña Emilia se mordió un labio ante el sonido, como si la hubieran golpeado a ella también.

—Esa es tu decisión —repitió Angelo—, pero Eva no se va a quedar aquí.

La joven contuvo su irritación; no le gustaba que discutieran sobre ella como si no estuviera ahí para hablar por sí misma. Sin embargo, permaneció en silencio. El tío Augusto siempre había optado demasiado deprisa por ser optimista, pero eso también podía hacer que te mataran.

Se quedaron un rato más, pero los días cada vez eran más cortos y, con la llegada de los alemanes, había un nuevo toque de queda. Mario Sonnino acompañó a Angelo y a Eva a la puerta y caminó con ellos hasta la calle mientras conversaban amigablemente. Entonces, cuando estaban a punto de marcharse, agarró a Angelo del brazo y lo detuvo.

—Quiero papeles —susurró—, quiero documentos para mi familia; en cuanto nazca el bebé, nos iremos de Roma. ¿Me puedes ayudar?

Eva y Angelo asintieron, y ella le dio la mano.

—Puede que me lleve un par de semanas, y si Angelo no puede ayudaros, lo haré yo.

Angelo le echó una mirada de precaución a Eva, pero no discutió con ella; allí no.

Mario asintió con gratitud.

—Gracia, gracias a los dos.

Anotó rápidamente su número y su dirección en un trozo de papel y se lo dio a Angelo.

—¿Eva?

Mario la detuvo mientras se daba la vuelta.

—¿Sí?

—No vengas más por aquí —musitó—. El cura tiene razón.

La distancia hasta la iglesia de Santa Cecilia era relativamente corta y en los siguientes quince minutos Angelo llevó a Eva hacia un majestuoso edificio cerrado ubicado al final de una plaza empedrada. Había cientos de iglesias en Roma, pequeñas y grandes, recargadas y antiguas, famosas y oscuras, pero la entrada abovedada de Santa Cecilia les dio la bienvenida en silencio en cuanto Angelo y Eva atravesaron la puerta enorme y llegaron a un patio bordeado de rosas y bancos.

Había un estanque rectangular en el centro que invitaba a una conversación silenciosa y a la meditación a pesar de que el espacio estaba completamente vacío. A cada lado había hileras de ventanas que daban al patio, varios edificios que conformaban el convento en un lado y unas antiguas termas al otro. Angelo le explicó que la iglesia se llamaba así por Cecilia, una mujer de la nobleza a la que encerraron en las termas durante tres días en un intento de asesinato y que salió ilesa y cantando. Las termas convirtieron en una capilla y, desde entonces, Cecilia es la santa patrona de la música. Eva trató de imaginar cómo serían unas termas convertidas en capilla y decidió que acabaría colándose dentro si las monjas se negaban a enseñárselo.

Entraron en la nave en busca de la abadesa y se encontraron con el mismo silencio y vacío que en el patio. La nave era bastante gris y deprimente; el arco del techo estaba demasiado bajo para la trascendencia, pero la estatua de una mujer detrás del altar lo compensó. La figura no era como ninguna que Eva hubiera visto antes; era como si tuviera vida, hermosa y, aun así, reflejaba desesperación. La mujer parecía estar durmiendo, pero la cara miraba hacia el suelo y los mechones de pelo le oscurecían el semblante; el corte profundo que tenía en el cuello contaba otra historia.

—¿Esta es santa Cecilia? ¿Qué le pasó? —preguntó Eva con los ojos fijos en el trozo de columna blanco que era la garganta de la mujer.

—Después del intento fallido de asesinato en las termas, volvieron a probar e intentaron decapitarla.

—¿Intentaron?

—La leyenda cuenta que tres golpes con el hacha no fueron suficientes para cumplir con la tarea. Murió lentamente y muchos hombres se convirtieron mientras ella perecía —contestó.

—¿Cuál fue su crimen? —preguntó Eva, incapaz de apartar la mirada de la estatua.

—Fue un asunto político. Era una mujer sin pelos en la lengua —dijo Angelo irónicamente, como si creyera que Eva pudiera identificarse con ella.

Había una sonrisa en su voz, pero Eva no pudo sonreír. Tan solo era capaz de mirar a la santa martirizada.

—¡Ah! ¡Padre Bianco! Lo esperábamos mucho antes —gritó con sorpresa una mujer que distrajo a Angelo de su respuesta.

Eva se dio la vuelta hacia la voz y vio cómo una diminuta mujer con papada y ojos ávidos se aproximaba hacia ellos a una velocidad que no se correspondía con su edad. Entró a la nave por una puerta que había a la izquierda del ábside.

—Madre Francesca, esta es Eva —dijo Angelo sin más, como si ya le hubiera contado todo sobre ella a la anciana monja.

—Debería irse, padre —le ordenó la abadesa—. Hay problemas con las siervas del Espíritu Santo de Perpetua Adoración. Ha muerto un peregrino y hay desacuerdo con respecto a qué hacer.

—Mañana vendré a verte, Eva —dijo Angelo.

Después, se despidió de la abadesa con una rápida reverencia y se marchó dando zancadas hacia la entrada, con el bastón dando golpes y su pequeña maleta balanceándose. Eva lo miró fijamente y volvió a preguntarse por qué habría aceptado venir a Roma.

—Ven —ordenó la madre Francesca, y sin esperar a ver si Eva iba tras ella, siguió a Angelo al exterior y atravesó el patio.

La joven agarró la gran maleta que Angelo había acarreado todo el día y con la otra mano hizo malabares con la valija y el violín mientras se apresuraba a alcanzarla. La monja la llevó a través de una puerta pequeña a la izquierda de la pared de la entrada. Según descendían unas escaleras estrechas, la monja le fue informando un poco.

—El convento lo compartimos las monjas benedictinas y las hermanas franciscanas del Inmaculado Corazón de María, pero ahora

somos muchas menos de las que éramos antes y los años de gloria del convento ya han quedado atrás. —Eva se preguntó hacia cuánto de eso, ¿doscientos años?, ¿trescientos?—. Estas habitaciones eran para el personal laico, pero ya no tenemos tareas para tantos trabajadores. Aquí conviven una comunidad de clausura y monjas que más allá de estas paredes sirven activamente al apostolado. Usamos estas habitaciones para los huéspedes. Lo poco que podamos recibir es bien recibido, sobre todo ahora.

Eva asintió, preguntándose cuánto le duraría la pila de billetes que había traído; su valor seguía bajando y pronto serían tan útiles como el papel higiénico. Las joyas que había traído la llevarían algo más lejos.

La abadesa abrió una puerta y dio un paso al lado. En la habitación había un colchón estrecho sobre un somier de metal y, encima de él, una cruz de madera clavada en la pared. En la pared opuesta, una silla simple, una cómoda y un pequeño armario completaban la estancia. La madre Francesca encendió la luz del escritorio para indicar que, a partir de ahora, esa sería su casa.

—Esta es tu habitación. Los servicios están al final del pasillo. Son compartidos, pero tú eres nuestra única huésped por el momento, así que tienes suerte. Todo un lujo. Las vísperas son a las seis y se espera que asistas.

—Pero... yo no soy católica —protestó Eva.

—Ahora sí.

18 de septiembre de 1943

Confesión: no me gustan las monjas.

Estoy cansada, pero el sueño es algo tan esquivo como siempre lo ha sido Angelo. El convento es demasiado silencioso y huele a viejo. ¿Por qué huele así por toda Roma? O puede que sea yo, que no puedo quitarme de la piel el olor de la pérdida. Me siento tan anciana y decrepita como los muros del viejo templo por el que ha pasado el autobús hoy, pero al menos el templo no se tiene que esconder. He estado aquí menos de doce horas y echo tantísimo de menos Florencia que quiero salir a caminar. Florencia huele a flores, a jazmín, a Fabia y a la pipa de mi padre. Después de todos estos años, aún lo huelo en las paredes de la casa, y el olor me reconforta y tortura a partes iguales.

Estoy tumbada en la pequeña cama de una habitación extraña, escuchando las paredes decir nada. He intentado tocar el violín, pero el eco de la habitación me eriza la piel como si fuera un flautista de Hamelín de monjas muertas. No quería convocar ni a los fantasmas ni a las ratas, así que dejé el violín.

Fui a las vísperas, como me habían dicho, y observé a las monjas cantar y a un cura viejo officiar la misa. Había más monjas detrás de una pequeña abertura al otro lado del ábside; al parecer nunca salen. Me pregunto si eso es lo que quiere Angelo de mí. Puede que crea que simplemente pueda esconderme en este pequeño convento hasta que se acabe la guerra y luego se dé palmaditas en la espalda por haberme salvado.

¿Salvarme de qué? Intento mirar hacia el futuro que tengo por delante,

una vida en la que no haya miedo ni tenga que preocuparme de que la Gestapo venga a por mí y me envíe lejos. Sin embargo, no soy capaz de encontrar fuerzas para tener esperanzas.

Eva Rosselli

Capítulo 10

El gueto judío

El «peregrino» que había muerto era una anciana judía a la que habían dejado atrás su hijo y su familia cuando huyeron a Génova. Las monjas de las Siervas del Espíritu Santo la habían acogido y la mujer había fallecido en paz mientras dormía sentada frente a una ventana, con una toca blanca y un velo negro prestado que hacían parecer una de las monjas que la habían escondido.

Angelo prometió a la abadesa que a primera hora de la mañana visitaría al rabino de la sinagoga principal para ver si se podía officiar un funeral clandestino. De no ser así, la enterrarían entre las monjas con una cruz en su tumba. Era todo lo que podían hacer; había muerto entre ellas, y la enterrarían entre ellas también. Quizá, cuando la guerra acabara, podrían quitar la cruz y poner en su lugar la estrella de David, y tal vez recuperar su nombre. Puede que algún día su familia volviera y le pusiese piedrecitas en la tumba de la misma forma que Eva hacía con sus antepasados, a los que ni siquiera conocía, pero lo más probable era que Regina Ravena fuese enterrada bajo un nombre falso y una cruz sin sentido para ella, y que solo las hermanas y Angelo fueran testigo de ello.

El conocimiento y la responsabilidad recaían en Angelo; quería tener registros, pero no se atrevía. Quería tener un libro mayor y listas con los nombres y miembros de las familias para poder dar cuentas de todas las personas de las que era responsable. Sin embargo, los

registros y las listas eran incriminatorias, así que ideó un método para ordenar todo lo mejor posible: guardó todos los papeles necesarios en el Vaticano y le rezó a Dios para que preservara su memoria, así nadie se perdería en el olvido.

Se dirigió a casa mucho después del toque de queda, pero por fortuna nadie le detuvo. Tenía un pase que le permitía estar fuera cuando sus deberes se lo exigían; no obstante, si le objetaban algo, tendría que mentir acerca de la mujer anciana a la que había asistido, que era una judía sin papeles.

Los últimos dos años habían consistido en una mentira tras mentira. A veces echaba de menos el pequeño y sencillo pueblecito en el que había pasado sus primeros seis meses como cura. Comer, rezar, dormir, servir; eso era todo lo que hacía. Además, las calles eran tan estrechas y las carreteras que llevaban al pueblo tan serpenteantes e inclinadas que era muy poco probable que los alemanes pudieran mandar tanques sin que se quedaran atascados entre los edificios. Después, lo llamaron para ir a Roma y recibió un curso intensivo de servicio y supervivencia en las calles de la Ciudad Eterna.

Monseñor Luciano, su mecenas, el hombre que había cuidado de él durante tantos años, le trajo para que le ayudara en la curia; una experiencia totalmente diferente. En la curia había conocido a monseñor O'Flaherty, un cura irlandés del Vaticano muy involucrado en el trabajo con refugiados. Fue entonces cuando empezó la doble vida de Angelo. Comenzó yendo de un lado de la ciudad al otro, por todas las iglesias, monasterios, conventos y colegios, anotando las habitaciones disponibles, la disponibilidad y el acceso.

Y la gente empezó a llegar: una mujer judía necesitaba esconder a sus hijos; un rabino que creía que estaba en el punto de mira quería proteger a su familia, pero sin abandonar su congregación. La palabra se propagó y la gente siguió viniendo. La Iglesia estaba ahora metida en el proyecto de esconder y buscar, y Angelo, un joven cura con cojera, facilidad para los idiomas y un entendimiento particular con los judíos, era sus ojos y sus oídos. Conocía la dieta que comían y las necesidades de sus prácticas religiosas. Angelo era una pieza más de la rueda del clero que había comenzado la enorme tarea de intentar

esconder a los perseguidos.

Habían empezado con los judíos extranjeros obligados a abandonar Italia en 1940 pero que no tenían adónde ir, como Felix; pero a partir de julio, las cosas cambiaron y, a raíz de los bombardeos y los dictadores, la Iglesia había empezado a esconder italianos.

Monseñor le encomendó la tarea de encontrar métodos alternativos para esconder a refugiados y Angelo se acordó de Aldo Finzi. Fue a Florencia y pidió ayuda al hombrecillo. Juntos distribuyeron casi doscientos pasaportes entre los judíos para que pudieran esconderse a plena vista si tenían el documento correcto. Eso incluía a los judíos que no podían integrarse por el idioma o por su aspecto físico. Era más difícil esconder a los hombres; no podían fingir simplemente que no eran judíos y pasar desapercibidos entre la gente. Se esperaba que los jóvenes italianos en edad de luchar hicieran precisamente eso: luchar. Los soldados también tenían que esconderse de los alemanes. Además, había muchos niños. Tenían tres conventos por toda la ciudad que estaban llenos de huérfanos judíos. Algunos iban con familias de acogida, pero los niños suponían un peligro especial: una palabra equivocada o un comentario olvidadizo y el niño y la familia de acogida se verían expuestos. Los diversificaban por el campo, pero transportarlos también resultaba difícil. Toda la operación era difícil, y cada día se complicaba más.

Angelo no trabaja solo; había cientos de padres, hermanas, monjes y monjas que abrían sus puertas y cerraban los ojos al peligro que los amenazaba. Sin embargo, a veces Angelo se sentía increíblemente solo. Era más seguro no compartir, no confiar y llevar a cabo lo máximo posible solo, sin involucrar a nadie más. Pero estaba cansado.

Esa noche se tiró en la cama tras unas oraciones apresuradas. Le dolía la pierna y se sentía más cansado que nunca, pero su cabeza no hacía más que pensar en Eva. Ella había presenciado sin protestar su marcha de la capilla, con la cara inexpresiva y agarrando el violín como si fuera la única cosa que le importara en el mundo. Él se había alejado sin mirar atrás. Tenía que hacerlo; Eva estaba a salvo y a él le necesitaban en otro sitio, pero le recordaba demasiado al agosto de 1939, cuando se marchó y la dejó en la capilla Pazzi.

Acababan de volver de Maremma, de vuelta a la realidad, con una nueva perspectiva de cada uno y del mundo en el que se encontraban ambos inmersos. Angelo sabía lo que tenía que hacer, y lo hizo. Pero el recuerdo aún lo perseguía.

El 26 de septiembre, menos de diez días después de que Eva se mudara con las hermanas a Santa Cecilia, el teniente coronel Kappler, el director de las SS en Roma, exigió que se dejaran en el cuartel alemán de vía Tasso cincuenta kilogramos de oro. Si la comunidad judía no los conseguía en treinta y seis horas, arrestarían a doscientos judíos de Roma y los deportarían.

Fuera de la sinagoga principal en Lungotevere de' Cenci se formaron filas de judíos, desesperados por donar todo lo que tenían y mantener así alejado al dragón. Angelo prohibió a Eva acercarse a la sinagoga, pero ella lo ignoró, cogió todas las joyas de oro que había traído a Roma e hizo cola para sumarlas al montón. El tío Augusto estaba entre los asistentes de mayor edad, que se ocupaban de los pesos y las cuentas, y cuando vio a Eva, le aseguró una vez más que el chantaje era una «buena señal».

«Los alemanes son hombres de lógica; llevarse nuestro oro tiene mucho más sentido que llevarse a nuestra gente», dijo. Eva se limitó a sacudir la cabeza. Nada en lo referente a la persecución de judíos era lógico o racional, pero ofreció su oro con la esperanza de que fuera exactamente como decía su tío.

Eva salía de la sinagoga cuando vio a Mario y a Giulia Sonnino en la fila con sus dos hijos. Giulia tenía la tripa tan grande que Eva convenció a los que estaban delante de ellos en la fila para que los dejaran pasar y así no tener que permanecer de pie durante horas. Los Sonnino donaron sus anillos de boda y un reloj suizo que había pertenecido a la familia de Mario durante tres generaciones. Giulia bromeó con que la rayita blanca que tenía en el dedo era prueba suficiente de que no era una mujer soltera, pero tenía lágrimas en los ojos cuando dejó la alianza en el montón. Eva esperó con sus hijos

hasta que acabaron y los acompañó al apartamento del gueto, que estaba a solo un bloque de la gran sinagoga.

—Necesitamos fotografías, y tienen que ser de calidad oficial — murmuró Eva.

Mario asintió una vez; entendió de inmediato a qué se refería.

—Las llevaremos a la imprenta y las añadiremos a los documentos para que puedan sellar la fotografía en el pasaporte. Es más complicado, pero es la única forma de que parezcan auténticos. Podemos añadir vuestras huellas dactilares y las firmas cuando tengamos los pasaportes, pero las fotografías las necesitamos cuanto antes.

Angelo no había abierto la boca en lo referente a sus movimientos y había rechazado la ayuda de Eva en todo momento. Estaba decidido a mantenerla encerrada en el convento y fuera de peligro, pero Eva se estaba volviendo loca poco a poco. Sabía que los Sonnino estaban al final de una larga lista de personas que necesitaban documentos de identidad falsos, así que decidió hacerse responsable de ellos.

—Las tengo —dijo Mario en voz baja—, y también tengo fotografías de otras diez personas de la comunidad que también necesitan pasaporte. —La miró disculpándose—. No intento aprovecharme, pero esta gente no tiene nadie más a quien recurrir.

Eva se marchó del apartamento de Mario y Giulia con doce fotos metidas dentro del sujetador y con la promesa de regresar con los pasaportes tan pronto como los tuviera. Simplemente tenía que evitar a Angelo y volver a Florencia para ver a Aldo. Cogería un billete de ida y vuelta, trabajaría toda la noche y volvería a Roma al día siguiente. Si Angelo se lo permitía, podría entregar fotos y conseguir más pasaportes para sus refugiados también.

Lo encontró en la sinagoga, de pie en la fila, junto a unos cuantos curas de las parroquias de la ciudad. Angelo había conseguido reunir una cantidad significativa de oro de romanos no judíos que querían contribuir pero que creían que los «judíos ricos» rechazarían. Al parecer, los estereotipos persistían.

No rechazaron a nadie. Se recaudó la insignificante cantidad de unos tres gramos y medio, y el miedo al fracaso era palpable. El

lugarteniente mayor de las SS amplió «amablemente» la fecha límite cuatro horas y, luego, otras cuatro horas más. Después se empezó a extender el rumor de que el papa intervendría y donaría oro católico si los judíos no lograban recopilar la cantidad que se les exigía. El tío Augusto transmitió el rumor a Angelo sonriendo como un gato de Cheshire: «¿Qué te dije, padre? No hay nada que temer a la sombra del Vaticano».

Milagrosamente, se consiguió recopilar la cantidad sin ninguna donación del Vaticano y, antes del 28 de septiembre, se entregaron en el cuartel alemán más de cincuenta kilos de oro a base de pequeñas cosas valiosas sacrificadas por un pueblo ya empobrecido. Los judíos de Roma se dieron la enhorabuena unos a otros; Augusto abrió una botella de vino y un suspiro colectivo de alivio se hizo eco por las calles adoquinadas.

Sin embargo, al siguiente día se detuvieron unas camionetas en la sinagoga y vaciaron la biblioteca rabínica. Se llevaron todos los libros, pergaminos sagrados y documentos de valor. Luego vaciaron todas las oficinas y sacaron archivadores llenos de registros, listas de contribuidores y miembros de la comunidad. Los líderes judíos observaron sin poder hacer nada cómo los alemanes, los mismos que les habían prometido dejarlos en paz el día anterior, confiscaban hasta el último trozo de papel.

La ciudad contuvo el aliento una vez más, pero la semana transcurrió sin más incidentes. Y luego, otra. Eva compró un billete a Florencia e informó a Angelo de que se iba; a pesar de la tregua, a los Sonnino se les estaba acabando el tiempo. Angelo discutió con ella acaloradamente, pero como Eva no iba a ceder, se las arregló para ir con ella, así que volvieron a Florencia menos de un mes después de que Eva se fuera.

Tampoco se produjo ningún incidente durante el viaje; nadie los detuvo, nadie les preguntó nada, nadie los miró dos veces. No vieron a ningún conocido y ningún conocido los vio a ellos, excepto Aldo, que al atardecer les dio la bienvenida en su pequeño taller. El hombre los informó de lo mismo: todo estaba tranquilo en la Ciudad de las Flores. Pero la expresión de su cara reflejaba una sensación acuciante

de la que ninguno podía librarse.

Se pasaron toda la noche preparando las tipografías, tensando la cuerda y fijando las láminas, ajustado la tinta, rellenando la máquina y generando una cédula valiosa tras otra. Luego pegaron las fotografías y estamparon los sellos y los emblemas impresos, y asignaron nombres de lugares del sur que los alemanes no tenían forma de verificar. Secaban, cortaban, ajustaban, apilaban y volvían a empezar todo el proceso con diferentes ejemplares de diferentes personas que motivaban sus esfuerzos. Eva y Angelo se turnaban para echarse siestas rápidas en una camilla que había en una esquina y acabaron la noche llenos de esperanza y con los dedos negros. Los de Aldo siempre estaban manchados, pero Angelo y Eva se pasaron veinte minutos lavándose con fuerza las manos para eliminar las pruebas de sus actividades nocturnas.

Tomaron el tren rápido de las seis de la mañana hacia Roma con ropa limpia y las manos rojas, sin ni siquiera haber visto a Fabia y a Santino. Ya no importaba, pero Eva se dio cuenta de que Angelo probablemente había estado en Florencia docenas de veces durante los últimos dos años sin verla a ella.

—Te perdono —murmuró Eva, cerrando los ojos mientras sonaba el gong y el tren se alejaba de la estación a la hora prevista.

—¿Sí? —Angelo susurró; sonaba igual de cansado que ella.

—Sí, aunque puede que no debiera. ¿Cuántas veces has venido a Florencia desde que empezó la guerra?

—Muchas —confesó.

—Y nunca te vi. Ni una vez.

—No.

—¿Por qué?

Angelo abrió un ojo y miró a Eva, que ya tenía abiertos los suyos.

—Ya sabes por qué.

Algo caliente y lleno de necesidad le rebanó el estómago, y volvió a cerrar los ojos, incapaz de continuar la conversación sin revelar su anhelo por lo prohibido. Frunció los labios. Le sudaban las manos y le costaba respirar. Le llevó bastante tiempo quedarse dormida y no dijo nada más sobre cosas que sabía ni sobre el perdón.

Isaaco Sonnino, un niño sano de tres kilos, nació el 15 de octubre de 1943. Su padre atendió el parto y, cuando nació, rápidamente se lo pasó a Eva, que lo bañó, le puso los pañales y lo envolvió en la manta blanca y fina que había preparado Giulia. Eva nunca había sostenido a un bebé antes, ni tampoco había puesto pañales, pero se las arregló con la ayuda de Isabella Donati, una anciana que vivía al otro lado del pasillo y que había sido propietaria de una tienda antes de que se la cerraran por las leyes raciales. Su marido había fallecido, había perdido a sus dos hijos en la Gran Guerra y decía que ya no le quedaba nada por hacer ni nada a lo que temer. Era tan calmada y reconfortante como una brisa estival, y a Eva le gustaba muchísimo. Se dijo a sí misma que tenía que convencerla para que fuera al convento de Santa Cecilia. Había espacio, aunque la semana pasada Angelo había instalado allí a dos familias más. Eva disfrutaría de su compañía, a las monjas les gustaría su sopa y la señora Donati estaría a salvo.

Eva había ido esa tarde al apartamento con los preciados pasaportes en la mano. Solo hacía falta añadir los nombres falsos, las firmas y las huellas dactilares. Sin embargo, Giulia se había puesto de parto, y Eva había escondido los pasaportes y se había quedado tratando de ser lo más útil posible, jugando con los niños y controlando con el reloj las contracciones, y al final, en las primeras horas de la mañana, presencié un nacimiento.

La señora Donati había ido a la casa a medianoche, pero el toque de queda hacía peligroso que Eva volviera al convento andando, así que se quedó acostando a los otros niños, que habían dormido a ratos durante toda la noche. Cuando se acercó la mañana, Mario salió por la puerta delantera, con cara de sueño pero sonriendo, y dijo que tenía que ser el primero de la fila de racionamiento, pues había otra boca que alimentar. Lorenzo y Emilia, que estaban durmiendo en el salón, se despertaron una vez más, irritados y hambrientos.

Eva calentó lo que quedaba de la sopa y dejó que se llenaran la

barriga con la esperanza de que se volvieran a dormir de nuevo. Cuando acabaron, trajo el violín de Mario y lo afinó de oído, punteando y tensándolo hasta que Emilia se impacientó y suplicó una canción.

— ¿Puedes tocar la canción del pájaro?

La pequeña Emilia empezó a cantar ceceando en yidis una canción sobre un pájaro libre y su leal amiguito, una que a la propia Eva le habían enseñado cuando era pequeña y que hizo que su propio miedo disminuyera.

— No me sé muy bien esa canción. Cántala un par de veces más para que pueda aprenderla.

La niña siguió cantando y, poco después, Eva estaba moviendo el arco por las cuerdas al ritmo de la dulce voz de Emilia.

— Otra canción — dijo de repente Emilia, que, como todos los niños, tenía una capacidad de atención muy limitada.

— Alguna feliz — gruñó Lorenzo, incapaz de resistirse al reclamo de la distracción.

— ¡Pero tenéis que dormir! Hemos estado despiertos toda la noche y vuestra madre está durmiendo ahora. Tocaré algo de Estados Unidos. ¿Qué os parece eso? Pero tenéis que tumbaros y cerrar los ojos — insistió Eva.

Los niños se metieron debajo de las mantas de la cama improvisada y cerraron los ojos de forma obediente.

Eva dejó encendida la lamparita y se acurrucó en el sofá, decidida a hacer que los niños se durmieran antes de que su padre llegara a casa; también necesitaría dormir. Había sido la noche más larga de su vida y deseaba cerrar los ojos y descansar unos minutos.

Colocó el violín entre el hombro y la barbilla y tocó un poco de Duke Ellington, sonriendo al acordarse de Angelo moviendo las caderas y la cabeza la primera vez que le enseñó la música *jazz*. Había ocurrido durante la semana que pasaron en la casa de la playa, la vez que se besaron de verdad. La única vez que Angelo la había amado; después, se puso la sotana y la rechazó definitivamente.

«*It don't mean a thing if it ain't got that swing*». Eso era lo único que sabía cantar, y solo porque Angelo le había enseñado lo que

significaba. Él se rio cuando Eva se aturulló al intentar pronunciar las palabras, pero no era cantante, así que las palabras no eran importantes. La canción era divertida y movida, pero no quería eso. Así pues, cambió el tempo, la melodía se enroscó en las cuerdas y la canción se volvió irreconocible, incluso inquietante. Angelo decía que el *jazz* se basaba en las lamentaciones, y ahora lo veía. Despojada de su tempo, la disonancia de la canción parecía una canción para el *sabbat*.

—Eso no es alegre —bostezó Lorenzo con los ojos cerrados. Emilia ya estaba dormida.

—Pero es bonita, y la belleza siempre es alegre.

—No suena como la música estadounidense —añadió entre dientes y, luego, se quedó callado.

Eva tocó durante un par de minutos más: le pesaban los ojos, sentía flojera en las extremidades y se le cayó la cabeza en cuanto dejó el violín en su regazo. Pronto amanecería y, cuando Mario volviera, iría a casa. Pero hasta entonces, dormiría.

Se despertó y se puso en pie cuando unos gritos atravesaron la noche. Oyó unas pisadas fuertes y una serie de disparos en el exterior. Eva corrió hasta la ventana y abrió la cortina para echar un vistazo a las calles, aún a oscuras, y ver qué ocurría abajo. Estaba lloviendo y la oscuridad era negra y resbaladiza. Luego los vio: alemanes, oficiales de las SS con los chubasqueros gris plomizo y sus protuberantes cascos negros; casi pasaban desapercibidos en la noche. Recorrieron el callejón y, mientras Eva observaba, uno de ellos levantó el arma y disparó hacia el cielo a modo de mensaje para que nadie intentara desafiarlos. Como respuesta, se oyeron disparos a lo lejos.

El edificio se despertó de golpe y Eva observó cómo una familia tras otra salía aún en pijama a la calle oscura, con los niños en brazos y agarrándose fuerte. Los llevaron de inmediato a la parte de atrás de la camioneta. El apartamento de los Sonnino estaba en la cuarta planta, y solo era cuestión de tiempo que los alemanes aporrearan la puerta.

Giulia la llamó desde la otra habitación y Eva corrió desde la ventana y pasó por encima de los niños, que milagrosamente seguían dormidos.

—Son las SS, Giulia. Parece que han rodeado el edificio, puede que

todo el gueto. No estoy segura, pero están subiendo a gente a la parte de atrás de las camionetas.

Giulia se levantó con cuidado y colocó al recién nacido entre dos almohadas; luego, se puso una bata encima del camisón. Se tambaleó y Eva se acercó a ella y le rodeó la estrecha espalda con el brazo. Estaba muy delgada y ahora tenía que cuidar de un bebé, pero en ese momento esa era su menor preocupación.

—¿Mario todavía no ha vuelto? —susurró mirando por encima del hombro de Eva hacia la pequeña sala de estar.

—No, pero eso es bueno. Si no está aquí, no lo pueden arrestar.

Giulia empezó a temblar y Eva supo con una certeza enfermiza que, si la Gestapo arrestaba a Giulia, no duraría ni una semana, ni tampoco sus hijos.

—Tenemos que escondernos, Giulia —dijo firmemente Eva—. Tenemos que ocultarnos en algún lugar. Piensa. ¿Dónde podemos escondernos?

Giulia sacudió la cabeza, con los ojos abiertos de par en par y sin parpadear.

—No podemos. No hay ningún sitio donde esconderse, Eva.

Dejó a Giulia y volvió corriendo a la ventana. Había un montón de gente en la calle; los soldados estaban dando instrucciones y de vez en cuando se oía algún disparo. Eva esperaba que solo se tratara de disparos al aire, como el primero; disparos de advertencia para infundir miedo, no dirigidos a nadie en particular. Si los disparos tenían el objetivo de asustarlos, estaba funcionando; aun así, los hijos de Giulia seguían durmiendo.

—Nos esconderemos aquí —dijo Eva rápidamente.

No funcionaría, era imposible, pero era mejor que nada.

—¿Aquí? —chilló Giulia.

—¡Ayúdame!

Eva comenzó a empujar la mesa rectangular cuya parte de arriba era de mármol, demasiado pesada para que se la hubieran podido llevar los anteriores inquilinos. Si conseguía llevarla hasta la puerta y ponerla de lado, reforzaría la puerta en el caso de que los alemanes intentaran echarla abajo. Era lo único que se le ocurría.

De repente, Giulia estaba a su lado, empujando con las escasas fuerzas que tenía; rayaron todo el suelo de madera al mover poco a poco la mesa hasta la puerta. Cuando estaban a unos sesenta centímetros intentaron apoyarla con cuidado, pero pesaba demasiado y se estrelló de lado a la altura del pomo, sobrepasando varios centímetros a ambos lados del marco de la puerta.

Eva dio un último empujón y la ajustó por debajo del pomo. De repente se preguntó si se habría usado para eso antes.

—¿Está la puerta cerrada? —preguntó débilmente Giulia, que respiraba con dificultad por el esfuerzo.

Había sangre en su camión y había dejado un rastro de gotas por el suelo. Eva no sabía cuánta sangre era normal perder después de haber dado luz tan recientemente, pero fingió que no lo había visto; no había tiempo para compadecerse.

—Está cerrada, pero quiero que los niños y tú vayáis a la habitación y os metáis en el armario. Pase lo que pase, tienes que mantener a los niños en silencio. Yo me quedaré presionando la mesa contra la puerta. Quizá crean que no hay nadie y se vayan, pero debemos permanecer en silencio absoluto. Si entran, les diré que soy la única que está aquí.

Eva no esperó a que Giulia respondiera y corrió hasta donde estaban los niños durmiendo. Cogió a la pequeña Emilia y se apresuró hasta el estrecho armario, donde la dejó en la esquina con su pequeño cuerpo apoyado contra la pared del fondo. Se acurrucó como si fuera el pecho de su madre y no emitió ni un quejido. Giulia despertó a Lorenzo y le ayudó a llegar a la habitación aún con los ojos cerrados. Eva esperaba que Giulia pudiera ocuparse de sus hijos a partir de ese momento y cerró la puerta de la habitación tras ellos.

Escuchó el estrépito de las botas en las escaleras.

Corrió hacia la puerta y se agachó, con la espalda contra la mesa y las piernas extendidas hacia la pared de enfrente que formaba el estrecho recibidor que separaba la cocina y el salón. Se agarró los pies y cerró los ojos. Entonces, empezó a recitar versos de la Amidá:* «Rey que ayuda, salva y defiende, tú eres quien resucita a los muertos y eres abundante para salvar». No podía levantarse y dar tres pasos

atrás, como era costumbre, y se dejó algunas palabras, pero si a Dios le preocupaban cosas como esas en ese momento, no era un dios que se molestaría en salvarlos. Sus labios se movían con las palabras y repetían una y otra vez: «¡Ayúdanos!».

La puerta del apartamento tembló bajo el aporreo de un puño.

—*¡Öffne die Tür!* —exigió una voz en alemán.

Eva se llevó una mano a la boca para amortiguar el chillido que intentaba escaparse. No se oía ningún ruido procedente de la habitación.

—*¡Öffne die Tür!*

—Rey que ayuda, salva y defiende, tú eres quien resucita a los muertos y eres abundante para salvar —susurró contra sus dedos temblorosos.

—¡Abrid la puerta! —gritó otra voz con un terrible acento italiano.

Los puños golpearon la puerta una vez más.

El pomo repiqueteó y sintió un empujón contundente desde el otro lado, pero la cerradura aguantó gracias a la pesada mesa de refuerzo. De nuevo, otro fuerte empujón. Las piernas le empezaron a temblar por el esfuerzo.

Oyó dos disparos por encima de su cabeza y se sintió aturdida. Sus piernas cedieron por un momento. Las maldiciones de los alemanes se oían al otro lado. Al parecer, el que había disparado no había avisado a sus camaradas de que se taparan los oídos. Había dos agujeros en la pared a unos treinta centímetros de las piernas de Eva. Las balas habían penetrado en la puerta con facilidad y se habían quedado enterradas en la vieja pared de yeso. Una nube de polvo empezó a flotar vagamente sobre ella. Por las mejillas de Eva caían lágrimas de terror y las oraciones se le ahogaban en la garganta, pero no se movió ni gritó.

—¡Nadie vive ahí! —gritó una voz en el pasillo—. Quedó destrozada tras el ataque aéreo de julio. Está en ruinas.

—Hay algo que hace presión contra la puerta —argumentó el alemán.

—Escombros. El techo se cayó en muchas partes de la casa. La gente murió.

De repente, Eva se dio cuenta de que la voz era la de Isabella Donati. El porte tranquilo de la mujer la convertía en una mentirosa muy convincente. El hecho de que los residentes hubieran muerto debería aliviar a las SS; no tenían que localizar a judíos muertos. Se oyó otro disparo justo encima de la cabeza de Eva; después otro, y la mesa se sacudió contra su espalda.

Un alemán gritó al otro y, luego, milagrosamente, Eva los escuchó alejarse por el pasillo hasta el siguiente apartamento. Esperó, conteniendo el aliento y prestando atención por si volvían. Esperó lo que le parecieron horas hasta que no hubo más botas, ni gritos, ni confusión en el pasillo. El silencio parecía falso, como el silencio de una habitación en la que la muerte aguarda tras la puerta con el cuchillo levantado esperando a que la víctima, sin saber nada, se dé la vuelta.

Cuando intentó levantarse, le fallaron las piernas. Le dolían los músculos y la conmoción le robó el equilibrio. Soltó un quejido y se enderezó con ayuda de la pared mientras miraba la mesa, que ahora tenía una red de grietas que iban en todas direcciones. Ni siquiera la última bala, la que había sentido en la espalda, había penetrado en el mármol, o quizá había sido un milagro que no la hubiese alcanzado.

Trastabilló por el salón hasta la habitación, atravesó el pequeño espacio y abrió de golpe la puerta del armario, ansiosa por compartir las noticias de su salvación. Giulia gritó; tenía un brazo extendido y agarraba a su bebé, que estaba enganchado a su pecho como para protegerse de cualquier posible atacante. Pestañeó rápidamente ante la repentina luz y sus ojos intentaron readaptarse después de haber pasado una hora en la oscuridad. Al parecer, Lorenzo también se había quedado temporalmente ciego; salió disparado del armario como un demonio liberado y chocó contra Eva, a quien golpeó con los puños, luchando como si su vida dependiera de ello.

— ¡No puedes llevarnos! ¡Déjanos en paz! — gritó él.

— ¡Lorenzo! ¡Soy yo! ¡Soy Eva! ¡Se han ido, se han ido!

Eva rodeó con los brazos al agitado niño mientras abandonaba la lucha y fijaba los ojos en los de su madre una vez más. Giulia se tambaleó hasta la cama y se sentó con debilidad, abrochándose la bata

con una mano y, con la otra, abrazando con fuerza al niño, que ahora estaba llorando.

—Se han ido —los tranquilizó Eva—, pero han vaciado el edificio. Se han llevado a todo el mundo.

¿A cuántos? En el gueto vivían cientos de judíos. Cientos.

—Ay, Dios mío, madre mía —chilló Giulia, horrorizada—. ¿Y Mario? ¿Y si lo han arrestado?

Eva se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Dónde está Emilia? —preguntó de repente Eva al darse cuenta de que no estaba la pequeña.

—Está en el armario. —Giulia se rio sin emoción—. Se ha pasado todo el rato durmiendo.

De repente, aporrearon la puerta. Lorenzo soltó un grito y Giulia se puso en pie, tambaleándose con el bebé en brazos.

—¡Silencio! —susurró Eva.

Los instó a que volvieran al armario mientras corría a la puerta, dispuesta a mantenerla cerrada una vez más.

—¡Giulia! ¡Giulia!

Se oyó una voz desesperada amortiguada por la puerta y una llave introduciéndose en la cerradura. Mario Sonnino metió la cara por el pequeño espacio de la puerta entreabierta.

—¡Giulia! —gritó.

—¡Es Mario! —Eva gritó con la voz rota de alivio—. Giulia, ¡es Mario!

—¡Papá! —gritó Lorenzo, que fue corriendo desde la habitación por delante de su madre.

—¡Ayúdame a quitar la mesa! —ordenó Eva mientras empujaba el pesado mueble.

El niño se colocó a su lado y empujó para quitarlo de en medio.

Mario cayó por la abertura, agarrando con un brazo a su hijo y abrazando con el otro a su esposa. Eva le cogió el bebé a Giulia y sostuvo el cuerpecito contra su pecho, besándole la cabecita y dándole palmaditas en la espalda. El niño se quedó callado al instante, pero calmar su propio corazón era una tarea más complicada. El estrés que había sufrido durante la última hora poco a poco se apoderaba de su

control.

—Están capturando a todos los judíos, yendo de casa en casa. He venido corriendo hasta aquí. Estaba en la cola cuando se supieron las noticias y todo el mundo abandonó la fila y echó a correr en diferentes direcciones, temiendo por sus vidas. No conseguí las raciones, Giulia —dijo Mario con tristeza al acordarse—. Pensaba que era demasiado tarde, que os habían llevado a ti y a los niños y que me había quedado solo.

—¡Tuviste suerte! —intervino Eva—. Si hubieras llegado cuando aún estaban aquí, te habrían llevado con ellos y puede que nos hubieras descubierto.

—¿Cómo lo habéis conseguido? ¿Cómo? —Un desconsolado Mario lloraba ahora con alivio y alegría en los ojos—. ¿Todo el mundo está bien? ¿El bebé? ¿Emilia?

—Nos escondimos en el *ripostiglio* —jadeó Lorenzo, que se colocó las manos en la cintura—, ¡y estuvimos tan callados que creyeron que no había nadie en casa!

—¿Os escondisteis en el armario? ¿Todos? —susurró Mario.

Su mirada se detuvo en la cara de su mujer y se percató de su palidez y de la tensión que le estiraba la boca y le arrugaba los ojos.

—¡Eva no! Eva mantuvo la puerta cerrada —dijo Lorenzo.

De repente, todas las miradas se posaron en Eva, y Mario la miró ojiplático con admiración.

—Vuestra vecina les dijo que aquí no vivía nadie. No sé si se hubieran ido de no haber sido por ella.

La boca de Eva tembló al pronunciar esas palabras.

—La *signora* Donati ya no está —susurró Mario—. Su puerta estaba abierta. Todas las puertas están abiertas, todas las del pasillo. Todas menos la nuestra. La policía de las SS debe haber entrado en todas las casas para asegurarse de que no se dejaban a nadie. Parece que también han cortado las líneas de teléfono.

—¡A nosotros no nos han encontrado! —se pavoneó Lorenzo.

—¿Adónde van a llevar a toda esa gente? —preguntó Giulia entre susurros.

—No lo sé. —Mario sacudió la cabeza, aturdido—, pero no les

bastará solo con el gueto. Escuché a alguien decir que tenían direcciones y nombres. Roma ya no es segura para los judíos.

—¡Mi hermana y su familia! —lloró Giulia al darse cuenta de repente, ahora que Mario estaba a salvo, de que tenía otras personas por las que preocuparse. A Eva le ocurrió lo mismo; tenían que avisar al tío Augusto y su familia.

—Tengo que irme.

Eva dejó el bebé en los brazos de Giulia y se volvió hacia la puerta, aunque se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba descalza.

Corrió hasta el desvencijado sofá, se calzó los zapatos y se puso su abrigo rojo, que siempre le había encantado. Ahora deseaba un abrigo del más apagado de los marrones, algo que no llamara la atención o que no causara admiración. Necesitaba ser invisible. *Babbo* siempre decía: «Baja la cabeza y sé educada». Al pensar en él, se le encogió el estómago. ¡Lo echaba de menos! Madre mía, lo echaba muchísimo de menos. ¿Lo habrían arrastrado las SS, como a Isabella Donati? ¿Lo habrían montado en la parte de atrás de un camión? ¿Volvería a verlo o sabría algo más de él?

—Eva, ¡ten cuidado! —le advirtió Giulia.

La joven la besó en la mejilla y abrazó a Lorenzo antes de dirigirle la mirada a Mario.

—¿Estaréis bien sin mí? —preguntó Eva suavemente—. Volveré cuando pueda y acabaremos con los pasaportes nuevos. Giulia necesita reposo, pero sabes que no podéis quedaros aquí. Si no tenéis ningún lado al que ir, venid al convento de Santa Cecilia. Pensaremos en algo.

—Me ocuparé de mi familia —dijo Mario con firmeza sosteniéndole la mirada—. Gracias, Eva. No te preocupes por nosotros, hoy somos los afortunados. ¿Tienes tu pasaporte?

Eva asintió. Sabía que no se refería al pasaporte que la etiquetaba como judía, sino al falso, el que decía que era Eva Bianco, de Nápoles.

—¿Mamá? —Se escuchó una voz soñolienta desde la habitación—. ¿Estamos jugando al escondite? Quiero ser la que cuenta.

La pequeña Emilia se estaba frotando los ojos mientras daba un gran bostezo, completamente ajena al terror de la mañana. Sus padres

se rieron en voz baja y la risa se convirtió en lágrimas de agradecimiento mientras se aferraban el uno al otro y a sus hijos.

Entonces, Eva se escabulló y dejó a la joven familia disfrutar de un momento juntos mientras reflexionaba sobre lo que quedaba de su familia y el peligro al que todos se enfrentaban.

Capítulo 11

Trastévere

Al haberse llevado a los habitantes de las cuatro atestadas manzanas que había entre el Tíber y el Teatro di Marcello, el callejón que daba a la vía Portica d'Ottavia estaba tan en silencio que te ponía los pelos de punta. La cúpula de la iglesia de la plaza de al lado se erigía junto a Eva, haciendo que se sintiera pequeña y expuesta. Quería correr de una puerta a otra, de los árboles a los arbustos, y esconderse rápidamente, pero se obligó a caminar con calma.

Era temprano, pero no demasiado, y las calles estaban llenas de romanos que comenzaban el día. Era como si lo que había ocurrido antes del amanecer fuera un extraño espejismo que iba y venía centelleando. Solo vio un camión alemán con toldos gruesos que ocultaban el cargamento. No agachó la cabeza ni se escabulló; caminó diciéndose a sí misma que correr solo llamaría la atención a pesar de que el estómago se le retorció cada vez más a cada paso. Cruzó el puente Garibaldi y bajó por la gran avenida del Trastévere. No la conocía bien, por lo que no podía escabullirse por los callejones. Le llevó demasiado tiempo. Cuando finalmente giró hacia la estrecha calle llena de palmeras y tiendas pequeñas, se vio bloqueada por el miedo. Las calles estaban en silencio, exactamente como vía d'Ottavia, y al final echó a correr.

Estaba casi en su edificio cuando unos brazos fuertes la agarraron por detrás y le tocaron la espalda. Cuando gritó, una mano le tapó la

boca y quedó acorralada entre el pecho de un hombre y el rincón de una pared.

—¡Eva! ¡Chist! Quieta. —Era Angelo. El alivio fue tan grande como la desesperanza que sintió al volverse y derrumbarse sobre él—.

¡Grazie a Dio! —exclamó.

Puso su áspera mejilla contra la de ella antes de separarse para mecerle la cara entre sus manos. Angelo no se había afeitado, prueba de cómo había sido la mañana. Tenía los ojos azules desolados bajo los rizos rebeldes que le caían revueltos sobre la frente. Sus miradas conectaron. La gratitud y el alivio dieron paso a una necesidad más primaria, una necesidad de afirmación, incluso de celebración, y de repente su boca estaba sobre la de ella y la besaba apasionadamente, comprobando de forma desesperada que estaba allí, a salvo.

Eva se quedó paralizada, pero solo durante un instante. Elevó las manos hasta la cara de Angelo y abrió la boca; había un frenesí eufórico en aquellos momentos robados. Labios, dientes y bocas que sabían a verdad y reafirmaban la vida. El dique se había roto y ahora solo había sentimientos desenfrenados, desprovistos de deber y civilización, de apariencias y decoro. No había mentiras entre ellos; no existía el espacio.

Pero la detención del tiempo dura lo que dura. Eva se echó hacia atrás para tomar aire y, al respirar, lo recordó todo.

—Angelo, las SS están aquí —gritó Eva, agarrándose las manos y rogando con los labios—. Tengo que avisar a mi tío.

Angelo todavía sujetaba la cara de Eva entre sus manos. El alivio y la lujuria empezaron a disiparse y se obligó a desviar la mirada de la deliciosa boca de Eva y a fijarla en sus ojos suplicantes. De inmediato, Eva empezó a sacudir la cabeza para rechazar el terrible sentimiento de compasión que vio en los ojos de Angelo.

—Lo sé. Lo sé, Eva. Las SS están por todos lados, por toda la ciudad. Están llevándose a los judíos.

—Madre mía, Angelo, no. Por favor, no.

—Fui al apartamento, Eva. Fui primero allí. Cuando las monjas me dijeron que anoche no volviste, pensé que te habrían detenido. Creí que era demasiado tarde, que te habían llevado a ti también.

Se le cortó la respiración y se deshizo de las náuseas; el horror de ese momento era tan reciente que aún podía saborearlo.

Eva cerró los ojos, como si hacerlo la protegiera de algo que él ya sabía.

—Puede que los avisaran, puede que se marcharan antes de que las SS llegasen —dijo Eva con esperanza y los labios temblorosos.

—Se los han llevado, *cara* —contestó delicadamente él, incapaz de esconderle la verdad—. Vi el camión, vi como el camión se alejaba, Eva. Vi a tu tío subirse en él. Creo que fue el último, y él me vio a mí.

A Eva le flaquearon las piernas, pero Angelo estaba ahí, y la abrazó mientras las lágrimas empezaban a recorrerle el rostro y se quedaba sin fuerzas.

—¿Adónde los han llevado? —lloró, un llanto que fue tan solo un suspiro contra el muro que era el pecho de Angelo.

—No lo sé, pero lo averiguaremos. Lo averiguaremos, Eva.

Angelo le acarició el pelo con manos temblorosas y la abrazó con más fuerza. Pasaron unos largos minutos hasta que alguno fue capaz de decir algo; el silencio les había golpeado, como si un meteorito se dirigiera hacia ellos, decidido a aniquilarlos, y no importase adónde fueran ni dónde se escondieran: el resultado sería el mismo. Así que permanecieron de ese modo, esperando el fin del mundo, envueltos en los brazos del otro, respirando e incapaces de expresar con palabras sus pensamientos. Pero, tras un momento, sus cerebros volvieron a funcionar y, con ellos, la terrible realidad se hizo presente de nuevo.

—El oro, todo el oro que se entregó... El oro en el que tanto insistían... Era mentira, ¿no? Querían hacernos creer que estábamos a salvo —dijo Eva.

Angelo dio un paso atrás para mirarla a los ojos. Luego maldijo, enfadado, y soltó una de las palabrotas inglesas que le habían enseñado a decir hacía más de una década. Angelo dejó de abrazarla y se tiró del pelo repitiendo aquella horrible palabra una y otra vez. La ira hacía brillar sus ojos.

—Sí, todo era mentira. Están tirando de nuestros hilos. Nos están viendo bailar.

A los judíos que cogieron a lo largo del día durante la redada de Roma los llevaron al colegio militar italiano y los retuvieron allí, vigilados por guardias armados. La gente salió a la calle; una multitud sustanciosa, constituida por transeúntes curiosos y vecinos horrorizados que habían presenciado el arresto, miraban boquiabiertos y cotilleaban como suele hacer la gente. Observaron cómo los camiones, uno detrás de otro, dejaban prisioneros aterrados en el patio del colegio y las SS los empujaban con gritos e indicaciones que casi ninguno entendía. Les dijeron a los mil doscientos judíos, la mayoría de ellos mujeres y niños, muchos de ellos en pijama y sin comida ni mantas, que los iban a mandar a campos de trabajo en el este. El tío de Eva, la tía y sus primos estaban entre ellos.

Si el papa hubiera mirado por la ventana, habría visto la multitud, ya que el colegio militar estaba a tan solo unos ciento ochenta metros de la Ciudad del Vaticano. Angelo incluso esperaba que el papa interviniera. Después de todo, estaba al tanto de lo del oro e incluso se había ofrecido a poner la diferencia si no conseguían llegar a los cincuenta kilos. Además, casi todos eran judíos romanos, protegidos por la ley italiana. Sin embargo, ya no existía la ley italiana, solo la del Führer, que quería deportar a todos los judíos. El Führer quería un mundo *Judenrein*, un lugar en que no hubiera judíos.

Angelo y Eva pusieron rumbo a la iglesia del Sagrado Corazón y recopilaban información en el camino. Angelo conocía a todo el mundo y todo el mundo conocía al joven padre. Daba instrucciones y reconfortaba a la gente, mandaba hacer esto o aquello, escuchaba pacientemente y actuaba rápido. Era un líder nato y un buen cura; era perfecto para ese trabajo. Eva se quedó con él y a nadie le pareció raro o inapropiado que estuvieran juntos. La guerra se burlaba de lo convencional.

Cuando llegaron a la iglesia, Angelo la instaló resueltamente en una de las habitaciones del sótano que recientemente había dejado libre un conserje, el cual había muerto durante el ataque aéreo que había dejado parte de la ciudad en ruinas. Estuvo corriendo por las

calles de la ciudad, aterrorizado; le encontraron descalzo y sin un brazo, sentado contra las puertas de la iglesia, buscando un santuario que no encontró. La entrada aún estaba algo manchada de su sangre y su habitación no era mucho más acogedora. Había un colchón encima de un resorte con muelles, una silla de la época victoriana con una decoración rara y descolorida y, más allá del pequeño muro separador, un lavabo pequeño, un espejo ovalado roto en una viga desnuda y un baño.

—Aquí estarás a salvo, de momento. La cama está limpia y el baño también. Sabíamos que necesitaríamos el espacio dentro de poco. Le diré a la hermana Elena que estás aquí. Ella o alguna de las otras hermanas te traerán algo de comer. No quiero llevarte de vuelta al convento hasta que me asegure de que los alemanes no fueron durante la redada.

—Casi nadie sabe quién soy. Nadie, Angelo. No necesito esconderme aquí. Podría ir contigo adonde están reteniendo a mi familia. Hablo alemán, quizás podría ayudar de alguna manera.

—No, tienes que mantenerte alejada de todo eso. Basta con que alguien te señale y te reconozca para que estés dentro del colegio con los demás. Solo hace falta una persona, Eva. Si alguien se lo dice a la persona equivocada, quizá ya no pueda salvarte.

Eva empezó a seguirle fuera de la habitación del sótano.

—Puede que encontremos una entrada trasera, una puerta que no esté cerrada. Quizá consigamos sacar de ahí a mi familia. Tiene que haber...

—¡No!

El rugido de Angelo sonó tan encolerizado, tan lleno de furia, que Eva se quedó a medias, contemplando su expresión furiosa. Inmediatamente, a Eva se le llenaron los ojos de lágrimas de frustración, pero Angelo volvió a meterla dentro, lo más al fondo que pudo en aquel espacio minúsculo, y la acorraló contra la pared, con los brazos a ambos lados de la cabeza de ella.

—Eva, no. Hoy te has librado dos veces de que te cogieran. Dios te sonrío, de muchas formas, pero no te dejaré hacer esto. Me voy, haré todo lo posible por salvar a todos los que pueda, pero si insistes en

venir, te ataré a esa cama; te ataré y ninguno de los dos saldrá de esta habitación.

—¡Lo dices como si tú no corrieras ningún riesgo! —Eva puso las manos sobre el pecho de Angelo y le dio un empujón enfadada, porque él estaba enfadado—. Pero yo sé que han torturado, disparado y colgado en puentes a curas, y han enviado en trenes llenos de judíos a quienes han intentado ayudarlos. De hecho, el castigo para un italiano no judío que ayuda a judíos a veces es peor.

—La única cosa que me importa, la única cosa en este mundo que de verdad me da miedo, es que te ocurra algo a ti. ¿Sabías eso? Creo que podría afrontar cualquier cosa, sobrellevar cualquier cosa, si supiera que tú estás a salvo y bien. No puedo servir de la forma que tengo que hacerlo, no puedo ser el tipo de cura que tengo que ser si tengo miedo. Mi fe se está desmoronando a causa del miedo que siento por ti. No eres la única que ha perdido a su familia. Tu familia es mi familia, Eva. ¡Yo también los he perdido! Y no puedo perderte a ti. Por favor, Eva, por favor. Si sientes algo por mí, quédate aquí hasta que vuelva a por ti, déjame hacer lo que tengo que hacer y que me asegure de que estás a salvo. Por favor.

Eva se limitó a asentir, sorprendida ante tal intensidad y conmovida por sus sentimientos. Se sentó en el colchón y asintió una vez más.

—Esperaré, pero tienes que volver aquí. No importa lo que pase ni lo tarde que sea. Tienes que volver, Angelo.

Eva perdió la batalla contra el sueño y eso le facilitó afrontar las horas de espera. Se pasó la fina manta por los hombros y se llevó las rodillas al pecho como si fuera una ostra dentro de la concha, una fabricante de cristal, solo eso. Se quedó dormida con el goteo y los chirridos de las paredes del sótano, una oración en la boca y el eco de los gritos y disparos de la mañana que todavía la perseguían.

Cuando se despertó tenía miedo. La atrapó el recurrente sueño en el que la oscuridad estaba llena de gente y tenía que escapar, saltar a

pesar de que eso era más aterrador que quedarse. Abrió los ojos y trató de convencerse de que en la oscuridad no había nadie y de que no estaba tumbada sobre la cama. Nadie la agarraba de la ropa ni le tiraba de las piernas. La luz que parpadeaba no era la luz de la luna penetrando en las grietas de su conciencia, sino una lámpara de aceite a una intensidad tan baja que destellaba sin iluminar el espacio que la rodeaba.

—¿Angelo?

La mecha ahora era más larga, la llama bailaba y la luz había crecido e iluminaba a Angelo, que estaba en la vieja silla victoriana, sentado en la oscuridad como si no quisiera despertarla.

Eva se levantó y alcanzó el agua que la hermana Elena le había traído. También había pan, que partió en dos. Le dio un trozo a Angelo e insistió en que comiera. El cura cedió y ambos comieron en silencio, aunque el pan no era suficiente para llenar el vacío que el miedo había creado en sus estómagos. Cuando acabaron, Eva le hizo beber y, luego, se agachó ante él y lo miró detenidamente a los ojos.

—Cuéntame. —Angelo estaba en silencio. Eva le cogió las manos para darle algo a lo que agarrarse—. Cuéntame, Angelo.

Contestó con una respiración profunda, como si necesitara armarse de valor para hablar.

—He dado vueltas alrededor del perímetro del colegio, incluso he encontrado una puerta que no estaba cerrada, justo como habías dicho. Al ser un cura y estar tan cerca de la Ciudad del Vaticano, estaba seguro de que podría caminar por los alrededores sin más o dar alguna excusa plausible si me sorprendían. —Se detuvo y luego añadió en voz baja—. He visto a Levi.

A Eva le dio un brinco el corazón y la esperanza hizo que sonriese brevemente, pero la cara seria de Angelo, iluminada por la luz de la lámpara de gas, se la robó de los labios y su corazón volvió a latir de forma desalentadora.

—Él y otros cuantos chavales ya habían descubierto la puerta que estaba sin cerrar. Estaban cerca, hablando entre ellos. Les hice señas para que se acercaran, susurrándoles que nada los iba a detener. Nadie vigilaba la parte trasera. Podrían haber huido, Eva.

—Pero no lo hicieron —susurró, consciente de ello, y visualizó a su primo insistiendo en que no podía abandonar a su familia.

—No lo hicieron —confirmó Angelo—. Uno de los chicos argumentó que, si se iban, podrían acabar castigando a otros.

—Así que se quedaron frente a una puerta sin cerrar y rechazaron usarla —contestó Eva, y resopló.

—¿Qué culpa tienen? ¿Qué habrías hecho tú, Eva? —dijo él con suavidad—. Yo sé que no podría salvarme si no pudiera salvarte a ti también. Querían quedarse con sus familias.

—Van a morir todos —susurró Eva.

—Es posible que no sea así —manifestó Angelo en el mismo tono que ella.

—Los van a enviar a los campos, y ya has oído lo que dicen, lo has oído, Angelo. Lo sabes, son campos de muerte.

—Algunos todavía creen que son rumores, que es propaganda británica. —No quería quitarle la esperanza.

—¡Angelo, lo sabes perfectamente! —Eva se desmoronó y escondió las lágrimas con sus manos temblorosas—. Oíste lo que los soldados dijeron. Han visto los crematorios, han visto las fosas comunes.

—Conseguimos sacar a algunos, Eva —respondió; necesitaba darle algo a lo que aferrarse, lo que fuera. Necesitaba quitarse esas imágenes que las palabras de Eva habían evocado en su cabeza—. Algunos judíos tienen nombres italianos, nombres italianos no judíos. Los convencimos para que se pusieran en la fila con los no judíos que habían sido arrestados por error. Uno de los prisioneros hablaba alemán y estaba calmando a todo el mundo, traduciendo a los alemanes y diciéndole a la gente qué hacer para que no hubiera represalias. Los alemanes dijeron que si alguien mentía, moriría en el acto. Sin embargo, hoy la bravuconería ha triunfado. Los alemanes dejaron irse a aquellos que insistían en que no eran judíos. Respondí por muchos de ellos jurando que eran de mi parroquia.

Angelo paró de hablar y Eva, aterrada por el riesgo que había asumido y conmovida ante su valentía, lo abrazó y lo acercó hacia sí.

—Ha sido horrible. Les confiscaron sus pertenencias; los guardias les dijeron que era para proveer a aquellos que cuando llegaran no

pudieran trabajar en los campos de trabajo, aquellos que estuvieran demasiado enfermos, que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes. Pero vi a los alemanes llevándose las cosas de más valor. También había una mujer que estaba dando a luz, Eva, allí mismo, en el suelo de hormigón, ¡y no la llevaron al hospital! Dio a luz a una niña sana.

La voz de Angelo se quebró y durante un momento no pudo hablar. Quería dar esperanzas a Eva, pero él había perdido toda la que tenía. La abrazó y enterró la cara en su pelo.

—Cuantas más cosas veo, más difícil me resulta creer en Dios. ¿Qué tipo de cura soy si no creo en Dios? —confesó con voz profunda—. Algunos días, creer duele demasiado.

—Duele más no creer —le susurró Eva mientras le acariciaba el cabello—. Empiezo a pensar que Dios es el único motivo por el que cualquiera de nosotros todavía sigue vivo.

Los brazos de Angelo se tensaron terriblemente y su voz sonó como un suspiro áspero contra el cuello de Eva.

—Tengo que sacarte de aquí, Eva. Tengo que sacarte de Roma, pero no sé adónde enviarte sola. No sé dónde estarás segura, y tengo miedo de perder la cabeza si no veo por mí mismo todos los días que estás sana y salva.

—No hay ningún lugar seguro, Angelo. Estoy tan segura aquí como en cualquier otro sitio. Me fui de Florencia, pero no me iré de Roma, y no te abandonaré —añadió suavemente.

Al verlo tan abatido, Eva quiso ser fuerte, aunque fuera por él; quería ser honesta con él. Cuando la pérdida era una amenaza constante y una probabilidad terrible, no había tiempo para fingir. Permanecieron abrazados en silencio y encontraron paz y bienestar temporal. Eva se quedó dormida con la cabeza en el hombro de Angelo.

En la oscura penumbra, siempre más negra antes del atardecer, Angelo caminó hasta su apartamento, tan solo a un par de bloques de su antigua parroquia y de la iglesia del Sagrado Corazón, donde había

dejado a Eva por segunda vez en veinticuatro horas. Cuando llegara el alba, Eva podría volver a Santa Cecilia por su cuenta de forma segura con los papeles falsos. Durante la redada, nadie había ido a visitar a las monjas, lo cual tranquilizó un poco a Angelo. Ninguno de los conventos, iglesias o monasterios donde había escondido a refugiados se habían incluido en la *razzia* de las SS. Su gente, católicos y judíos por igual, estaba a salvo de momento, y después del día de hoy habría muchas más personas que tendrían que esconderse.

Angelo necesitaba dormir unas cuantas horas; luego volvería al colegio militar italiano y vería qué más podía hacerse por los judíos que estaban allí retenidos.

Entró en el modesto apartamento, dejó en el salón el bastón y el sombrero, y se desabrochó la sotana. Estaba deseando deshacerse de ella, lavarse y tirarse bocabajo en la cama.

Se sobresaltó cuando escuchó que alguien le llamaba por su nombre desde el salón. Monseñor Luciano estaba sentado en pijama y bata junto a un fuego innecesario y una Biblia cerrada entre las manos, como si su peso lo reconfortara pero estuviera demasiado cansado como para abrirla.

— ¡Monseñor! ¿Acaba de levantarse o ha estado despierto toda la noche?

— Ambas cosas — dijo monseñor Luciano con una sonrisa en la voz —. Ha sido un día terrible, no podía dormir.

Angelo no quería sentarse. Necesitaba dormir, pero intuía que su mentor lo había estado esperando, así que se dejó caer en la silla que había enfrente de monseñor y cerró los ojos.

— ¿Dónde has estado, Angelo?

El tono era amable, no acusatorio, pero aun así Angelo sopesó las palabras.

— Han arrestado a los tíos y a los primos de Eva en la redada. Después de pasar todo el día intentándolo, he tenido que decirle que no he conseguido que los liberaran — dijo.

Era la verdad, pero la simplicidad de la verdad era en sí misma una mentira. No existían palabras para expresar bien el horror del día, la desesperación y la enfermiza sensación en el estómago que le

provocaba el hecho de no tener poder para salvar a nadie.

—Estoy preocupado por ti, mi joven amigo —admitió con calma monseñor Luciano.

—¿Por qué?

Angelo también lo estaba, pero dudaba que sus preocupaciones fueran las mismas que las del monseñor.

—Es la chica que hizo que cuestionaras tu decisión de convertirte en cura. Eva.

Evidentemente, monseñor Luciano no se había olvidado de la angustiante confesión de Angelo ni del consejo que le dio tras el terrible y maravilloso viaje de agosto de 1939.

—Sí, es ella —asintió Angelo con los ojos puestos en su mentor.

—La quieres.

—Sí, la quiero, pero el amor en sí no es pecado —dijo Angelo con sencillez, otra verdad que rodeaba la mentira.

—Eso es cierto, pero distrae, y tú le has prometido tu corazón a otro.

—¿El corazón de Dios es lo bastante grande para amar a todas las personas, pero el mío no puede serlo para amar a dos?

—No cuando eres cura. Ya lo sabes, Angelo. —Monseñor Luciano suspiró—. Conoces los peligros.

—La he querido desde que era niño. No es algo nuevo, no es algo a lo que no me haya acostumbrado. Mi corazón es de Dios.

Verdad, verdad, verdad, y aun así, mentira.

—Estamos en guerra, y la guerra se las apaña para dejarnos sin perspectiva. La guerra versa sobre la vida y la muerte, y lo pinta todo con las sombras del ahora o nunca. Hacemos cosas que en otro momento no haríamos porque el nunca es aterrador y el ahora, muy tranquilizador. «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos».

—Está citando a Isaías. Debe de estar preocupado.

Luciano se rio tristemente.

—No cambies de tema.

—Puede que crea que me estoy excusando; probablemente sea así, pero sé una cosa: Eva hace que sirva mejor a Dios. De hecho, ella es la razón por la que lo sirvo.

Monseñor Luciano arqueó las cejas y entrelazó las manos; el padre siempre paciente que escucha al niño que intenta encontrar una salida.

—En cada judío, veo la cara de Eva. Creo que sería más fácil ignorar el sufrimiento de los judíos y decir, como han hecho algunos, que era una profecía. Algunos dicen, y usted lo sabe, que fueron ellos los que crucificaron a nuestro Señor, monseñor.

Monseñor Luciano asintió despacio con la cabeza y Angelo, de repente, intuyó que el monseñor se había dicho eso mismo en alguna ocasión.

—Pero Eva no crucificó a nuestro Señor, su padre tampoco, ni ningún judío de los que viven en esta tierra. —Angelo sintió que se le acaloraba el cuello y que se estaba enfadando. Se detuvo y tomó aire profundamente, recordándose a sí mismo que monseñor no era quien perseguía a los judíos—. Simplemente son personas, y muchos de ellos, la mayoría, son buena gente. Camillo y Eva me han querido y me han dado un hogar, ellos son mi familia. El *signore* Rosselli nunca lo admitiría, pero sé que dio una cantidad de dinero bastante importante para que me admitieran en el seminario. Creo que también hizo una donación para que, cuando me convirtiera en cura, tuviera una buena posición. Nunca tuve que hacer cola ni esperar, monseñor, al contrario que muchos otros. Después de la ordenación, se me asignó inmediatamente una parroquia. Fue por el dinero y su influencia, no por nada que hubiera hecho yo.

»Camillo les dio a mis abuelos una casa y, cuando esas ridículas leyes se aprobaron, Camillo Rosselli les cedió legalmente todas sus posesiones. Les pidió que si las leyes se revocaban, le devolvieran una parte y que, si eso no pasaba, cuidaran de Eva y le ofrecieran un hogar cuando él no estuviera, si lo necesitaba.

»Cuando veo a una familia correr por sus vidas, sin casa, sin país, sin nadie que los proteja, perseguidos, veo a Eva, y eso hace que me esfuerce más, que rece más. Me da un propósito, monseñor. Veo a Eva.

—Intenta imaginarte a nuestro Señor en su lugar. En vez de ver a Eva, deberías ver a nuestro Señor. Él también era judío, Angelo.

La voz de monseñor era suplicante; intentaba redirigir su objetivo

hacia un lugar más seguro.

—Sí, lo era, y si estuviera ahora aquí, los alemanes también lo arrestarían. Detendrían a su madre y a los apóstoles. Los subirían a todos a un tren con dirección al norte y viajarían durante días sin un sitio para sentarse. Los obligarían a estar de pie entre sus desechos, sin agua ni comida, y después, cuando finalmente llegaran, trabajarían hasta la muerte o los gasearían de inmediato.

—¡Angelo!

Monseñor estaba horrorizado por la insensible respuesta de Angelo. Este casi se echó a reír al ver su expresión de horror, pero no lo hizo. Tampoco se cubrió la cabeza ni se puso a llorar, que era lo que quería hacer. Era extremista, pero era la verdad. Era irónico que funcionase.

—Esta es la diferencia, monseñor: Jesús se entregó por voluntad propia. Podría haberse salvado, pero era Dios y escogió morir. Eva es simplemente una chica, a ella no le han dado elección. Le han quitado el derecho a elegir al pueblo judío; les han quitado la libertad y les han quitado la dignidad, y ellos no pueden hacer nada por salvarse.

A lo largo del día siguiente, Angelo observó el colegio militar en el que estaban retenidos los judíos a los que cogieron en la redada. Estaba tan cerca del Vaticano que veía partes del patio desde la ventana de la oficina de monseñor Luciano. Dispuso que se mandara comida a los prisioneros, toda la que pudo reunir y juntar apresuradamente con permiso de sus superiores. Los soldados les hicieron dejarla en el patio. No estaba seguro de que los que estaban dentro fueran a recibirla.

Había poco movimiento. Los soldados alemanes, con metralletas, vigilaban la infraestructura y nadie se marchó. Pero, en las primeras horas de la mañana del 18 de octubre, cuarenta y ocho horas después de que empezara la redada en el antiguo gueto, los camiones del ejército empezaron a abandonar el colegio militar italiano. Cuando Angelo llegó al amanecer, consiguió que un coche del Vaticano

siguiera a cierta distancia la fila de camiones. Los camiones no se dirigían al destino habitual, ni tampoco los prisioneros que iban en los trenes de pasajeros. Monseñor O'Flaherty —el alto cargo irlandés que había autorizado el envío de comida— y él observaron como los camiones se metían en fila en la plataforma de embarque de la estación de Tiburtina. Subían a hombres, mujeres y niños, muchos de ellos todavía en pijama, con las ropas que llevaban cuando los arrestaron, en vagones de mercancía hasta su capacidad máxima, con apenas sitio para estar de pie y menos para sentarse. Las puertas estaban cerradas. Los camiones vacíos iban y venían una y otra vez. Repitieron el trayecto varias veces.

Estuvieron observándolos durante todo el día; camión tras camión, llegaban a la zona de carga y el proceso se repetía. El día era cálido, pero los vagones no se volvieron a abrir; la gente que iba dentro no recibió agua y los vagones de ganado no tenían baños. Angelo y monseñor O'Flaherty no podían hacer más que observar; eran un par de espías en sotana compartiendo unos binoculares. No podían escuchar a los niños llorando o las preguntas que se debieron haber hecho los ocupantes de los trenes, pero expresaron algunas que tenían ellos.

¿Por qué querían los alemanes transportar a toda esa gente cientos de kilómetros solo para matarlos? Y, en primer lugar, ¿qué razones tenían para hacerlo? Era completamente irracional. Seguro que era para ponerlos a trabajar; era la única conclusión lógica.

Pero Angelo sabía la respuesta. Tuvo un grupo de refugiados de Checoslovaquia que le contaron lo de los trenes, y tenía la prueba delante de sus ojos. Tenía en la cabeza las palabras que le había dicho a monseñor Luciano el día anterior a primera hora de la mañana: «Los subirían a todos a un tren con dirección al norte y viajarían durante días sin un sitio para sentarse. Los obligarían a estar de pie entre sus desechos, sin agua ni comida, y después, cuando finalmente llegaran, trabajarían hasta la muerte o los gasearían de inmediato».

—¿Por qué no hace nada el papa? —gritó Angelo al ver que llegaba otro transporte—. ¿No puede intervenir? ¡Son judíos de Roma! Les aseguraron que esto no pasaría, ¡y está pasando! ¿Por qué estamos

aquí parados sin hacer nada por salvarlos?

Monseñor O'Flaherty bajó los binoculares, se frotó la cara cansada, se santiguó y murmuró una plegaria en voz baja antes de volverse hacia Angelo con la mirada dolida.

—No puedo contestarte a eso, Angelo. Todo lo que sé es que a veces solo vemos nuestro rincón del infierno. El papa tiene que considerar qué implicaciones tendría su actuación en todos los rincones, para toda la gente. Si empieza a hacer peticiones en favor de estos judíos, ¿qué hará Hitler? La línea es muy difusa, Angelo. Las vidas dependen de la balanza de cada decisión, muchas vidas, muchas más vidas que estas. La Iglesia está escondiendo a miles de judíos, se ocupa de la gente de todas las comunidades que hay en el mundo. No podemos continuar con lo que estamos haciendo si dibujamos una diana en las paredes del Vaticano ahora mismo, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Angelo no tenía respuesta y no podía hacer nada aparte de observar cómo se ampliaba su propio rincón del infierno. Al final, a las dos de la tarde, ocho horas después de que los primeros camiones llegaran a la zona de embarque, el tren de carga, tirando de veinte vagones de ganado llenos con más de mil doscientos judíos romanos, abandonó la estación de Tiburtina.

20 de octubre de 1943

Confesión: el tío Felix tenía razón sobre las notas largas.

El tío Felix solía torturarme con las notas largas, el ejercicio más tedioso, doloroso y aburrido para los violinistas de todo el mundo. Mantener una nota de forma indefinida, sin cambiar el volumen, ni la variación, ni el vibrato. Babbo odiaba las notas largas tanto como yo. En la villa, la sala de música estaba a uno de los lados de su biblioteca. Un día le escuché lanzar un libro contra la pared después de haber estado tocando notas largas durante más de una hora; me desconcentró, me detuve y quedé lejos de mi récord.

Me gritaba: «¡Nunca dominarás este instrumento si no dominas las notas largas, Batsheva!». Yo estaba tan frustrada que le contestaba gritando: «¡Y tú nunca aprenderás italiano si solo hablas en alemán!». Eso también lo escuchó babbo, y me castigaron durante una semana por mi impertinencia.

Cuando estoy sola, toco notas largas en la habitación del convento y, por primera vez en mi vida, me reconfortan. Me reconforta la habilidad de dominar ese único sonido continuado a pesar de que me duela el brazo y mi espíritu anhele la música.

La vida es como una nota larga; persiste sin variar ni agitarse. No hay cese en el sonido ni pausa en el tempo. Continúa y tenemos que controlarla, o ella nos controlará a nosotros. Controló al tío Felix, aunque alguno podría decir que simplemente dejó su arco. Me pregunto qué pensarán las monjas de este ejercicio, de la larga nota que se lamenta en mi habitación, noche tras noche. Creo que, si alguien es capaz de entender el poder de la constancia,

esas son las monjas de Santa Cecilia.

Eva Rosselli

Capítulo 12

Vía Tasso

Dos días después de la redada, los saqueadores, al darse cuenta de que los judíos de la ciudad habían tenido que dejar sus pertenencias atrás cuando los arrestaron, habían ido al gueto y habían empezado a coger todo lo que fuera de valor. En la oscuridad que había antes del amanecer del tercer día, Mario Sonnino y su pequeña familia caminaron por las oscuras calles hasta llegar a la iglesia de Santa Cecilia y llamaron al timbre de la puerta.

—El padre Angelo nos ha dicho que viniéramos —dijo Mario cuando la madre Francesca miró por las barras de hierro.

—Y Eva —pio la niña pequeña—. ¿Está aquí Eva?

La madre Francesca echó una mirada a la cansada madre con un bebé en brazos y a los dos niños de la mano de su padre, y los hizo pasar por las puertas y subir a la habitación que estaba al lado de la de Eva.

Eva se despertó con los sonidos de un bebé llorando y el caminar de las monjas que se apresuraban por el pasillo para intentar alojar a los recién llegados. Saltó de la cama y se vistió en la oscuridad.

Llevaron otra cama a la pequeña habitación y, con una caja grande, improvisaron una cuna. Mario y Lorenzo se quedarían en el piso inferior, donde se alojaban otros dos hombres judíos. Las monjas tenían reglas para este tipo de cosas, pero Mario no pudo más que asentir agradecidamente. Tenía un plan preparado, pero era

demasiado tarde para llevarlo a cabo.

—Han cerrado las vías de escape. Los alemanes han cerrado el puerto de Génova y la frontera con Suiza es muy peligrosa. Giulia y los niños no lo lograrían aunque no lo fuera. Es un viaje agotador. No sé adónde ir, Eva. Tenemos los pasaportes falsos pero ningún sitio donde vivir, y el pasaporte no será suficiente para esconderme.

—Estaba preocupada por vosotros. ¡Debería haber ido a ver cómo estabais por mí misma! Angelo no quería ni oírlo, decía que el gueto era demasiado peligroso —dijo Eva mientras ayudaba a Giulia a deshacer las pequeñas maletas.

—Sí, pero no te preocupes. El mismo padre Angelo vino y nos dijo que viniéramos antes de que amaneciera. Es la hora más segura para estar en la calle. Una familia se ofreció a escondernos, un médico y antiguo compañero mío, pero es demasiado peligroso. Ahora no solo debemos tener cuidado de los alemanes.

Eva sabía a qué se refería. Los camisas negras, la ovra —la Organización para la Vigilancia y la Represión del Antifascismo— y la Casa del Fascio, todos ellos italianos, estaban pasando informes a la Gestapo. Cazaban activamente a judíos y espiaban a otros italianos.

—No quería poner en peligro a su familia. —Mario se detuvo de repente y miró al suelo como si estuviera avergonzado—. Y aun así, estamos aquí, poniendo en peligro a estas mujeres —susurró de manera entrecortada.

—Aquí estaréis a salvo, y también las monjas —contestó firmemente Eva—. Era la opción correcta.

En los días posteriores, Angelo llevó a dos hermanas jóvenes, una de quince años y otra de dieciséis, que habían escapado de la *razzia* cuando su hermano mayor las obligó a salir por una ventana del piso de arriba y les dijo que huyeran por los tejados, prometiéndoles que iría tras ellas. Pero le dispararon. Una pareja mayor y otra familia joven con dos niños pequeños, no mucho mayores que Lorenzo, los siguieron poco después. Un par de hermanos de veintipocos y un hombre con una hija joven completaban el cupo; el pequeño convento comenzaba a desbordarse con los nuevos inquilinos.

Era ilegal acoger a inquilinos sin documentos legales, y solo Eva y

los Sonnino tenían documentos que les evitarían ser arrestados en el acto. También era ilegal no registrar a todos los inquilinos en el registro oficial, pero, de nuevo, llegados a ese punto, era ilegal ser judío en Roma. La madre Francesca se mostraba inquieta ante el número cada vez mayor de refugiados y el registro oficial que tendría que realizar si la policía se lo pedía. Angelo la llevó aparte y le recordó cómo a la propia Virgen María le dieron la espalda una y otra vez para acabar dando a luz al Salvador del mundo en un establo.

—No podemos darles la espalda, madre. No tienen ningún sitio al que ir.

Angelo también tenía cartas de los cardenales en las que pedían que todas las instituciones religiosas abrieran sus puertas a los refugiados y que hicieran lo que pudieran para darles refugio, y usaba las cartas sin remordimientos ni reservas. Le había dicho a Eva que los pastores de la zona rural habían recordado a sus parroquianos que Jesús era judío para alentarlos a que abrieran sus puertas. La culpa católica era un arma poderosa, y Angelo y sus hermanos no tuvieron ningún reparo en usarla.

Durante los días siguientes, Angelo y la abadesa enseñaron a los refugiados durante la catequesis y la liturgia los padrenuestros y los avemarías, un curso intensivo de catolicismo en el que continuamente se probaba su conocimiento. Los refugiados que tenían documentos falsos y cuyo acento o apariencia no los delataba fueron con Eva al municipio para obtener cupones de comida y permisos de residencia reales. Aldo fue capaz de falsificar documentos para Mario Sonnino: unos salvoconductos del ejército italiano y un permiso de trabajo médico. No debería hacer alarde de ellos, pero servirían de tapadera si los descubrían o los detenían.

Incluso a pesar de que algunos de los inquilinos pudieran registrarse para el racionamiento, el cupo del convento, y de todos los conventos y monasterios de Roma, superaba las raciones asignadas. Mario sabía dónde iba Levi a comprar cosas en el mercado negro y él y Angelo se arriesgaron a tener algunos encuentros clandestinos para conseguir mantequilla y leche, dos cosas que Giulia Sonnino necesitaba con urgencia; no estaba bien y no estaba produciendo la

leche suficiente para el bebé.

Sin embargo, Angelo era un hombre de recursos. Dos semanas después de la redada de los judíos de Roma, una mujer de su antigua parroquia perdió a su bebé en el incendio de una casa. De alguna manera, el cura se enteró de lo ocurrido y llevó a la pobre madre a las monjas de Santa Cecilia, que le dieron un techo, y consiguieron así una nodriza para el pequeño Isaaco Sonnino. Si había una necesidad, Angelo encontraba la manera de solventarla. Sus habilidades como guardameta se traducían a la perfección en sus habilidades como cura en tiempos de guerra: luchaba, protegía y defendía.

Angelo inspiraba el mismo ingenio y respeto entre todos a los que servía, y nunca dejaba de moverse. Atrajo la atención de la policía local italiana, que lo interrogó en más de una ocasión, pero él siempre se limitaba a dar su bendición y hacía una genuflexión para salir del atolladero y llevaba a cabo todos los asuntos que podía desde dentro de la Ciudad del Vaticano, fuera de la jurisdicción de la ley romana. Sin embargo, era inflexible en lo que concernía a Eva: ella no se pondría en peligro. Esa era su única condición, hasta que este asunto se le fue de las manos por completo.

Se sentó en un banco grande y se desplomó, con la capa entre las manos; era un oficial alemán solo y la gente pasaba escopetada por su lado. Parecía no darse cuenta del malestar que estaba causando, el miedo y la mofa en las miradas de la gente se apartaban de su camino.

Eva pasó la mañana haciendo cola para el racionamiento, la única cosa que Angelo le permitía hacer, pero le cundió muy poco. Esa mañana se llevó el violín de Mario; le había dicho que lo intercambiara por algo si merecía la pena. No había conseguido nada. Ahora, muchas horas después, esperaba el tranvía que la llevaría de vuelta a través de la ciudad.

Aún le quedaban quince minutos de espera, por lo menos, y estaba cansada; le dolían los pies. Ver al enorme alemán ocupar todo el banco de repente la llenó de rabia y de una insolencia que habría

estremecido a su padre si la hubiese visto. Casi podía oír su voz en la cabeza: «¡Ser invisibles es nuestra mejor arma, Batsheva!».

La invisibilidad podría haberle servido a Camillo Rosselli, un hombre delgado y encorvado de edad indeterminada, pero no funcionaba especialmente bien con una mujer bella. Eva lo había descubierto hacía tiempo. La mejor arma que tenía era hacer que otros la miraran fijamente; que la miraran fijamente y asumieran que tenía todo el derecho del mundo a estar exactamente donde estaba. Se sentó junto al hombre con la espalda rígida, el estuche del violín en el regazo y la nariz en alto, recordándose a sí misma que ella era la intrusa, una visitante no bienvenida en su propio país. El hombre podía moverse si lo incomodaba.

La miró sorprendido. Eva notó que se sobresaltó y giró la cabeza y lo miró a los ojos con una arrogante rebeldía antes de mirar para otro lado. El hombre la siguió observando con los ojos fijos en su rostro.

—¿Sabes tocar? —le preguntó en alemán, pero Eva fingió no entenderle. Él suspiró, se inclinó y tocó el estuche del violín—. ¿Sabes tocar? —volvió a preguntar haciendo como que tocaba.

Eva se dio cuenta de lo cansado que parecía, de lo oscuras que tenía las ojeras. Asintió una vez, con una inclinación pronunciada de la barbilla, y luego miró hacia otro lado de nuevo.

—Toca —dijo el hombre alemán sin más mientras daba golpecitos en el estuche insistentemente.

Eva sacudió la cabeza; no iba a tocar para él. El alemán se echó para atrás con tristeza y ella creyó que ahí acabaría todo.

—Mi padre sabía tocar. Le encantaba la música, Beethoven y Mozart. Bach..., le encantaba Bach. —Hablaba tan bajo que Eva casi no le oía, pero la voz se le quebró con la última palabra y dejó ver su pena. La joven casi sintió pena por él—. Toca —volvió a pedir, elevando la voz.

Se inclinó bruscamente hacia ella y le quitó el estuche del violín de las manos. En ese momento, Eva se levantó y dio un paso atrás. No era su preciado Stradivarius, pero, aunque lo hubiera sido, no era tan insensata como para arrebatárselo.

El hombre dejó el estuche en el suelo y la abrió; sacó el violín y el

arco, se puso de pie y se los dio bruscamente. Eva se tambaleó y casi se le caen, pero a él no le importó.

—¡Toca! —gritó.

La cara pálida del hombre de repente estaba roja por la ira. Un niño empezó a gritar y Eva se dio cuenta de que estaban llamando la atención, pero nadie se acercó, nadie intervino. *Invisibilidad* era la palabra del día. Eva estaba demasiado conmocionada como para responder y se quedó mirándolo con el arco extendido como si fuera una espada.

—¿Eres idiota? ¡Toca! —rugió.

Entonces sacó la pistola de la funda que tenía a un lado y la apuntó en la cara.

Eva tensó rápidamente el arco y afinó las cuerdas. Se colocó el violín en el hombro y, sin mirar la inmóvil pistola, se lo encajó debajo de la barbilla.

A su padre le encantaba Bach, eso es lo que había dicho. Sin mirar al oficial, Eva empezó a tocar la versión de Bach y Gounod del *Ave María*, la que le había hecho llorar por su propia madre y prometer que dominaría el violín, aunque fuera solo para sentirse más cerca de ella, para entenderla.

Por el rabillo del ojo vio que estaba bajando la pistola, pero solo un poco, y Eva cerró los ojos con fuerza y se concentró en mantener un tono limpio y controlar el trémolo y el temblor de las piernas para que no afectaran a su actuación. Había rechazado ser invisible y eso la había llevado a esa situación. Ahora su única arma era tocar. Tocar bien.

La primera nota sostenida era tímida y vacilante, pero Eva persistió y agarró con fuerza el instrumento, con la barbilla contra el barniz degradado, como si estuviera abrazado a un amante. La melodía resplandecía y se hizo más fuerte y, poco después, estaba sonsacando un aria altísima de las cuerdas del violín que ni un soprano experimentado podría conseguir. Aun así, Eva lo escuchaba como si lo hiciera a través de una cascada, con el corazón ahogándose en las dulces y plateadas caídas y los estremecedores *crescendos*, y se preguntó, desde la parte del cerebro racional, como si solo fuera una

mera observadora, si aquella sería su última actuación. Se preguntó si el sacrificio de su tío, su tiempo, todas las horas que había pasado practicando, escuchando a *babbo* quejándose y a Angelo pidiendo más, habían valido la pena.

Entonces se acabó. Hecho. Eva separó el arco de las cuerdas y levantó la mirada hacia su opresor; había bajado la pistola y tenía la cara cubierta de lágrimas. Con cuidado, volvió a meter la pistola en la funda y se dio la vuelta. Dudó y le dio la espalda a Eva, que se preguntó si le pediría un bis. Le ardía el pecho, y ella se dio cuenta de que necesitaba respirar. Sin darse la vuelta, el alemán dijo en voz baja pero con claridad: «*Vergib mir*». Perdóname.

Dio unos cuantos pasos con la espalda rígida y las manos entrelazadas por detrás. Luego echó a andar de nuevo con una determinación enérgica, como si supiera exactamente adónde se dirigía. El tranvía estaba llegando. El chirrido de las ruedas era como música para los oídos de Eva. El oficial alemán se dirigió hacia él como si creyera que podía blandir su pistola y hacerlo parar de la misma forma en la que la había apuntado para obligarla a tocar. Según se aproximaba, aceleró el paso y, con una compostura que impactó a Eva por resultarle instantáneamente familiar y terriblemente predecible, se tiró delante del tranvía. El sonido fue como desatar el infierno, un chillido desgarrador y agobiante, y el vagón dio una sacudida en la vía, casi tragándose al hombre y arrojándole fuera de nuevo.

La gente gritaba y señalaba, y en cuestión de segundos, o quizá minutos, sonó una sirena, luego otra, y la clara luz azul del día se llenó de una cacofonía de almas en pena.

Eva, con las piernas rígidas, se acercó hasta el estuche que estaba abierto en el suelo. Con cuidado, guardó el violín dentro, lo cerró y se dejó caer en el banco. Volvió a quedarse esperando a un tranvía que ya había llegado, un tranvía que no la llevaría a ningún lado. Le temblaban las manos y tenía el estómago revuelto, y cada aliento de espanto era como fuego en su garganta. A pesar de ello, se sentó, serena, manteniendo el miedo dentro de la caja de huesos que protegía su corazón devastado por la guerra y sus pulmones

acribillados por la metralla.

Luego aparecieron los alemanes con silbatos y porras, agrupando a los mirones y gritando en un lenguaje que nadie parecía entender. Pero Eva sí.

—¡Alguien lo ha empujado! —gritó un oficial—. ¿Quién ha sido?

La aterrorizada muchedumbre miraba a su alrededor como si buscara al culpable y una mujer señaló a Eva.

—¡Ella estaba con él! —dijo la mujer en italiano—. La mujer con el violín, ella estaba con él.

Unos cuantos oficiales y un puñado de mirones horrorizados siguieron el dedo de la mujer hasta el banco donde Eva estaba sentada. Puede que los alemanes no hubieran entendido lo que había dicho la mujer, pero sí entendieron su gesto.

Eva se levantó del banco negando con la cabeza.

—*Nein* —dijo—. ¡No! Nadie le ha empujado, se abalanzó él sobre el tranvía, lo he visto —dijo en alemán.

Dos de los oficiales se separaron y fueron hacia ella.

—¿Cómo te llamas? —ladró uno con la mano en la pistola.

—Eva —contestó aturdida.

Durante un momento, no pudo recordar cuál era su apellido y luego se acordó de que se suponía que no tenía que decirlo. Agradeció que la conmoción le hubiera detenido la lengua.

—Papeles. —Esperó con la mano extendida.

Eva buscó a tientas en su billetera y se apresuró a ponerle en la mano su pasaporte falso. El oficial lo observó durante unos cuantos minutos y se lo devolvió.

—Te vienes conmigo.

—¿Qu-qué? ¿Por qué?

Se percató de que se lo había preguntado en italiano y repitió la pregunta en alemán.

—Diez civiles por cada alemán, esa es la regla del Führer. Ya has visto lo que ha pasado. ¿A quién nos llevamos en su lugar?

—Pero se ha matado él —gritó Eva.

—Eso es lo que tú dices. Ven conmigo.

—¡Fue directo al tranvía! —gritó Eva.

Esta vez habló en italiano mientras miraba a quienes observaban, segura de que alguien tenía que haber visto el suicidio. La gente se había apiñado, petrificada, con los ojos abiertos y las bocas cerradas. Nadie dijo ni una palabra.

—¡Ni siquiera había nadie cerca de él! —insistió—. Simplemente se puso en medio del tranvía. Alguien debe de haber visto lo mismo que yo.

Entonces una mujer asintió, luego otra le echó valor y también lo hizo y, al poco tiempo, muchas personas lo confirmaron y sumaron sus voces a los gritos de Eva. El oficial alemán no lo entendía, o le daba igual, y se llevó a Eva hacia un *jeep* mal aparcado en medio de la calle. Gritó de mala manera a dos de los oficiales, dio órdenes a otros cuantos y estos metieron a Eva en la parte de atrás del vehículo militar. Se la llevaron rápidamente de la calle, así de sencillo, y no había nada que nadie pudiera hacer al respecto.

La policía alemana había convertido una hilera de edificios de vía Tasso en su cuartel. Era una opción extraña: era una calle modesta de apartamentos y escuelas con un arco derruido al final de un lado de la calle y el santuario de Santa Scala al otro. Del edificio principal colgaban banderas rojas con esvásticas enormes con un toque oficial y llamativo en comparación con el amarillo mate del edificio.

Dentro había una zona de construcción vigilada por soldados con metralletas. Los alemanes llevaban en Roma menos de seis semanas y, por lo que parecía, preveían una ocupación larga. Habían derribado y reconstruido las paredes; habían dividido las oficinas y a lo largo del corredor se extendía una larga fila de celdas oscuras, habitaciones sin baño ni camas, y muchas de ellas estaban llenas. Encerraron a Eva en una habitación que parecía más bien un armario. Estaba tan oscuro que le llevó unos cuantos minutos adaptar la vista. Escuchó algún que otro grito y órdenes y se tapó los oídos para bloquearlos. Luego se concentró en lo que diría si le dieran la oportunidad; su mente viajaba a los últimos momentos del melancólico alemán.

Le odió desde el principio, y aún más cuando le puso la pistola contra la cabeza, pero luego vio sus lágrimas y sintió su tristeza. Ahora no lo odiaba; no podía, lo entendía demasiado bien.

«Perdóname», le había dicho.

Lo había perdonado con todo su corazón, y también perdonó a su tío Felix. Durante tres largos años había rechazado cualquier pensamiento sobre él, pero allí, en la oscuridad, lo sintió con ella.

La dejaron durante horas en la habitación, que parecía un armario. Eva no tenía manera de saber qué hora era, pero necesitaba urgentemente ir al baño y tenía la garganta tan seca que le cortaba cuando intentaba tragar.

Cuando finalmente llegó un soldado y le abrió la puerta para que saliera, le dieron una bebida y, antes de que la hicieran subir un tramo de escaleras hasta una oficina que hacía que el piso inferior pareciera de otro planeta, le permitieron usar el baño, otro armario a oscuras con un cubo directamente sobre el cemento del que rebosaban excrementos.

Un alemán uniformado de estatura media y complexión robusta la esperaba dentro de la enorme oficina al lado de una mesa de caoba, como si sentarse estuviera por debajo de su posición. Llevaba el uniforme impecable y tenía unas formas enérgicas. Sus ojos claros eran mordaces y su tono de voz, aún más.

—Soy el capitán Von Essen. ¿Cómo se llama, *Fräulein*?

—Eva Bianco.

Había estado repasando su coartada durante horas.

—¿Por qué está en Roma, señorita Bianco?

—Mi hermano es cura en el Vaticano. Vine aquí para estar más cerca de él y encontrar un trabajo.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Angelo Bianco. Trabaja para la curia romana.

—¿No había trabajo en Nápoles?

Eva negó con la cabeza

—No.

—Habla muy bien alemán, pero tiene acento austríaco.

—Eva asintió—. No creo que aprendiera a hablar alemán tan bien en colegio.

—Lo aprendí en el colegio, pero tenía un profesor de música que era austríaco.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Qué tipo de músico?

—Me enseñó a tocar el violín. Pasé mucho tiempo con él.

—¿Y dónde está su profesor ahora?

—Está muerto.

Eva creyó que le preguntaría por los detalles, y parece que lo consideró, pero cambió de dirección.

—Un soldado alemán también está muerto; era un oficial muy dedicado. Me resulta difícil creer que simplemente se tirara delante de un tranvía.

—Pero lo hizo —dijo Eva en voz baja pero con firmeza.

El alemán la miró a los ojos y, después, se sentó en la silla.

Jugueteó con los dedos mientras reflexionaba.

—¿No lo empujó?

—¡No!

—¿Y no vio a nadie empujarlo?

—No, nadie lo empujó. Parecía... muy deprimido.

—¿Y eso cómo lo sabe?

—Me apuntó con la pistola en la cabeza y me pidió que tocara — contestó Eva con simpleza.

El capitán Von Essen arqueó sus cejas rubias y peludas y se inclinó hacia delante.

—¿Y lo hizo? —preguntó.

—Sí.

—Muéstremelo.

Señaló la puerta. Habían colocado el estuche del violín contra la pared, justo a la izquierda de la entrada. Se lo habían quitado junto con sus papeles cuando llegó. Eva desconocía por qué le estaba

preguntando cosas que obviamente él ya sabía.

Se levantó y cogió la funda, deseando tener fuerza en las extremidades. Por segunda vez en un día, le habían ordenado que tocara para librarse, bajo la misma tensión que esos muñecos de las cajas sorpresa que salían disparados.

—¿Conoce algo de Wagner? —dijo el alemán con curiosidad.

Eva se tensó al escuchar la voz de su tío Felix en su cabeza: «Nada de Wagner. No le importan los judíos, así que a mí no me importan sus composiciones».

—No tanto como para tocarlo.

—Mmm, qué pena, pero hay muchos compositores alemanes magníficos... Mozart, Chopin...

—Mozart es austríaco y Chopin, también —lo corrigió Eva.

Sabía que sonaba combativa, y eso le gustó. No estaba segura de en qué punto había dejado de tener miedo. Quizás el hecho de estar sentada en la oscuridad con pensamientos suicidas hubiera inclinado la balanza.

—Pero Austria ya no existe, debería saberlo. Austria y Alemania son una —razonó.

Eva simplemente asintió, sin atreverse a hablar.

—Toque Chopin —le ordenó.

Eva levantó el violín de forma obediente. Sin escuchar al capitán, encontró el hilo de la música en su memoria, la variación que había tocado para el tío Felix: Chopin mezclado con Rosselli, espolvoreado con una pizca de Adler y empapado de enfado.

—*Genug* —dijo el capitán bruscamente—. Es suficiente.

No parecía que la música le impresionara. Eva se detuvo de inmediato.

—Otras personas han corroborado lo que dice. Al parecer, no ha hecho nada malo, así que puede irse.

Se levantó una vez más, como si todo hubiera sido una simple formalidad, como si las horas que había pasado Eva encerrada en una habitación de uno por dos y medio hubieran sido un pequeño descuido. Se quedó mirándolo de forma estúpida, preguntándose si estaría jugando con ella.

—¿Sabe escribir a máquina? —preguntó de repente.

Eva le miró inexpresiva, intentando pasar de Chopin a la libertad y ahora a esta nueva línea de investigación.

—Sí. —Su respuesta sonó más a una pregunta por el tono alto del final; estaba confundida.

—Necesito una secretaria que hable alemán. Eva se sentó, paralizada por el horror.

—¿Quiere que trabaje aquí?

—Sí, aquí. Es un empleo bien recompensado. Hará recados, archivará, escribirá a máquina, traerá café; nada demasiado difícil. Nadie le pondrá una pistola en la cabeza ni le pedirá que toque el violín. —No sonrió, aunque Eva estaba segura de que trataba de ser gracioso—. Dijo que necesitaba un trabajo —la empujó.

—Sí, lo necesito.

El miedo y las posibilidades hacían que la cabeza le diera vueltas.

—Pues hecho. Seis días a la semana, tendrá libre los domingos. El lunes a las ocho aquí. Se irá a las cinco. Su hermano, el cura, está aquí. La ha estado esperando. Tiene que decirle que la hemos tratado bien.

No era una sugerencia.

Una vez más, Eva se limitó a quedarse mirando, sorprendida.

¿Angelo estaba allí?

—Se ha pasado el toque de queda, así que un coche los llevará a casa. El lunes la recogerán.

Esperó a que Eva guardara el violín y luego le dio los documentos falsos. La habían salvado dos veces. Tenía que contárselo a Aldo.

Un soldado la escoltó hasta el área de recepción, donde había dos alemanes con ametralladoras a ambos lados de la entrada y dos más detrás de una mesa grande. Angelo estaba sentado en una silla de metal con la cabeza gacha. Se había quitado el sombrero y sostenía una cruz entre las manos. Cuando se acercó al final de las escaleras, levantó la cabeza con poco entusiasmo, como si hubiera hecho ese gesto durante todo el día solo para decepcionarse.

Se levantó de golpe, con los ojos puestos en la cara de Eva, buscando en su rostro muestras de represión o coacción. Ella intentó sonreírle para tranquilizarlo, pero la curva que tenía en los labios era

extraña y el esfuerzo hizo que quisiera llorar, así que apretó los dientes y dejó que el soldado los guiara.

—Fuera los espera un coche —dijo el joven alemán a Angelo—. Los llevarán a los dos a casa. Por favor, síganme.

Rápidamente, llegó a zancadas a la puerta, esperando que hicieran lo que les había dicho. Angelo agarró a Eva del brazo, tan fuerte que le saldrían moratones. Agradeció que la sujetara a pesar de lo irónico que era dejar el cuartel de los alemanes y que los únicos moratones que tuviera fueran de Angelo.

El escolta armado les sujetaba la puerta abierta de un Volkswagen brillante y esperó hasta que se metieron en los asientos de atrás. Se inclinó con el casco gris en forma de caparazón de tortuga apuntando hacia ellos.

—¿Dirección?

Angelo contestó por los dos y les dio la dirección que Eva supuso sería la del apartamento que compartía con monseñor Luciano y su hermana. El alemán se puso firme y cerró la puerta con brusquedad. Le transmitió la dirección al conductor y, segundos después, el coche se alejó del bordillo.

Las calles estaban en silencio; los romanos se escondían de forma obediente en sus casas, esperando a que llegara el amanecer para volver a empezar de nuevo. Angelo y Eva no conversaron. El alemán que iba al volante les lanzó una mirada extraña por el espejo retrovisor, con los ojos puestos en Eva y luego en Angelo antes de mirar para otro lado. Cuando subieron al coche, Angelo le soltó el brazo y no se lo volvió a coger.

—Hoy han colgado a una mujer de una farola. Era una partisana. —El conductor alemán les dio conversación. Ni Angelo ni Eva respondieron—. Pidió la extremaunción, ¿lo sabía, padre? —lo presionó.

Angelo asintió una vez, pero apretó los puños.

—Cuando dijo que habían traído a su hermana, padre, hubo rumores de que era la partisana. No tenemos a muchas mujeres en el cuartel. Aún no. Por suerte, estaba equivocado.

Comenzó a silbar como si de verdad estuviera feliz.

Las calles estaban vacías, por lo que el trayecto llevó un cuarto del tiempo habitual y, al cabo de un rato, Eva y Angelo caminaban por la oscura acera de un edificio que la joven no reconoció mientras observaban cómo el Volkswagen negro se alejaba.

10 de noviembre

Confesión: antes no rezaba nunca.

Rezar no era algo en lo que pensara cuando era más joven. No era algo que le preocupara a mi padre, así que tampoco me preocupaba a mí. Luego, un día, importó. Así que empecé a escuchar y comencé a rezar.

Los rezos de los judíos han ido pasando de generación en generación, y cuando digo mis oraciones, estas son como nanas. En las oraciones siento a mis padres, a sus padres y a los padres de sus padres. Los siento a todos, cantándome, y no han desaparecido, sino que se han marchado. Estamos separados, pero no para siempre, así que seguiré diciendo mis oraciones. Nunca dejaré de hacerlo, y por eso siempre seré judía.

Angelo no reza de la misma forma que yo; llama a su Dios de una forma diferente. No sería Dios si solo fuera Dios para algunos de sus hijos..., ¿no?, lo llamen o no por el mismo nombre. Yo a mi padre le llamo «babbo» y Angelo se refiere al suyo como «papà». ¿Importa cómo le llamemos? ¿Importa cómo recemos si nuestra devoción es pura, si nuestro amor por él nos lleva a amar, a servir, a perdonar y a ser mejores personas?

Supongo que sí. Tristemente, sí, porque mis oraciones podrían hacer que me matasen.

Eva Rosselli

Capítulo 13

La iglesia del Sagrado Corazón

— Ven conmigo — dijo Angelo en voz baja.

Giró sin cogerla del brazo ni de la mano. Actuaba como si los edificios tuvieran ojos. Caminó rápidamente con el bastón resonando contra los adoquines, y subió por una avenida estrecha. Caminó por las sombras de la parte de atrás del edificio hasta alcanzar la parte trasera de la entrada de una gran iglesia que estaba rodeada de un muro alto. A Eva le llevó un rato darse cuenta de que era la iglesia del Sagrado Corazón; se habían acercado desde otra dirección.

Angelo rebuscó por debajo del alzacuellos blanco y rígido y tiró de una cadena que le colgaba del cuello en la que había un montón de llaves. Agarró una y abrió la puerta, sin hacer ruido; parecía que las bisagras estaban bien engrasadas. Cerró la puerta tras ellos con cuidado y llevó a Eva por un pequeño sendero que acababa en la puerta trasera de la iglesia. Con otra llave abrió la entrada trasera y se metieron dentro.

A Eva le invadió el aroma a incienso y a cera de vela, y más allá de aquel olor intenso se percibía el de la piedra antigua y los rincones húmedos. Las vísperas se habían acabado y la débil luz de los candelabros de las paredes era suave y tenue. Angelo hizo una genuflexión delante de la cruz y se sentó en un banco de la iglesia indicándole a Eva que hiciera lo mismo.

— ¿Por qué estamos aquí? — Supo que Angelo no la estaba

llevando al convento cuando le dio al soldado esa dirección extraña, pero creyó que la estaba llevando a su casa.

—No sabía adónde más llevarte. No hay ningún otro lugar donde pueda hablar libremente.

—¿No confías en monseñor Luciano y en su hermana?

—Confío en ellos, pero no quiero ponerles en peligro, y cada vez que me doy la vuelta, hay una nueva amenaza. —Juntó las manos y las colocó en la parte de atrás del banco que había delante de ellos—. ¿Qué ha pasado hoy, Eva?

—Vi morir a un hombre, a un soldado alemán. Se suicidó, igual que el tío Felix. Estaba esperando al tranvía, me puso una pistola en la cabeza...

—*¡Mio Dio!* —gimió, y dejó caer la cabeza sobre los antebrazos.

—Me apunto en la cabeza con una pistola, Angelo —repitió Eva—, y me dijo que tocara el violín, así que lo hice. —Todo el extraño incidente parecía una tragedia griega representada por actores desconocidos en un escenario improvisado—. Cuando acabé, me pidió perdón y, luego, saltó.

—¿Cómo murió? —preguntó Angelo.

—Se tiró al tranvía. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. —Eva se llevó las manos a los ojos preguntándose cómo iba a olvidar lo que había visto y oído—. Luego la gente se puso a gritar y yo simplemente me quedé sentada. Antes de darme cuenta, ya me habían detenido. Les conté a los soldados lo que había pasado, pero no me creyeron.

—Te creyeron. Si no lo hubieran hecho, no estarías viva, sino balanceándote de una farola, como esa pobre chica a la que colgaron hoy.

Angelo la miró seriamente. Sus ojos azules se tornaron grises entre las intermitentes sombras.

—¿Quién era?

—Alguien de la resistencia, una partisana. Era incluso más joven que tú, y la asesinaron en la calle.

Miró para otro lado y se restregó la cara con las manos abiertas. Eva supo entonces que no había sido la única a la que habían

traumatizado hoy.

—¿Cómo supiste que estaba ahí, Angelo? —preguntó Eva con los ojos en la virgen vestida de azul que los miraba desde la esquina del pedestal con paciente aceptación.

—Una de las monjas de Santa Cecilia estaba en la cola de las raciones y vio cómo te detenían. Vino al Vaticano y me encontró. —Se frotó la cabeza una vez más y su garganta se movió convulsivamente —. Nunca he estado tan asustado en mi vida, Eva —susurró.

—Yo sí —contestó ella con suavidad—, muchas veces.

Angelo se quedó mirándola durante unos segundos. Simplemente la observó, empapándose de ella, y ella le sostuvo la mirada.

—Me han ofrecido un trabajo, Angelo.

—¿Qué? —resolló, y el hechizo que había entre ellos se rompió.

—El hombre que me interrogó, el capitán Von Essen, necesita una secretaria que hable alemán. —Eva se señaló a sí misma—. Yo hablo alemán.

—Eva, *mio Dio*. —Angelo sacudió la cabeza de nuevo—. No, no puedes hacerlo.

—Tengo que hacerlo. ¿Qué motivos tendría para rechazarlo? El convento necesita dinero.

—¡No! Escóndete. Cuando no aparezcas, buscará a otra persona. No sabe dónde vives, no podrá encontrarte.

—Pero a ti sí, Angelo. Sabe dónde trabajas, sabe quién eres.

—Yo estaré bien —gritó.

—No, no lo estarás, y voy a aceptar el trabajo. Quizás pueda ayudar de alguna manera. Estaré en una posición en la que podré enterarme de cualquier redada que vayan a...

—¡Eva! —Angelo la agarró por los hombros y la sacudió tan fuerte que le repiquetearon los dientes—. ¡Es una locura!

—¡No! ¡No lo es! Estamos en guerra, y yo haré mi parte. No me quedará sentada mientras otros mueren. Si puedo ayudar, lo haré.

—Tu trabajo es mantenerte con vida —chilló él, aún agarrándola por los hombros y con la cara a unos centímetros de la suya.

Estaba furioso, pero tras la furia se escondía una desesperación que Eva ya conocía. Fue lo que sintió cuando su padre le dijo que se

iba a Austria a buscar a su abuelo: desesperación. Pero ahora entendía a su padre mejor que nunca. Se había visto obligado a luchar. La vida era acción, incluso si acababa en muerte.

—No, Angelo, mi trabajo no consiste simplemente en mantenerme con vida. Mi trabajo es vivir, no esconderme, ni esperar, ni confiar en que todo acabará. No puedes pedirme que no luche, Angelo. ¡Yo a ti no te digo lo que hacer! No puedes decirme que no intente ayudar de alguna forma.

—Eva...

—Si no puedo luchar, entonces puede que también me pegue un tiro, como el tío Felix, o que me tire al tranvía, como el soldado alemán. Estoy así de desesperada, Angelo. —Separó los dedos un centímetro—. La resistencia es todo lo que me queda, ¿no lo entiendes?

La miró a la cara, queriendo reconfortarla, reconfortarse a sí mismo; necesitaba salvarla, y también a sí mismo.

—Resistencia. —Angelo repitió la palabra como si fuera suya, posó la frente sobre la de ella y cerró los ojos, en busca de fuerzas para alejarse—. Resistencia —volvió a decir—. Lo entiendo —dijo en voz baja—, lo entiendo perfectamente.

Se deshizo de su propia resistencia, soltó los hombros de Eva y se impulsó para levantarse del banco.

—No quiero que vayas sola de noche. Se ha pasado el toque de queda y está muy lejos. ¿Puedes quedarte esta noche aquí? —preguntó con cansancio a Eva.

La miró hasta que la vio asentir y luego se marchó, pero no se fue de la iglesia. Se aproximó al altar, encendió una vela y se ayudó del bastón para arrodillarse enfrente de la cruz. Enterró la cara entre las manos y rezó durante unos largos minutos. No sabía si Eva le observaba o si se había retirado a la pequeña habitación del sótano que ya había usado una vez y lo había dejado a solas. Todo lo que sabía era que su resistencia empezaba a fallarle y que ya no tenía ningún escudo contra ella.

Empezó con la cara entre las manos. Era la forma en que siempre comenzaba a rezar, le habían enseñado a hacerlo así. Evitaba las vistas

y la distracción; acunaba su cara, como si se aislara de todo excepto de las palabras que recitaba. Sin embargo, poco rato después, se sintió abrumado y de repente se dio cuenta de que estaba postrado de la misma forma en que estaba cuando le ordenaron, con los brazos extendidos delante de él hacia la cruz de madera que colgaba encima del altar.

Tan solo era un hombre, joven, lisiado y asustado, pero daría su vida por Eva y por la gente a la que intentaba salvar. Eso tenía que valer de algo, debía significar algo. Había roto una promesa. Había sostenido a Eva en sus brazos y, deliberadamente y por voluntad propia, había roto su promesa: la había besado. Sí, había sido vulnerable; sí, había sentido miedo; sí, era algo que se podía perdonar e incluso entender. Pero siempre que se rompe una promesa, hay consecuencias, y temía que esta vez la consecuencia fuese la pérdida de una vida inocente; no la suya, pero alguna que dependiera de él.

—Por favor, no dejes que mi debilidad sea motivo para prescindir de mí. Por favor, no dejes que mi amor por Eva la ponga en peligro o la aleje de tu gracia —dijo en silencio al tiempo que movía los labios.

Eso era lo que más temía, que su propio pecado causara el cese de las bendiciones, de la divina intervención, y no podía arriesgarse; había demasiada gente que dependía de él.

Cuando fue a ver a monseñor Luciano antes de que le ordenaran, este le leyó el pasaje de la Biblia de David y Betsabé, nombre que no pasó por alto, ya que era muy similar al de Eva. En ese momento, le impactó que el rey David no hubiera apartado los ojos mientras Betsabé se bañaba. No apartó la mirada de su belleza, no la protegió de su vista, no se fue ni siquiera después de descubrir que estaba casada, después de saber con quién estaba casada —el leal Urías, que había luchado fielmente por su rey y su país—, ni después de haberla dejado embarazada y crear el caos, ni después de haber llevado a Urías hacia la muerte... Había persistido en sus pecados, empeorándolos a cada paso que daba.

¿Era lo que estaba haciendo Angelo? ¿Persistir en sus pecados al mantenerse cerca de Eva? ¿Estaba observando su belleza deliberadamente sin desviar su mirada cuando debía hacerlo? El

problema era que no sabía mantenerse alejado de Eva. Sentía que no tenía otra opción. No era la mujer o la responsabilidad de otro hombre; era *su* responsabilidad. Se había comprometido con Dios, pero le había hecho una promesa a Camillo, y Eva era suya, desde el momento en que se conocieron.

Crea en mí, oh, Dios, un corazón limpio,
y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me echés de delante de ti,
y no quites de mí tu santo Espíritu.
Vuélveme el gozo de tu salvación,
y espíritu noble me sustente.
Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos
y los pecadores se convertirán a ti.

Recitó la oración de David como si fuera suya y, cuando acabó y se incorporó, levantó la cabeza, buscando con los ojos la vela que había encendido y la cruz que había encima; una vela y una cruz eran lo único que lo separaban de estar completamente perdido.

Sin embargo, ahora había muchas velas, y Eva estaba sentada cerca con la cabeza gacha, inmersa en su propia oración. Angelo no la interrumpió, pero la observó mientras rezaba. Tenía las manos tendidas hacia las velas que había encendido. Cuando levantó la cabeza y vio que la observaba, entrelazó los dedos y se miró las palmas.

—¿Qué haces? —preguntó Angelo suavemente.

—Es *sabbat*.

Angelo asintió. Estaba diciendo las oraciones debajo de una cruz; si a ella no le molestaba eso, a él desde luego que tampoco. Continuó rezando con los ojos puestos en los dedos entrelazados.

—Con las manos, cogemos cosas que no deberíamos tener y agarramos lo que no es nuestro, igual que he hecho siempre contigo.

Entonces Eva levantó la mirada y lo miró fijamente. «Igual que he hecho siempre contigo». De inmediato, a Angelo se le aceleró el pulso, pero no desvió la mirada. «Cogemos cosas que no deberíamos tener y

agarramos lo que no es nuestro».

La mirada de Eva volvió hacia sus manos y con un dedo recorrió la palma de la otra mano mientras hablaba, como si estuviera ungiéndola de la misma manera que el obispo le ungió las manos a Angelo en su ordenación.

—Tocamos con los dedos la suciedad que nos rodea. Las uñas de los dedos se llevan la suciedad, las líneas de las palmas se manchan y se ensucian, y aun así, cuando levantamos las manos para rezar o suplicar, es una demostración de que incluso eso que está mancillado por el mundo puede comunicarse con el espíritu. Esa es la razón por la que durante el *sabbat*, cuando extendemos las manos hacia la vela, entrelazamos los dedos lejos de la llama y permitimos que la luz se refleje en las uñas. Incluso estas, la parte más sucia de nuestro cuerpo, puede reflejar la luz de Dios, o al menos así es como lo entiendo yo.

Sonrió con tristeza y dejó caer las manos en el regazo, con los ojos todavía clavados en la vela.

Angelo levantó las manos de la misma manera que había hecho Eva, con las palmas hacia arriba y entrelazando los dedos sobre el pecho para ver la luz que se reflejaba en las uñas. Nunca tendría las manos de un erudito a pesar de que se suponía que era uno. Eran grandes y ásperas; parecían las de un campesino, no las de un cura. De repente le vino un recuerdo de algún momento de su pasado y se dio cuenta de que tenía las manos como su padre. Su *papà* estaba equivocado. Podría haber sido herrero en lugar de cura. Sus manos lo demostraban.

—El fuego purifica —dijo él en voz baja mientras observaba la suciedad de sus manos.

Las baldosas que había enfrente de la cruz necesitaban una buena limpieza.

Eva asintió.

—Cuando nos lavamos las manos por la mañana y rezamos, echamos el agua con la mano derecha sobre la mano izquierda, lo que significa bondad antes que poder. Cuando nos lavamos también conmemoramos el fin del *sabbat* y de la llama o el poder que purifica.

Angelo movió sus manos alzadas y las dirigió hacia ella en vez de

hacia la vela.

—Yo también sigo haciéndolo, Eva —confesó—. Sigo intentando coger lo que no es mío.

Bajó las manos e intentó levantarse. La pierna mala le hacía torpe y patoso, y el cansancio empeoraba la cosa.

Eva se levantó con él.

—Siempre he sido tuya, Angelo —dijo, haciendo eco de las mismas palabras que él había pensado mientras rezaba. Ella era suya—. Pero tú nunca has sido mío.

Era la verdad. Ella siempre había estado en segunda posición, pero ¿y ahora? Ahora, en lugar de estar en segunda posición, Angelo se había desgarrado en dos. Una lucha entre el cura y el hombre. El pasaje en el que se hablaba sobre servir a dos maestros daba vueltas en su cabeza.

—¿Angelo?

—¿Sí?

—La vida es dura —susurró Eva tan bajo que Angelo tuvo que esforzarse por oírla. Luego ella rio sin alegría, como un resoplido de recelo—. La vida es dura, ¡qué eufemismo! «Dura» es una palabra demasiado suave para lo que hemos visto. La vida es el infierno con algo de cielo para hacer el dolor de la esperanza más agudo. La vida es imposible, horrible, agónica, inexplicable, una tortura —se detuvo y esperó. Cuando volvió a hablar, ya no susurraba; aún hablaba en voz baja, pero había fuerza en sus palabras y Angelo percibió su convicción—. Pero hay algunas cosas que no tienen por qué ser duras, Angelo. Querermé no tiene por qué ser duro. Estar conmigo no tiene por qué ser duro, no tienes por qué anhelarme y luchar contra los pensamientos que tienes sobre mí, no tienes por qué suplicar perdón a Dios día tras día y rezar una docena de rosarios por estar enamorado de mí. No tiene por qué ser duro, Angelo. Puede ser la cosa más sencilla del mundo, puede ser la única cosa en nuestra vida que no sea difícil. No va a morir nadie por que dejes de ser cura, nadie va a perder su alma. De hecho, no habrá ni una sola persona en este planeta que sufra en absoluto. Puedes ser mío y yo, tuya, y puede ser fácil.

Las palabras resonaban en la cabeza de Angelo y en su corazón como el viejo párroco de la iglesia del Sagrado Corazón anunciando los laudes hacía siete horas. Sacudió la cabeza con escepticismo. No, probablemente no fuera fácil.

—¿Y qué ocurre con Dios? —preguntó.

—Dios perdona.

—¿Qué pasa con mis votos?

—Dios perdona.

—¿Tan segura estás de la naturaleza de Dios? —La voz de Angelo era suave, incluso sarcástica. No obstante, sus ojos reflejaban preocupación y tenía el ceño fruncido.

—Angelo, solo hay dos cosas de las que estoy totalmente segura. La primera es que te quiero, siempre te he querido; te quiero ahora y te querré dentro de cincuenta años. La segunda es que nadie conoce la naturaleza de Dios. Ni tú, ni yo, ni monseñor Luciano, ni mi padre, ni el rabino Cassuto, ni siquiera el papa Pío XII. Nadie.

Los labios de Angelo se torcieron y empezó a reír. Se rio en silencio durante unos minutos, pero la presión y el dolor del día convirtieron su risa en un sonido maníaco. No obstante, continuó haciéndolo, y Eva sonrió un poco, esperando a que recobrará el control. Al final lo hizo entre suspiros y secándose los ojos.

—¿Y qué pasa con la gente que ahora depende de mí, mi preciosa profetisa? ¿La curia, los feligreses, los judíos a los que estoy escondiendo, la red que hemos creado...? ¿Me quito la sotana sin más y me fugo contigo?

—Tú sigue con lo tuyo; yo seguiré con lo mío. Hasta que todo acabe, hasta que termine la guerra.

—Entonces, ¿tú fingirás ser católica y yo que sigo siendo cura?

—No. Yo fingiré que no soy judía y tú fingirás, al menos en público, que no estás enamorado de mí, como has hecho siempre.

Eva le sonrió con picardía.

—Ay, Batsheva —contestó él tiernamente. Se inclinó hacia ella y la besó en la frente, confiando a duras penas en ser capaz de hacer incluso eso—. No sé si es que eres sabia o retorcida.

Eva lo miró como si estuviera reflexionando. Angelo estaba

demasiado cansado para levantar ningún muro, demasiado expuesto y asustado de perderla por fuerzas que se escapaban a su control. El mundo estaba arrasando con todo a su alrededor, y él no podía dejar de girar.

—No soy ni sabia ni retorcida, simplemente no puedo permitirme ni el tiempo ni el lujo de tener un dilema moral. Hay verdad y hay autoengaño. Supongo que todos necesitamos ambas cosas. Buenas noches, Angelo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la pequeña puerta de la izquierda del ábside que llevaba a la habitación del sótano.

Angelo observó cómo se marchaba.

25 de noviembre de 1943

Confesión: soy una espía.

No todos los que cultivan uva quieren producir su propio vino. Muchos venden sus uvas a bodegas y luego las bodegas producen el vino con su marca. Mi padre hizo una fortuna proveyendo botellas a las bodegas, botellas exclusivas. Tenía moldes de botellas de todo tipo de formas y tamaños, así que la botella era tan exclusiva como el vino. Era un buen punto de venta y babbo siempre insistía en que el vino sabía mejor en botellas de Ostrica. «La forma es importante», solía decir, «muchos no lo saben, pero confía en mí, la forma lo es todo».

Cuando voy a trabajar, me acuerdo siempre de los moldes de vidrio de Ostrica de mi padre. Han pasado dos semanas desde que empecé a trabajar en vía Tasso, y he tenido cuidado de moldearme para ser la secretaria perfecta, para hacer todo lo que se espera de mí en silencio y de forma eficiente y, así, no llamar la atención. A Angelo le preocupaba que, al igual que las botellas de Ostrica gustaban por su forma, me quisieran por mi forma y belleza, pero hasta ahora parece que al capitán Von Essen solo le interesa mi habilidad lingüística en alemán. Angelo se pasa por el convento prácticamente todas las noches antes de irse a casa para asegurarse de que sigo viva cuando el día llega a su fin.

Los romanos ni siquiera se refieren a vía Tasso como el cuartel alemán. Se contempla con tanto odio y miedo que simplemente lo llaman laggiù, «ahí abajo». «Se han llevado a fulano y mengano ahí abajo», susurran.

Pocas veces me aventuro más allá de mi pequeña mesa fuera de la oficina del capitán, y de la pequeña cocina y del aseo que hay al final del vestíbulo. Hago recados, transmito mensajes, mecanografío informes sin fin, preparo café y todo lo que me pide el capitán. Pero oigo cosas, y las presiento. Es un lugar horrible donde estar, pero las oficinas están separadas de la prisión que acecha mis sueños. He visto las celdas de la cárcel, he estado dentro de una y, aunque nunca me torturaron, estoy segura de que a muchos sí. Así que escucho, observo y estoy atenta, con la esperanza de que las cosas de las que me entero sirvan de algo.

Eva Rosselli

Capítulo 14

Florenxia

Angelo salió del tren y fue recibido por un frenético Aldo vestido con sotana de cura, ropa que Angelo se había asegurado de que tuviera, solo por si acaso. Era 27 de noviembre de 1943 y, en Florenxia, ya había llegado la hora de disfrazarse.

Habían hecho una redada en Ostrica, habían saqueado la casa de Aldo y habían destruido su imprenta. Lo estaban buscando, pero no solo a él: las SS, compuestas por italianos y alemanes, estaban buscando a todos los judíos de Florenxia, y no lo hacían con discreción.

—Han arrestado al rabino Cassuto —lloriqueó Aldo con los ojos bien abiertos mientras se alejaban de la estación sin saber bien adónde ir ahora que el infierno había llegado a la ciudad—. Le arrestaron junto con un cura y unos cuantos miembros de la resistencia. Tenía miedo de que fueras tú, Angelo; por eso estoy aquí, porque pensaba que eras tú.

Angelo había ido a Florenxia por la misma razón: para quedar con el rabino Cassuto y entregar lo que quedaba del dinero de Camillo. Lo habían retrasado en el puesto de control y había perdido el tren de la mañana. Puede que ese retraso le hubiera salvado la vida. Angelo le pasó el brazo por encima de los hombros a Aldo para tranquilizarlo, pero estaba devastado por las noticias. Había conocido a Nathan Cassuto a través de la delasem. Camillo Rosselli los presentó después

de la muerte de Felix y se aseguró de que el joven rabino supiera cómo contactar con Angelo cuando necesitara fondos.

El rabino era un hombre alto y guapo de ojos amables y carácter dulce. Antes de la entrada en vigor de las leyes raciales era médico, pero el destino, la oportunidad y un segundo y raro título de estudios judaicos lo convirtieron en candidato para un puesto diferente. Sin embargo, eran tiempos terribles para ser rabino. Aun así, no se había desanimado ante la presión o sucumbido a la tentación de la actitud de «esperar a ver qué ocurre» a la que tantos líderes judíos de sus congregaciones no se habían podido resistir. Había advertido a su gente incansablemente, diciéndoles que se escondieran, que se marcharan, y él se había quedado atrás con aquellos que no podían. Y lo habían atrapado.

Las calles eran un absoluto caos. Alemanes con megáfonos iban por los vecindarios pidiendo que los residentes, todos, salieran de sus casas. No podían llevar ni posesiones ni armas; las pistolas eran ilegales excepto para la policía, y tenían tres minutos para salir. Si los alemanes los encontraban escondidos en sus casas, dispararían.

Era como la redada que había tenido lugar en Roma, pero no actuaban con sigilo alguno. Se llevaba a cabo a plena luz del día, de forma estridente y con una pompa surrealista.

A tres bloques de la estación de tren, habían colocado a una familia contra la pared con las manos en alto. El padre estaba tratando de razonar con los soldados, comunicándose insistentemente con las manos, señalando y haciendo gestos. Uno de los soldados le golpeó en un lado de la cabeza con la culata del rifle y el hombre cayó al suelo, con sus inmóviles manos a ambos costados. Ejecutaron a su histérica familia contra la pared y abandonaron al hombre en la calle, tumbado en un charco cada vez más grande de sangre. Un soldado le metió una bala en la cabeza para asegurarse de que la familia estuviera unida en la muerte.

Angelo y Aldo vieron cómo separaban a muchos niños judíos de los brazos de sus madres y se los llevaban a los camiones mientras montaban en otros a los desconsolados padres. En la esquina, a unos metros del seminario donde Angelo obtuvo su título, habían

disparado a un adolescente por la espalda cuando intentó huir de un miembro italiano de las SS. Angelo tuvo que rodear el cuerpo para acompañar a Aldo al interior. El padre Sebastiano y otros tantos monjes habían reunido a los seminaristas y tenían las cabezas inclinadas mientras rezaban. Los alemanes habían venido y se habían marchado, y no habían hecho daño ni descubierto a nadie a pesar de que Angelo sabía con seguridad que entre los seminaristas había jóvenes judíos.

—Espérame aquí —le ordenó Angelo a Aldo—. Te volverás conmigo a Roma, pero tengo que asegurarme de que mis abuelos están a salvo. Y necesito que te escondas.

—Tengo la tipografía para los papeles. Después de cada sesión la rompo, pero he conseguido coger todas las muestras y los sellos provinciales. También tengo una pila de pasaportes acabados y unos cien más sin fotografías ni nombres. Está todo en una maleta dentro de una taquilla de la estación. Si me consigues una imprenta en Roma, podré seguir trabajando.

Angelo no sabía cómo lo conseguiría, pero encontraría una imprenta incluso aunque tuviera que meterla en un claustro. Besó en la mejilla al hombrecillo y le prometió que no tardaría. Luego recorrió a zancadas las calles, con el corazón galopando en su pecho y la mirada puesta en la villa.

Las SS se habían adelantado.

Cuando llegó, había muchos soldados volcando camas, abriendo armarios, golpeando paredes y mirando en los rincones más oscuros. Un comandante con un portapapeles en las manos estaba en el patio junto a Santino y Fabia. Un miembro de la ovra, reconocible por el uniforme negro, había tomado el mando del interrogatorio a pesar de que sus habilidades como traductor dejaban mucho que desear. Habían obligado a los abuelos de Angelo a salir de la casa y ahora les preguntaban por el paradero de Camillo y Eva Rosselli. Mientras se aproximaba, le apuntaron con el arma, pero entonces lo saludaron educadamente.

—¿Es usted Angelo Bianco? —le preguntó el oficial de las SS.

A Angelo se le heló la sangre; llevaba cuatro años sin vivir en

Florenxia y, sin embargo, sabían quién era y conocían su conexión con la residencia.

—Sí —contestó en alemán.

No le importaba que el camisa negra italiano no supiera de qué estaban hablando. A Angelo le resultaba familiar, y la familiaridad con el enemigo siempre era un mal presagio.

—¿Me puede decir dónde está Batsheva Rosselli? —soltó de inmediato el italiano.

—No. —Santino estaba sacudiendo la cabeza—. No la hemos visto en meses.

—Me cuesta creer eso. Ustedes son su familia, seguro que les dijo adónde se iba.

El oficial de la ovra lo dijo con tanta convicción que Angelo estaba seguro de que el hombre debía de conocer a Eva personalmente.

De repente, Angelo se dio cuenta de quién era el hombre: hacía años había cortejado a Eva, quien decía que le gustaba porque el uniforme le sentaba bien y porque era un gran bailarín. Eso hizo que Angelo se pusiera celoso, aunque nunca lo admitió, ni siquiera a sí mismo. La sotana apenas era masculina y su incapacidad para bailar era más que evidente. El entusiasmo de Eva por cosas que él no podía hacer con ella lo irritaba.

El policía incluso había salido con ella un par de veces después de que las leyes raciales se hubieran aprobado. Y ahora estaba allí, buscándola, preguntando dónde estaba para ayudar a los invasores alemanes a arrestarla y deportarla. En un instante, el nombre le vino a la cabeza: Georgio, Georgio De Luca.

—¡Georgio! ¡Eres tú! No te había reconocido —lo saludó Angelo con una frivolidad forzada, y le estrechó la mano dándole palmaditas cariñosamente como si él y el rufián italiano fueran viejos amigos. Luego se volvió hacia el hombre de las SS y, en alemán, le puso al tanto de los intereses románticos que el camisa negra tenía con la mujer que buscaban ahora—. Yo creía que Georgio y la pequeña Eva se casarían, ¡estaban bastante enamorados! —mintió efusivamente.

El alemán arqueó las cejas con incredulidad.

—Entonces, ¿no sabes dónde está Eva, Angelo? —gritó de

inmediato el italiano con la mirada endurecida. No le gustaba que Angelo minara su credibilidad ante los alemanes.

—Sabemos de buena mano que está comprometida y viviendo en Nápoles —mintió Angelo—, pero con las dificultades comunicativas entre el norte y el sur, ya sabéis a lo que me refiero, no hemos sabido de ella desde hace meses.

Al alemán no le gustó que lo dejaran fuera de la conversación y se aclaró la garganta, a la espera. Al instante, Angelo tradujo.

—Interesante. Juraría que te vi con ella en septiembre. Estabais en la estación y subisteis a un tren con destino a Roma.

Angelo no lo tradujo, simplemente negó con la cabeza y se encogió de hombros, la típica respuesta italiana a cualquier cosa embarazosa o incómoda. Volvió a encogerse de hombros unas cuantas veces más.

«No lo sé, a mí no me preguntes».

El oficial de las SS parecía algo inseguro. Sus hombres habían vuelto al patio y les hizo un gesto con la mano para que volvieran al camión. Se giró hacia Angelo.

—Ayudar o dar asilo a judíos va contra la ley, padre. Espero que no esté escondiendo a la señorita Rosselli. No sería bueno ni para usted ni para sus abuelos. Piense en ellos.

Angelo asintió inmediatamente.

—Por supuesto, puede estar tranquilo, señor. Solo quiero hacer lo correcto. —Se inclinó de forma servil y se volvió hacia Georgio De Luca—. Y Georgio, me alegro de haberte visto. Si en algún momento sabemos algo de Eva, le diré que has pasado por aquí.

Georgio enrojeció de forma colérica y se fue pisoteando fuerte hasta el *jeep*. El oficial alemán se puso firme y lo siguió con un profundo surco entre las cejas. Salieron del patio por la puerta, y Angelo, Santino y Fabia, muy conmocionados, se quedaron en silencio mientras los observaban irse.

Habían registrado la casa de arriba abajo y se habían llevado varios objetos de valor para «apoyar al Reich», pero sus abuelos estaban ilesos y no les habían requisado la casa. Sin embargo, si Eva hubiera estado en Florencia, la habrían arrestado. Sabían exactamente dónde encontrarla.

—Es hora de que os vayáis de Florencia, *nonno* —le dijo Angelo a su abuelo—. Marchaos con tu hermano.

Tenía el presentimiento de que la Gestapo volvería.

—¿Dónde vive, *Fräuelin* Bianco? —le preguntó de repente el capitán Von Essen a Eva una mañana.

Eva le había llevado el café y un montón de informes que le había ordenado mecanografiar.

La pregunta la sorprendió. Tuvo que poner la dirección en su ficha de empleada cuando empezó a trabajar en vía Tasso. Podía buscarla para ver la información, y seguramente lo había hecho.

—En los cuarteles de inquilinos del convento de la iglesia de Santa Cecilia.

No había necesidad de mentir. Era bastante fácil verificarlo, y estar en un convento tenía sentido, sobre todo si su hermano, el cura, lo había organizado todo. Aun así, no le gustaba atraer la atención hacia el convento. No era la única que vivía o se escondía allí.

Algo se atisbó en el rostro del capitán, como si estuviera un poco sorprendido por el hecho de que le hubiera dicho la verdad.

—Pensé que viviría con su hermano.

—No. Angelo es ayudante de monseñor Luciano, de la curia. Monseñor Luciano y su hermana son originarios de la ciudad y aún tienen el apartamento familiar en el que se criaron. Angelo habría vivido en un colegio religioso con otros ayudantes y curas que trabajan en el Vaticano, pero quería estar en todo momento a disposición de monseñor Luciano, que ha tenido algunos problemas de salud en los últimos años.

Era una respuesta lógica, suave, razonable, pero aun así, el estómago se le retorció por los nervios.

—Ya veo. —El capitán sonrió y asintió con amabilidad—. ¿Dónde está exactamente esta iglesia? No estoy demasiado familiarizado con la ciudad.

—Justo al oeste del Tíber, en Trastévere. ¿Le suena el Trastévere?

Se mostró comunicativa. No había secretos para el jefe.

—Ah, sí, el Trastévere —contestó como si todo tuviera sentido—.

¿Ese no es un barrio judío?

Eva lo miró con impasibilidad; había visto venir la pregunta.

—Creo que nunca he conocido a un judío. ¿Cómo lo sabría, de todos modos? En el convento son todos católicos.

—Parecía ingenua, incluso estúpida, y el capitán se rio y le dio unos golpecitos en la mano.

—Es algo en lo que trabajamos duro y a diario. Ahora que oscurece tan pronto, tengo que acordarme de dejar que salga antes para que llegue a casa antes del toque de queda.

Angelo había dicho exactamente lo mismo; le preocupaba que no llegara a casa antes de que oscureciera.

—Sería muy generoso por su parte. Me preocupa que me detengan.

—Entonces, eso es lo que haremos. Hoy saldrá a las cuatro. Eso es todo.

Eva se dio la vuelta para irse, pero él la llamó.

—Ah, Eva...

Era la primera vez que la llamaba por su nombre y no Fräulein Bianco, y se puso tensa ante la confianza, pero se giró con una sonrisa.

—Si ves a un judío o te enteras de que hay judíos en tu vecindario..., me lo dirás. —No era una petición—. Te recompensaremos, claro.

Eva asintió, con la bilis en la garganta. Salió de la oficina rápidamente. Justo el día anterior había escuchado a unos soldados hablando de que una chica judía de Roma había estado denunciando a docenas de sus compañeros judíos. Lo que más le gustaba hacer era caminar por el mercado a hora punta o pasearse por las colas de racionamiento y saludar o llamar a amigos y miembros de la comunidad, revelando así quiénes eran, y los hombres de las SS que la seguían aparecían y arrestaban a las personas desafortunadas que habían sido delatadas por uno de los suyos. Era de gran ayuda para las SS, y le recompensaban con liras y libertad.

Eva se preguntó si la chica habría considerado alguna vez qué

pasaría cuando fuera la única judía que quedara, cuando ya no le hiciera falta a la Gestapo. Se prometió a sí misma que alguna vez descubriría la identidad de la chica y encontraría el modo de matarla. Le había contado a Angelo lo que había oído, quien se limitó a negar con la cabeza decepcionado, pero le pidió que la perdonara, como lo haría un buen cura.

—El odio solo te hará daño —dijo.

—Con tal de hacerle daño a ella también... Me encantaría hacerlo.

Angelo se rio ante tanta fiereza y le cogió un mechón de pelo como si volvieran a ser niños.

—¿Qué pasa si alguien en la calle me señala y desaparezco en un santiamén? ¿Entonces qué, Angelo? ¿Para ti sería tan fácil perdonar? —se preguntó en voz alta.

La miró con seriedad y la sonrisa se le borró.

—¿Te acuerdas de cuando te dije que no vinieras más a visitarme al seminario con la *nonna*?

—Sí. Dijiste que no era ni tu hermana ni tu prima y que estabas demasiado apegado a mí. Fuiste muy grosero.

Eva lo estaba provocando, pero sí que la había herido.

—Intentaba protegerte, Eva.

—¿Qué tiene eso que ver con el perdón?

—Te dije que no vinieras más porque algunos de los chavales se habían fijado en ti. Empezaron a hacer preguntas, querían conocerte. Yo me negué. Creían que eras mi prima y no entendían por qué me mostraba tan protector.

Eva se rio un poco, pero Angelo no.

—Le pegué a uno, a uno de los chicos. Le partí el labio y le dejé un ojo morado porque dijo que si tuviera una prima como tú, se aseguraría de estar a solas contigo lo máximo posible.

Las cejas de Eva se arquearon ligeramente.

—El padre Sebastiano creyó que se estaban riendo de mí por la pierna y dejé que creyera eso, pero entonces reconocí que los sentimientos que tenía por ti no eran demasiado fraternales. Fue entonces cuando supe que tenía que protegerte... de mí. Los instintos que tengo en lo que a ti se refiere me hacen luchar. No sé si podría

perdonar a alguien que te hiciera daño, pero, sobre todo, no me perdonaría a mí mismo no haberte protegido.

Angelo sí que era protector, no había duda de ello, y Eva se pasó el resto del día preocupándose por cómo le diría que el capitán había sentido curiosidad por saber dónde vivía o por si había visto o no algún judío por la zona. Angelo ya estaba preocupado por la relación que tenía con él. El hecho de que fuese cura lo convertía automáticamente en un sospechoso y, por asociación, a Eva también.

El teniente coronel Kappler, el jefe de las SS en Roma, se había obsesionado con monseñor O'Flaherty. Estaba convencido de que era el responsable de lo que pasaba clandestinamente en Roma. Desafortunadamente, tenía razón. El teniente coronel Kappler había establecido puntos de control en todas las calles y los pasaportes del Vaticano cada vez se revisaban con más meticulosidad. Uno de los ayudantes de monseñor O'Flaherty, un cura italiano, había sido arrestado hacía poco acusado de trabajar para la resistencia. Lo torturaron y ejecutaron.

Como consecuencia, O'Flaherty había reducido sus encuentros con cualquiera de los ayudantes de la organización dentro de los muros del Vaticano para no convertirlos en objetivos del teniente coronel. Desde entonces, usaban nombres en clave, y los soldados de a pie de O'Flaherty estaban en alerta máxima. O'Flaherty decía que Angelo era su «soldado de a pie con un solo pie», y por eso su nombre en clave era O'Malley, un famoso pirata irlandés.

Eva conoció tanto a monseñor Luciano como a monseñor O'Flaherty cuando llegó a Roma por primera vez, momento en el que hacían todo lo que podían por recopilar el oro que los alemanes habían pedido a los judíos. De monseñor O'Flaherty se decía que era un poco mujeriego porque iba a todas las fiestas y a todas las veladas que estaban de moda, pero bromeaba con que no había peligro y que, si quería saber qué ocurría en la ciudad, solo tenía que codearse con la gente que conocía. Sonreía ampliamente y conversaba mucho con Eva. A ella le gustó de inmediato, aunque le costaba entender su italiano con acento irlandés. Monseñor Luciano era claramente menos afable; cuando se lo presentaron, le extendió los brazos a Eva, como hacen

muchos curas, pero no llegó a tocarla.

Era algo de lo que pronto se percató Eva con muchos miembros del clero católico. Sus abrazos nunca se materializaban. Aquello la hacía sentirse abandonada. Puede que los judíos fueran más expresivos, más afectivos físicamente, o puede que solo fuera algo propio de Camillo, de su familia. Su padre la besaba en la mejilla cada vez que la saludaba, como si no se vieran cada día. Todos los días, hasta que desapareció, hasta que se subió a un tren y se despidió con la mano de forma tranquilizadora para no volver jamás.

En el fondo, en esa parte de su alma en la que escondía las verdades dolorosas, como granos de arena que raspaban y molestaban, Eva sabía que Camillo no iba a volver a casa y rezaba cada día por que no estuviera sufriendo. Ese era otro grano de arena que le raspaba la carne cuando pensaba en él. Tenía que aprender a sobrellevar esa pérdida, pero no soportaría que estuviera sufriendo. Sus seres queridos eran su talón de Aquiles; supuso que era bueno que tuviera tan pocos seres queridos. Si iba a ser espía, eso haría que fuera menos vulnerable.

A mediados de diciembre, encargaron a Eva vaciar los cubos de basura y buscar una caja con material de oficina que les habían mandado pero que nadie había encontrado. Se topó con un armario con material de mantenimiento que estaba a un lado y que no se estaba usando para almacenar productos de limpieza, papel, sobres o cinta para la máquina de escribir.

Ni siquiera estaba cerrado.

En una esquina, detrás de una fila de estanterías vacías, había un tonel rebosante de oro. Oro que había pertenecido antes a la población judía de Roma, todavía dentro del mismo contenedor en el que se había recolectado. Eva lo tocó con incredulidad, pasando las manos por encima mientras examinaba las pulseras, los broches, los cordones y las cadenas. Había dientes de oro, monedas poco comunes y anillos de boda. Cogió un anillo elegante y se dio cuenta de que era el de

Giulia, quien había entregado su alianza para que no masacraran a los judíos de Roma. Pero se los habían llevado de todas formas, y a algunos de ellos los habían reducido a cenizas. El anillo de Giulia estaba en un armario de vía Tasso, cogiendo polvo, ignorado, olvidado, y era totalmente insignificante para los hombres que se lo habían llevado.

De repente, Eva se echó a llorar. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y caían en el barril lleno de los únicos restos que quedaban de muchos de los que habían desaparecido. Había sido todo una farsa, una táctica, y la absoluta y malintencionada desfachatez del chantaje era casi más de lo que podía soportar. Ni siquiera necesitaban el oro, ni siquiera lo habían enviado a Alemania. No tenía importancia para los alemanes, al igual que los propios judíos.

Furiosa, Eva se colocó el anillo de Giulia en el dedo, dispuesta a devolvérselo. Luego metió las manos hasta el fondo del barril y examinó las piezas en sus dedos, buscando algo, cualquiera cosa, que pudiera haber pertenecido a su familia. Augusto entregó una cadena de reloj de oro, muchos alfileres de corbata y un anillo de oro. Bianca, mucho más que eso. Abrió las manos y contempló el tesoro con lágrimas de ira. Era una maraña brillante en la que le costaba diferenciar una pieza de otra.

Dejó el tesoro y dio un paso atrás, enferma de solo mirarlo y sin saber qué hacer. Encontrar las joyas de Bianca podía llevarle todo el día, y ella ya no estaba, pero este no era el lugar para el oro. No pertenecía a los alemanes. Sin ningún plan u objetivo aparte de equilibrar la balanza de la justicia, de devolver lo que había sido robado, Eva empezó a llenarse los bolsillos de su fina falda.

Con los puños llenos se dio cuenta de que no funcionaría. Vació los bolsillos y agarró el pequeño cubo de basura que quería vaciar y tiró su contenido. Luego metió cuatro puñados de oro en el fondo y los cubrió con basura. Se detuvo cuando vio una delicada lima de uñas bañada en oro y, de forma impulsiva, se la metió en el zapato, entre el pie y el lateral izquierdo. Era un arma patética contra el peligro que la rodeaba, pero se sintió mejor inmediatamente. Se secó los ojos, se estiró la camisa y se alisó el pelo. Luego, abrió la puerta, apagó la luz

y, con la espalda rígida y la cabeza alta, subió tranquilamente las escaleras de vuelta a las oficinas del tercer piso, balanceando el cubo con una mano.

El dinero que su padre había recopilado para ayudar a los refugiados ya no estaba; se había gastado en las incesantes e inmensas necesidades de tantos. Hacía tiempo que se había acabado, y acceder al dinero que Angelo tenía en la cuenta de Estados Unidos era difícil. Volvería al armario cada vez que Angelo y monseñor O'Flaherty necesitaran dinero para los refugiados. El oro sería una ayuda considerable. Feliz Navidad y feliz Janucá.

15 de diciembre de 1943

Confesión: soy una ladrona sin remordimientos.

Encontré oro en vía Tasso, el oro que habían arrebatado a los judíos de Roma, y cogí algo. Lo puse en mi sombrero y me sujeté el sombrero al pelo para esconderlo en el autobús de camino a casa. Funcionó bastante bien, aunque una cadena se me quedó colgando del pelo cuando me quité el sombrero. Cuando se lo enseñé a Angelo, no lloró como hice yo; en su lugar, empezó a gritar. Me gritó y me dijo que era la mujer más estúpida que había conocido. Cuando le dije entre chillidos que iba a coger más y que lo seguiría haciendo porque no pertenecía a los ladrones de los alemanes, se puso a maldecir, golpeó la pared con todas sus fuerzas con la prótesis y luego me abrazó tan fuerte que casi no podía respirar. Sentí el latido de su corazón en la mejilla y pensé que, aunque no quería que tuviera miedo por mí, no me arrepentía de haber cogido el oro. Cogeré más, más y más, cogeré hasta la última pieza. No lo van a echar de menos; lo robaron y nosotros lo necesitamos. Se han olvidado de que está ahí.

Giulia se echó a llorar cuando le devolví la alianza. Cuando les conté a ella y a Mario dónde lo había encontrado, se indignaron y enfadaron tanto como yo, pero no me gritaron por haberlo cogido. En lugar de eso, empezaron a idear un plan para sacar el barril entero del cuartel de los alemanes. Mario insistía en que podíamos hacer negocios en el mercado negro para conseguir desde leche hasta zapatos y un pasaje seguro a Suiza, y presionó a Angelo para que cogiera el oro y lo usara. Angelo tiene mucha gente de la que cuidar,

mucha gente por la que temer, pero creo que el principal motivo por el que lo cogió fue para que yo no intentara hacer los trueques por mi cuenta.

Mario debió de notar su indecisión, porque le dijo que todo ese oro podía salvar cientos de vidas. Angelo asintió y estuvo de acuerdo, pero dijo que estaba más preocupado por mi vida y por el peligro que corría al cogerlo.

Le recordé que yo no era la prioridad. No respondió, pero vi la respuesta en su cara cuando me miró. Soy su prioridad; no estoy segura desde cuándo, pero soy su prioridad.

La lima de oro que cogí del barril y me metí en el zapato aún está ahí. No es un arma, aunque está bastante afilada; aun así, me recuerda lo que nos han hecho y me da fuerza.

Eva Rosselli

Capítulo 15

Navidad

El día antes de Nochebuena, a primera hora de la mañana, Angelo arrinconó a monseñor O'Flaherty en su oficina y le pidió que lo siguiera al área de carga que había detrás del Vaticano, donde estaban las cocinas y la entrada del servicio.

—Tengo una sorpresa para usted, monseñor. La respuesta a nuestras oraciones.

—¿A cuál, Angelo? Últimamente he orado mucho.

—Comida, ropa, provisiones, regalos...

—¿Regalos?

—¿No dijo que algunos de nuestros peregrinos más pequeños estaban necesitados de alegría navideña?

—¿Qué tipo de magia has hecho, Angelo?

Los ojos de O'Flaherty se iluminaron con esperanza.

—En realidad, yo no he hecho nada. Uno de mis refugiados encontró una olla de oro —contestó Angelo con un terrible acento irlandés.

—¿A qué te refieres? —carraspeó O'Flaherty.

—Ya conoce a Eva, la joven que trabaja en los cuarteles de la Gestapo.

—Ah, sí, Eva. —O'Flaherty entrecerró los ojos y lanzó una mirada a Angelo—. Monseñor Luciano también la ha mencionado.

El joven cura no quería saber lo que monseñor Luciano le había

dicho.

—Encontró el oro que Kappler exigió a los judíos. Los cincuenta kilos. Estaban en un almacén en vía Tasso, en una esquina, como si nadie supiera qué hacer con ello.

El monseñor se santiguó y suspiró.

—Madre mía, qué farsa.

—Encontró un anillo que pertenecía a la hermana de su tía, una mujer a la que estamos escondiendo. Cogió unos puñados de oro y, al día siguiente, volvió a por más.

Monseñor O'Flaherty lo miraba con los ojos y la boca abiertos. Angelo se preguntó si él mismo habría puesto la misma cara cuando Eva se lo había contado. Era demasiado temeraria.

—Bueno, lo que está claro es que no pertenece a los alemanes — dijo O'Flaherty, sacudiendo la cabeza como si no diera crédito.

—No, pero no lo cogió para ella. Me lo dio y lo he usado para comprar todo esto.

Abrió las compuertas del camión y, cuando O'Flaherty vio lo que había en el interior, lleno hasta arriba de comida, juguetes y suministros de todo tipo, soltó un silbido bajo y lento.

—Es Navidad, monseñor. Tenemos regalos que entregar.

Monseñor empezó a reírse y a dar vueltas y, antes de que se diera cuenta, Angelo estaba bailando una giga irlandesa.

—¡Padre, yo no puedo bailar! —aulló, intentando no caerse de espaldas al suelo.

—¡Claro que sí! —contestó monseñor entre risas, pero soltó a Angelo, que bailó los últimos pasos solo, disfrutando.

—Eva los envolvió y etiquetó para que pudiéramos entregarlos como debe ser. Los judíos celebran Janucá, no la Navidad, pero dice que no importa, que este año podemos celebrar el nacimiento de Cristo, puesto que su Iglesia es la que está protegiendo a su gente.

—Me gusta esa chica —añadió O'Flaherty, y bailó unos cuantos pasos más. A Angelo también le gustaba, pero no dijo nada.

—Bueno, entonces supongo que tenemos que ponernos con los asuntos del Señor. —Monseñor O'Flaherty le dio una palmada en la espalda—. ¡Vamos!

Salieron a las calles de la ciudad, entregando bienes y bendiciones a los niños escondidos en monasterios y conventos donde nunca había suficiente comida, donde estaban muy necesitados y tenían muy poco de lo que alegrarse. Era un poco arriesgado que O'Flaherty dejara el Vaticano, pero siempre asumía ese riesgo y, como miembro de la curia, no había nada sospechoso en que monseñor y Angelo estuvieran juntos repartiendo alegría navideña por los conventos y monasterios de la ciudad.

—Háblame de tu Eva —dijo monseñor O'Flaherty desde el asiento del acompañante.

Angelo iba conduciendo y lo estaba disfrutando profundamente. No tenía la oportunidad muy a menudo y nunca dejaba que su prótesis lo detuviera.

Miró hacia monseñor preguntándose a qué se referiría con «tu», pero no se quejó ni lo contradijo.

—Nos hicimos inseparables durante nuestra infancia. Mis abuelos trabajaban para su padre en su casa. Vine a Italia cuando tenía once años y, cuando no estaba en el seminario, vivía con su familia. La quiero más que a mi propia vida.

Era la verdad, pero despojada del complicado contexto y las historias secundarias.

—Y aun así, te convertiste en cura —contestó pensativo O'Flaherty.

—Sí.

Monseñor O'Flaherty miró por la ventana y durante un rato, no dijo nada, como si estuviera dando vueltas a las decisiones retorcidas de Angelo.

—Es una chica preciosa —dijo con suavidad.

—Sí —contestó Angelo con un suspiro.

—He oído que toca el violín.

—Sí, la han formado en la música clásica. Es una experta.

—Me pregunto si podría tocar algo de música celta —musitó O'Flaherty, y Angelo se relajó—. Lo echo de menos.

—Puede tocar prácticamente todo con solo escucharlo. Le preguntaré si podría complacerlo.

—No trabaja en Navidad, ¿no?

—No.

—Entonces debería venir con nosotros mañana. No podremos entregar todo esto en un solo día. El día de Navidad iremos a la escuela. Debería ver los frutos de su trabajo.

—Los frutos de su robo —dijo Angelo con una pequeña sonrisa.

—¡Eso también!

Eva tomó prestados una toca y un velo para hacer las entregas. Si los detenían, lo cual era probable teniendo en cuenta los puntos de control que había por toda la ciudad, tenía que parecer que acompañaba a dos curas católicos que realizaban entregas del Vaticano. También supondría menos preguntas y explicaciones en los seminarios y escuelas.

La presentaron a los monjes y las monjas como la hermana Eva y no se habló nada más al respecto. Monseñor O'Flaherty tenía una personalidad que eclipsaba a todo el mundo, y Eva y Angelo se quedaban rezagados para permitir que abrazara y se riera. Por lo general, atraía toda la atención. Sin embargo, Eva estaba preciosa y extrañamente atractiva con el pelo y la figura cubiertos con el velo, así que era imposible ignorarla por completo.

La última parada fue el seminario de San Vittorio, donde los chicos más mayores la miraron con una sonrisa nostálgica y los más pequeños la abrazaron con los ojos abiertos y unas delicadas manos que tocaban las vestiduras prestadas como si la misma Virgen hubiera ido a visitarlos el día de Navidad.

Los chicos hicieron una larga cola. Iban a cortarles el pelo a todos. A los más mayores los habían empezado a enseñar a afeitarse, y Eva tuvo la maravillosa idea de enjabonar las caras manchadas de los más pequeños para «afeitarlos» también. Les hizo sentarse muy quietos y, con el filo romo de un cuchillo para untar mantequilla, eliminó la espuma y les pasó una toalla por las caritas para secarlas. Recibió sonrisas y les dejó las mejillas limpias y brillantes. Cuando acabó, los

besó a todos y le dio a cada uno un caramelo.

Después de la misa, asaron unas castañas que los monjes habían ido acumulando durante meses en un intento de proveer regalos de Navidad. El olor era intenso y delicioso, pero el sabor era incluso mejor. Mientras se cocinaban, las castañas se humedecían continuamente con una brocha, luego se metían en una cesta y las lanzaban al aire repetidas veces hasta que el exterior quemado se descascarillaba y revelaba la delicada blancura que había debajo. Eva dijo que era la mejor comida que había tomado nunca y Angelo coincidió con ella. Por muchos privilegios que hubiera tenido Eva durante su infancia, y, por ende, también Angelo, había algunas cosas que el privilegio no podía comprar. El aroma de las castañas asadas al fuego, las risas de los niños y el sentido de unidad y de propósito que compartía ese grupo empobrecido otorgaron a la velada un brillo dorado que Angelo nunca olvidaría. Un niño de unos tres o cuatro años, tan pequeño que Angelo tenía miedo de agarrarlo demasiado fuerte, encontró el modo de subirse a su regazo y apoyó sus rizos recién cortados contra su pecho. Sus padres habían muerto en julio durante la redada aérea de San Lorenzo. Los seminarios y escuelas que llevaban los monjes y monjas se estaban convirtiendo en orfanatos para los niños que estaban perdidos o escondidos.

Eva llevó su violín y tocó *Adeste fideles* y *Tu scendi dalle stelle* en cada sitio en que se detuvieron, y volvió a hacer lo mismo antes de marcharse del modesto colegio. Monseñor se puso a llorar, los monjes agacharon la cabeza y rezaron, y los niños cantaron en voz baja. También cantaron los niños judíos que se veían reflejados en el Santo Niño que nació en la pobreza. Durante unas horas, los liberaron del miedo y las penurias, inmersos en la festividad y el espíritu de la ocasión.

Bajas de las estrellas,
oh, Rey del Cielo,
y vienes a una gruta,
al frío y al hielo,
y vienes a una gruta,

al frío y al hielo.
Oh, Niñito mío divino,
yo te veo aquí temblar.
¡Oh, Dios santo!
¡Ah, cuánto te costó
haberme amado!
¡Ah, cuánto te costó
haberme amado!*

—¿Cómo conoces estas canciones? —preguntó monseñor a Eva de regreso al Vaticano, dando botes por la calzada sin pavimentar y apiñados en la cabina del camión de reparto. Tarareó un par de líneas y de inmediato volvió a secarse los ojos al recordar las dulces canciones de Navidad—. Eres judía.

—Pero también soy italiana —contestó Eva con tranquilidad—. Cualquier italiano conoce *Tu scendi dalle stelle*.

—Ah, perdona mi estupidez irlandesa —dijo en inglés con un acento irlandés intencionado—. Canta para mí entonces, muchachita.

Cantó suavemente con una voz tan clara y preciosa como la de su violín. Conocía todos los versos, pero fueron un par de ellos los que hicieron que a Angelo se le cerrara la garganta y le escocieran los ojos: «¡Ah, cuánto te costó / haberme amado! / ¡Ah, cuánto te costó / haberme amado!».

Angelo se aferró al volante, con los ojos en la calzada y el corazón en llamas, y contempló la oscuridad llena de estrellas mientras sentía la mirada de monseñor O'Flaherty en su cara.

El mes de enero de 1944 fue tan gris y húmedo como diciembre de 1943. Al igual que todo el mundo en la ciudad ocupada, los conventos y el clero escuchaban radios robadas mientras los estadounidenses parecían dar un traspies tras otro según subían por la bota de Italia hasta Roma. Las primeras notas de la *Quinta* de Beethoven señalizaban los informes nocturnos de la BBC sobre los movimientos

de los aliados, y casi nunca eran buenas noticias. Los alemanes lo celebraban y seguían resistiendo y reivindicando su éxito en todo momento.

Sin embargo, también había pequeñas victorias. Monseñor O'Flaherty tuvo la acertada idea de permitir que la población judía se congregara para rezar en la iglesia subterránea que había debajo de la actual basílica de San Clemente de Letrán. La basílica no estaba lejos del Coliseo y estaba bajo la protección de la embajada irlandesa, lo que proveía algo de seguridad a los refugiados. Tenía tres niveles. El más bajo era una casa del siglo I, que en el siglo IV pasó a ser una iglesia para proporcionar a los cristianos perseguidos un lugar donde rezar. La importancia de esa historia no pasó desapercibida entre los judíos y aquellos que les daban refugio. Las paredes eran frías, estaban cubiertas de humedades y se hacían eco del sonido del río que corría por debajo de la iglesia. Sin embargo, había paz y era como estar en un santuario.

A pesar del peligro, Eva y la familia Sonnino, junto con otros miembros de la sociedad clandestina, se reunían para rezar cuando las circunstancias lo permitían. Se congregaban en la nave lateral derecha de la antigua basílica, debajo de un fresco descolorido de Tobías, una figura del Antiguo Testamento con la que se identificaban. Se aferraban los unos a los otros y a las mismas tradiciones que habían sido el motivo de su exilio y que, al mismo tiempo, les proporcionaban un sentimiento de unidad.

Eva se sentaba con Giulia y la pequeña Emilia; Lorenzo, con su padre y los demás hombres. Cantaban canciones y recitaban las oraciones de aquellos que habían vivido antes y hacían todo lo que podían para mantener las raíces vivas, recordando lo que significaba ser ebrei, la belleza, el simbolismo y el sentimiento de la comunidad y la familia.

La dulce voz de Emilia se elevaba por encima del resto, infantil y cristalina. En ese sonido se encontraban el futuro y el pasado. Eva agarraba la mano a la pequeña y cantaba con ella, y mientras lo hacía, se acordaba de su padre y de Felix, de su madre y de sus abuelos. Pensaba en la libertad y el sol, en el amor y la esperanza, y anhelaba

los días de arena y mar, cuando su padre fabricaba vidrio y la vida era fácil.

Arena y sosa, los ingredientes del vidrio. Tanta belleza creada de la nada. Era algo con lo que su padre se maravillaba y que ella nunca había entendido. De la arena y la sosa, renacimiento; de la arena y la sosa, nueva vida. Con cada canción, con cada oración y con cada pequeña rebelión, Eva se sentía renacida y renovada, y se comprometió a continuar así. Se comprometió a volver, a crear algo bello de la nada, y ese coraje ya era una victoria de por sí.

Eva seguía robando oro de vía Tasso y Angelo, un cura convertido en contrabandista, se las arreglaba para convertirlo en suministros. Sin embargo, el mayor triunfo con diferencia, conseguido gracias a una serie de extraños acontecimientos y a la curiosidad de Greta von Essen, fue la nueva imprenta que permitiría a Aldo proseguir con su tarea.

Greta von Essen, la adorable y hastiada esposa del capitán Von Essen, se había encariñado con Eva, probablemente porque, al saber alemán, era una de las pocas personas con las que podía hablar. Greta era una mujer despampanante de treinta y tantos años y sin hijos con los que ocupar su tiempo, así que pasaba los días dedicándose a sus aficiones y encargándose de la casa. Muchas veces engatusaba a Eva para que saliera de vía Tasso y almorzase con ella, y le contaba cosas íntimas de su vida con «Wilhelm» que Eva habría preferido no escuchar.

Un día se vino abajo y se echó a llorar mientras tomaba vino durante el almuerzo. Le dijo a Eva que era una decepción para su marido y un fracaso para el Reich.

—Tener hijos es nuestro deber para con la patria, y parece que no puedo quedarme embarazada. Wilhelm se avergüenza de mí. Está seguro de que mi infertilidad es el motivo por el que no asciende más rápido.

Eva le acarició la mano e intentó tranquilizarla, pero se alegró cuando Greta propuso dar por terminada la comida y pasarse por algunas tiendas nuevas, cambiando así de tema. Fueron a un distrito moderno, unas calles más abajo, lleno de tiendas de ropa, mercerías,

perfumerías y una pequeña pero distintiva librería con letras doradas en la ventana. Había un candado en la puerta y una pila de periódicos apilados delante.

Greta, una entusiasta coleccionista de todo lo que fuera antiguo o de valor, miró con descaro por la ventana intentando ver lo que había dentro. Era obvio que no se habían retirado las existencias, pero la tienda no estaba abierta al público.

—¿Qué dice? —preguntó Greta señalando las palabras que había en la ventana.

—*Libri nuovi e rari*, «libros nuevos y raros» —tradujo Eva despacio. Justo debajo ponía en letras más grandes: «Luzzatto e Luzzatto». Eva sintió en la garganta unas náuseas que ya conocía: estaba segura de que los Luzzatto no iban a regresar nunca. Luzzatto era un apellido italiano judío, y la tienda de libros probablemente llevara vacía desde la redada de octubre. Los alemanes habían colocado el candado en la puerta como si ahora el local les perteneciera, pero Greta estaba segura de que podía obtener una llave de su marido. De ese modo, tendría una oportunidad de explorarlo

—En esas estanterías debe de haber libros que valen miles de dólares. Ya sabes que a Hitler le encantan el arte y las cosas valiosas. ¡Piensa en lo que puedo haber encontrado! ¡Wilhelm podría ofrecerle al Führer un regalo único!

Eva prefería pudrirse antes que ver como Greta encontraba un tesoro robado para el capitán Wilhelm von Essen y que este se lo regalaba al Führer, pero se mordió la lengua y su autocontrol se vio recompensado.

Tres días después, Eva acompañó a Greta y a un soldado alemán, que parecía aliviado por salir de vía Tasso durante un rato, a la librería. La señorita Von Essen se había engalanado con un abrigo de piel y un coqueto tocado con rejilla que le protegía los ojos azules, pero cuando entraron al recinto lleno de polvo, se deshizo de ambos y comenzó a indagar en su preciado tesoro con tal entusiasmo que Eva se apresuró a apartarse de su camino. El soldado alemán reaccionó de forma similar: salió a la acera y sacó un mechero del bolsillo. Le interesaba más el cigarrillo del descanso que una pila de libros viejos.

Mientras leía los títulos de los libros, Eva descubrió una pequeña puerta detrás de una alta estantería muy polvorienta. La puerta llevaba a un tramo de escaleras de bajada que se parecían a las de la sacristía excavada de Santa Cecilia. Bajó con cuidado y encontró su propio tesoro en el fondo. Luzzatto no solo era librero; también era editor y, allí abajo, en un sótano que más bien parecía una cueva, había una imprenta con toda la parafernalia —manivelas, cajas...— que haría de Aldo Finzi un hombre feliz y productivo.

Lo mejor de todo era que había una entrada separada que llevaba al callejón de detrás de la tienda y unas llaves colgadas en un clavo junto a la puerta. Eva comprobó que las llaves de la puerta exterior funcionaban. Luego, en silencio, dio las gracias al señor Luzzatto, se metió las llaves en el bolsillo del abrigo, subió las escaleras y cerró la pequeña puerta con cuidado. Volvían a las andadas.

Capítulo 16

Febrero

—Aldo tiene otro lote de documentos listos —dijo Angelo—. Cuando acabes de trabajar hoy, te encontrarás con él en la *trattoria* que hay cerca de la parada del tranvía. Pídete un pastel, se pondrá detrás de ti en la cola. Deja caer tu billetera y él te la devolverá junto con el fajo de documentos. Coge el pastel y vete. No le hables, no interactúes con él en absoluto; es un desconocido.

Eva asintió. Angelo odiaba mandarle encargos como ese, pero él no podía estar en todos los sitios a la vez y ella estaba más cerca de la librería que él.

—*Trattoria*, dejo caer mi billetera, me voy. Puedo hacerlo —lo tranquilizó.

—No vayas a Santa Cecilia, nos encontraremos en el Sagrado Corazón. Si llegas antes, enciende una vela y reza.

—Es *sabbat*.

—Sí, lo sé —dijo con una pequeña sonrisa—. Intentaré estar allí antes de que anochezca para que puedas irte a casa; de lo contrario, pasarás la noche allí.

—¿Por qué no quieres que vaya a Santa Cecilia?

—Sagrado Corazón te queda más cerca de vía Tasso y yo puedo acceder mejor allí.

—Y si por algún motivo me siguen o me capturan, no pondré en peligro a nadie —añadió Eva.

Eso también, pero Angelo se negaba a considerar la posibilidad de que la siguieran o la atrapasen. Eva debió de advertir la preocupación en su cara, porque de inmediato cambió de tema y, minutos después, se marcharon; Eva hacia vía Tasso y Angelo en dirección opuesta, al Vaticano.

Eva llegaba tarde. Von Essen le había dado un informe para que lo mecanografiara a las cuatro y media diciéndole que era de suma importancia y le pidió que lo dejara en su mesa cuando hubiera acabado. Se olvidaba continuamente de que le había dicho que podía irse a las cuatro y media. Iba a salir, y se llevaba con él a varios de los que acababan de llegar a realizar algún tipo de labor de patrullaje; disfrutaba con ello, Eva ya se había dado cuenta de ello. Su uniforme de las SS estaba limpio y tenía el arma preparada y las botas relucientes como un espejo. No le durarían limpias demasiado tiempo. Había estado lloviendo todo el día y era como si la lúgubre tarde no tuviera fin. Parecía más tarde de lo que realmente era.

Se fue del cuartel de vía Tasso a las cinco y media, media hora más tarde de la hora a la que habían quedado. Se colocó una bufanda sobre el pelo para protegerse de la lluvia y echó a correr con la esperanza de que pareciera que estaba corriendo para coger un autobús o un tranvía, apresurándose hacia la *trattoria* y rezando para que Aldo la estuviera esperando. Aminoró el paso e hizo cola para pedir un dulce, como le habían indicado, pero Aldo no apareció detrás de ella. Compró un rollo de canela y se quedó debajo del toldo de rayas que goteaba, con los ojos alerta y picoteando del succulento bollo de canela y azúcar que debería haber disfrutado. Estaba demasiado tensa para saborearlo y, finalmente, lo engulló sin degustarlo. Eran las seis en punto, la hora del toque de queda, y tenía que marcharse.

Y entonces lo vio, caminando rápidamente hacia ella con un periódico doblado en las manos. Eva se limpió el azúcar y tiró la servilleta intentando aparentar normalidad. Metió los dedos helados en los bolsillos del abrigo y empezó a bajar vía Regala, alejándose de

la *trattoria* en dirección a Aldo. Entonces, oyó un silbido y un grito detrás de ella. Apenas eran las seis y Eva no creyó que estuviera dirigido a ella, así que siguió caminando sin ni siquiera volver la cabeza, pero los ojos de Aldo se desviaron hacia el jaleo y ella lo vio meterse el periódico dentro del abrigo; la bolsa con los pasaportes debía de estar dentro.

—¡Sigue caminando! —susurró sin mirarla cuando pasó por su lado.

Un silbato volvió a sonar y Eva continuó caminando, como le habían dicho.

—*Buonasera, comandante* —dijo Aldo lentamente con una voz alegre y demasiado alta. Parecía estar borracho—. ¿Quiere un trago? ¡Yo invito!

No le pasaría nada a Aldo, estaría bien. Era un hombre adulto con unos pasaportes excelentes, unos documentos que él mismo había creado meticulosamente. No le pasaría nada. El comandante dijo algo en alemán y Aldo se rio a carcajadas. Eva reconoció la voz: no era un comandante, era el capitán Von Essen.

Se le encendió la señal de alarma en la cabeza e hizo lo que le habían dicho. Su abrigo era oscuro, así como la bufanda que llevaba en la cabeza; no la distinguirían en la oscuridad. Siguió caminando. Sus tacones sonaban contra los adoquines y mantuvo el ritmo, con los ojos hacia delante. Al menos estaba a unos nueve metros, doce, quince.

«Camina, camina, camina», se ordenó a sí misma; el ritmo de las palabras y el golpeteo de los tacones la instaban a moverse más y más deprisa. Según se acercó a la esquina, se dio la vuelta, se agachó detrás de un olivo con el tronco nudoso y lanzó una mirada a Aldo; no podía irse sin saber cómo se las arreglaría.

El tiempo no se detiene ni advierte, simplemente sigue haciendo tictac, marcando la hora, ignorando a la humanidad. Von Essen se detuvo detrás de Aldo y colocó la boca de la pistola contra su cuello, casi como si la estuviera usando para subirle el cuello del chubasquero.

Luego, apretó el gatillo.

Aldo Finzi se desplomó contra el suelo como si sus piernas hubieran dejado de funcionar de repente. Nadie dijo nada, ni Aldo, ni el puñado de hombres uniformados que ahora lo rodeaban, ni Eva. No hubo gritos ni exclamaciones, solo se oyó el disparo.

El tiempo continuó con lo estipulado sin percatarse del hombre que se acababa de quedar sin tiempo. Tic, tac, tic, tac. Justo a tiempo.

Von Essen volvió a meter la pistola en la cartuchera y sacó una caja plateada de cigarrillos de un bolsillo de la camisa. El clic de la caja marcó otro segundo. El chasquido de la cerilla, otro. La llama apareció y desapareció, casi como si inspirara y exhalase, y el capitán encendió el cigarrillo y lo apagó. Arrojó la cerilla sobre la figura inerte que había a sus pies y un hilillo de humo se elevó del hombre muerto, como si su espíritu ascendiera y se disipara en el húmedo anochecer.

Eva se quedó parada, tan fría y tan callada como el mismo tiempo. Era la única persona que quedaba allí. Nada despejaba mejor la zona que una patrulla de alemanes.

—*Er war ein Jude* —dijo Von Essen sin rodeos.

Su voz resonó por toda la calle. Ni siquiera intentó bajar el volumen. ¿Por qué iba a hacerlo? Aldo era un simple judío; solo había matado a un judío.

—¿Cómo lo sabes?

Uno de sus compañeros empujó a Aldo con la punta de la bota, como si le estuviera pidiendo que verificara lo que había dicho el capitán.

—Le dije que se bajara los pantalones —se limitó a contestar Von Essen.

El soldado usó la bota para darle la vuelta a Aldo.

—No se puede esconder un pene circuncidado.

Risotadas. Ja, ja, ja. Tic, tac, tic, tac.

—De momento, dejadlo ahí. Está bien que los italianos sepan qué ocurre cuando no obedeces la ley. Están advertidos. Todos los judíos deberían haber sido denunciados hace meses; a él no lo denunciaron, y ahora está muerto.

Retomaron con despreocupación el camino por el que habían llegado; las pisadas se desvanecieron junto con sus voces.

Eva esperó hasta que dejó de escucharlos. Permanecías quieta donde se había dado la vuelta para mirar por última vez. Caminó hacia Aldo con las piernas temblorosas y tambaleándose como si estuviera tan borracha como había fingido estar Aldo. Doce metros, nueve, seis, luego tres. El lugar estaba prácticamente a oscuras y, a pesar de que la lluvia había cesado, el aire aún era denso y la amenaza de tormenta no había desaparecido. Las calles mojadas brillaban en la oscuridad, como la sangre de Aldo, pero Eva no quería mirarla.

Mantuvo la vista fija en la cara de Aldo. Tenía los ojos cerrados, gracias a Dios, y las gafas un poco torcidas, lo que lo hacía parecer un niño que se había quedado dormido mientras leía. Se agachó junto a él y palpó su abrigo en busca del periódico que había escondido. Ahí estaba. Lleno de pasaportes y todavía estaba caliente.

—Ay, Dios —se lamentó mientras notaba cómo le subía la bilis.

No iba a pensar en ello, no. Apretó los dientes, se guardó la bolsa debajo del vestido, en la parte delantera, e ignoró el calor pegajoso contra su piel. El cinturón que llevaba impedía que le cayera a los pies. Luego, dejándose llevar simplemente por los sentimientos, juntó las solapas del abrigo de Aldo. Quería esconder su desnudez, preservar su dignidad en la muerte. Le colocó las gafas y se levantó, tapando con el abrigo el bulto que delataba la bolsita. Por último, se obligó a moverse; un paso tras otro, la cadencia de sus pies se unió al metrónomo del tiempo que continuaba moviéndose sin descanso.

Angelo estaba esperando, paseando por el largo pasillo que había entre los bancos; tenía las manos agarradas y la cabeza inclinada. Eva había tardado demasiado y era consciente de que Angelo debía de haber pasado las últimas horas preocupado por si le había pasado algo.

Y algo le había pasado.

Debió de notar que se acercaba, ya que levantó la cabeza y su rostro se suavizó, aliviado al verla en la parte de atrás de la iglesia.

—Ya estoy aquí, Angelo —dijo sin emoción—. Tengo las...

provisiones.

Esa era la palabra que usaban para referirse a todo. Uno nunca sabía si había alguien escondido, escuchando, observando. La palabra «provisiones» era difusa; «pasaportes», no.

Eva se dio la vuelta y fue hasta la pequeña puerta que daba al sótano de la iglesia. Necesitaba limpiarse la sangre de Aldo. Segundos después, escuchó a Angelo bajar las escaleras, el patrón de sus pasos; golpe seco, golpecito, golpe seco, golpecito; era inconfundible. Su mente revivió el sonido de los pasos del asesino de Aldo al alejarse y empezó a temblar. No podía desabrocharse el abrigo. Los dedos no la obedecían.

—¡Eva! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has tardado tanto? —Se estaba preocupando, lo notaba en su voz.

Angelo extendió el brazo hacia ella, pero Eva lo esquivó, incapaz de sostenerle la mirada. Se concentró y consiguió sacar el primer botón por el ojal y, luego, el siguiente. Cuando llegó al quinto botón, alcanzó el escote del vestido, sacó la bolsita y se la dio a Angelo. El joven la cogió con facilidad y la colocó encima de una pequeña cómoda, con los ojos fijos en su cara. Ni siquiera la miró. Eva se preguntó si tenía sangre en las manos.

El sostén la aprisionaba y estaba jadeando, inspirando el aire justo y necesario para mantenerse en pie, pero no el suficiente para sentir la arcada que cada vez que respiraba demasiado profundamente amenazaba con venirle.

—He vuelto andando.

Tardó tanto en contestar que su respuesta sonó forzada.

—¿Todo el camino?

—Sí, todo el camino.

—Pero... ¡hay toque de queda! Eva, podrían haberte arrestado.

—He vuelto andando. Tengo sangre en las manos y en la ropa, no me atrevía a tomar un tranvía.

—¿Sangre? ¿Estás herida? ¡Maldita sea, Eva! Mírame.

Angelo le agarró las manos y les dio la vuelta. Los ojos de Eva siguieron los de Angelo, incapaz de evitarlo más tiempo. Sorprendentemente, la sangre era mínima. Eva se metió las manos en

los bolsillos mientras caminaba; seguro que estos estarían manchados de sangre. Se deshizo de las manos de Angelo y se quitó el abrigo de los hombros.

—*¡Madre di Dio!* —gritó Angelo.

Sin embargo, su vestido amarillo estaba cubierto de ella. La sangre había calado en el fino algodón del escote, estrechándose como un canal hasta llegar al cinturón.

Angelo la volvió a agarrar, esta vez con más brusquedad, desabrochándole el cinturón y tirando del cuello. Rasgó la tela y los botones volaron mientras trataba de encontrar el origen de la sangre.

Eva ni siquiera intento detenerlo.

El sujetador que había debajo tenía peor aspecto. Angelo llevó la mano al cierre y se lo quitó mientras pasaba las manos sobre su piel, por el pecho y el estómago, buscando con los dedos la herida. Tenía la cara tan blanca como las bragas que llevaba Eva, ahora con el vestido a los pies y las manos cubriéndose los pechos.

—No es mía.

Los ojos de Angelo fueron de su piel hasta su cara y dejó de mover las manos.

—No es mi sangre. Es de Aldo. Está muerto.

—No puede ser —gimió—. No.

—Sí, lo está —insistió Eva de manera entrecortada.

—Cuéntamelo todo —le ordenó Angelo, que la llevó al lavabo.

Mientras hablaba, trabándose con las horribles palabras, Angelo la lavó rápidamente; le limpió la sangre de la piel con manos respetuosas y movimientos seguros.

—Lo dejé tirado en la calle —lloriqueó Eva.

El horror empezaba a abrirse paso a través de la conmoción.

—No, tú no, fueron ellos. Ellos lo dejaron tirado en la calle.

—Intenté no mirar la sangre. Estaba empapado desde el cuello hasta abajo. La bala debió de salirle por el otro lado.

Eva empezó a tener arcadas y a temblar, y se apartó del lavamanos en dirección al inodoro.

Angelo le sujetó el cabello y se quedó de pie a su lado hasta que terminó de vomitar. Luego la envolvió en una manta y la llevó a la

pequeña cama. En algún lugar lejano del cerebro de Eva, recordó que Angelo la estaba viendo desnuda, que la había desvestido y que la había lavado, y se lamentó de que la guerra hubiera arruinado otra primera vez. O quizás la guerra lo había hecho posible. Angelo le llevó agua y le ordenó que bebiera; la joven obedeció agradecida, doblándose de dolor mientras el frío líquido le golpeaba el estómago vacío.

—Respira hondo. Tienes que respirar, Eva.

—Von Essen ni siquiera le pidió los papeles. ¡Ni siquiera le preguntó! Quería humillarlo, y luego lo mató.

Los dientes le castañetearon y se dio cuenta del frío que tenía. Estaba tiritando desesperadamente y la manta cayó, dejando al desnudo sus hombros y pechos y una extensión de piel con el vello erizado.

Angelo volvió a taparla con la manta y la obligó a que se tumbara. Colocó otra manta sobre ella y la atrajo hacia él, sujetándola con fuerza hasta que Eva dejó de tiritar y de apretar los dientes. Hizo todo esto mientras le hablaba y la animaba a que se lo contara, como si supiera que tenía que sacarlo todo, hasta el último detalle.

—No es raro, pasa todo el tiempo. Los hombres judíos son incluso más vulnerables que las mujeres en ese aspecto. Su propia carne los delata.

—Entonces, ¿Aldo ha muerto por entregar documentos que no sirven? ¿Documentos que ni siquiera pudieron salvarlo a él? —Eva elevó el tono con incredulidad una vez más, ligeramente histérica.

—Chist. —Angelo la calmó acariciándole el pelo—. Los pasaportes de Aldo han salvado a mucha gente. Tú has salvado a mucha gente, Eva. Eres consciente de eso, ¿verdad?

Eva se limitó a sacudir la cabeza; aún no estaba preparada para recibir elogios. Se había marchado y Aldo le había salvado la vida, no al revés.

—Ha sido raro. Simplemente... raro. Estaba prácticamente a su lado. Puede que estuviera a tres metros oí un grito a mi espalda. Aldo me dijo que siguiera caminando, y eso hice, mientras él se dirigía hacia su muerte.

Angelo se quedó entonces en silencio y ella sintió su miedo, un eco del suyo, pero su mano era fuerte y reconfortante. El joven le acarició el pelo una y otra vez. Permanecieron así durante un tiempo. Eva se arrojó con las mantas raídas y con los brazos de Angelo. Empezaba a tener sueño; al entrar en calor y haber desaparecido la adrenalina, se había quedado relajada y agotada. Pero no quería dormir. Tenía miedo de soñar cosas terribles a las que tendría que enfrentarse sola si él se marchaba.

Solo de pensarlo, el corazón le dio un vuelco y se le volvió a entrecortar la respiración.

—¿Eva? —La voz de Angelo se elevó, preocupado al notar que estaba tensa de nuevo.

Eva se acurrucó contra él y apretó los labios contra su cuello, justo por encima del alzacuellos blanco que brillaba como un halo en la oscuridad. Angelo no reaccionó al principio, como si lo hubiera pillado por sorpresa. Eva abrió los labios y saboreó la áspera piel de su garganta, y sintió cómo Angelo reprimía una blasfemia o un gruñido, no estaba segura.

Levantó la cara y encontró el contorno de la mandíbula. Besó el ángulo de su rostro, hambrienta de su boca y del placer mortífero que seguiría. Necesitaba que la besara y que le hiciera olvidarse de todo menos de él, aunque solo fuera durante un rato. Eva encontró sus labios y Angelo respondió al instante, frenéticamente, pero un segundo después, se apartó.

—Eva, no —dijo suavemente, y se incorporó al tiempo que la soltaba.

Eva intentó seguirlo, pero era prisionera de las mantas en las que la había envuelto y se retorció desesperadamente por deshacerse de ellas. Estaba resollando, entrando en pánico; se ahogaba. Se sacudió y liberó los brazos. Aflojó las mantas que la envolvían y se las bajó hasta la cintura, liberó las piernas y las estiró, dejándolas al descubierto.

Se tumbó sin aire y aliviada, con los ojos en el techo bajo de piedra y agradecida por el aire frío que sentía en la piel. Luego se miró a sí misma, observando su cuerpo con ojos nuevos. Se vio del modo en que Angelo la vería. Por encima de las bragas lisas y blancas, tenía el

vientre plano... Demasiado plano. Las penurias de la guerra se habían llevado la suave curva redonda de su tripa y las caderas, lo que la hacía parecer más una niña que una mujer. Sin embargo, las sombras eran atractivas, incluso indulgentes, y aún tenía los pechos turgentes y firmes, con los pezones de un rojo oscuro que contrastaba con su piel.

La mirada de Eva viajó de su cuerpo a la cara de Angelo, que contemplaba su figura desnuda. En sus ojos había desesperación y tenía la mandíbula tensa, como si estuviera luchando con los mismos demonios que habían pululado por la calle oscura y se habían llevado la vida de Aldo. Luego, elevó la mirada y sus ojos se encontraron con los de ella. La pura devoción que reflejaba su rostro provocó una explosión de algo cálido y poderoso en el pecho de Eva. Llevaba mucho tiempo sintiéndose impotente.

Agarró la mano de Angelo y se la llevó a la boca. Le besó la palma antes de que los dedos de Angelo rozaran sus labios y su barbilla, bajaran por su largo cuello y surcaran sus pechos. A Eva le pareció que Angelo decía su nombre, pero entonces oyó un rugido y no contestó. No podía. Presionó la mano de Angelo contra su pecho izquierdo; la base de la palma descansaba contra su estruendoso corazón y sus dedos rozaban la sensible carne. Eva se estremeció y cerró los ojos. Era una sensación que la hacía sentir segura; una experiencia, muy cálida, intensa y deliciosa. Angelo no se apartó, pero no cerró la mano ni hizo suya la caricia.

A Eva no le importaba.

Un deseo imprudente la invadía y deslizó la palma de Angelo hacia un lado para incluir su otro pecho. Los pezones se le endurecieron como respuesta. La mano del joven temblaba contra su piel y la tripa de Eva vibraba como las cuerdas de un violín al tocarlo despacio con un arco. Su cuerpo zumbó en un *crescendo* cada vez mayor y Eva arrastró la mano de Angelo hasta las costillas, por el abdomen, pasando por el hueco entre los huesos de las caderas y luego guio la mano más abajo, y jadeó al sentir el contacto.

Eva notaba el pulso ahí. Era un latido doloroso e insistente, como si su corazón hubiera seguido la mano de Angelo. Quizás se debiera a su encuentro con la muerte, al hecho de haber visto cómo una vida

acababa de forma tan violenta justo delante de sus ojos; quizás se debiera a la amenaza incesante que acechaba en cada esquina en todo momento. Pero su cuerpo ardía con una energía desesperada, con una necesidad frenética, y el mero peso de la mano de Angelo contra sus partes íntimas fue suficiente para que se aferrara a su muñeca. Las lágrimas le caían por el rabillo de los ojos mientras su cuerpo se tensaba, tambaleándose y revolcándose una y otra vez, estremeciéndose y vibrando contra la palma cálida de Angelo.

No obstante, Angelo permaneció en silencio e inmóvil, como si fuera un participante reacio. En cuanto a Eva se le aclaró la cabeza y se le enfrió el cuerpo, se percató de la situación al instante y, junto con la liberación, volvieron el juicio y la inhibición.

El gozo se convirtió en una intensa humillación.

Soltó la muñeca de Angelo de golpe y se hizo un ovillo lejos de él, haciendo que los dedos del joven se deslizaran pesadamente por la curva de su cintura. Eva se cubrió la boca con la mano para amortiguar los sollozos, pero ahora lloraba de vergüenza. Se sentía humillada por lo que había hecho, por lo que Angelo había visto, por lo que le había obligado a hacer, y aun así, su cuerpo vibraba, traicionándola.

Notó que Angelo se levantaba y le colocaba delicadamente unas mantas encima de los hombros, cubriendo su desnudez y su vergüenza. El cura le acarició la cara, le secó las lágrimas y le cepilló el pelo.

—No llores, Eva. Por favor, no llores —susurró—. Lo entiendo.

Aquello solo sirvió para que Eva llorara más fuerte, incapaz de creerle.

Entonces Angelo volvió a cogerla y le dio la vuelta. Eva descansó la cabeza contra su cuello y mantuvo los brazos cruzados entre ellos. Angelo respiraba con violencia y tenía todo el cuerpo rígido, como si quisiera salir corriendo.

—Lo siento, Angelo —gimió en voz baja Eva.

—No tienes nada por lo que disculparte.

Angelo presionó sus labios contra la sien de Eva y siguió acariciándole el pelo, tranquilizándola, meciéndola como su padre

solía hacer.

—Chist, Eva, chist. Lo entiendo.

Pero las lágrimas de Eva no cesaron.

Eva se quedó dormida así, con la cara en el recodo del cuello de Angelo, la mano de este en su pelo y lágrimas en las mejillas. Cuando Angelo se aseguró de que estaba totalmente dormida, se separó de ella. Le dolía el cuerpo por la necesidad que sentía y por la negación. El brazo izquierdo se le había dormido y tenía la espalda rígida por haber estado en una posición tan incómoda. No quería que Eva notara lo que le estaba haciendo; no quería que supiera que su voluntad se estaba desmoronando.

Angelo había dicho que lo entendía, y así era. Eva se había mostrado desesperada por la afirmación que solo las experiencias más intensas —el sexo, el peligro y el dolor— pueden proporcionar. El joven había escuchado demasiadas confesiones de soldados agotados por la guerra que habían sucumbido a la masturbación o al sexo, o a cosas peores en las circunstancias más extrañas. Era una reacción muy natural; lo entendía, pero había tenido que recurrir a cada ápice de su fe y su autocontrol para no participar de ese acto, para no aprovecharse de su momento de vulnerabilidad. Sin embargo, Angelo no la había detenido ni había apartado la mirada, y, al igual que el rey David, había visto a Betsabé bañarse. Sospechaba que pagaría un alto precio por ello.

Pero Eva lo había pagado primero. Se había disculpado, sin embargo Angelo quería darle las gracias. Al pensar en ello, se avergonzó, pero era cierto: había sido una de las cosas más hermosas que había visto nunca. Ella era la mujer más hermosa que había visto jamás, y una sensación de asombro surrealista lo invadió antes de ser testigo de cómo la desesperación y la vergüenza se apoderaban de ella. En ese momento, también él quiso llorar.

Fallaba a Eva una y otra vez, y no sabía qué hacer. No sabía cómo curarla, abrazarla o salvarla. No sabía ser lo que necesitaba. Lo único

que sabía es que la amaba desesperadamente.

Desesperadamente.

Agotado, subió las escaleras y entró en la silenciosa iglesia. Encendió una vela y se cubrió la cara con las manos, que le olían al pelo de Eva. Admitió entre gruñidos sus miedos y fallos, le pidió a Dios que no lo abandonara por su debilidad y agradeció a Aldo Finzi, dondequiera que su espíritu hubiera ido, que hubiese salvado la vida de Eva.

8 de marzo de 1944

Confesión: Greta von Essen me cae bien.

No puedo evitar que me caiga bien. Es amable y está triste, una combinación que hace que sienta compasión por ella. Todos nosotros somos producto del lugar en el que nos han criado, la gente que nos quiere o influye en nosotros, y las cosas que escuchamos una y otra vez cuando somos pequeños.

Nuestras creencias no tienen que estar basadas en experiencias personales, pero, cuando lo están, es difícil cambiarlas. A Greta le han dicho una y otra vez que es un maravilloso desastre que ha fallado en la única cosa para la que ha sido creada, y sus experiencias no lo han desmentido.

Greta es superficial, pero tengo la sensación de que eso se debe a que la profundidad la acabaría ahogando. Por eso flota en la superficie y da lo mejor de sí misma sonriendo de forma insípida a la vida y al hombre al que está atada. Le he permitido que me cuide como una madre, no porque quiera una nueva madre, sino porque ella necesita una hija, y, para ser sincera, me aporta algo de seguridad, es como una barrera que me mantiene a salvo del capitán.

Me gusta Greta von Essen, pero odio a su marido. Cuando cierro los ojos, veo su cara, relajada y fría, como cuando apretó el gatillo y mató a Aldo.

Eva Rosselli

Capítulo 17

Marzo

A primera hora de la mañana, el teniente coronel Kappler mandó buscar al capitán Von Essen, y para la hora de comer, los gritos de enfado que resonaron por todas las oficinas de alrededor fueron el chismorreo de la plantilla del cuartel de la Gestapo. Rara vez veía Eva al teniente coronel y estaba contenta de que eso continuara siendo así, pero el capitán Von Essen lo veneraba y hacía todo lo que estuviera en su mano por complacerlo. Al parecer, el mismísimo Himmler estaba en Roma para transmitir la decepción del Führer con la incapacidad de Kappler para refrenar la resistencia italiana dentro y fuera de Roma, así como para descubrir y aplastar el movimiento clandestino que daba refugio a soldados, partisanos y judíos.

Kappler y Von Essen habían estado elaborando planes durante toda la semana que incluían mapas y consultas con un delgado aristócrata italiano de nombre alemán, Peter Koch, que había establecido su propia cuadrilla militarizada de fascistas italianos. Los mapas ponían a Eva nerviosa y el líder fascista le ponía los pelos de punta. Por suerte, esa mañana no había ni rastro de Koch, pero cuando una hora después el capitán Von Essen regresó a su despacho, tenía la cara enrojecida y le brillaban los ojos como si el encuentro con el jefe de la Gestapo le hubiera ocasionado una fiebre tremenda.

—Sígueme —le ordenó cuando pasó por la mesa de Eva, que agarró un cuaderno y un lápiz y trotó tras él esperando que lo que lo

había poseído no fuera contagioso. No se demoró en contarle lo que tenía en mente—. *Herr* Himmler está en la ciudad y el teniente coronel quiere impresionarle. Mañana por la noche habrá una cena con la gente más importante de Italia: hombres ricos, mujeres preciosas, vino, la comida más sabrosa y el mejor entretenimiento.

Al parecer, se le había delegado al capitán la responsabilidad de la gala. Si el capitán era inteligente, llamaría a su mujer.

—¿Cuál es el hotel más agradable de Roma? —le preguntó a Eva.

—El Villa Médici, capitán. Tiene vistas a las escaleras de Plaza de España, y está bastante cerca de la Fontana di Trevi y de las mejores tiendas. Es un hotel precioso.

Fue el primero que le vino a la cabeza. Esa mañana, en el tranvía, había escuchado a dos mujeres hablar sobre el hotel; lo acababan de restaurar y ahora contaba con un chef de prestigio. Repitió lo que había escuchado con la esperanza de que las mujeres supieran de qué estaban hablando.

De inmediato, el capitán llamó por teléfono para pedir que le pusieran en contacto con el Villa Médici. Eva se retiró apresuradamente, pero lo escuchó gritar órdenes y peticiones.

—¡Eva! —la llamó, y ella dio un salto en la mesa y rápidamente volvió a su despacho—. ¿Dónde puedo encontrar algún espectáculo con tan poca antelación? El hotel tiene una pequeña banda para amenizar la cena, pero necesito algo más, algo especial.

Estaba perdida. No creía que el capitán estuviera interesado en coros de niños católicos o en monjes que cantasen, que era la única cosa a la que tenía acceso en ese momento.

—Tú. —Se levantó de la silla bruscamente y rodeó la mesa señalándola de forma acusatoria—. ¡Tú! —repitió, casi gritando.

—¿Qué?

—A Himmler le encanta la música clásica. Tú eres violinista... Una muy buena, si no recuerdo mal. Bach, Beethoven, Mozart... Tocarás. Una mujer preciosa tocando el violín, es perfecto.

Golpeó la mesa con los guantes de forma victoriosa y cogió el teléfono una vez más, como si ya estuviera decidido.

Lo único que pudo hacer Eva fue tartamudear y quedarse

mirando.

—¡Pero tengo que ensayar! Hace años que no actúo y no tengo absolutamente nada apropiado que ponerme para tal evento — protestó.

—Te he escuchado tocar; lo harás de maravilla. Tienes hasta mañana a las ocho de la tarde para ensayar, y Greta te ayudará con el vestido. La mandaré buscar de inmediato.

Hizo un gesto con la mano hacia la puerta para indicarle que había acabado con ella.

—¡No puedo hacerlo! Por favor, capitán.

—Lo harás, no tienes alternativa. ¿Tengo que ponerte una pistola en la cabeza y pedirte que toques? —Arqueó sus cejas rubias e inclinó la cabeza mientras esperaba una respuesta.

Eva se le quedó mirando, horrorizada. ¿Creía que eso era gracioso?

—Tengo toda la confianza del mundo en que sacarás esto adelante, dulce Eva —dijo suavemente—. Sé que no me defraudarás. Ahora sé una buena chica y sal del despacho.

Greta estaba eufórica. Llevaba a Eva de una tienda a otra, insistía en vestirla de arriba abajo; lencería de encaje, medias de seda que eran tan raras como una taza de expreso hecha con granos de café en lugar de la achicoria que bebían la mayoría de los italianos.

Hizo que la modista embutiera a Eva en un vestido rojo tan escotado y apretado que le salieron ronchas por los nervios y se negó a salir del probador.

—¡Algo elegante con lo que pueda tocar de verdad, Greta, por favor! Creo que no entiendes la gravedad de la situación. No puedo respirar. Si no puedo respirar, no puedo pensar, y si no puedo pensar, no puedo tocar. Si no toco, tu marido y yo nos enfrentaremos al pelotón de fusilamiento.

Greta se rio nerviosamente, como si hubiera dicho algo ridículo, pero encontró un vestido de tubo sin mangas de un negro brillante y de escote bajo y cuadrado que se ceñía al cuerpo de Eva sin apretarle

demasiado.

—Te pintaremos las uñas. Llevarás los labios rojos y el cabello suelto. Queremos sacar provecho de tu belleza italiana.

«No, Greta», pensó Eva. Atraer la atención sobre ella era lo más peligroso que podía hacer.

Como si pudiera escuchar los pensamientos de Eva, Greta añadió socarronamente:

—Cuando *Herr* Himmler te vea, querrá que seas su amante.

Greta se echó a reír, pero entre sus cejas había un surco de preocupación, como si se le acabara de ocurrir que Eva trabajaba para su marido. A Eva se le volvió a hacer un nudo en la garganta.

—¿Intentas asustarme, Greta? —preguntó suavemente Eva—. No puedo imaginar algo peor que llamar la atención de *Herr* Himmler.

—Es un hombre muy poderoso.

Greta se encogió de hombros con la inocencia reflejada en sus ojos azules.

—No quiero estar con ningún hombre poderoso.

—¿Qué tipo de hombre quieres? —le preguntó Greta.

Le quitó los pasadores del pelo para que viera el efecto. Después, le pasó los dedos por los rizos y le colocó el cabello a un lado. Eva cerró los ojos pensativamente.

—Un buen hombre, un hombre bondadoso, un hombre que me quiera.

Le vino a la cabeza la cara de Angelo, pero Eva rechazó la imagen. Se había humillado ante él, y cada vez que lo pensaba, le subía la temperatura, se le ruborizaba la piel y sentía que su cuerpo era el de un desconocido libertino. No habían hablado de lo que ocurrió entre ellos después de la muerte de Aldo. Eva no podía hacerlo y Angelo no quería, así que seguían como si no hubiera pasado nada.

—¡Tú estás enamorada de alguien! —Greta interrumpió su ensoñación y miraba a Eva con los ojos bien abiertos—. Lo veo en tu cara, estás ruborizada. Cuéntame.

—¿Qué? No, no lo estoy —tartamudeó Eva.

—Sí, sí lo estás. Alguien hay. No voy a parar hasta que averigüe quién es.

—Solo es un chico de mi pueblo. No es nada, no quiero hablar de él —dijo Eva.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —intentó sonsacarle Greta.

—¡Greta, por favor! No quiero hablar de él.

No quería hablar de él. Bastante tenía con pensar en Angelo constantemente, en lo inútil que era amar a un hombre que no cedería, en la desesperanza de una vida escondiéndose y fingiendo. Cuando la guerra acabara y volviera a Florencia, ¿qué pasaría? Pensar en volver a la época en que pasaba años sin verle era peor que el miedo a la muerte. Era peor que vía Tasso. Peor que el convento de paredes mudas y monjas todavía más silenciosas. Era inconcebible.

Greta puso morritos, una expresión ensayada y adorable que Eva estaba segura de que usaba con su marido.

—Pero ¿qué nos queda entonces? El amor es lo único emocionante que tenemos las mujeres.

—Puede que cuando se acabe la guerra, vuelva a pensar en el amor. Ahora mismo tengo demasiado miedo como para pensar en otra cosa. Solo quiero sobrevivir a mañana por la noche. —Eva cambió de tema.

—Hay cosas peores que tener miedo —dijo Greta seriamente; esa tristeza repentina pilló a Eva con la guardia baja.

—¿Qué? —Eva preguntó con suavidad.

—Que te abandonen es mucho peor. Tener miedo hace que te des cuenta de que aún quieres vivir.

—Entonces debo de querer vivir mucho —susurró Eva—, porque tengo mucho miedo.

Greta le apretó el brazo y sus ojos se encontraron en el espejo. Había un gran contraste entre Greta, escultural y rubia, y Eva, morena y delgada.

—Te envidio —dijo Greta melancólicamente—. Tienes toda la vida por delante.

—Pero ninguna de las dos sabe cuánto durará mi vida; podría acabar mañana.

—Entonces más razón para llevar ropa preciosa y tocar música

hermosa. —Greta le guiñó el ojo y se deshizo de esa seriedad que las había hecho a ambas fruncir el ceño—. Ahora tienes que mostrarte segura e invitar a tu hermano. Estará muy orgulloso de su hermanita. Además, es inteligente hacer ver a otros que tienes alguien que te protege.

La certeza de que la noche acabaría en desastre hizo que Eva se apresurase a casa después de haber estado de compras con Greta y practicara con el violín hasta bien entrada la noche, disculpándose con los refugiados que sufrieron durante horas la música frenética. Cuando se hizo tarde, Eva se fue a la iglesia para dejar que el convento descansara y continuó tocando, rezando y planeando su actuación como si su vida dependiera de ella, porque en el fondo, así lo creía.

El vestido era simple, pero la seda negra resplandecía y caía sobre su figura delgada dándole una elegancia sencilla. Se había rizado cuidadosamente el cabello y lo había colocado a un lado, detrás de la oreja, donde colgaba un diamante que cada vez que movía la cabeza jugaba al escondite. Llevaba los labios rojos y se había pintado un poco sus oscuros ojos. Estaba pálida, pero su piel nacarada contrastaba de forma hermosa con el vestido color ébano.

Eva estaba de pie en un escenario pequeño, sola en el centro, y pieza tras pieza hizo que la gente tocara el cielo y que a Angelo se le erizase el vello. El público aplaudió y, mientras estuvo tocando, nadie habló, ni siquiera entre susurros.

Esa mañana, Eva había estado esperando delante del edificio de Angelo. Tenía los ojos cansados y los nervios a flor de piel, y cuando le contó lo de la gala y vio su miedo, se tragó el suyo propio y refrenó las ganas que tenía de insistir en que debía esconderse. En su cabeza, escuchaba constantemente la misma palabra: «Escóndela, escóndela, escóndela». Eva se había negado todas las veces y afirmaba que no iba a cambiar de opinión ahora, así que, en su lugar, sería fuerte por ella.

—¿De qué tienes miedo, Eva? Has estado haciendo esto toda tu

vida. Eres una violinista magnífica y has tocado delante de miles de personas. Seguro que puedes hacerlo delante de un puñado de personas.

Eva se llevó las manos a la cara y él se metió los puños en los bolsillos de la sotana para esconder sus temblores. Eva tenía miedo porque iba a ser una chica judía en una habitación repleta de policías alemanes, el mismo motivo por el que se la quería llevar y encerrarla en el claustro.

—No quiero compartir esto con ellos —susurró—. Es mi talento, mi aptitud; la mía y la de Felix. Y no quiero ser su entretenimiento. No quiero proporcionarles diversión. Quiero escupirles en la sopa, quiero romper los platos y echar veneno en su vino. No quiero tocar para ellos.

Él se rio por no llorar.

—Tocarás y lo harás de maravilla. Serás la vencedora, porque sabrás que eres Eva Rosselli y que estarán aplaudiendo a una judía.

Le temblaron los labios y el temblor se convirtió en una amplia sonrisa. Se inclinó con una profunda reverencia, allí en la calle y cuando se levantó, le sonrió con superioridad.

—Creo que tienes dentro un pequeño demonio, mi ángel blanco. Debo de estar pegándotelo.

Definitivamente, así era. Se lo estaba pegando, y lo estaba desgastando. Había envejecido diez años en la última hora. Se levantó y fue hacia el fondo de la sala, incapaz de cenar mientras Eva tocaba a pesar de que le rugía el estómago con los aromas de la sala. Había rechazado educadamente el lugar que le habían reservado y había cogido la cruz entre las manos con los ojos clavados en Eva. Estaba aterrorizado y lleno de orgullo al mismo tiempo. Quería llevársela a un lugar seguro, pero a su vez quería que el mundo la escuchara tocar. Quería presenciar su triunfo ante esas personas, que al final darían la espalda a su sufrimiento y, peor aún, la matarían si supieran quién es. Aun así, Eva tocó, pletórica, brillante, poderosa en su vulnerabilidad, un ejército conquistador unipersonal. Y el público no tenía ni idea de que estaba siendo derrotado.

Cuando acabó, bajó el instrumento, hizo una reverencia para

indicar el final de la actuación, colocó el violín y el arco a su lado y sus ojos se encontraron con los suyos. Angelo notaba su miedo a pesar de que sonreía gentilmente e inclinaba la cabeza para darle las gracias al público. Con una postura regia, se movió por la pequeña tarima y se detuvo cuando el capitán Von Essen se acercó para ayudarla a bajar los pocos escalones que había. La acompañó hasta un lado y pareció que le daba la enhorabuena efusivamente. Debía hacerlo. Eva le había hecho quedar muy bien. Le murmuró algo al oído con la boca demasiado cerca y Angelo vio que Eva se tensaba mientras sacudía la cabeza, sonriendo, pero rechazándolo. Se inclinó sobre ella una vez más, obviamente insistiendo en algo, y le colocó un sobre en la mano.

Angelo sintió que la ira le revolvía el estómago y la temperatura le subía por debajo del tieso alzacuellos. Se contuvo. Sabía cuál era su papel, sabía lo que la gente subordinada y refinada esperaba de él, pero suspiró de alivio cuando el capitán Von Essen dio un paso atrás y Eva se alejó. Caminó hacia la salida, asintiendo y sonriendo entre la gente esplendorosa y las mesas repletas de deliciosa comida y del mejor vino italiano de una ciudad en la que la gente se moría de hambre. Eva continuó caminando, se acercó a Angelo y ambos salieron del gran salón y se dirigieron al guardarropa, donde tenía el estuche del violín.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Angelo con la voz solo un tono por encima del susurro.

Eva miró detrás de los abrigos y los chales y hacia las esquinas antes de contestarle.

—Greta insiste en que me quede en una habitación del hotel. Ya lo han organizado. El capitán Von Essen dice que me lo he ganado.

Le enseñó la llave y el sobre lleno de billetes. La ira que sentía Angelo en el estómago se convirtió en un infierno.

—¿Cree que se va a reunir contigo?

Eva lo miró a la cara y sacudió la cabeza al instante.

—No, no creo que sea eso lo que está insinuando. Greta está aquí con él, Angelo, tú la has visto. Soy plenamente consciente de lo que es capaz, pero nunca se ha comportado de manera inapropiada conmigo.

—No puedes quedarte aquí, Eva. No me fío de él.

—Yo tampoco, pero no creo que sus intenciones sean lascivas. Me preocupa otra cosa. —Angelo arqueó las cejas, expectante—. Creo que va a haber una redada en Santa Cecilia esta noche. Sabe que vivo allí y no quiere que esté cuando pase.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Angelo, cuyos pensamientos se dirigieron en millones de direcciones diferentes.

—Hoy ha dicho algo en la oficina, algo sobre unas actividades nocturnas. Estaba hablando con el teniente coronel Kappler por teléfono. Creí que estaban hablando de esto. —Eva señaló el salón y recorrió su vestido con la mano—. Pero había otro hombre, de apellido Koch, que ha venido a la oficina tres veces esta semana. Es algo así como el líder de los *squadristi*.

Cuando Angelo escuchó el nombre maldijo, se santiguó de inmediato y volvió a santiguarse para contrarrestar su doble reacción. Algunos días se preguntaba si estaba hecho para ser cura; era un malhablado, y culpaba a su parte americana.

—Koch es un cazajudíos famoso —dijo—. Ha estado tras monseñor O'Flaherty los últimos meses, y también el teniente coronel Kappler. Pero ¿por qué Santa Cecilia?

—No creo que solo vayan a buscar en Santa Cecilia. Creo que se trata de todas las iglesias, conventos y monasterios de Trastévere.

—¿Y por qué crees que va a ser esta noche?

—El capitán Von Essen me ha dicho que debería quedarme en el hotel para evitar «problemas». Le he preguntado si me podía simplemente conseguir un coche y me ha dicho que, esta noche, el Trastévere no sería un lugar seguro.

—Tenemos que avisar a las hermanas —dijo Angelo.

Villa Médici estaba a bastante distancia del Trastévere e incluso más lejos del Vaticano.

—Hay teléfonos en todas las habitaciones. He oído a las mujeres hablando en el tocador. Estaban todas muy impresionadas. Estoy segura de que están todas deseando escuchar a escondidas las conversaciones de las otras.

Sacó la llave con entusiasmo, pero Angelo se la agarró y su malestar creció al mirarla.

—Pediremos otra habitación, nos intercambiaremos —comentó él bruscamente—. Ven conmigo.

Se acercaron a la mesa de recepción, pero Eva se quedó atrás cuando Angelo le agarró el brazo a modo de advertencia.

—Déjame a mí —susurró—. Quédate aquí y haz como que estás asustada.

—Eso no será muy difícil —murmuró ella.

Angelo lo entendió perfectamente; su propio corazón le latía con fuerza bajo la sotana, pero sonrió con normalidad y saludó al hombre de la brillante mesa de caoba de la recepción, que le cogió la mano y se la besó como si no estuviera seguro de si Angelo era alguien importante o no.

—Necesito su ayuda, *signore* —dijo Angelo en voz baja—. Mi hermana va a pasar la noche en el hotel. Es una violinista famosa, ha tocado para los dignatarios que han venido a la gala de esta noche. Es muy bella, ¿comprende?

Se detuvo para que el encargado lo pudiera verificar por sí mismo.

El hombrecillo de pelo negro engominado y con un pequeño bigote bien arreglado echó un ojo por encima del hombro de Angelo y contempló a Eva. Sus ojos se abrieron ligeramente.

—Sí, sí, ya veo —contestó con nerviosismo, como si no estuviera seguro de si debía estar de acuerdo en que era bella u omitir su opinión sobre la hermana de un cura.

—Está recibiendo atención no deseada de uno de los invitados. Nadie especialmente importante, pero me gustaría que la cambiaran de habitación, si es posible. Por desgracia, vio a mi hermana salir de la habitación y ahora está un poco asustada.

—Ah, sí, padre, por supuesto, lo entiendo.

El encargado cogió la llave de la mano de Angelo y consultó el estante.

—¿Se quedará con su hermana? —preguntó juiciosamente.

Angelo intentó no reaccionar o pensar en lo que esas palabras podían implicar.

—Un rato, sí. Me gustaría asegurarme de que está bien.

—Sí, padre.

El hombre hizo una reverencia y con una pulcra inclinación de cabeza cogió dos llaves y luego se santiguó como si hubiera pasado bastante tiempo desde su última confesión. Angelo no sabía si sonreír o suspirar; solía hacer que la gente se pusiera parlanchina o nerviosa. No venía mal que este hombre fuera de los últimos. Persuadirlo había resultado sencillo.

—¿Hace falta que movamos las cosas de la señorita a la habitación nueva?

—No, no será necesario. Estaba tan preocupada que ya estaba preparada para dejar el hotel. He dejado sus cosas en el guardarropa mientras tocaba. Recogerlas no nos llevará mucho tiempo.

—Muy bien, *signore*, quiero decir, padre. Muy bien.

El hombre inclinó la cabeza y volvió a santiguarse.

La habitación era esplendorosa y enorme, con puertas dobles que llevaban a un pequeño vestíbulo, que, a su vez, daba a un elegante salón y a un baño bien equipado. El salón tenía unas grandes ventanas con vistas a las escaleras de la Plaza de España, pero Angelo no perdió el tiempo contemplándolas.

Había diez monasterios, conventos e iglesias que ofrecían refugio a judíos en el Trastévere, además de los judíos repartidos en unas veinte familias de la zona. Si iban a hacer una redada en la zona oeste, tenían que avisar a todos los que se encontraban allí. Le pasaron con el Vaticano y contactó con un ayudante de monseñor O'Flaherty. Angelo le pidió que le dijera que O'Malley había llamado para informarle de que la misa de medianoche se iba a celebrar esa noche en el Trastévere: era la expresión secreta para informar sobre una redada nocturna.

Había una palabra de advertencia que había compartido con unos pocos mensajeros que tenían acceso a teléfonos, gente que podía advertir a conventos, monasterios e instituciones religiosas cercanas que estuvieran refugiando a judíos. La mayoría de los conventos y monasterios no tenían teléfonos, muy pocos lugares lo tenían, y que alguien contestara, escuchara la advertencia, entendiera lo que significaba y transmitiera el mensaje era casi un milagro. Angelo comenzó la laboriosa tarea de esperar a que lo pasaran, a través de la

operadora, con líneas compartidas que no tenían nada de privadas para enviar un mensaje que cualquiera podía escuchar. Sin embargo, al final pudo transmitirlo a todos los mensajeros excepto al de Santa Cecilia: tendría que avisar en persona.

—No puedes ir. ¿Qué pasa si hay una redada y estás allí y el capitán Von Essen te ve?

—Tengo que ir —contestó sin rodeos—. Tengo que hacerlo. Quédate aquí, te prometo que volveré a por ti.

Eva asintió una vez con la cara tensa y los ojos abiertos y asustados. Angelo sabía por su expresión que creía que era demasiado peligroso, que para ella era como cuando su padre se fue a Austria: estaba destinado al desastre. Sin embargo, no intentó detenerlo, y a Angelo le impresionó su valentía. Eva se levantó y lo siguió hasta la puerta. Era una silueta delgada en un vestido largo negro, una vela en la oscuridad.

—Me he sentido muy orgulloso de ti esta noche. Felix también lo habría estado. Eres una mujer increíble, Eva Bianco, una mujer increíble —dijo con sinceridad.

Eva lo miró como si estuviera conteniendo las lágrimas y Angelo se dio la vuelta antes de sucumbir y abrazarla. En su lugar, salió y cerró la puerta. Estaba bajando las escaleras cuando se dio cuenta de que la había llamado Eva Bianco, no Rosselli, como si fuera su verdadero nombre, como si fuera de verdad suya.

Capítulo 18

La cripta

Angelo estaba a tan solo una manzana de Villa Médici, caminando tan rápido como le permitían la pierna y el bastón, cuando a su lado pasó un coche blanco. Tras bajar la ventanilla, apareció la parte superior del rostro del capitán Von Essen. Estaba sentado solo en la parte de atrás.

—Estoy seguro de que sabe que se ha pasado el toque de queda y que incluso un hombre de su posición puede meterse en problemas, padre Bianco —dijo con delicadeza.

—Tengo un permiso, y no vivo lejos. Un cura siempre tiene trabajo.

Angelo sonrió y suspiró, pero le iba a estallar el corazón. El capitán había asesinado a Aldo Finzi, y había algo muy extraño en él. Quizá fuera su forma ordenada de hacer las cosas o su seriedad al hablar, sin molestarse en ocultar la alegría y el orgullo que sentía por ser un miembro reconocido del Reich. Era el tipo de hombre que torturaba mientras les decía a sus víctimas con tristeza que todo era por su culpa.

—Lo llevaré a casa, padre. Suba.

Angelo no quería que lo llevaran. Dudó, pues no estaba seguro de cómo negarse.

—Insisto —añadió el capitán tranquilamente—. Deje que haga esto como cortesía hacia su hermana, es lo mínimo. Esta noche ha estado

allí para apoyarla, estoy seguro. Y ahora está en un apuro, caminando de vuelta a casa tras el toque de queda.

Angelo rodeó el coche, pero el conductor salió de un salto rápidamente y le abrió la puerta. Esa amabilidad lo tranquilizó ligeramente.

—Me ha parecido verlo con su mujer esta noche, capitán — mencionó Angelo mientras le cerraban la puerta. Ahora Greta no estaba con él y la ansiedad resurgió.

—Sí, así es. Quería visitar a unos amigos y yo tenía asuntos de los que ocuparme. Me temo que el trabajo de un militar tampoco se acaba nunca. Tenemos eso en común.

—Estoy seguro de que eso es cierto —dijo Angelo con educación, doblando las manos en su regazo.

—Eva ha estado maravillosa esta noche —murmuró el capitán—. Mágica. Ha sido un regalo escucharla tocar. *Herr Himmler* estaba más que impresionado, y también el teniente coronel Kappler.

—Sí, sí que ha estado maravillosa.

Angelo no quería pensar en Himmler, en Kappler ni en la atención que habían dedicado a Eva. Si lo hacía, haría algo peligroso y estúpido, y no se lo podía permitir.

—Están muy unidos, ¿no? Me dijo que vino a Roma para estar cerca de usted. Yo siempre he estado unido a mi hermana mayor, era como una segunda madre para mí. Claro que no es su caso, ¿no? Usted es el padre. —Se rio ante su juego de palabras.

Angelo se enfureció, sacudió la cabeza e hizo un gesto de indiferencia.

—No, no de esa manera. Solo nos llevamos dos años.

—Es bueno que sea cura. De no ser así, la gente podría hacerse una idea equivocada —dijo el capitán suavemente. Luego se calló y miró por la ventanilla. Angelo vio cómo el conductor pasaba curva tras curva. No sabía adónde se dirigían, pero no lo estaban llevando a casa. El coche se detuvo en la iglesia de Santa Cecilia como si la enorme plaza fuera un aparcamiento. El capitán se acercó a la puerta y a Angelo se le encogió el estómago—. Tengo que ocuparme de algunos asuntos aquí. Quizá pueda ayudarme, padre. Habla alemán

muy bien y mi italiano es bastante limitado. Puede que necesite un traductor.

Detrás del Mercedes aparcó un camión del que salieron un puñado de hombres de las SS con rifles en la mano.

—¿Qué hace? —resolló Angelo.

Salió del coche y corrió para ponerse delante de los hombres armados. Extendió las manos para intentar detenerlos, rezando para que la gente que hubiera dentro tuviera tiempo para esconderse o prepararse.

—Es una redada, padre —contestó sin rodeos Von Essen—. La Iglesia católica no respeta nuestras leyes. Tenemos motivos para creer que hay judíos escondidos por toda Roma en conventos como este.

—Aquí no hay nadie. Conozco este convento, conozco a las monjas de aquí.

—Por supuesto que sí, su propia hermana alquila una habitación aquí, pero entienda que tenemos que comprobarlo nosotros mismos.

—¡No! No lo entiendo. Los lugares de culto son santuarios. Dentro de estas paredes hay un claustro, y nadie viola el claustro, ¡ni un cura, ni un alemán ni un judío!

—Ni la Iglesia católica ni el mismo papa tienen control sobre los oficiales de las SS. Es consciente de eso, ¿verdad, padre?

El capitán sonrió a Angelo, pero sus ojos eran fríos y firmes. Inclino la cabeza hacia sus hombres y, de inmediato, corrieron hacia la puerta y empezaron a golpearla con la culata de los rifles. El estruendo llenaba el aire frío de disonancia y angustia. Angelo veía a través de las barras el patio en calma. La superficie cristalina de la fuente que rodeaba la gran urna reflejaba la luz de la luna y el cielo oscuro. Era tarde, y todos debían de estar en la cama. Angelo rezó por que no fuera así, ya que estar adormecidos y desorientados no los ayudaría.

Contó mentalmente los refugiados que había dentro. Los Sonnino tenían pasaportes, pero la carne de Mario lo delataría si el capitán optaba por ese camino de nuevo. Las dos hermanas que habían escapado de la redada de octubre no tenían papeles, pero las monjas las habían estado enseñando. Tenían hábitos y, si les daba tiempo a

ponérselos, puede que estuvieran a salvo. Los dos hermanos tenían papales y permisos militares, pero sus acentos los meterían en problemas y se enfrentaban a la misma amenaza que Mario. Su mejor oportunidad para sobrevivir era esconderse. La familia con los dos niños pequeños no tenía pasaportes, y el padre y su joven hija tampoco disponían de documentos falsos. Sus pasaportes los identificaban como judíos. En total, ocho personas acabarían siendo arrestadas de inmediato si las descubrían, y había unas cuantas más que se arriesgaban a ser detenidas también.

—Quiero que llame usted, padre; que les pida que abran la puerta, que los tranquilice —le ordenó Von Essen—. Si no, tendremos que dañar la propiedad para atravesar la puerta y no queremos hacer eso. Somos hombres razonables.

El estruendo cesó cuando Angelo levantó la voz y llamó a la madre Francesca. Su mente se separó de su boca y rezó a la mismísima santa Cecilia para que protegiera a los inocentes que había dentro de sus muros.

—Madre Francesca, soy el padre Bianco. Estoy aquí con el capitán Von Essen de la policía alemana. Insiste en comprobar que no hay judíos.

Estaba casi agradecido de poder nombrar el peligro por su nombre, pero no sabía cómo eso podía ayudarlos; simplemente lo asustaría muchísimo. No había tiempo para hacer demasiado.

La madre Francesca se aproximó a la puerta con pasos comedidos. Normalmente, la monja se movía afanosamente, demasiado ocupada con el trabajo de Dios como para caminar despacio. Ahora prácticamente arrastraba los pies, con las manos en posición piadosa y el semblante serio.

—Padre Angelo —lo saludó, inclinando la cabeza ligeramente.

—Abra la puerta —le ordenó Von Essen, sosteniéndole la mirada.

Inclinó la cabeza como si no entendiera alemán. Angelo estaba seguro de que era así, pero estaba claro lo que quería el capitán.

—¡Dígale que abra la puerta! —gritó Von Essen.

Angelo obedeció y la madre Francesca, tras una larga deliberación, abrió la puerta lentamente. Los soldados la empujaron y casi la tiraron

al suelo, pero se aferró a la puerta y consiguió mantenerse en pie.

El capitán Von Essen sacó un megáfono con el que ordenó a todo el mundo que salieran inmediatamente al patio; de lo contrario, dispararían.

Angelo cogió del brazo a la madre Francesca. No quería preguntar nada ni atraer la atención por hablar en voz baja, pero tradujo las órdenes del capitán.

—¡No! Aquí solo hay monjas de clausura. ¡No pueden bajar al patio! —chilló la mujer mientras corría hacia el capitán.

Angelo le transmitió su preocupación.

—Bien, entonces tendremos que ir nosotros.

Extendió las manos con el megáfono en una, como si estuviera siendo infinitamente razonable.

—¡No! —La abadesa comenzó a patear—. Máteme si quiere, pero no puede pasar al claustro.

—No creo que fuera la única en morir, madre —dijo Angelo con suavidad—. La matarán e irán igualmente al claustro. Viva para luchar otro día más.

—Escuche al buen padre, es sabio —dijo el capitán, sonriendo.

Angelo quería escupirle en la cara.

—Ve con la hermana al claustro, Schroeder, y llévate tres hombres —ordenó Von Essen—. Usted también irá, padre. Puede que el oficial Schroeder necesite ayuda para transmitir las órdenes.

La madre Francesca iba la primera, con la cabeza agachada como si llevara el peso del mundo debajo del velo. Al introducir la llave en la puerta de la verja que separaba el claustro del resto del mundo, pidió a voces perdón a santa Cecilia.

—¿Puedo al menos explicarles lo que está pasando? —rogó.

—*Nein* —dijo el oficial cuando Angelo le tradujo—. Eso solo les dará tiempo para esconderse.

Pero las monjas estaban preparadas y estaban de pie en fila con las manos en posición de rezar. No necesitaban explicaciones. Los ojos de Angelo se centraron en el medio de la fila de cabezas gachas, velos negros y rígidas tocas blancas. Las monjas flanqueaban a las dos hermanas; su juventud y belleza llamaban la atención, y Angelo no

pudo más que rezar mientras el oficial Schroeder se paseaba por delante de las monjas mirándolas de una en una con desdén y sospecha a partes iguales. Se detuvo delante de la hermana pequeña, que mantuvo la cabeza gacha.

De repente, estiró el brazo y tiró de la toca como para quitársela de la cabeza, pero la toca se mantuvo. Los otros hombres se rieron disimuladamente y el oficial se enfadó.

—Quítatela —gritó.

El oficial debía saber que las monjas se afeitaban la cabeza cuando tomaban sus votos y que se dejaban el pelo corto. Una mujer con el pelo suelto y largo sería de inmediato una sospechosa.

La hermana pequeña miró al padre Angelo, alarmada, pero inmediatamente le apartó la mirada como si supiera que mirarlo no la ayudaría. Cerró los ojos y respiró profundamente, y Angelo hizo lo mismo. De repente, las palabras que le habían resultado a la chica tan difíciles de memorizar, las que había aprendido para su supervivencia, empezaron a salir de su boca.

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Los hombres de las SS se tensaron incómodamente. Hablaba en italiano, pero no era difícil entender el padrenuestro en otra lengua. Estaban en el claustro, un lugar completamente inaccesible para el mundo exterior. Ni hombres, ni mujeres, ni soldados, ni curas. Eran monjas de clausura, y algunos de los hombres evidentemente sabían lo que significaba.

—Quítatela —rugió el oficial.

Tenía la cara a unos centímetros de la de ella y su saliva le salpicó las mejillas. La chica levantó las manos y se quitó el velo negro, pero continuó rezando en voz alta y no se quitó la toca.

—Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas... —Miró directamente a los ojos azules del alemán—... como nosotros perdonamos también a los que nos ofenden.

—Todas vosotras, quitáosla —ordenó mientras alzaba la pistola hacia las monjas y tiraba de la toca de la chica para indicar lo que

quería. Cuando las monjas vacilaron, el oficial levantó la pistola hasta la cabeza de la chica más joven—. ¡Quitáosla! ¡Ya!

Angelo intentó controlar su ira. Estaba cansado de que apuntaran con armas a la cabeza de las mujeres. Eva había pasado por ello y la habían llevado a vía Tasso simplemente por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Levantaban las armas con mucha impunidad y mucha insolencia, y lo único que podía hacer él era rezar para que Dios lo viera e impartiera justicia a su tiempo y a su manera.

Los otros oficiales se movían nerviosamente, pues se habían dado cuenta de que algo había cambiado en su líder. Con las manos temblorosas, las otras mujeres empezaron a quitarse las tocas también y se unieron a la chica en el rezo: «No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal».

«Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos», terminaron las monjas, quitándose las tocas y evitando los ojos de los hombres que miraban sus cabezas rapadas. Angelo tragó saliva. Las dos hermanas se habían cortado el pelo al uno, por lo que eran indistinguibles del resto de las mujeres, encogidas de miedo y vulnerables bajo el escrutinio de los hombres alemanes. Habían salvado sus vidas gracias a haberse cortado el pelo.

El dedo del oficial se deslizó por el gatillo. Tenía los ojos enfurecidos y su boca era una línea recta y firme, un horizonte de indecisión debajo de una mirada confusa. Bajó la pistola a un lado. Había quedado como un estúpido, y lo sabía. Enfundó la pistola con las mejillas coloradas y comenzó a caminar hacia la verja de hierro que ya al principio le había advertido que debía permanecer fuera.

—Vamos.

—Todo en orden —le informó a Von Essen cuando llegaron al patio.

Aún tenía la cara colorada de la vergüenza, pero la oscuridad le ayudó a disimularla.

El resto de la gente del convento formaba una fila larga y Von Essen se paseaba por delante con las manos en la espalda, como un profesor arrogante. Uno de sus hombres sujetaba el registro oficial que

tanto había preocupado a la madre Francesca. Los ojos de Angelo se desviaron directamente hasta los Sonnino: Giulia sujetaba al bebé, la pequeña Emilia estaba en brazos de Mario y Lorenzo agarraba la mano de su padre. Pobre Lorenzo; era lo bastante mayor como para reconocer el peligro y demasiado joven como para entender por qué estaba pasando aquello. Era la segunda redada a la que se exponía su familia, la segunda noche que se verían forzados a combatir adversidades enormes. La mujer que Angelo había encontrado para que alimentara al pequeño Isaaco estaba allí, con ellos, con el rostro sorprendentemente inexpresivo, como si su vida no le importara lo suficiente como para tener miedo. En el patio no estaban ninguno de los otros judíos que no tenían papeles.

Mientras Angelo y la abadesa acompañaron a quienes habían efectuado la redada en el claustro, se registraron las habitaciones de los huéspedes y los edificios de alrededor. De momento, no se habían oído gritos ni disparos. Los pasaportes debían de haber pasado la inspección y los hombres no debían de haber encontrado ninguna pista en las habitaciones. Entonces, tres soldados salieron corriendo de la iglesia hacia el capitán y Angelo los escuchó hablar acerca de la puerta cerrada que llevaba a las excavaciones que había debajo.

Antiguamente, cuando una iglesia o estructura era abandonada, los romanos simplemente construían sobre ella, usando la estructura existente o lo que quedara de ella. Como consecuencia, Roma era una ciudad de estratos en ruinas, épocas amontonadas unas encima de otras. Aproximadamente hacía cincuenta años, se habían descubierto debajo de la iglesia de Santa Cecilia las ruinas de dos casas antiguas romanas. Una de ellas se cree que fue donde vivió Cecilia cuando era una joven noble, por lo que se habían llevado a cabo tareas de excavación. En 1899, se construyó una cripta en el extremo oeste de la excavación, pero más allá de la cripta nueva, justo debajo del coro, se encontraba la cripta original. De repente, Angelo se preguntó si los refugiados se estarían escondiendo entre los muertos. Era el mejor lugar en el que pudo pensar.

Von Essen debió de pensar lo mismo.

—Padre Bianco, madre, vengan conmigo —ordenó mientras

adelantaba a los soldados, que se dieron la vuelta y volvieron galopando a la iglesia.

En efecto, cuando entraron en la iglesia, los soldados habían descendido por la nave lateral y se habían detenido ante la enorme puerta cerrada.

—¿Qué hay detrás de esa puerta?

—Lleva a una zona de excavación debajo de la iglesia. Son ruinas —contestó Angelo—. Es una parte de una vieja curtiduría, una capilla familiar, o lo que queda de ella, algunos mosaicos y una cripta.

—Después de usted —dijo el capitán Von Essen a la abadesa.

Esta abrió la puerta y el grupo bajó las escaleras, que eran poco más que unos escalones que sobresalían de la roca. Estaba húmedo y olía a antigüedad y a tierra. Olía a Roma. Al llegar al final, los soldados se separaron de inmediato y se dirigieron hacia diferentes direcciones por los túneles derruidos y desenterrados hace cuarenta años. Con las linternas encendidas, buscaron en las esquinas y se asomaron con las pistolas por lugares oscuros. La madre Francesca había encendido unas luces, pero parpadeaban de forma exasperante, como si el alboroto en ese espacio sagrado no fuera bien recibido.

—¿Qué hay detrás?

Von Essen señaló con la pistola una gran verja de hierro que había al final del camino.

—Eso es la cripta. Las tumbas de los mártires Cecilia, Valeriano, Tiberio y Máximo y de los papas Urbano I y Lucio.

Esta vez contestó la madre Francesca; estaba claro que no necesitaba conocer el idioma del capitán para interpretar lo que estaba preguntando. Angelo repitió lo que había dicho en alemán.

Al capitán se le contrajo la cara con desagrado, pero eso no lo iba a detener.

—Ábrala.

—No dejaré que sus hombres profanen las tumbas.

La madre Francesca negó con la cabeza y se santiguó. El capitán entendió que se estaba negando y perdió los nervios. Claramente, la redada no había tenido los resultados esperados.

—¡Ábrala! —rugió mientras señalaba con la pistola a la insolente

abadesa, que sacó la vieja llave de la manga de su túnica y elevó la voz para advertirle.

Von Essen miró a Angelo para que le tradujera.

—Aquel que profane las tumbas de los santos sufrirá la muerte de los santos —repitió Angelo con la cara impasible—. Santa Cecilia murió por heridas de hacha.

La anciana monja era como una bruja sacada de *Macbeth*, echando maldiciones y presagiando unas terribles consecuencias. Los hombres de las SS se movieron incómodos, pero Von Essen sacudió la cabeza y ordenó a sus hombres que registraran el lugar. La madre Francesca siseaba y bufaba como si fuera un gato enfadado rondando las tumbas y manteniendo a los soldados en los límites. Los hombres de Von Essen estaban más que preparados para abandonar la búsqueda y no pasó mucho tiempo hasta que todos subieron las escaleras de piedra que iban a la iglesia de arriba. Ni Angelo ni la madre Francesca mencionaron que solo habían buscado en la cripta nueva. Más allá de esta, accesible solo a través de un túnel construido en la pared de detrás de la tumba de Cecilia, estaba la cripta original. No era grande, pero sí lo suficiente como para esconder a cinco adultos y a tres niños.

—¿Ve? No ha sido tan difícil, ¿verdad, madre? —preguntó el capitán como si todo el asunto se hubiera tratado simplemente de un agradable recorrido por las tumbas. Se dirigió hasta la fila de huéspedes asustados y dio una palmada hacia la guardia armada—. Ya hemos perdido suficiente tiempo aquí, ¡vámonos!

De inmediato, sus hombres le obedecieron y marcharon hacia la entrada.

—¿Padre? Después de usted.

Von Essen le hizo un gesto con la mano a Angelo para indicarle que fuera primero.

—Iré a casa caminando, gracias —dijo Angelo sin entonación.

No iba a meterse en el coche con Von Essen a no ser que se lo ordenara a punta de pistola, y quizás ni siquiera entonces lo haría. Sin embargo, el capitán había recuperado su benevolencia fingida e inclinó la cabeza con amabilidad, chasqueó los dedos y gritó instrucciones. Los hombres corrieron al camión, entraron de un salto y

desaparecieron tras los toldos negros con sus amenazas y pistolas.

Von Essen los siguió, pero, justo antes de llegar al coche que le esperaba, giró la cabeza hacia un lado y se detuvo, lanzando las palabras por encima del hombro. Angelo supo que iban dirigidas tanto a él como a la abadesa.

—Si descubrimos que aquí hay judíos escondidos, que les dan refugio, volveremos. Volveremos, madre.

Von Essen se subió a la parte de atrás del Mercedes. Los vehículos retumbaron por los adoquines de la plaza y desaparecieron tras la esquina como si nunca hubieran estado allí.

La noche aún no había acabado, pero Santa Cecilia había sobrevivido, así como los judíos escondidos allí. Ahora lo único que podía hacer era advertir a los demás.

—Toque las campanas, madre Francesca —le ordenó—. Cinco veces. Que el vecindario sepa que los alemanes están por aquí.

Poco después, las campanas de Santa Cecilia sonaron en la noche, con fuerza e insistentemente; una advertencia para todos los que pudieran oírla. Aquellos que no conocían el código simplemente se encogerían de hombros y no les prestarían atención, pues las campanadas en Roma eran algo normal; las campanadas a medianoche no tanto, pero no era como para alarmarse. Un minuto después, cinco campanadas les respondieron, seguidas de otras cinco a lo lejos, y luego más, todas de cinco en cinco, desde todas las direcciones. El mensaje se había escuchado y difundido.

18 de marzo de 1944

Confesión: esta noche me he enfrentado a mis dragones. Ahora estoy sentada sola en una preciosa habitación de un hotel de Roma, llenando páginas de papel de carta con mis confesiones, preguntándome si esos mismos demonios al final podrán conmigo o, peor aún, con Angelo.

Pensar en dragones me ha recordado a mi decimocuarto cumpleaños. Babbo contrató a una familia de actores de circo que trajeron ponis, payasos y zíngaros que hacían trucos y leían el futuro. Todo fue muy emocionante y auténtico, sobre todo la adivina. Era joven, de unos dieciocho o diecinueve años, y bastante guapa, con unos pechos grandes y redondos, una cintura diminuta y unos enormes aros de oro en las orejas. No podía dejar de mirarla. Creo que mi padre se alarmó un poco con la lozana zíngara, pero fue el mejor cumpleaños del mundo y mis compañeros de clase estuvieron hablando de ello durante meses.

La zíngara tenía cartas de tarot y una gran bola redonda que fingía mirar como si previera el futuro. Quería que me leyera el futuro, pero en el último momento me puse nerviosa, corrí, agarré a Angelo de la mano y lo metí en la pequeña carpa a rayas para que me apretara la mano cuando me dijera mi destino. En ese momento, Angelo tenía dieciséis años y parecía mucho mayor que los otros chicos. Tuve que suplicarle que viniera a casa para la fiesta y, aun así, se quedó al margen y observó, comiendo tarta y escuchando al tío Augusto y a babbo hablar de política. Ya no era un niño y lo estaba perdiendo un poco.

La zíngara se rio de mí cuando le dije que procediera; debí de parecerle muy joven y tonta. Sus ojos eran oscuros y sus labios rojos, y estaba claro que creía que Angelo era muy guapo. Levantó algunas cartas, no recuerdo cuáles, pero sus ojos seguían desviándose hacia Angelo. No recuerdo cuál era mi destino, solo que me sentí decepcionada y poco impresionada con sus predicciones. Sin embargo, luego se ofreció a leerle las cartas a Angelo, que empezó a arrastrarme hacia fuera. Era evidente que no le interesaba, pero la zíngara se levantó y lo empujó firmemente hasta la silla de la que me acababa de levantar. Le agarré la mano, haciéndole saber a la chica que me pertenecía, y ella arqueó las cejas con desdén.

Le dijo que tendría el amor de una mujer bella que le daría muchos hijos. Yo le informé de que iba a ser cura. Predijo que iba a ser un héroe para muchos. Yo le dije que, para mí, ya era un héroe. «Matarás dragones», predijo grandiosamente, ignorándome. Angelo se quedó muy quieto y me agarró fuerte de la mano.

«Matarás dragones, pero no antes de que ellos te maten a ti», siseó. Angelo se levantó de un salto de la silla y me arrastró al exterior de la tienda.

Eva Rosselli

Capítulo 19

Villa Médici

A Angelo le llevó cuarenta minutos caminar de vuelta a Villa Médici, y cada paso que daba estaba lleno de miedo. Tenía miedo de llegar y descubrir que Eva se había marchado, de entrar en la habitación y ver muebles tirados y todo vacío. No hacía más que imaginarse que tiraban la puerta y que un *squadristi* de cazajudíos se la llevaba en la oscuridad.

No se fiaba de Von Essen, y su insistencia en que se quedara en una habitación del hotel no convencía a nadie. Cuando Angelo metió la llave y entró en la habitación, estaba muerto de preocupación.

Pero todo estaba bien.

Eva estaba dormida en la enorme cama, abrazando el borde como si se hubiera quedado dormida mientras lo esperaba y simplemente se hubiera dado la vuelta. Todavía tenía las piernas fuera de la cama. La observó durante un momento, aturdido de alivio, antes de ir dando traspiés al baño y beber agua para calmar el dolor que tenía en el pecho. Era un dolor de agradecimiento, un dolor humilde. Un dolor que implicaba amor, anhelo y pérdida, a pesar de que no la había perdido; pero el dolor le decía que podría haberlo hecho, que aún podría pasar, que había sido un tonto.

Eva había usado la bañera. El baño aún olía a vapor, jabón y jazmín, aunque no sabía cómo conseguía seguir teniendo ese olor. Darse un baño era una tentación irresistible, tenía que admitirlo. Se

quitó la sotana, la tiró al suelo e inmediatamente se quitó el resto de la ropa. El hedor del sudor y el miedo le pesaba en la piel y estaba desesperado por quitárselo.

Se metió en la bañera, esperando no despertar a Eva, y puso el agua lo más caliente posible, que no era ni de lejos lo bastante caliente. Se restregó la piel y se lavó el pelo con la pastilla de jabón perfumado que Eva había usado y colocado en un lado. En el tocador había un pequeño bote de polvo dentífrico y un cepillo de dientes junto con un gorro de ducha y un peine, servicios de un hotel de lujo. El joven se enjuagó la boca y se lavó los dientes con el cepillo que Eva debía de haber usado e intentó no obsesionarse en la intimidad del acto o en pensar en su boca durante demasiado tiempo. Se volvió a poner la prótesis y los pantalones, pero no pudo soportar colocarse la camiseta o la sotana. Las sacudió con brusquedad y las colgó en la puerta en su lugar, esperando que se airearan un poco. Luego volvió para ver dormir a Eva.

Por la posición en la que estaba parecía que se hubiera desplomado, con las piernas aún fuera de la cama. Estaba tumbada de lado hacia él. La sábana blanca la cubría de forma holgada, pero tenía la cara hacia abajo, lo cual dejaba a la vista la garganta, pero no su rostro, ensombrecido. Estaba muy quieta, y preciosa. Le recordó a la estatua de santa Cecilia, la santa mártir. Cruzó la distancia hasta la cama y se arrodilló junto a ella, aturdido de repente por un miedo irracional. Le colocó las piernas en la cama y la movió hasta que estuvo sobre su espalda. Parecía muy débil y apagada. No pudo contenerse: apretó su cara contra el pecho de Eva y escuchó su corazón mientras le pasaba los dedos por la boca, buscando su aliento. Durante unos segundos tortuosos no pudo encontrar ninguna señal de vida. Nada.

El pánico retumbaba en su interior y su propio corazón galopaba tan intensamente que se dio cuenta de que no era de extrañar que no pudiera escuchar el suyo. Estaba reaccionando exageradamente, lo sabía. Respiró profundamente unas cuantas veces para tranquilizarse. Mientras lo hacía, el aire pasó por los labios abiertos de Eva y por los dedos de Angelo, y su corazón empezó a moverse contra su pecho

como si supiera que estaba ahí.

Le invadió el alivio y la acercó contra su pecho, arrastrando la sábana. Se dejó caer en el enorme sofá orejero que estaba junto a la cama, con los brazos alrededor de su delgada figura, y esperó a que se despertara. No se permitió acariciarle el pelo chocolate que le caía por la espalda y los hombros. No se permitió contemplar la cara de Eva, que estaba a tan solo unos centímetros de la suya. En su lugar, se quedó mirando la noche por la ventana de la habitación y esperó sin hacer caso del alboroto, ni del ruido, ni del clamor de su pecho ni del repiqueteo en sus sienes. También ignoró las voces internas que le decían que la soltara y que huyera de la tentación que le tenía anclado a esa silla.

Solo la sostendría, se dijo a sí mismo, pero no quería dejarla ir. No podía.

—¿Angelo?

La palabra fue casi un suspiro, y Angelo cerró los ojos luchando entre el alivio y la desesperación. No sabía lo que le iba a decir y tenía miedo de hablar demasiado, así que mantuvo los ojos cerrados y los labios sellados.

—¿Angelo? —Su voz sonaba más fuerte y la pregunta, más pronunciada.

Angelo intentó rezar, pero se percató de que no quería que Dios lo ayudara. No quería una intervención divina. Ante ese pensamiento, se rindió. Abrió los ojos y la miró a la cara. Los ojos de Eva eran tan oscuros que podía verse reflejado en ellos, dos puntos gemelos; tenía la cara pálida mientras nadaba en aquellas profundidades oscuras.

—Estabas durmiendo tan profundamente que me he asustado. Debías de estar soñando —susurró él.

—Con encontrarte —murmuró ella.

—Y aquí estoy.

Eva levantó una mano y la puso en un lado de la cara de Angelo, como si estuviera verificando lo que acababa de decir. El tacto de ella, tan reverente y dulce, le destrozó por dentro. ¿Cómo podía algo tan tierno hacer que se derrumbara? Pero se hizo añicos, y Dios sabe que un hombre roto es un hombre vulnerable. Eva no lo acercó a ella con

la mano que tenía en su mejilla ni levantó la cabeza de donde la tenía acurrucada en su brazo: fue Angelo. No tenía excusas para lo que estaba a punto de hacer.

Inclinó la cabeza y sus labios se fundieron.

Le gustaría haber pensado que no eligió conscientemente acortar la distancia entre sus bocas, pero eso hubiera sido una mentira. Fue su elección. No fueron como los besos en la cabaña del pescador, ni siquiera como el beso de la habitación el día de la primera redada; besos que no se habían pensado o premeditado, besos que podían achacarse a las circunstancias o al momento de desesperación. Aquel fue un beso lleno de intención.

Sus labios se abrían con los de ella mientras se agarraban. Fue el aliento de Angelo el que se trababa al contacto, al mismo tiempo resuelto y tímido, y que a la vez lo sorprendía y abrasaba. Todo fue cosa de Angelo, nadie lo obligó a hacerlo.

Pero una vez ahí, Eva le dio la bienvenida y deslizó la mano desde la mejilla hasta su nuca, acariciando su cabeza con los dedos mientras posaba la otra mano en su cuello y manteniendo a Angelo pegado a ella. Se saborearon el uno al otro, dejándose llevar por el oleaje de labios suaves y buscando más allá de ellos la seda caliente de la unión de sus bocas y del baile de sus lenguas.

Para un hombre que tenía tan poca experiencia en el arte de la sensualidad, no hubo pinceladas titubeantes ni imitaciones falsas. Ninguno de ellos pensó en el arte, ni en la técnica o el ritmo. Si hubo pensamientos, se redujeron a un tumulto de formas tras los párpados cerrados, a colores que formaban espirales en sus estómagos, a las mil sensaciones que experimentaron antes de que Eva se apretara contra el pecho de Angelo con las piernas alrededor de sus caderas. Eva le rodeó el cuello con los brazos mientras Angelo la abrazaba por la espalda; sus corazones crearon un redoble tan embriagador y tan exigente que ninguno de los dos pudo hacer nada aparte de moverse a su ritmo. Luego, Angelo se levantó con una mano sujetando la cintura de Eva contra él y soportando la caída con la otra mientras se tumbaban en la cama iluminada por la luna. Eva gimió contra sus labios y Angelo se quedó quieto, arrepentido al instante,

manteniéndose quieto sobre ella, como si la hubiera roto de verdad, completamente diferente a la manera en la que ella lo había roto a él.

Se retiró un poco y le miró a la cara. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la calle y de la luna se filtraba por las cortinas transparentes, proyectando sobre ellos sombras de un negro tenue, un blanco perlado y diferentes tonalidades grises.

Durante un momento se miraron el uno al otro con una indecisión atónita pero llena de pasión; Angelo esperaba el permiso de Eva para continuar y ella contenía el aliento y se preguntaba si él seguiría. No le instó a continuar ni se lo pidió; no dijo: «Otra vez, Angelo», como había hecho en la cabaña del pescador hacía una eternidad. Esperó a que fuera él quien tomara la decisión. Quería que eligiera, y Angelo lo veía en su cara.

Despacio, sosteniéndole la mirada, Angelo levantó una mano y le tocó la mejilla, maravillado por lo suave que era, antes de posar el pulgar sobre sus labios y abrírseles ligeramente. Luego se inclinó, con su boca cerniéndose sobre la de ella, y susurró:

—Otra vez, Eva, otra vez.

Entonces, volvió a besarla y bebió de su boca como un hombre sediento. Le alivió el dolor del pecho y al mismo tiempo se lo intensificó. No podía apartar los labios. Necesitaba tocarla, deslizar sus manos por su piel y memorizar los valles y las colinas, hacerla parte de él y fundirse con ella. Por fin.

Estaba tan entregado y tan desesperado por conocer cada parte de ella que no fue capaz de ir más despacio, de respirar, de tranquilizarse. Era como un niño en una tienda de chucherías, corriendo de un expositor al siguiente. Si estar con Eva significaba que su vida se midiera en minutos y horas en lugar de meses y horas, que así fuera.

—Te quiero, Eva —susurró. Necesitaba explicarle ese repentino fervor—. Te quiero muchísimo y he malgastado demasiado tiempo.

De repente, le entraron ganas de llorar, como si admitirlo hubiera desbloqueado algo en su interior y lo hubiera liberado. Su dolor se fue al momento y en su lugar se le hinchó el corazón.

—Y cuando acabe la guerra, ¿me seguirás queriendo? —le susurró

ella en la oreja con una voz rebotante de pasión y necesidad.

Angelo sabía lo que le estaba preguntando. Su mente vaciló y se vino abajo, incapaz de moverse más allá de ese momento, de ese segundo, en el que tenía entre sus brazos la única cosa en el mundo entero que de verdad quería.

Cerró los ojos en busca de una respuesta, intentando hacer que todo eso tuviera sentido, intentando escuchar la voz de Dios. En su lugar sintió los dedos de Eva recorriendo sus labios, sus párpados cerrados, el ángulo de sus pómulos, la punta de su barbilla. En lugar de la voz de Dios, escuchó la de Eva.

«Y cuando acabe la guerra, ¿me seguirás queriendo?»

En ese momento, se le encendió la bombilla y su enfoque se estrechó, dejando entrever la única verdad que le había llegado claramente a la cabeza. Ella era la única cosa en el mundo entero que de verdad quería, y no de la forma en la que la mayoría de los hombres querían a las mujeres. No quería satisfacer una necesidad, no quería perderse en su cuerpo momentáneamente. Quería vivir para ella, más allá de ese momento, más allá de la guerra. Siempre.

Había entrado en un lugar, o quizás había estado caminando hacia él o a su alrededor durante toda la vida, pero los dragones que una vez había intentado matar no eran los mismos. Los dragones de la lujuria, la vanidad y la codicia. Los dragones del egoísmo y la ambición. Los dragones de la mortalidad y la necesidad de poder. Esos dragones ya no estaban. En su lugar había un amor incondicional y un deseo de sacrificio y rendición, de abandonar toda necesidad y ambición por otra persona. Por Eva. El mensaje de amor y paz que había sufrido por transmitir y el Dios por el que había luchado para servir eran aún los mismos. Pero Angelo había cambiado.

No tenía por qué ser inmortal; no necesitaba ser un héroe, ni siquiera quería ser un santo. Simplemente quería ser un buen hombre merecedor de Eva Rosselli. Simplemente quería a Eva. Quería sus besos y sus ojos, sus sonrisas y sus risas. Quería que sus hijos estuvieran en su vientre y su boca entre sus pechos. Quería sus piernas alrededor de su cintura y sus brazos mecendo su cabeza mientras le hacía el amor. Quería sus promesas, su cariño y su

confianza, sus años y sus secretos. Quería sus oraciones y su orgullo, sus lágrimas y sus problemas. Quería a Eva; eso era todo.

Abrió los ojos y durante un momento solo pudo respirar, aspirando la certeza que ya no eludiría más.

Algunas cosas no tienen por qué ser difíciles.

—Cuando acabe esta guerra, seré tuyo, al principio, al final y siempre, y tú serás mía.

—¿Eva Bianco? —Sonrió con labios temblorosos.

—Eva Bianco de verdad.

—¿Estás despierto? —susurró Eva.

Angelo tenía los ojos cerrados; respiraba profundamente y no contestó. Estaba tumbado bocabajo y Eva recorrió la línea de su espalda, pero se detuvo en la caída de su cintura. Si le seguía tocando se despertaría, y necesitaba dormir. Tenía la sábana alrededor de la cintura y los brazos doblados debajo de la cabeza como si fuera una almohada. Su piel era oscura en contraste con la sábana blanca, y le recordó a la arena y a los días en Maremma, cuando solía dormirse en la playa exactamente en la misma postura. Le besó los hombros y apoyó la cabeza en su espalda.

Estaba demasiado feliz como para dormir, demasiado llena, demasiado viva. ¿Se había sentido así alguna vez? Sentía un zumbido bajo la piel. Angelo le había hecho el amor. Angelo la amaba.

—Angelo me ama —dijo Eva suavemente.

Quería escuchar las palabras y compartirlas, aunque fuera con las silenciosas paredes. No había palabras más dulces en el todo el mundo.

—Sí, te ama —contestó una voz atontada por encima de su cabeza.

—Eva también ama a Angelo —añadió ella, y los labios se le curvaron al pronunciar esas palabras.

Le dio otro beso.

—Deberías dormir un poco, amanecerá pronto —dijo él dulcemente.

El pensamiento fue como un pinchazo en su globo de alegría. Cerró los ojos e intentó olvidar la realidad, pero la luz penetró por sus párpados y encontró el camino hasta su boca. Antes de darse cuenta, estaba dándole voz a la triste verdad.

—Lo hará, y la vida seguirá. Tendremos que dejar esta habitación y volveremos a tener miedo.

Angelo se puso de lado con cuidado y la cabeza de Eva cayó de su espalda a la cama. El joven la levantó y la acercó a él; piel contra piel, pecho contra pecho. La respiración de Eva siguió el compás de la de Angelo.

—¿Ahora mismo tienes miedo? ¿En este preciso instante? —preguntó él.

—No.

—¿Te duele algo?

Los ojos de Angelo, de color claro y repletos de cansancio, se aferraron a los de ella.

—No, mi cuerpo está bien.

Eso no era exactamente lo que había preguntado Angelo, pero sabía a lo que se refería. No tenía dolor físico.

—¿Has entrado en calor?

Eva asintió; sentía una deliciosa sensación cálida.

—¿Te sientes sola?

—No. ¿Me estás... sermoneando, Angelo? —preguntó débilmente.

—No. —Sacudió la cabeza con los ojos aún buscando los suyos—. No —repitió suavemente—. Simplemente quiero, más que nada, darte paz, darte descanso y mantenerte a salvo.

No le había dicho si Santa Cecilia estaba a salvo o si los refugiados habían sobrevivido, pero Eva sabía que no estaría allí, con ella, de no ser así.

—¿Llegará alguna vez el momento en el que la gente no tenga miedo? El mundo entero está gimiendo de agonía, Angelo. ¿Lo escuchas? Yo sí, no puedo dejar de escucharlo y tengo mucho miedo. No quiero tener miedo nunca más.

Angelo posó los labios en los de Eva, suavemente al principio —era la única respuesta que tenía—, y luego la volvió a besar con más

pasión. No podía hacer que el mundo dejara de temblar o que la gente dejara de odiar, ni podía hacer que nada de eso desapareciera, y ella lo sabía. Pero con el beso, la felicidad volvió a aparecer como una cascada, precipitándose desde su cabeza hasta los pies, llevándose sus miedos. Eva lo abrazó, le devolvió el beso y encontró seguridad entre sus brazos.

El día amaneció frío y despejado, y una brizna de luz pálida crecía y crecía por encima del horizonte oscuro y cubría el cielo de Roma. La guerra al sur continuaba, la muerte se propagaba por el norte, la pena en el este era constante, la lucha en el oeste nunca cesaba; pero, en una habitación de una ciudad ocupada, embriagados por el amor, Angelo y Eva se aferraron el uno al otro y encontraron paz, descanso, felicidad y seguridad, aunque fuera solo durante un rato.

El lunes por la mañana Eva se puso la falda roja y la camisa blanca que llevó en el tren a Roma. Se había ido de Florencia con cuatro vestidos, dos faldas y tres blusas. Sabía que tenía más que la mayoría, pero se estaban desgastando por lavarlas a mano. Se había llevado ropa para cambiarse al volver a casa después de la gala y así no subirse al tranvía con un vestido de noche, pero fantaseaba con volverse a poner el vestido negro simplemente para que Angelo la mirara como la había mirado el sábado por la noche. Solo de pensarlo se le encendió la piel y empezó a jadear.

Angelo y ella habían pasado las últimas veinticuatro horas metidos en Villa Médici y habían usado el dinero que había recibido por tocar en la gala para alojarse otra noche allí. Habían comido bien por primera vez en muchísimo tiempo —fruta, pollo y pasta con salsa de nata— y fingieron que el mundo era tan grande como esas cuatro paredes y que solo ellos dos existían.

—No quiero que vayas a trabajar —se inquietó Angelo mordiéndose el labio mientras se detenía en la puerta.

Angelo había lavado la camiseta y la sotana en el lavabo y las había colgado del estante para que se secaran. Ahora llevaba puestos

los pantalones y la camiseta, pero la sotana estaba doblada sobre su brazo. Eva no sabía qué significaba eso, pero quizá no quería que lo vieran con la sotana y la cruz en un hotel de lujo, al menos no a esas horas de la mañana.

—Tengo que ir, no pasará nada. No encontraron judíos en Santa Cecilia. Von Essen no tiene motivos para sospechar de mí.

Angelo inclinó la cabeza, apoyó la barbilla sobre el pecho y exhaló profundamente. Eva vio la tensión que emanaba de él en forma de olas. Odiaba despedirse de esa forma. Se acercó a él y levantó la cabeza hasta que Angelo le devolvió la mirada. Tenía el ceño fruncido sobre los ojos color cielo. Ella lo besó en la boca con los ojos abiertos para hacerlo partícipe del momento.

Respondió de inmediato abrazándola con fuerza y levantándola del suelo. Sus besos eran increíbles. Besaba como rezaba: sensible y apasionadamente, y completamente comprometido con la tarea. Cuando se separaron, ambos se habían quedado sin aliento y Angelo no dijo nada más acerca de que volviera a trabajar a vía Tasso.

Angelo no tenía por qué preocuparse, ya que el capitán Von Essen siempre estaba reunido. Aparte de llevar café a un cuarto lleno de alemanes con uniforme, Eva no tuvo más contacto con él y volvió a casa tan embelesada como había llegado esa mañana.

El martes no fue distinto. El capitán Von Essen se quedó encerrado en su oficina. Su estado de ánimo era lúgubre, pero ni siquiera sus burlas o sus órdenes bruscas romperían la burbuja en la que flotaba Eva. Había quedado con Angelo en la iglesia del Sagrado Corazón y fue corriendo casi todo el camino porque estaba demasiado impaciente para esperar el tranvía. No le importaba lo que pensara la gente mientras corría por las calles con una sonrisa en la cara.

Angelo estaba esperándola en el altar con los ojos puestos en la cruz. Se detuvo de golpe, nerviosa de repente por si Angelo sufría punzadas de culpa y remordimiento. Cuando él la oyó llegar, giró la cabeza enseguida.

Sonrió.

Era una sonrisa deslumbrante y preciosa que golpeó a Eva entre los ojos. Su alivio era tan grande que se mareó y perdió la fuerza; se

sentó en un banco que había cerca, pero Angelo tenía otros planes. Dio unas zancadas hacia ella con el bastón y una ancha sonrisa y la cogió de la mano, llevándola por las escaleras que bajaban a la pequeña habitación en la que Eva había sufrido tanta tristeza y miedo. Una vez allí, Angelo la rodeó con los brazos y sus labios encontraron los de ella. Angelo sabía a manzana, lo que significaba que había estado haciendo trueques con los mercaderes ilegales, y Eva la saboreó en su boca gustosamente, compartiendo su dulzura y dando las gracias por que estuviera a salvo. Corría un gran riesgo cada vez que se dirigía a las orillas del Tíber a por cosas que de otra manera no podría suministrar a aquellos que dependían de él.

Al final, Angelo separó la boca.

—Tenía miedo de esto —gimió contra el pelo de Eva.

—¿De qué? —resolló sin estar preparada aún para dejar de besarlo.

—De no ser capaz de controlarme. Sabía que, en el momento en que me rindiera, dejaría de ser útil. No pensaría en otra cosa que no fueras tú. Confieso que antes pensaba en ti constantemente, pero ahora te conozco íntimamente. No solo te quiero, sino que quiero hacerte el amor. Cada vez que cierro los ojos para rezar, solo te veo a ti.

Volvió a gemir y cerró los ojos con fuerza como si algo le doliera mucho. Eva se rio ante su teatrillo y le besó la mandíbula contraída.

—Conociéndote, no has sido inútil. Seguro que no has parado de trabajar desde el momento en que hincaste las rodillas en el suelo para los rezos de la mañana. Has rezado, ¿no?

—Sí, muchas veces.

—¿Y qué has pedido?

—Le he pedido a Dios que provea, que salve a los inocentes, que proteja a los refugiados, que cese el sufrimiento, que socorra a los débiles y que me ayude a controlar los pensamientos lujuriosos.

—¿Has tenido muchos? —le preguntó Eva dulcemente con los labios en la comisura de su boca.

—Sí —contestó él entre suspiros.

—O sea que no ha contestado a esa plegaria.

—En realidad, no quiero que lo haga.

Eva volvió a soltar una risita y la boca de Angelo regresó a la de ella, insistente, hambrienta, atiborrándola de suspiros felices y dulces promesas. Cuando al final se separaron, tenían los labios hinchados y el corazón ligero, y cuando esa noche Eva se quedó dormida, había esperanza en su corazón y en su mente repetía constantemente una oración, la misma que sabía que pronunciaban muchos otros: «Sálvanos, Señor, ayúdanos», pedía. «Por favor, ayúdanos».

21 de marzo de 1944

Confesión: a veces creo que los alemanes son invencibles.

A finales de enero, las fuerzas estadounidenses desembarcaron en la playa italiana de Anzio, asegurando la cabeza de playa y tomando por sorpresa a los alemanes. Sin embargo, en lugar de empujarlos de inmediato hacia Roma hasta la línea Gustav para obligarlos a retirarse, inexplicablemente se detuvieron y se atrincheraron, lo que dio mucho tiempo a los alemanes para reforzar sus defensas y lanzar un contraataque. Dos meses después, se habían perdido miles de vidas y la batalla se propagaba. Los estadounidenses, a tan solo cincuenta y ocho kilómetros de Roma el 22 de enero, siguen a cincuenta y ocho kilómetros de Roma el 21 de marzo. Tengo miedo de que esta guerra nunca se acabe y de quedarme atrapada en vía Tasso para siempre, traficando con oro y con los besos de un hombre que no será mío de verdad hasta que Roma sea liberada.

Eva Rosselli

Capítulo 20

Vía Rasella

El capitán Von Essen estaba muy callado cuando llegó el miércoles. Cerró la puerta de su oficina y se quedó ahí encerrado toda la mañana. A la hora de comer, Eva esperó a Greta, que el día anterior había dicho que quería llevarla a alguna tienda nueva, pero no apareció. Un poco preocupada por ella, Eva llamó tímidamente a la puerta del capitán, que le dijo que entrara.

—¿Está bien Greta? —preguntó en cuanto tuvo un pie dentro.

—Sí —contestó el capitán, pero algo centelleó en sus ojos.

—Íbamos a almorzar juntas.

—Ya veo —añadió suavemente.

Se volvió a sentar en la silla y la estudió con la cabeza ladeada. Era una respuesta un poco extraña; no le había dicho nada de su esposa.

—Siéntate, Eva.

Se sentó en el borde de una de las sillas que había delante de la mesa, la misma que siempre elegía cuando le insistía en tomar nota o le daba instrucciones. El capitán se inclinó sobre la mesa y entrelazó las manos, mirándola de forma inquisitiva.

—¿Sabías que ni una de las redadas en los monasterios que hicimos la semana pasada tuvo éxito? Ni una. Ni judíos, ni partisanos, ni antifascistas. ¿Cómo es posible? El teniente coronel estaba seguro de que la respuesta estaba en la Iglesia..., pero no. —El capitán Von Essen juntó las puntas de los dedos y apoyó su barbilla en ellos como

si estuviera perdido en sus pensamientos—. Estaba tan alterado cuando volví a casa con mi esposa que me evitó durante tres días, pero anoche me dijo algo que casi no podía creer.

Continuó estudiando a Eva, pero no explicó qué fue lo que le había contado su mujer. La joven esperó en silencio, con la garganta llena de nudos que le apretaban más que nunca. El capitán cambió de tema despreocupadamente.

—Estuviste maravillosa el sábado por la noche, querida. Maravillosa. Fue una afortunada coincidencia que tocaras tan bien y que estuvieras tan dispuesta a tocar.

Eva creyó que era mejor no recordarle lo poco dispuesta que había estado a hacerlo.

—Gracias —contestó sin más—. ¿Le traigo café, capitán Von Essen?

—No será necesario, pero sí que necesito que hagas algo por mí. Seguramente haya un modo de que puedas ponerte en contacto con tu hermano en el Vaticano.

—No, nunca lo he llamado allí.

Era la verdad, pero Von Essen arqueó las cejas como si eso fuera difícil de creer.

—Bueno, pero seguro que podrías mandarle un mensaje si lo necesitaras.

El capitán Von Essen agarró el auricular de su teléfono negro y brillante y dio vueltas al marcador rotatorio. Entonces, esperó a que la operadora contestase.

—Con el Vaticano, por favor —dijo, y guiñó un ojo a Eva—. Tu hermano trabaja con un monseñor. ¿Cómo se llama?

—Monseñor Luciano —contestó aturdida, preguntándose si el capitán quería que dijera monseñor O'Flaherty.

¿Sabía que Angelo trabajaba con O'Flaherty? ¿De eso iba todo aquello? Von Essen repitió el nombre a la operadora. Esperó unos cuantos segundos sonriendo gentilmente a Eva, que se levantó despacio de la silla y se quedó en pie frente a él con una ansiedad que crecía por momentos.

—Ah, muy bien. Soy el capitán Von Essen, de la policía alemana.

Necesito mandar un mensaje al padre Bianco, el ayudante de monseñor Luciano. Es muy importante. —Se detuvo, como si le hubieran dicho que esperara—. Por favor, dígame al padre Bianco que su hermana ha sido detenida y que está siendo interrogada en el cuartel de la Gestapo.

Angelo estuvo esperando en una pequeña sala de detención en vía Tasso durante casi una hora. No le dieron ninguna explicación ni respuesta alguna. Le habían dicho que esperara, y eso hizo. Cuando recibió el mensaje del capitán Von Essen, supo que el final había llegado. Solo rezaba para que fuera el suyo y no el de Eva.

Había informado a monseñor Luciano de lo que había pasado y le prohibieron salir del Vaticano. Muchos curas que habían trabajado en la clandestinidad habían sido detenidos, torturados y, algunos, ejecutados, y a otros los habían enviado a campos de prisioneros de guerra en Alemania.

—No puedes ayudar a Eva si la han detenido. No puedes salvarla, Angelo, pero sí puedes salvarte tú. Piensa en la gente que depende de ti, hijo mío. Tienes que pensar en ellos.

Besó la mano de monseñor Luciano y le pidió que se lo contara a monseñor O’Flaherty. Él lo entendería, estaba seguro, y si podía ayudarle, lo haría. Se había arriesgado más que nadie.

—¡No podremos salvarte! El papa no puede intervenir. ¡Ella no merece tu vida, Angelo! —gritó monseñor Luciano, siguiéndole hasta el vestíbulo.

Pero Angelo no miró atrás. Abandonó la protección del Vaticano y cogió los dos autobuses que cruzaban la ciudad hasta vía Tasso, sabiendo perfectamente que le habían lanzado un anzuelo. Pero no tenía otra opción. Von Essen había averiguado que la clave para llegar a Angelo era Eva y la había usado. A Angelo no le sorprendió que fuera el mismo capitán Von Essen quien finalmente entrara en la habitación.

—Muchas gracias por venir, padre Bianco. Habría ido yo, pero las

relaciones con el Vaticano están muy politizadas y es arriesgado. Además, está todo ese asunto de la inmunidad diplomática. He pensado que sería más fácil tener una conversación aquí, por si las cosas no van según lo acordado.

Se sentó y cruzó las piernas. Las botas que llevaba brillaban tanto que podía ver su cruz reflejada en ellas.

—Quería que viniera porque no tiene poder más allá de la línea blanca que separa el Vaticano del resto de Roma —dijo Angelo con calma.

—Pero ¿por qué haría eso? No es más que un humilde cura. No sabrá nada de judíos escondidos por toda la ciudad, ¿no? —preguntó suavemente.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Por qué la han detenido?

Von Essen levantó las manos.

—Ah, no, lo ha malinterpretado. Simplemente está siendo interrogada. Vamos, padre, no alarguemos la farsa. Eva no es su hermana, ¿verdad? —A Angelo se le heló la sangre al instante—. En realidad, es algo triste. Tocó increíblemente bien; todo el mundo la miraba, escuchaba y disfrutaba con ella. Con la música y la chica. Fue algo exquisito. Una mujer preciosa. No quería tocar, estoy seguro de que está al tanto de eso. Tuve que rogárselo, persuadirla, incluso amenazarla. Debía de estar aterrorizada. —Von Essen suspiró teatralmente—. Pero nadie lo habría dicho con el talento que mostró. Todo el mundo quedó prendado de ella, en especial la mujer de Pietro Caruso, el jefe de policía de Roma. *Frau* Caruso estaba segura de que había visto a la chica en Florencia. La había escuchado tocar hacía años y no la había olvidado: se llamaba Eva Rosselli. Había vuelto un año después para escuchar a la misma orquesta, pero la chica ya no estaba. Preguntó por ella y le dijeron que Eva Rosselli ya no estaba en la orquesta porque era judía.

Angelo se quedó completamente inmóvil, sin permitirse ni un atisbo de reacción en su cara, pero dudaba que eso importara: Von Essen ya lo sabía. Continuó hablando con un tono cantarín como si estuviera contando una historia curiosa a un grupo de mujeres reunidas para tomar el té.

—Imagínese entonces lo contenta que se puso *Frau* Caruso cuando la vio tocar el sábado por la noche y lo sorprendida que estaba de que tuviéramos a una judía entreteniendo a nuestros invitados. —Una pequeña grieta apareció en la fachada, un destello de rabia en la cara de Von Essen, pero el hombre la tapó de inmediato—. Por suerte, *Frau* Caruso fue muy discreta. Solo se lo contó a mi mujer, y mi mujer reflexionó sobre ello... y me lo contó a mí.

Su mujer había reflexionado. Eso explicaba que el lunes y el martes transcurrieran sin incidentes: Von Essen no lo supo al momento. Angelo se preguntó por qué la mujer había esperado y si Von Essen la habría castigado por ello; imaginaba que sí.

—He investigado un poco sobre usted, padre Bianco. Vino a Italia cuando era joven y, cuando no estaba en la escuela, vivía con sus abuelos. Ellos trabajaban para una familia judía, los Rosselli. Estaba convencido de que usted también era un judío disfrazado de cura, pero no. Es un cura romano católico de verdad, ordenado en la diócesis de Roma, sirviente de Dios y del papa Pío XII y futura estrella de la curia. Es auténtico. Es Eva quien no lo es. Además, no es su hermana, aunque al aparecer crecieron juntos.

Como Angelo no se quejaba ni contestaba, todavía congelado en su sitio, el capitán se echó a reír. Era una risa horrible, carente de humor o felicidad; reflejaba provocación y rechazo.

—Supongo que sí que la quiere, aunque imagino que no como a una hermana. De hecho, creo que se está acostando con ella. Es demasiado hermosa como para resistirse, ¿no? Me ha resultado muy difícil no ponerle las manos encima, pero, aun así, ¡qué comportamiento tan poco sacerdotal! —Von Essen sacudió la cabeza y meneó el dedo como si no pudiera imaginarse una cosa así—. Estoy seguro de que le ha estado ayudando, proporcionándole información. Debió de escuchar algo sobre las redadas de la semana pasada. O puede que haya sido mi culpa; quería que estuviera a salvo y me ha traicionado. —De nuevo, el destello de ira. Esta vez no lo disimuló tan bien. Se inclinó sobre la mesa, con ojos mordaces y voz suave—. Pero le propongo un trato, padre. Dejaré libre a Eva, me gusta la chica y no quiero que la torturen por su culpa, así que dejaré que se vaya y le

daré ventaja, una oportunidad para que se esconda antes de que vayamos a por ella, por decirlo de alguna manera, pero necesito saber dónde están escondiendo a todos los judíos. Sabe que los encontraremos. Asaltaremos cada monasterio y convento, cada escuela, iglesia y colegio religioso. Los volveremos a asaltar todos, uno a uno, y los encontraremos sí o sí. Que nos diga dónde están no cambiará su futuro, pero puede que el de Eva sí.

La cabeza de Angelo iba a mil por hora, de una opción a otra y descartándolas casi al momento. ¿Le habría hecho daño el capitán a Eva? ¿Estaría en ese momento en alguna celda esperando a que la deportaran? ¿Estaría siquiera en vía Tasso? Empezó a jadear y se le tensaron las manos. No sabía que era posible odiar como lo hacía en esos instantes. El odio era tan agudo que dolía, tan amargo que podía saborearlo en la boca, tan ardiente que sentía las llamas en el pecho.

Angelo no cerró los ojos ni inclinó la cabeza, pero empezó a rezar para sus adentros, buscando fe y fuerza. Ignoró al capitán y a los soldados que estaban al otro lado de la puerta con pistolas y cascos, a las órdenes de hombres perversos, y pidió ayuda. Rezar era lo único de lo que disponía. El capitán se reclinó, pero continuó con las negociaciones.

—Diez. Empecemos con diez. Diez judíos por Eva. Diez por uno, ¿no es esa la regla? Necesito diez direcciones. —Le entregó un lápiz y un folio a Angelo—. O solo los nombres, padre. Solo los nombres de las instituciones y dejaré que se encargue de Eva. Me da la lista y se va con su «hermana». Solo lo sabremos usted y yo. Eva lo podrá sospechar, pero estará agradecida de que le haya dado prioridad, de que valore su vida por encima de la de otros.

—No tengo información que darle, capitán. Me temo que no puedo ayudarle —contestó Angelo con firmeza y sin dudar, sin permitirse ni siquiera pensarlo.

—¿No? ¿Ni siquiera por la vida de su hermana? —De nuevo, Von Essen enfatizó exageradamente la palabra «hermana»—. Vale, se lo diré.

Se quedó mirando a Angelo durante un momento, como si estuviera valorando su siguiente movimiento.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén».

Continuó el rosario en su cabeza como si fuera un redoble y Angelo suplicó el perdón de Eva incluso mientras rezaba para pedir que los dos —que ella— se salvaran del infierno. Daría felizmente su vida por ella, pero no podía traicionar a aquellos que dependían de él, y sabía que Eva tampoco querría que lo hiciera.

El capitán Von Essen se levantó y se asomó por la puerta.

—Trae a la chica —dijo al guardia que estaba más cerca.

Angelo también se levantó.

—Siéntese, padre. No le he privado de cortesía, pero si es necesario, lo haré.

Angelo se quedó de pie y el capitán se acercó con las manos a la espalda; era su pose favorita.

—Todos los hombres hablan de ella, padre, de lo hermosa que es. No le irá bien aquí, lo sabe, ¿no? Tampoco le irá bien en un campo, pero a nadie le va bien en los campos.

—Que Dios se apiade de su alma —murmuró Angelo. No confiaba en decir más que un susurro.

Le dolían las manos ante la necesidad que tenía de cerrarlas alrededor del asqueroso cuello del capitán.

—No la violarán, al menos no aquí. ¿Sabe que es ilegal que un alemán se acueste con una judía? No queremos mancillar nuestro linaje, aspiramos a más.

—Oh, Jesús mío, perdónanos nuestros pecados, líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia —rezó en voz alta Angelo con los ojos fijos en el capitán. Repitió de nuevo la oración, pronunciando la súplica para aquellos más necesitados de misericordia.

Se abrió la puerta y un alemán con casco empujó a Eva dentro de la habitación como si los empujones y la intimidación fueran parte de la rutina. Eva tenía los ojos muy abiertos, la cara pálida y asustada, pero su pelo estaba limpio y sus ropas en buenas condiciones, y

parecía que no estaba herida.

—Siéntate —le ordenó el capitán.

La empujaron para que se sentara en la silla. El soldado alemán se quedó de pie tras ella.

—Siéntese —le ordenó a Angelo.

Esta vez hizo lo que le habían ordenado. Tenía los ojos puestos en Eva. El capitán Von Essen se sentó en la silla, formando un triángulo con ellos, como si estuviera preparándolos para enfrentarlos el uno al otro.

—No deseo que haya ningún disgusto, mi mujer te tiene mucho cariño, Eva, y está sobrecogida con todo este asunto.

—Eva retiró la mirada de Angelo para observar fríamente al capitán, expectante. El hombre le devolvió la mirada, como si la hubiera traicionado personalmente, y luego continuó—: Le he dicho al padre Bianco que todo lo que tiene que hacer es decirme en qué iglesia se esconden los partisanos y los judíos. Solo diez, no todos, solo diez nombres. Pero dice que no puede ayudarme. ¿Qué piensas de eso?

Eva continuó mirándolo fijamente. El capitán arqueó una ceja, esperando a que respondiera. Al ver que no lo hacía, se inclinó hacia ella como si le estuviera haciendo una confidencia y bajó la voz de forma convincente.

—Podéis salvaros el uno al otro. No tengo ningún deseo de haceros daño a ninguno de los dos. Solo quiero hacer mi trabajo. Ya tengo bastante presión por parte del mismo *Herr* Himmler. —El capitán Von Essen le cogió de la mano—. Así que ¿por qué no me lo dices, Eva? ¿Dónde esconde tu hermano a los judíos?

—Yo soy la única judía a la que ha ayudado, y solo porque nos hemos criado juntos —contestó Eva con firmeza.

—Debes de estar muy agradecida —dijo Von Essen suavemente.

Sacó el arma de repente y Eva se quedó sin aliento, pero en lugar de dispararla la usó para golpear con la culata a Angelo en la cara.

El joven sacudió la cabeza hacia atrás y el lado izquierdo de su cara enrojeció por el golpe, pero estuvo a punto de echarse a reír, aliviado. Si esa era la estrategia del capitán, lo agradecía; preguntar a Eva y torturar a Angelo. Quería arrodillarse para rezar en agradecimiento.

—Ya me tiene. Deje que se marche —lloró Eva.

—Dime lo que quiero saber y por supuesto que se podrá ir.

—Soy la única judía a la que ha ayudado —repitió con los ojos cerrados como si no pudiera ver lo que vendría después.

Esta vez fue el lado derecho de la cara de Angelo el que se llevó el golpe.

—¡Soy la única judía a la que el padre Angelo ha ayudado! —gritó Eva—. Ya me tiene, ¡deje que se marche! —repitió mientras le caían lágrimas por las mejillas.

Evidentemente, el capitán Von Essen creía que Eva se quebraría más fácilmente, pero Angelo creía lo contrario. Eva no hablaría, sufriría con él, pero no se vendría abajo.

—¿De dónde has sacado el pasaporte? Parece muy auténtico —cambió de tema el capitán Von Essen.

Eva respondió de inmediato, muy aliviada al poder responder a una pregunta sin poner en peligro a nadie.

—De un hombre llamado Aldo Finzi, trabajaba por entonces para la empresa de mi padre como impresor.

—¿Un judío?

—Sí.

—¿Y dónde puedo encontrar al señor Finzi?

—Está muerto.

Angelo se metió en la conversación para desviar la atención del capitán de Eva. El capitán arqueó las cejas con desdén.

—Qué conveniente —contestó Von Essen secamente.

—Estoy seguro de que Aldo Finzi no estaría de acuerdo —respondió Angelo.

—¿Y cómo murió?

—Le disparó en la calle hace un mes, cerca de la estación de tren. ¿No lo recuerda? —le desafió Angelo.

Había tomado al capitán por sorpresa y Von Essen inclinó la cabeza como si estuviera buscando entre sus recuerdos.

—Le disparó en la cabeza después de pedirle que se bajara los pantalones.

El capitán Von Essen parecía sorprendido de que Angelo conociera

los detalles. ¿Se había sentido tan poderoso e invencible que no había pensado en que alguien podría haberlo visto?

—Mató a un hombre a sangre fría —susurró Angelo—. Pero no lo contaré si deja que Eva se marche.

Esperaba que Eva no dijera nada. El capitán Von Essen no necesitaba saber que había sido ella quien le había visto asesinar a Aldo.

—¿Cree que a alguien le importa la muerte de un judío? —preguntó el capitán Von Essen, incrédulo—. ¿Con esto está negociando?

—La guerra acabará, Alemania perderá y usted responderá por sus pecados —dijo Angelo, escupiendo las palabras por los labios ensangrentados—. Deje marchar a Eva y testificaré a su favor. Algo ayudará el testimonio de un cura. Diré que es un hombre compasivo y podrá volver a su país con su esposa, no como otros, que tendrán que pagar por sus crímenes de guerra.

Von Essen se rio.

—No sé cómo está al corriente de lo del judío de la calle, pero evidentemente estaba allí, lo que me hace estar más seguro de que Eva no es la única judía a la que ha ayudado.

Se asomó por la puerta una vez más y dos hombres de las SS entraron en la habitación segundos después.

—Llevala de vuelta a la celda —le dijo Von Essen al soldado detrás de Eva—. Y llevaos al padre también. Dadle una paliza, hasta que hable. Aseguraos de que la chica oiga sus gritos —ordenó a los dos que acababan de llegar.

Habían pasado treinta y seis horas desde que los habían separado. Treinta y seis horas en las que habían interrogado y torturado a Angelo. Treinta y seis horas de infierno.

Eva lo escuchó pedir algo de beber, pero no le dieron nada. En su lugar, lo mojaron con agua helada y no le dejaron dormir. Lo escuchó gritar de dolor a pesar de que sabía que estaba intentando no hacerlo,

por su bien. Le hicieron daño, lo golpearon y le amenazaron con las cosas que le harían a ella, pero no dijo nada más allá de las oraciones, insistiendo en que no tenía información.

El viernes los guardias empezaron a sacar a hombres de las celdas, vaciándolas de judíos y no judíos por igual, dejando solo a Eva y a otras dos mujeres judías, hermanas, que habían sido detenidas y esperaban a que las deportaran en el siguiente tren. Eva escuchó a los guardias abrir la celda de Angelo y decirle que se levantara. Corrió hasta la puerta y colocó la cara contra el cristal, ansiando tener una mejor vista mientras arrastraban a Angelo. Casi no se le reconocía. Tenía la cara hinchada y llena de moretones, pero no le habían quitado la sotana y su antiguo alzacuellos blanco estaba cubierto de sangre. Se dio la vuelta para echar un último vistazo, luchando por mantenerse de pie.

—¡Angelo! —gritó Eva—. ¡Angelo!

Los dos guardias que quedaban se dieron un codazo el uno al otro y se acercaron a su celda. Eva se apartó del cristal cuando abrieron la puerta, pero en cuanto estuvo abierta, luchó para ver más allá de ellos, desesperada por saber adónde se llevaban a Angelo.

De inmediato, la empujaron hacia dentro con tanta fuerza que cayó contra la pared de al lado.

—Venga, *Fraüelin*, no debes seguir por ese camino. ¿Qué pensarán tus amigos judíos?

—Sí, igual creen que hay algo entre tú y el cura.

Uno de ellos hizo como que rezaba mientras apretaba los labios de forma lasciva.

—¡Idos al infierno! —escupió Eva en alemán, reprimiendo las lágrimas tras sus ojos conmocionados y negando con la cabeza. Aún no se habían llevado a Angelo, seguro que lo volvería a ver.

—¡Ah! ¡La pequeña *Fraüelin* habla alemán!

El oficial sonó sorprendido.

—Hablas alemán —dijo el otro inexpresivamente—. ¿Eres una judía alemana?

—¡Idos al infierno! —repitió ella.

El soldado acercó su cara a un centímetro de la de ella. Tenía unos

ojos gélidos, azules, del mismo color que los de Angelo, pero los de este eran como el cielo: cálidos, claros, infinitos y queridos.

—Ya estoy en él, señorita. Pero por desgracia para ti, este infierno no es tan malo como al que vas a ir tú, e irás allí muy pronto.

—Aunque hay buenas noticias —dijo el otro guardia con una falsa ligereza—. Tu cura no tendrá que vivir sin ti. Sabes adónde lo llevan, ¿no?

Eva esperó. Sabía que disfrutarían contándose.

—Lo ejecutarán con el resto. Ayer murieron treinta y tres policías alemanes por una bomba que pusieron los partisanos en vía Rasella. Por cada policía que ha muerto, morirán diez italianos. Vía Tasso no es la única prisión que hemos vaciado. También hemos vaciado la de Regina Coeli. Hemos sacado a todos los judíos, partisanos y antifascistas que hemos encontrado. Ahora estamos sacando a los civiles de las calles; trescientos treinta hombres. La próxima vez que los partisanos quieran poner una bomba, quizá se lo piensen dos veces.

—No habrá una segunda vez para algunos de ellos —añadió el otro guardia—. No habrá próxima vez para tu cura. Espero que le hayas dado algo para que te recuerde.

Eva se cubrió la cabeza con los brazos y se hundió en el suelo, tan abatida que no pudo seguir escuchando. Ni siquiera se dio cuenta de cuándo se fueron.

24 de marzo de 1944

*Angelo Bianco, mi ángel blanco.
Te han capturado
y estoy perdida.
Pero aquí estuvimos juntos,
una vez.*

Eva Rosselli

Capítulo 21

Fosas Ardeatinas

Estaban en fila, numerados y con las manos atadas detrás de la cabeza. Luego los subieron en camiones, igual que habían hecho con los judíos la mañana de la redada de octubre, y los llevaron al sur de la ciudad, a una vieja excavación no muy lejana de las catacumbas históricas que los turistas visitaban y de las que los romanos nunca se acordaban. Esos días no había turistas en Roma, solo alemanes, italianos atribulados y la Iglesia católica. Solo guerra, hambre, desesperanza y muerte.

A Angelo le habían pateado las costillas demasiadas veces y tenía un ojo cerrado por la hinchazón. No había visto adónde los llevaban desde dentro de la parte trasera del camión cubierto, pero no tardaron mucho en llegar. Cuando llevaron a los trescientos treinta y seis hombres, seis más de lo requerido, y los dispusieron en fila una vez más, reconoció donde estaba. Se le cayó el alma a los pies: era el sitio perfecto para una masacre.

La guardia alemana los retuvo con las manos atadas e intimidándolos a punta de pistola. Nadie intentó escapar. ¿Para qué? ¿La esperanza era tan poderosa que hacía que un hombre cooperara hasta el final? Lo había visto una y otra vez. De hecho, había muy pocas personas que hicieran algo, porque luchar parecía totalmente inútil. Luchar significaba una muerte certera, así que todos cooperaban, esperanzados.

La esperanza acabó cuando empezó la masacre. Llegados a ese punto, también empezaron los llantos y los rezos, y Angelo comenzó a ofrecer consuelo de la única forma que sabía. Sorprendentemente, los soldados alemanes le dejaron que diera la extremaunción e ignoraron sus oraciones y sus movimientos por la fila para alcanzar a aquellos que entrarían primero a las grutas. Con las manos atadas a la espalda no podía hacer la señal de la cruz adecuadamente, pero movía la mano como buenamente podía y continuaba.

Acompañó al segundo grupo de hombres hasta la excavación serpenteando a través de los túneles hasta llegar a una gran cueva. Siguió moviendo la boca, dando la extremaunción y esperando que Dios entendiera y perdonara la inadecuación de las circunstancias y proveyera por las almas de esos trescientos treinta y cinco hombres que lo miraban a él, un hombre derrotado que ya no quería ser cura.

Cinco se arrodillaron. Cinco verdugos presionaron la boca de las pistolas contra el cuello de los prisioneros. Se apretaron cinco gatillos. Murieron cinco hombres. A su destino se unieron otros cinco hombres, que se arrodillaron detrás de la pila de muertos. Angelo creía todo el rato que era su turno y que le forzarían a arrodillarse, pero siempre le saltaban y le permitían seguir dando la extremaunción a los hombres que morían a su alrededor.

Un chico y su padre se arrodillaron el uno al lado del otro y fueron asesinados juntos. Sus cuerpos cayeron en un abrazo fangoso y Angelo lloró mientras rezaba. Se negó a cerrar los ojos: tenía que ver y ser testigo, incluso en sus últimos momentos, de lo que estaba ocurriendo. La sangre de los inocentes se lo pedía.

Llevó horas.

Cuando la pila de cadáveres era demasiado grande, formaban otra hilera, hasta que la excavación estaba llena de muertos, y entonces se dirigían a otra. Angelo seguía rezando, dando bendiciones a aquellos que esperaban a la muerte. Cuando el último hombre cayera de cabeza en la montaña sangrienta, ¿quedaría alguien para morir a su lado?

Entonces, los alemanes se acercaron a lo que parecía ser el final. Hubo un pequeño respiro mientras movían los cuerpos y guiaban a

más hombres por el pasadizo oscuro. De repente, a Angelo le empujaron por detrás y le instaron a que caminara. Cuando se resistió, le agarraron por los brazos atados y tiraron de él hacia delante.

—Venga conmigo, padre —dijo una voz, pero no estaba seguro de si la voz estaba en la cueva o en su mente.

Le pitaban los oídos como consecuencia de los cientos de disparos, uno tras otro. No tenía nada para protegerse los tímpanos. Se tambaleó y cayó. El mal equilibrio que tenía de por sí estaba afectado por la pérdida de oído.

Unas manos ásperas lo levantaron y se tambaleó de nuevo. Pero, de repente, le liberaron las manos; le dolían muchísimo los brazos y la sangre le recorría los miembros de nuevo. Lo empujaron hacia delante. Una mano lo agarraba del brazo y lo estabilizaba mientras lo guiaba por un pasillo angosto que daba a una estrecha franja de luz. Esta se hizo más grande, y el hombre que lo llevaba lo instó a que trepara por una pequeña abertura que desembocaba a unos cincuenta metros al este de la escarpada entrada principal, donde los prisioneros habían formado fila al principio. Ahora estaba a más altura, y observaba el semicírculo de alemanes con cascos y manchados de sangre a lo lejos. Otros, los que habían custodiado a los hombres que esperaban la ejecución, estaban apoyados contra los camiones, ahora vacíos, fumando y bebiendo coñac. Coñac para tener valor. Más de un soldado vomitó dentro de las cuevas y otros se negaron a disparar, pero un comandante los habían arrastrado u obligado a hacerlo. El conjunto de hombres no estaba tan ordenado y contenido como al principio y nadie lo había visto a él o a su desconocido portador, que tiró de su brazo una vez más y señaló hacia los árboles.

El soldado alemán tenía una nariz prominente, una cara saludable y unos ojos con los bordes rojos, y Angelo se dio cuenta de que eran salpicaduras de sangre: puntitos pequeños y rojos llenaban las mejillas del soldado y hacían que pareciera enfermo.

La boca del soldado se movía y Angelo se concentró en el movimiento, intentando entender. Escuchó las palabras como si lo hiciera a través de agua y se preguntó si alguna vez volvería a oír o si simplemente era la primera parte de él en morir.

—Váyase, ninguno de nosotros quiere matar a un cura

—pronunció el hombre. El soldado empujó a Angelo en dirección contraria al saliente rocoso y gesticuló con la pistola—. ¡Váyase! —gruñó mientras pegaba su cara a la de Angelo con los ojos frenéticos.

Angelo fue capaz de escuchar lo bastante como para darse cuenta de que le habían dicho que huyera.

Se dio la vuelta y comenzó a andar, un pie tras otro. Las tiras de la prótesis estaban sueltas, se tambaleó y casi se cayó, pero no se atrevió a parar para ajustárselas, pues temía que una bala penetrara en su espalda en cualquier momento.

Pero eso no pasó. Siguió caminando mientras cojeaba a través de los árboles hacia la carretera que debía de haber allí. La tierra estaba embarrada y húmeda por las recientes lluvias y las hojas de los árboles volvían a caer. Algunos ya estaban completamente desnudos, como si el invierno hubiera sido más duro con ellos que con otros. Angelo se preguntó, aún impactado por la conmoción y el horror, si esos árboles volverían alguna vez a la vida o si simplemente se quedarían ahí, esqueléticos, entre los vivos, esperando a que los derribaran.

Se preguntó si él mismo volvería alguna vez a la vida. Luego dejó de pensar. Simplemente anduvo en círculos, dando traspiés y resbalándose, y tras lo que pudo haber sido una hora o unos cuantos minutos —no estaba muy seguro— llegó a la carretera. Una señal que había cerca de un cruce señalaba la dirección hacia las Fosas Ardeatinas. De repente, una explosión sacudió el suelo bajo sus pies y Angelo se cayó una vez más y se quedó ahí acurrucado, preguntándose si estaban cayendo bombas. No oyó el chillido ni el aullido, ni vio las barras y las estrellas que había en el cielo. El suelo volvió a retumbar, y luego una vez más. Los árboles a su alrededor se tambalearon con susurros de terror y las hojas nuevas bailaron a la tibia luz del sol de marzo.

Entonces se dio cuenta de lo que estaba pasando. Los alemanes estaban usando explosivos para echar abajo las rocas de las cuevas. Intentaban esconder los cuerpos y sellar las entradas para borrar sus huellas, como si así no fuera a notarse que habían desaparecido más

de trescientas personas.

Gateó de vuelta al refugio del follaje que bordeaba la carretera, debilitado por el dolor y el horror y enfermo de desesperanza, y esperó hasta que pasaron los camiones una hora después, cuando acabaron su hazaña. Llegó la oscuridad. No tenía ni el bastón ni la cruz, y Eva ya no estaba. La realidad le asaltó como un látigo incesante y se lamentó de forma audible; la agonía se le escapaba a través de los dientes apretados.

«Salva a mi familia. Conviértete en cura y salva a mi familia», le había dicho Camillo. Pero ya no quedaba nadie más a quien salvar. Ni siquiera sabía si tenía la suficiente fuerza para salvarse a sí mismo. Aun así, se levantó con las piernas temblorosas y se forzó a seguir adelante. Era un largo camino hasta Roma para un hombre tullido y con el corazón roto.

—Está muerto. El padre Bianco está muerto. Te das cuenta, ¿no? No tienes por qué morir. Te dejaré ir, guardaré tu secretito, pero tienes que decirme dónde escondía a los refugiados —dijo el capitán Von Essen razonablemente.

Eva ni se molestó en mirarle. Era un idiota, ya no tenía ningún incentivo real, nada con lo que negociar. ¿No se daba cuenta de que sin Angelo ella quería morir? ¿No se daba cuenta de que ya no tenía nada por lo que vivir? Había escrito su nombre en la pared de la celda con la lima de oro que tenía en el zapato junto con la fecha como testimonio de que había estado allí, de que él había estado allí. Pero escribir las palabras en las paredes era algo tedioso. Quería escribir una última confesión, incluso a pesar de que el único que fuera a leerlo fuera el capitán.

—Necesitaré un trozo de papel y un lápiz —dijo en voz baja.

El capitán se puso en pie de un salto y caminó hasta la puerta, chasqueó los dedos y le dijo a alguien lo que necesitaban. Un soldado vino en segundos y el capitán Von Essen colocó el papel y el lápiz delante de ella. Se sentó y sonrió, asintiendo con la cabeza como si

estuviera orgulloso de ella y seguro de que al final iba a cooperar.

Eva puso la fecha en la parte de arriba, 24 de marzo de 1944, y empezó a escribir en alemán.

Confesión: mi nombre es Batsheva Rosselli, no Eva Bianco, y soy judía. Angelo Bianco no es mi hermano, sino un cura que solo quería protegerme del lugar en el que precisamente me encuentro ahora.

Escribió durante unos cuantos minutos y rellenoó la página con sus últimos pensamientos. Cuando acabó, deslizó el papel hacia el capitán y se le quedó mirando fríamente. Lo leyó, cada vez más enfadado por no haber recibido la confesión que buscaba.

—Vas a morir, ¿entiendes? —escupió.

—Todos moriremos algún día, capitán. Si fuera usted, me mataría ahora mismo, porque si vivo, le contaré al mundo quién es y lo que ha hecho —contestó ella, entrelazando las manos—. Le contaré a Greta que es un brutal asesino. Aunque, bueno, creo que ya sabe qué tipo de hombre es.

—¡Llévatela! No me sirve para nada —dijo el capitán al guardia. Luego se levantó y miró hacia abajo, donde estaba Eva—. Disfruta del viaje, *Fräuelin* Bianco.

Eva se estremeció al escuchar el apellido, el apellido de Angelo. Nunca sería Eva Bianco.

Casi sintió alivio cuando la arrestaron. Era algo que siempre había temido, que la había aterrado y de lo que había escapado demasiadas veces. Cuando ocurrió, se sintió extrañamente liberada del miedo. No podía temer lo que ya había pasado. No tenía que anticipar el miedo cuando este estaba allí mismo. Con el arresto llegó una calma innegable, un consuelo silencioso. Había llegado, sabía que acabaría llegando, y ya podía dejar de luchar.

Pero luego arrestaron a Angelo y lo torturaron. Cuando se llevaron a Angelo a rastras, desapareció el consuelo y volvió el miedo. El miedo es extraño; se asienta en el pecho y se filtra por la piel a través de las capas de tejido, los músculos y los huesos y se estanca en un agujero negro del tamaño del alma que te succiona la felicidad de la

vida, el placer y la belleza, pero no la esperanza. De algún modo, la esperanza es la única cosa resistente al miedo, y es esa esperanza la que hace posible el siguiente aliento, el siguiente paso, el siguiente pequeño acto de rebeldía, aunque esa rebeldía suponga solo seguir vivo.

Cuando le dijeron que Angelo estaba muerto, perdió la esperanza.

—Ayúdame, san Jorge —rezó Angelo, suplicándole a la estatua que miraba desde lo alto de la fuente de la iglesia. No era san Jorge, pero podría haberlo sido. Quizá fuera san Judas, el santo patrón de las causas perdidas, el apóstol de lo imposible. Si así era, Angelo tenía una tarea para él—. Ayúdame a enfrentarme a lo que viene —murmuró a través de unos labios que no cooperaban—. Ayúdame a llegar a Roma y, sobre todo, cuida de Eva. Cuida de Eva hasta que pueda hacerlo yo mismo.

Se llenó el estómago de agua de la fuente y se lavó lo mejor que pudo, intentando no pensar en la sangre y la muerte que llevaba en la piel y la ropa. Luego se dio la vuelta, se alejó dando traspiés de la fuente del santo desconocido y continuó con doloroso esfuerzo hacia Roma. Tenía que llegar a Santa Cecilia antes de que anocheciera. Tenía que encontrar a Eva.

Horas después, una vez anduvo los últimos pasos cojeando para caer desplomado a las puertas del convento, las campanas de la iglesia comenzaron a sonar. Sin embargo, la mente de Angelo estaba tan lejos que no se percató.

Eva todavía llevaba el vestido gris que se había puesto para ir a trabajar el miércoles, los zapatos negros de tacón bajo y el pequeño cinturón negro. Estaba sucia, pero elegante. Tenía el pelo enmarañado, no se peinaba desde hacía —se puso a pensarlo— ¿días? La habían arrestado el miércoles, el viernes se habían llevado a Angelo y el

sábado por la mañana la habían subido a un tren. Seguía siendo sábado y permanecía sentada en la pestilente oscuridad del vagón de ganado. Al estar todos tan apretados, se mantuvo caliente, pero eso hacía que quisiera trepar hasta la pequeña ventana que había en lo alto de uno de los laterales para respirar un aire que no hubiera sido respirado cientos de veces y ver un trecho de cielo. En ese vagón solo había mujeres y niños. Se habían llevado a los hombres detenidos que había en las prisiones para cumplir con los números que requería la matanza de represalia. Como Angelo.

Cuatro días. Habían pasado cuatro días desde la última vez que se había cepillado el pelo y los dientes, o desde que se había mirado en un espejo. Tenía la extraña sensación de que, si se miraba en uno, no se reconocería. Siete días antes estaba recostada entre los brazos de Angelo, y nunca había sido tan feliz en toda su vida. Ahora estaba llevando a cabo el *shivá* con su antigua vida en un tren que la dirigía hacia la muerte.

Se las arregló para conseguir un sitio en la pared. Habían designado una esquina para los desechos y, aunque nadie quería usarla, al final todos tenían que hacerlo. Algo que jamás olvidaría era la humillación, sobre todo de las mujeres mayores, en cuclillas en esa esquina, intentando conservar su modestia sin pisar los desechos de otros, con lágrimas de mortificación en sus caras. Una cosa es matar a alguien, y otra degradarla y humillarla, arrancar la dignidad de alguien como si fuera carne. Lo primero hacía de un hombre un asesino; lo segundo, un monstruo. Eva estaba segura de que muchas de esas mujeres preferirían la muerte, limpia y rápida, a la pérdida lenta de humanidad.

Estuvieron en el tren durante horas. Se detuvo una vez y oyeron perros, órdenes y más gente subiendo a los vagones, pero las puertas no se volvieron a abrir. Eva creía que estaban en Florencia. Olía a Florencia, a casa, y se tapó los ojos intentando no llorar ni llamar a la *nonna* y el *nonno* como si fuera una niña. No se podía permitir llorar: estaba demasiado sedienta.

Era finales de marzo y las temperaturas eran moderadas. Podía haber sido mucho peor, pero era difícil decirse a uno mismo cuánto

más terrible podría ser una situación cuando ya estabas a las puertas del infierno. Los niños hambrientos eran los que peor lo pasaban, o puede que no; cuando un niño sufre, aquellos que lo quieren sufren incluso más, incapaces de hacer nada por aliviar su agonía.

Cuando el tren volvió a moverse, los ocupantes casi sollozaron de alivio, solo para pasar de una tortura a otra, y Eva se hundió. Se llevó las rodillas hacia el pecho para no ocupar demasiado espacio y apoyó la cabeza en la pared del vagón. La primera noche de confinamiento durmió profundamente, esperando al tren que la alejaría de su vida, de la lucha, de todo lo que se había vuelto imposiblemente duro. Ahora se había vuelto a dormir profundamente, una habilidad que siempre había tenido, y se evadió durante un rato en su descanso.

Reconoció el sueño de inmediato; era el sueño que había tenido cientos de veces, pero la confusión se instaló en su pecho. ¿Estaba soñando? La presión de los cuerpos en la oscuridad parecía real. Recordaba que la habían subido a un vagón y que un alemán con una metralleta le había empujado por la espalda. No era un sueño, pero había estado allí antes.

No viraron hacia el noreste, hacia el paso del Brennero, que dejaba Austria a un lado, sino que se arrimaron a la costa oeste y se aproximaron a Francia. Pasaron una semana en un campo de concentración de tránsito llamado Borgo San Dalmazzo, en la región de Italia de Piamonte, a unos treinta kilómetros de la frontera francesa, donde los alimentaron con sopa ligera y pan duro y les dieron agua para lavarse y calmar su sed. Saber que se dirigían al oeste en lugar de al este era un gran alivio, aunque, si lo que habían oído era cierto, desde allí se dirigirían al norte.

—Bergen-Belsen, vamos a Bergen-Belsen —chilló una mujer con una sonrisa de agradecimiento, incluso cerró los ojos y elevó las manos al cielo ofreciendo una oración de gratitud ante la noticia.

No iban a Auschwitz, y muchas de las mujeres creían que eso era motivo de celebración.

Era extraño cómo se difundían los rumores de boca en boca, cruzando grandes distancias para consolar, burlarse o asustar. Bergen-Belsen no era tan malo como Auschwitz; sobrevivir era posible. Las

familias incluso podían vivir juntas. A veces daban a los prisioneros algo de leche y queso para comer. Esos eran los rumores, esas eran las historias que algunas de las mujeres habían escuchado, pero Bergen-Belsen estaba en el norte de Alemania, según dijo alguien con miedo, como diciendo que Polonia era preferible a Alemania. Alemania significaba Hitler.

—El pasado otoño mandaron a los judíos libios que se escondían en Italia a Bergen-Belsen —comentó alguien—. El resto de los italianos ha ido a Auschwitz. Somos muy afortunados.

Muy afortunados. Puede que murieran más despacio, que sufrieran más tiempo. Eva solo quería que se acabara. Bergen-Belsen sonaba a una muerte lenta. Auschwitz era el tren rápido de las seis de la mañana hacia el más allá. Prefería eso, pensó Eva, ligeramente sorprendida ante su buena disposición a la muerte. Pero solo ligeramente.

Cuando Angelo despertó de nuevo, Mario Sonnino estaba sentado en su cama, leyendo. La lámpara lanzaba sombras extrañas por el humilde espacio. Le habían dado algo; morfina, supuso. La consciencia de Angelo iba y venía, y solo se despertaba para suplicar noticias de Eva, pero volvía a caer en el olvido antes de obtener alguna respuesta. Pero era consciente de que ya no estaba. Mario había dicho que nadie lo sabía con certeza, pero monseñor O'Flaherty había comentado que el sábado un tren lleno de mujeres y niños había salido de la estación de Tiburtina.

Deseaba caer en el olvido de nuevo, pero sabía que esas horas habían quedado atrás. Estaba plenamente despierto y Mario le ayudó a levantarse para que moviera las piernas —le habían quitado la prótesis— y usar el orinal. Bajar al vestíbulo era impensable y estaba demasiado dolorido como para coger las muletas. Acabó y consiguió comer unas gachas frías y pan integral y beber un vaso de agua antes de volver a tumbarse sobre la almohada. Mario vaciló durante un momento. Claramente quería ayudarlo.

—Te he entablillado el dedo y vendado las costillas. Están fisuradas, pero no rotas. Tienes un color negro y azul, pero la inflamación está bajando. Te he recolocado la nariz. ¿Cómo tienes los ojos? Me preocupaba un poco la visión del derecho.

—Veo —contestó Angelo—. Estaré bien.

—Sí, lo estarás. Lo que más tiempo llevará son las costillas, pero no hay daño a largo plazo. Las uñas de las manos puede que no te vuelvan a crecer.

—No me preocupan las uñas —añadió Angelo con los ojos tristes.

—No —murmuró Mario—, supongo que no.

Se dejó caer pesadamente en la silla.

—Tengo que encontrarla, Mario.

Mario tragó saliva; su garganta luchaba contra la emoción intensa que había en la habitación.

—¿Cómo? —susurró.

—No lo sé. —A Angelo se le quebró la voz y se cubrió la cara con las manos como hacía cuando rezaba, pero no encontró el consuelo ni en ellas ni en la oración. Ya no—. Los estadounidenses están de camino —dijo—. Solo necesitamos resistir un poco más, solo necesito mantenerla a salvo un poco más. He sido un idiota. Tendría que haberme casado con ella en 1939. Podría habérmela llevado a Estados Unidos, como sugirió su padre.

—Todos tuvimos oportunidades para escapar y escuchamos esas voces interiores que nos decían que huyéramos, que nos fuésemos. También me han perseguido a mí, Angelo —respondió Mario, frotándose fuerte la nuca y luchando contra antiguos remordimientos, contra la culpa que lo había mantenido despierto tantas noches.

—Una vez, Eva me contó que las raíces de la gente judía están en sus tradiciones, en sus hijos y en sus familias. Me preguntó por qué la Iglesia católica quería privar a un hombre de su posteridad. Me dijo que ya no habría más Angelos Bianco, que mis raíces morirían conmigo. —Angelo estaba tan sobrecogido que casi no podía hablar, pero estaba desesperado por sacar las palabras—. Soy un hombre tan impresionado por la idea de la inmortalidad, de ser un mártir o un santo, que no me di cuenta de que siendo cura me estaba privando de

la única cosa que deseaba. Nuestra inmortalidad llega a través de nuestros hijos y sus hijos, a través de nuestras raíces y ramas. La familia significa inmortalidad. Y Hitler ha destruido no solo ramas y raíces, sino árboles genealógicos enteros, ¡bosques! Ya no están. Eva era la única Rosselli que quedaba, la única Adler.

La terrible realidad de sus palabras sumió a ambos en un silencio momentáneo e inclinaron la cabeza con los hombros encorvados ante el peso de una verdad tan grande, de una pérdida tan impactante. A Mario le costó reunir las fuerzas para contestar.

—Has salvado y preservado muchas ramas, Angelo —contestó Mario en un susurro ahogado—. Salvaste a mi familia, y Eva también lo hizo. Nunca nos olvidaremos de ella. Nunca nos olvidaremos de ti. Se lo contaré a mis hijos, y estos se lo contarán a los suyos. Puede que no tengas hijos que lleven tu apellido, pero tendrás ramas y raíces que lo honrarán.

Mario sollozó y Angelo extendió una mano en agradecimiento, a pesar de que su corazón rechazaba las emociones. No era suficiente. No quería honor, no quería ser un héroe, simplemente quería a Eva. Y se la habían llevado. La cosa que más había temido había pasado.

—Ella te quería —dijo Mario.

No era una pregunta, y Angelo se planteó si todo el mundo a su alrededor había sido consciente durante todo ese tiempo de lo que él se había negado a admitir.

—Sí, y yo la quiero a ella.

Se negó a hablar en pasado. Nunca dejaría de quererla.

—¿Ella lo sabía? ¿Sabía que la querías? —preguntó Mario con delicadeza.

—Sí.

Angelo se secó la cara, mojada por las lágrimas, que no paraban de caer. Ella lo sabía; había podido decírselo, demostrárselo. Era la única cosa por la que estaba agradecido, y su corazón era consciente de la bendición que se le había otorgado.

Mario se levantó y caminó hacia la pequeña cómoda de la esquina. Encima había una pila de libros colocados ordenadamente. Angelo los reconoció inmediatamente: eran los diarios de Eva.

—Son suyos, hay un montón. Parecen todos el mismo, pero, como ves, ha puesto la fecha en todos ellos durante años. Deberías quedártelos.

Dejó los libros sobre la cama, cerca de Angelo, y abandonó la habitación en silencio.

Había cuatro cuadernos, todos idénticos. La única diferencia estaba en el deterioro de las cubiertas, las fechas en la parte superior de las páginas y la letra que poco a poco había ido cambiando y madurando, al igual que la propia niña. Sin embargo, el último cuaderno estaba escrito solo hasta la mitad, y Angelo se dio cuenta de que no era capaz de mirar las páginas vacías. Le dolían más que ver todas las líneas con los pensamientos de Eva, porque, en las palabras, ella seguía viva. El vacío de las páginas se burlaba de lo que podría haber sido, de lo que debería haber sido. Fue hasta la última anotación y la leyó para escapar de los capítulos sin acabar.

22 de marzo de 1944

Confesión: besar a Angelo es como un mitzvá.

Mi abuela judía se revolvería en su tumba si lo dijera en voz alta. El tío Augusto me acusaría de sacrilegio. Pero es la verdad. He encontrado en él un trozo de divinidad, un pedacito de paz, y cuando sus labios están sobre los míos y sus manos en mi piel, tengo motivos para creer que la vida es más que dolor, más que miedo, más que tristeza. Tengo esperanza por primera vez en años y, por extraño que parezca, estoy convencida de que Dios ama a sus hijos, a todos sus hijos, de que me ama y de que nos ofrece momentos de luz y transcendencia en mitad de esta lucha constante.

Angelo cerró el diario y se echó a llorar.

Capítulo 22

A ninguna parte

Cuando volvieron a subir al tren, una semana después de llegar a Borgo San Dalmazzo, los números habían crecido y ahora había hombres, mujeres y niños de otros lugares a los que habían llevado al campo de tránsito. Había veinte vagones con alrededor de cien judíos en cada uno. Mucha gente estaba allí con algún miembro de su familia, y pedían permanecer juntos. Eva estaba sola, así que simplemente se dejaba empujar y pellizcar mientras otras personas, mucho más desesperadas que ella, se aferraban las unas a las otras y peleaban por un sitio mejor. Encontró una esquina y se deslizó hasta el suelo por la pared como hizo durante la primera parte del viaje, dejándose llevar a un estado de ceguera y entumecimiento. En cualquier caso, estaba demasiado oscuro como para intentar ver algo.

Se hizo un ovillo y luchó por mantenerse dormida e inconsciente, pero entonces se percató del olor a tabaco y del hilo de humo, y levantó la cabeza para respirarlo.

Estaba junto a ella, con el mismo aspecto que tenía la última vez que lo vio. Su pipa brillaba en la oscuridad y sus largas piernas estaban estiradas como si tuviera todo el espacio del mundo. En la mano llevaba un vaso de vino, oscuro y brillante como una gema enorme en su palma. Eva estaba muy sedienta.

— *¿Babbo?* —preguntó Eva con una voz que en su cabeza sonó chillona e infantil.

—Batsheva —dijo su padre, sonriendo y balanceando el vino. Pero la sonrisa desapareció de inmediato—. Eva, ¿por qué estás durmiendo? —la regañó.

—¿Qué más puedo hacer?

—Puedes luchar, vivir.

—No quiero luchar, *babbo*. Quiero estar contigo. Quiero estar contigo y el tío Felix y el tío Augusto. Quiero estar con Claudia y con Levi.

—Quieres estar con Angelo —acabó de decir por ella suavemente—. Sobre todo, quieres estar con él.

—Sí. ¿Está ahí? ¿Contigo?

Daría cualquier cosa por verlo.

—No. —Su padre negó con la cabeza—. Está ahí, contigo.

—¿Dónde? ¡Estoy en un tren! Me han cogido.

Su padre le tocó la cara. Sintió su mano, suave y con los dedos largos, contra su mejilla.

—Angelo está dentro de ti. Su carne ahora es tu carne, su rama es tu rama.

—No, lo mataron. Han matado a todo el mundo, y me matarán a mí también.

—Eva, escúchame. Toda tu vida has tenido el mismo sueño, el sueño de este momento. Lo sabes, ¿no? Lo reconoces. —Eva asintió y el miedo regresó como una avalancha, inundando sus venas y helando sus dedos—. Tienes que saltar, Eva.

—No puedo.

—Sí puedes. ¿Qué tienes que hacer primero?

—Tengo que trepar hasta la ventana.

No creía que cupiera en esa abertura, y además había barrotes y no podía quitarlos.

—Trepas hasta la ventana y luego, ¿qué? ¿Qué es lo siguiente?

—Respiro aire fresco.

—Sí, respiras y reúnes valor. Y luego, ¿qué?

Eva sacudió la cabeza con tozudez, resistiéndose. Recordaba ese alivio travieso, el dulce veneno del dejarse llevar, del rendirse. Lo había dejado pasar durante un tiempo y no estaba preparada para que

le volviera a importar.

—No creo que pueda hacerlo. No quiero. Estoy muy cansada, muy sola.

—Pero tienes que hacerlo, eres la última Rosselli. Tienes que saltar, Batsheva, porque si no lo haces, seguro que morirás, y Angelo también.

—Angelo ya está muerto.

—Tienes que saltar, Eva. Tienes que saltar y tienes que vivir — susurró.

Su aliento fue como un beso en su mejilla húmeda. Era muy real, justo como el sueño que en realidad no era un sueño.

Cuando Eva despertó, su padre ya no estaba, y el breve descanso en su intento de dejar de luchar había acabado.

Por la mañana, dolorido pero capaz de moverse, Angelo metió los cuadernos en la pequeña valija que Eva trajo consigo a Roma. Dobló su ropa y la metió en la maleta grande; estaba vaciando la habitación, pues no soportaba que tocaran sus cosas. Hizo la cama y dobló las sábanas perfectamente a pesar de que sabía que una de las hermanas las quitaría cuando se fuera y las lavaría. Quería llevarse la funda que cubría la almohada, y acabó doblándola y metiéndola en la valija, incapaz de marcharse sin el recordatorio físico del olor de Eva mezclado con el suyo. No se sentía culpable por llevarse algo que no era suyo; ya lo había hecho, y la habían apartado de él de inmediato.

Empezó a temblar. La pena y la incredulidad le hacían preguntarse cómo saldría adelante. Moverse dolía, pensar dolía, respirar dolía y nada de eso era a causa de su maltratado cuerpo. Dio la bienvenida a ese dolor porque le distraía. Bajó por las escaleras haciendo malabares con las cosas de Eva.

La madre Francesca lo vio y se apresuró hacia él, regañándole ferozmente e intentando quitarle las maletas de las manos.

—¿Qué cree que hace? Tiene que descansar, al menos unos días más — cacareó.

—He estado en cama durante tres días. Es suficiente descanso — respondió con calma—. Llevaré estas cosas a casa.

—¡No puede irse a casa! Monseñor Luciano vino y trajo algunas de sus cosas. Se quedará escondido hasta que los estadounidenses lleguen. Si todo el mundo piensa que está muerto, no lo buscarán. Estará a salvo siempre que se quede aquí escondido. Monseñor O'Flaherty ha estado llevando a cabo todas sus reuniones en las escaleras de San Pedro para evitar que lo arresten. Cuando sale del Vaticano, lleva un disfraz. Han intentado atraparlo en la calle, algunos incluso han intentado empujarlo hacia la línea blanca que los alemanes dibujaron en el suelo. Si consiguen que la cruce, ya no estará bajo la protección del Vaticano y podrán detenerlo. Alguien se enteró del plan y le pagaron con la misma moneda: el hombre que contrataron para arrestar a monseñor recibió una buena paliza.

La madre Francesca tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas, y Angelo no pudo evitar sonreír un poco ante su evidente emoción. Probablemente había sufrido más emociones en los últimos meses que durante toda su vida y lo que le quedaba de ella.

Sin embargo, las noticias eran una traba para sus planes. No podía quedarse sentado en la habitación de Eva y esperar a que la guerra acabara. Si no seguía trabajando y moviéndose, no sobreviviría. Sería la siguiente baja por la desesperanza de la guerra. Sería el que se lanzara delante de un tranvía o se tirara por un puente o incitara a un alemán a que le disparara. Lo sentía en la oscura desolación que se acurrucaba en su estómago, amenazándole con golpearle, con hincar sus dientes venenosos en el pecho y detenerle el corazón.

Había trabajo que hacer y tenía intención de llevarlo a cabo. Simplemente seguiría el ejemplo de O'Flaherty.

La mejor forma de esconderse, dijo Eva una vez, era no esconderse en absoluto. Angelo se puso unos pantalones desgastados y una camiseta de trabajo que seguía teniendo de su época en la parroquia de la pradera. Los curas tenían que llevar la sotana cuando salían de casa, pero había mucho trabajo que hacer dentro de la vicaría derrumbada, y tenía varios pantalones y camisetas desgastados que usó para aquellas tareas. Se quitó la prótesis y usó un imperdible para

ajustar la pernera de tal forma que fuera obvio que le faltaba una pierna. Monseñor Luciano le había traído las muletas junto con el resto de sus posesiones, y con las mangas enrolladas, un cigarrillo en la boca, la barba de tres días y un gorro negro gastado, parecía un joven soldado curtido por la guerra y las heridas que había pagado sus deudas y solo quería que le dejaran en paz.

Atraía la atención, pero se encontraba con miradas cargadas de compasión u ojos que se desviaban rápidamente de los suyos. Puede que los alemanes le pidieran los papeles, y tenía algunos que podría usar. Aunque era más probable que le ignoraran. Metió la sotana, la cruz y la ropa para cambiarse en la bolsa de cuero y se la colocó a la espalda. Se metió su verdadero pasaporte en un bolsillo y el falso en otro. Necesitaba el verdadero para entrar en el Vaticano.

La mayoría de los judíos en el vagón hablaba francés. El francés se exigía en la escuela, pero Eva lo tenía oxidado y debía escuchar atentamente para entenderlo. Sin embargo, no necesitaba hablar francés fluido para saber lo que estaba intentando un hombre llamado Armand. Había trepado por un lado del vagón y, con la lima de oro de Eva, estaba serrando un barrote. A pesar de todo, durante los días en vía Tasso y la semana en Borgo San Dalmazzo, no la habían descubierto. Cuando el hombre preguntó si alguien tenía algo que pudiera cortar los barrotes, se la ofreció.

Armand se dedicó a ello durante todo el día, intercambiándose con un chico de doce o trece años que se llamaba Pierre y estaba con su madre, una mujer llamada Gabriele. Esta empapaba su bufanda en la orina del balde y, cuando los hombres dejaban de serrar, Pierre pasaba la bufanda por el barrote para que el líquido corroyese el metal donde el hombre intentaba serrar con la lima. Armand colocó los pies contra la pared del vagón y tiró con todo su peso y su fuerza del barrote en el que había estado trabajando.

— ¡Se va a romper! ¡Lo noto! — gritó, triunfante.

Con un fuerte tirón, la barra cedió y se soltó por arriba. La agarró

por la parte cortada, se colgó de ella, dobló la barra y creó una abertura de unos treinta centímetros. Era un hombre muy delgado, pero iba a pasarlo mal metiéndose por allí.

—Disparan a los primeros que saltan —dijo el hombre al chico que lo había ayudado durante todo el día y la noche—, así que iré primero.

—¡No puedes hacer eso! Soy responsable de todo el mundo que va en este vagón. —El que protestaba era un hombre más robusto con una chaquetilla atada en la cabeza—. Si saltas, me castigarán. Nos castigarán a todos. —El hombre movió el brazo para señalar a todo el mundo.

—¡Vas a morir! —dijo una mujer detrás de él—. Alguien saltó cuando nos enviaron a San Dalmazzo. Se le enganchó la ropa al saltar y cayó al suelo. Cuando salimos del tren, vimos la sangre y el trozo de tela colgando de la ventana.

—¡Vamos a Bergen-Belsen! No hay necesidad de arriesgarse —argumentó otra mujer.

Armand se limitó a sacudir la cabeza, decepcionado.

—Bergen-Belsen es un campo de trabajo —argumentó Armand—. ¡De trabajo duro! Y no hemos hecho nada malo. Actúas como si ser mandados a un campo de trabajo fuera lo que nos correspondiera.

Las voces de protesta se volvieron a elevar, instándole a que pensara en los demás.

—¡No! Voy a saltar. Prefiero morir ahora a morir lentamente —gritó.

Entonces trepó por el lateral del vagón una vez más y Eva, junto con el resto, observó cómo se retorció y se movía a través de la pequeña ventana, intentando encajar los hombros. Acababa de conseguir sacar la parte de arriba del cuerpo cuando comenzaron a escucharse disparos. La gente gritaba y las piernas de Armand se sacudían salvajemente, pero luego se quedaron sin fuerzas. Quedó colgado, atascado en el agujero que tanto le había costado crear.

Un hombre lo bajó. Le faltaba un trozo de cabeza y el resto estaba cubierto de sangre, que oscurecía su cara por completo. Estaba muerto. Una mujer empezó a llorar, pero la mayoría de los pasajeros

guardaron silencio y procuraron no tocar al hombre que lo había arriesgado todo y había muerto en el intento.

—¿Desde dónde disparan? —preguntó Eva suavemente—. Los alemanes, ¿dónde están? Estamos en un tren en movimiento, no lo entiendo.

Por mucho que quisieran que sus prisioneros así lo creyeran, los alemanes no eran tan poderosos. No miraban desde las alturas, desde el cielo, arrancando vidas de la tierra como si fueran Dios. En lugar de asustarse, los disparos la enfurecieron.

—Tienen un puesto de vigilancia, un guardia y un foco móvil en cada extremo del tren, en la locomotora y en el furgón de cola. Espera hasta que pase el foco y luego impúlsate hacia fuera. Primero los pies, no la cabeza —respondió la mujer que se llamaba Gabriele.

—Entonces, si puedes pasar por la abertura lo bastante rápido, ¿tienes más oportunidades de escapar?

Eva esperaba estar haciendo la pregunta correctamente. Confundía todas las palabras y ponía una vocal al final de todo; al fin y al cabo, era italiana, pero parecían entenderla.

Gabriele asintió. Le daba la mano a su hijo y hablaban sobre algo en voz baja. El chico ya no quería saltar; comprensiblemente, tenía miedo de que los guardias lo sorprendieran a él o a su madre.

—Baja por el lateral y ve hasta el enganche entre los vagones, ahí no te verán fácilmente. También te dará la oportunidad de dar la vuelta y saltar. Cúbrete la cabeza y rueda cuando llegues al suelo. Luego quédate tumbado. No empieces a correr hasta que el tren haya pasado y luego espera un poco para que el hombre del furgón de cola no te vea y dispare —le dijo a su hijo Gabriele.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Eva.

Gabriele sacudió la cabeza.

—No lo sé, es solo lo que me parece que tiene sentido. No he dejado de pensar en ello desde el primer tren.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Eva.

—Creo que estamos en Suiza, pero puede que ya estemos en Alemania. Tenemos que saltar pronto; si no, nos habremos adentrado demasiado en Alemania. Cuanto más en el interior estemos, peor.

—No lo voy a hacer, no lo voy a hacer. Es demasiado arriesgado — lloró Pierre.

—¿Adónde iréis? —interrumpió Eva.

La mujer tranquilizó a su hijo y le contestó con calma.

—Somos belgas. Vamos a intentar volver a casa. Los alemanes se están retirando y creemos que estaremos a salvo si simplemente volvemos a casa. Huimos a Francia cuando Hitler nos invadió.

—¿Qué pasó?

—Estuvimos a salvo durante mucho tiempo gracias al ejército italiano, pero se fueron y los alemanes se mudaron a la zona que los italianos habían controlado. Acorralaron a la gente. Detuvieron y deportaron a mi marido. Pierre y yo estuvimos escondidos cinco meses más, pero nos descubrieron en febrero y nos metieron en un tren hacia el campo de concentración de tránsito, donde nos mantuvieron hasta que formamos un grupo lo bastante grande como para ser transportado.

—Por favor, mamá, no tenemos que hacer esto. Somos fuertes, estaremos bien en el campo —le suplicó Pierre a su madre.

—No, Pierre. Es nuestra única oportunidad de volver a casa —contestó Gabriele firmemente, sosteniéndole la mirada—. Tienes que saltar, y lo harás, como hemos planeado. Llegarás a Bélgica. Vivirás, Pierre.

Asintió, pero tenía los ojos llenos de lágrimas que se le desbordaron por las mejillas. Abrazó a su madre con fuerza y ella le besó las mejillas y le sujetó durante un breve momento antes de empujarle hacia la ventana.

Subió obedientemente y esa vez no protestó nadie, nadie intentó hacerle sentir culpable o responsable. Solo observaban de manera taciturna.

Pierre era mucho más pequeño que Armand, pero maniobrar para sacar las piernas por la pequeña abertura y mantener el equilibrio en el borde de la ventana era toda una hazaña. Esperó mientras observaba la luz. Cuando pasó de largo, se deslizó por la ventana. No lo dudó ni miró hacia atrás, y, aparte de un pequeño obstáculo, consiguió desatascar los hombros y la cabeza y desaparecer. Vieron

sus dedos colgando, que después también desaparecieron. No hubo disparos.

Gabriele rezó y lloró ruidosamente y luego se volvió hacia Eva.

—Ahora te toca a ti.

—Gabriele, tienes que ir tú. Pierre te está esperando —le rogó Eva—. Lo ha conseguido, debe de haberlo conseguido.

—No puedo hacerlo, no soy ni lo bastante fuerte ni lo bastante ágil para hacerlo. Lo sé, y Pierre también. Por eso no quería saltar.

—¡Tienes que intentarlo! Tu hijo se pondrá muy nervioso.

—Ve tú —insistió de nuevo—. Salta y quédate con mi chico.

Ayúdalo a volver a casa.

Lo único que pudo hacer Eva fue negar con la cabeza.

—¡No! No le puedes hacer eso.

—No tengo opción, quiero que viva. —Empujó a Eva hacia la ventana—. Tenemos que darnos prisa, ¡el tren se mueve rápido! No podrás encontrarlo, la distancia se hace más grande a cada segundo que nos retrasamos.

—Pero... —protestó Eva.

Pensó en el chico, solo en la oscuridad, esperando a su madre. Entonces, Gabriele se volvió hacia ella con unos ojos feroces mientras la agarraba del brazo.

—*S'il vous plaît*, por favor. He hecho lo que he podido por salvarlo. Por favor, ayúdame. Sálvate tú y ayuda a mi hijo.

—Te ayudaré a subir.

Alguien se ofreció tirando de la manga de Eva. Era un hombre de mediana edad con un niño pequeño y una mujer en estado avanzado de embarazo. Ellos no saltarían. Eva dudó una vez más.

—¡Vamos! —dijo Gabriele, y Eva asintió sin poder hacer nada mientras la desesperada madre le daba indicaciones en un susurro urgente—. Ve a la casa de la tía de mi marido, en Bastoña. Ella os acogerá a Pierre y a ti y os mantendrá a salvo hasta que la guerra acabe. Dile a Pierre que lo quiero y que estoy orgullosa de él. Lucharé y sobreviviré, y volveremos a estar juntos. Todos nosotros, algún día.

El hombre que se había ofrecido a ayudar a Eva entrelazó los dedos y reforzó los pies para formar un escalón. Eva puso un pie en

sus manos y él dobló las rodillas y la lanzó hacia arriba para darle el impulso que necesitaba para agarrarse al borde de la pequeña ventana con una mano y a la barra que quedaba con la otra. Eva no esperó para reunir valentía o para ver si tenía el camino libre. Salió por la ventana con la cabeza por delante, justo como en su sueño. Aún estaba colgando de la barra con la mano izquierda, por lo que se balanceó y buscó rápidamente un asidero con las piernas, soltando un grito agudo. Se quedó colgada de la barra durante un segundo eterno antes de que sus pies encontraran el borde del vagón.

Se escuchó un disparo y luego otro, zumbando por encima de su cabeza. Con toda su fuerza, Eva se soltó y se separó del tren con la planta de los pies, dando la vuelta en el aire, ingravida durante un momento, contorsionándose como si fuera una artista de circo. «Haz un *home run!*», le decía Angelo cuando jugaban al béisbol. «¡Un *home run*, Eva, un *home run!*».

Se deslizó por el aire en paralelo al suelo, hacia la última base. Daba tumbos, se doblaba de un lado a otro; cabeza, nalgas, manos, espalda, costados, estómago, espalda... Era como sacudir una alfombra contra el suelo, aleteando y dando golpes. Y, de repente, quietud: estaba tumbada bocarriba, mirando al cielo lleno de estrellas deslumbrantes. Le faltaba el aire en los pulmones y se esforzó por inhalar, incapaz de llenar su diafragma lo bastante rápido.

Pero lo había conseguido. Se imaginó a Angelo con los brazos en jarra y gritando: «¡Carrera!», como hacía cuando ella conseguía un *home run*, como él le había enseñado.

Sonrió mientras resoplaba y se atragantaba. Se sentó para tomar aire sin hacer caso de las instrucciones que le había dado Gabriele: «Luego quédate tumbado. No empieces a correr hasta que el tren haya pasado». Eva ni siquiera lo comprobó, pero el tren iba desapareciendo poco a poco; solo era un rectángulo negro en la distancia que se hacía cada vez más pequeño y más silencioso mientras lo observaba. Quería quedarse tumbada y disfrutar de su *home run* durante un minuto más. Estaba empezando a sentir las rozaduras de la caída y sabía que tendría moretones y estaría dolorida, pero por primera vez desde que se llevaron a Angelo de vía Tasso, sintió un rayo de vida, una chispa.

No pensaría en el mañana, en lo sola que estaba, solo en celebrar la victoria de la huida, de la supervivencia, y ya está.

—*¡Maman! ¡Maman!* —gritaba Pierre, que iba corriendo hacia ella.

Probablemente había estado corriendo desde que saltó del tren, esperando a su madre.

Eva se levantó con cuidado, tambaleándose mientras la sangre confusa se reorientaba en su cuerpo. Estaba oscuro y Pierre aún estaba lejos. El chico no era consciente de que era ella y no Gabriele quien lo esperaba. Eva empezó a caminar hacia él temiendo el momento en el que se diera cuenta de que era ella.

Se compadeció y se mareó un instante cuando Pierre se detuvo en seco.

—¿Dónde está mi madre? —resolló. Se había quedado sin aire por el esprint que había hecho por las vías, corriendo tras el tren que se llevaba a su madre.

—No ha saltado, Pierre. Lo siento mucho.

—*¡Maman!* —gritó.

Le entró el pánico y comenzó a correr una vez más por el suelo desnivelado, tropezándose y tambaleándose, llamando a su madre.

Eva se presionó el pecho dolorido con las manos y lo siguió. No sabía qué más hacer; no quería arrebatarse su esperanza, no quería desanimarle, pero sabía que Gabriele no había saltado. Quería a su hijo tanto como para dejarlo ir si eso significaba salvar su vida, pero Eva entendió a Pierre cuando se sentó y hundió la cabeza entre las manos. Comprendía su desolación. La vida ofrecía poco consuelo cuando tenías que vivirla solo.

—¿Qué pasa si decide saltar y yo me he dado por vencido? —se lamentó.

—Podemos esperar aquí un rato. Si salta, volverá por este camino —sugirió Eva.

—¿Qué pasa si salta y está herida, tumbada a un lado de las vías? Parecía muy joven y perdido.

—Estaremos atentos por si te llama —lo tranquilizó suavemente.

Asintió, abatido, y esperaron uno al lado del otro una llamada que no se oiría. Al final, Eva no pudo soportar más el silencio. Tenía frío y

estaba dolorida, y había árboles en todas partes. No tenía ni idea de por dónde empezar a caminar.

—Pierre, ¿te suena algo de esto? ¿Tienes alguna idea de dónde podemos estar? —preguntó amablemente.

—Estamos al norte, camino de Bergen-Belsen. Mamá me dijo que las vías llevaban al norte. —Señaló en la dirección en la que el tren se acababa de ir y luego señaló justo enfrente de él—. Íbamos a ir hacia el oeste, donde está Bélgica. Ese era nuestro plan.

—Ya no me espera nada en casa —dijo Eva. No le esperaba nada en ningún lugar, pero alejó ese pensamiento de la cabeza. Ya se lamentaría después. Ahora tenía que sobrevivir—. Iré contigo a Bélgica. Tu madre dijo que tienes una tía en Bastoña, que te buscaría allí cuando acabara la guerra.

El chico asintió y se animó un poco, algo más tranquilo por no estar completamente solo en el mundo.

—Espero que aún estemos en Suiza —musitó—. Si es así, estaremos bien. Podemos ir a cualquier sitio y pedir que nos indiquen, pero primero tenemos que averiguar dónde estamos. El sol está saliendo. Voy a trepar a un árbol y ver qué hay más allá del bosque. Siempre podemos ir caminando hacia el sur junto a las vías si no veo nada. Mamá decía que las vías llevaban a una ciudad.

Su madre lo había preparado para estar solo, era obvio. Eva asintió y esperó a que trepara a un árbol. No pasó mucho tiempo antes de que la llamara, emocionado.

—Hay una carretera, veo una carretera. Caminaremos hasta ella y veremos si hay señales para averiguar dónde estamos.

Pierre tuvo que subirse a otro árbol, hasta que al final salieron del bosque y llegaron a la carretera. Estaban en racha: había una señal. Sin embargo, la racha les duró poco, pues la señal decía: «Frankfurt 10 km».

Estaban en Alemania.

28 de marzo de 1944

Confesión: he roto mis votos y no tengo remordimientos.

Eva me dijo una vez que había dos cosas de las que estaba totalmente segura. La primera era que nadie conocía la naturaleza de Dios. Nadie. Y la otra que sabía que me amaba. Me he dado cuenta de que me he visto reducido a esas dos afirmaciones. Quiero a Eva, siempre la querré. ¿Y el resto? Solo sé que no sé nada.

Muchos querrán decirme cuál es la voluntad de Dios, pero nadie la conoce. No realmente. Porque Dios es silencioso, siempre. Es silencioso, y mi angustia, tan intensa e increíblemente ruidosa que ahora mismo solo puedo hacer mi voluntad y esperar que, de algún modo, se corresponda con la de él.

Angelo Bianco

Capítulo 23

Encrucijadas

Las páginas en blanco del diario de Eva atormentaban a Angelo. Se la habían llevado, arrebatado, robado. La habían separado de él y su historia aún no estaba acabada. No permitiría que eso pasara, así que seguiría escribiendo hasta que ella pudiera retomarlo desde donde la dejó.

Registró su primera entrada el día que volvió al Vaticano en muletas, vestido de civil, con aspecto en todos los sentidos de un hombre que había escapado de la muerte por poco muchas veces. Lo llevaron con apremio a la oficina de monseñor O'Flaherty, y habían llamado también a monseñor Luciano.

—Parece que has estado en el infierno —dijo monseñor O'Flaherty mientras cogía a Angelo de la barbilla para ver su cara, llena de moretones—. Se llevaron de las prisiones y de las calles a más de trescientos hombres, nadie sabe qué ha sido de ellos. Y luego nos enteramos de que estabas vivo. Hecho polvo, pero vivo. ¿Qué te ha pasado? ¿Adónde te llevaron? ¿Y dónde están los otros hombres?

—Todos están muertos —susurró Angelo.

—¡Santo Dios! —resolló O'Flaherty.

—Nos llevaron a las Fosas Ardeatinas, metieron a los hombres en las cuevas, de cinco en cinco, y los mataron de un disparo en la cabeza, uno tras otro. Hacia el final, uno de los soldados alemanes me sacó a hurtadillas por un túnel. Me salvó la vida. Se llevó otras vidas,

pero salvó la mía. No quería matar a un cura. —Angelo se detuvo; le pesaba el recuerdo más de lo que podía soportar—. Los soldados no querían hacerlo, así que el teniente coronel Kappler envió cajas de coñac a las cuevas para que se relajaran y pudieran hacerlo. —Su voz sonaba más amarga y el horror le subía por el cuerpo como una ola.

Cerró los ojos y se concentró en respirar, en el aquí y el ahora, en la mano de monseñor O'Flaherty en su hombro.

—Es un milagro que estés vivo —susurró monseñor Luciano—. Alabado sea Dios.

—Estoy agradecido por mi vida, monseñor —dijo con calma Angelo—, pero me resulta muy difícil alabar a Dios ahora mismo. He sobrevivido, pero hay trescientos hombres que no. Me siento más culpable que otra cosa. He sobrevivido, pero cientos han muerto, y Eva no está.

—He intentado averiguar adónde se dirigía el tren, Angelo. Todo lo que sé es que Eva iba en él —le informó tras un silencio monseñor O'Flaherty.

—Es joven y fuerte —dijo monseñor Luciano, intentando reconfortarle—. Estará bien. —Angelo se tragó una maldición. Monseñor Luciano a veces podía ser increíblemente ciego y estúpido —. No puedes volver al apartamento, Angelo. Te quedarás en el Vaticano hasta que liberen Roma —continuó como si el asunto estuviera zanjado.

—Seguiré hasta que Roma sea liberada, hasta que la gente de la que soy responsable no tenga que esconderse más —añadió Angelo con delicadeza.

—¿Y luego? —preguntó monseñor O'Flaherty, que vio claramente que había más.

—No quiero seguir siendo cura. He roto mis votos —respondió tajantemente.

Los había roto por propia voluntad, a propósito. Angelo había tomado un voto de obediencia y había sido de todo menos obediente. Había tomado un voto de celibato y le había hecho el amor a Eva. El único voto que había mantenido era el de la pobreza, aunque quizá también lo hubiera roto: codiciaba el tiempo de Eva, su tacto, sus

besos, su amor. Ella se los había ofrecido una y otra vez y él se había resistido, la había ignorado. La estuvo rechazando hasta el día en que dejó de hacerlo, y tomó su amor, sus besos y su tacto, e hizo de él un hombre rico, rico en amor, promesas y posibilidades. Y ahora Angelo solo quería más, más y más.

Eso era lo que le atormentaba; podría haber pasado toda la vida con ella y había desperdiciado la oportunidad. No tenía remordimientos por haber roto sus votos, sino por no haberlos roto antes. Para empezar, nunca debía haberlos tomado. Cuando les dijo a los monseñores cómo se sentía, monseñor O'Flaherty escuchó en silencio, pero monseñor Luciano se enfadó.

—Has roto tus votos, pero fuiste ordenado. El pecado se puede perdonar. No dejas de ser cura solo porque hayas pecado. Has sido ordenado, transformado para siempre, y no puedes ser desordenado. Lo sabes, eres de Dios. Ya no te perteneces a ti mismo, Angelo. ¡No perteneces a Eva! Perteneces a Dios —repitió con insistencia mientras se golpeaba el pecho como si el propio Dios residiera debajo de la tela de su ropa.

—Pertenezco a Eva —dijo Angelo en voz baja—. En mi corazón, pertenezco a Eva.

—Pero ¡ya no está! —gritó monseñor Luciano.

—No, ¡aún sigue aquí! —lloriqueó Angelo, y esta vez fue él quien se golpeó el pecho—. Sigue aquí, dentro de mí, y sigo siendo suyo. Siempre lo seré.

—¿Amar a Eva significa no poder amar a Dios? —preguntó tras un largo silencio monseñor Luciano.

Ya no estaba enfadado. Tenía la voz apagada y la cara demacrada, pero Angelo estaba determinado a contestar honestamente, incluso si eso hacía daño a su antiguo mentor.

—No, pero le preguntaría lo mismo. ¿Solo puedo servirle siendo cura? ¿Siendo católico? Ya no creo en eso, monseñor. He visto demasiadas cosas. Quiero hacer lo correcto por los motivos correctos, no porque alguien me juzgue o porque a alguien le asombre; no por la tradición o la presión; no porque tenga miedo o me avergüence hacer otra cosa. Y no porque sea lo que espera la gente. Quiero hacer su

voluntad, pero eso es en lo que más me esfuerzo, en saber cuál es realmente su voluntad. No su voluntad de acuerdo con la Iglesia católica, sino su verdadera voluntad.

—Te necesitamos, Angelo. Roma te necesita, los refugiados te necesitan, esta iglesia te necesita —contestó monseñor O’Flaherty.

Angelo se limitó a negar con la cabeza.

—He puesto a Eva en segundo plano durante demasiado tiempo. Ella me necesita. Necesita que la quiera lo suficiente como para no darme por vencido.

—Respóndeme a esto: ¿acaso no quieres ser cura o es que quieres más a Eva? —preguntó monseñor O’Flaherty.

—Quiero más a Eva —dijo Angelo honestamente.

—¿Y si Eva... no sobrevive? ¿Qué pasará entonces?

—No puedo pensar en eso, monseñor. No quiero.

—No te estoy pidiendo que te rindas, te estoy pidiendo que continúes con tus obligaciones. Eres cura, eso no ha cambiado, y si Eva sobrevive, si vuelve a ti, entonces hablaremos sobre lo de dejar la vida clerical y sobre la laicización —dijo monseñor Luciano para intentar convencerlo.

—No voy a esperar a que venga. Voy a ir a buscarla —añadió Angelo.

—No puedes desdeñar tu ordenación sin más, Angelo, lo sabes. Es algo permanente —manifestó rotundamente monseñor Luciano.

Angelo se pasó las manos temblorosas por el pelo, desesperado y cansado, inclinándose y crispándose de los nervios.

—Entonces, ¿estoy absuelto? —preguntó con cansancio.

—No estás arrepentido —ladró monseñor Luciano.

Angelo buscó en su corazón. ¿Estaba arrepentido? No, no lo estaba.

—Busco el perdón de ambos por haberlos decepcionado, por no haber sido quien querían que fuera, pero no por cómo me siento ni por mis acciones.

—Entonces no estás absuelto —gritó monseñor Luciano.

—No estás absuelto —monseñor O’Flaherty coincidió—. Pero puedes continuar con tus deberes. Yo te perdono, con todo el corazón,

y puedo dar fe, si me lo preguntas, de que Dios te perdonará también. Es comprensivo, Angelo, lo sabes, lo sientes. Te ofrece su paz.

El perdón misericordioso de monseñor O'Flaherty, enfatizando la erre del acento irlandés, hizo que Angelo contuviera las lágrimas de su exhausta rendición. De repente, el enfado y la rebelión se desvanecieron y luchó por mantenerse de una pieza. Estaba muy cansado, increíblemente cansado.

—Hemos preparado una habitación para ti. No es gran cosa, pero necesitas descansar. Pronto llegará un nuevo día y necesitamos provisiones. Sin el oro de Eva, tenemos pocos recursos —suspiró O'Flaherty.

Angelo alcanzó su mochila improvisada, la abrió y la vació en la gruesa alfombra para revelar lo que había dentro: estaba llena de oro; cadenas, brazaletes, baratijas y anillos.

—El sábado que Eva tocó en la gala, se llevó el estuche del violín vacío a trabajar y lo llenó hasta los topes de oro. Cuando volvió a casa para vestirse para el evento, vació el estuche y entregó el oro a la madre Francesca. Estaba preocupada por si pasaba algo esa noche y no podía coger más. Tenía razón: algo pasó.

—La reconocieron.

No era una pregunta. O'Flaherty había escuchado esa parte de la historia a través de sus propias fuentes.

—Sí, la esposa del jefe de policía de Roma le dijo a Greta von Essen que Eva era una gran violinista de Florencia, una judía. La mujer del capitán se lo dijo a su marido. Podría haberse quedado callada; era amiga de Eva y la traicionó.

—Sí, pero quizás pueda redimirse. Es católica, bastante devota, no como su marido. Va a misa a la iglesia de vía Rasella, estaba allí cuando la bomba que pusieron los partisanos mató al policía alemán.

—Monseñor O'Flaherty se detuvo y se frotó el mentón, pensativo—. El padre Bartolo es su pastor, me dijo que había estado yendo todos los días estas dos últimas semanas. Quizás pueda darte las respuestas que necesitas.

Eva se quedó mirando la carretera, horrorizada y sin decir nada, hasta que Pierre habló con un fingido buen humor.

—Podría ser peor. De hecho, sé dónde estamos. Bastoña está justo al oeste de Frankfurt —dijo Pierre—, casi en línea recta en esa dirección. —Señaló la carretera que cruzaba la autovía en la que estaban de pie.

No se veía ni un alma, y eso era al mismo tiempo alentador y aterrador. El cielo se estaba aclarando con el amanecer y no tenían ningún sitio en el que esconderse ni al que ir, solo la ropa que llevaban y la fina lima de oro que Eva se había vuelto a colocar en el zapato.

—¿Está muy lejos?

Eva intentaba recordar sus nociones de geografía, pero falló por completo. Le tranquilizaba que Pierre tuviera bien presente las suyas.

—No... al menos, no en tren. Papá iba a Frankfurt por trabajo muy a menudo. Los alemanes fabrican los mejores juguetes, siempre me traía algo.

—¿Cómo de lejos está, Pierre?

Claramente, estaba evitando decirlo.

—A unos doscientos cincuenta kilómetros —dijo Pierre en voz baja.

Doscientos cincuenta kilómetros a través de territorio alemán ocupado.

—¿Y a cuánto está Suiza? ¿Lo sabes?

Negó con la cabeza.

—No, no exactamente, pero estará igual de lejos, si no más.

Eva se dejó caer a un lado de la carretera y colocó la cabeza entre las rodillas. Pierre se sentó a su lado y ninguno de los dos pudo encontrar la energía para seguir hablando. Desalentados, observaron en silencio cómo amanecía al este y la luz aparecía por encima de la línea de árboles.

—Angelo —susurró Eva, contemplando la luz que se extendía y desafiaba su corazón entristecido. La belleza hizo que lo anhelara—. ¿Qué debería hacer? ¿Qué harías tú?

—¿A quién le hablas? —preguntó con suavidad Pierre.

Eva había suplicado en italiano, un idioma que el chico no hablaba.

—Supongo que al cielo, ahí es donde están todos mis seres queridos.

Asintió como si lo comprendiera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó de repente.

Eva se rio y emitió un breve soplando de incredulidad. El pobre chaval ni siquiera sabía su nombre. Era una completa desconocida para él y todo lo que tenía.

—Eva Rosselli.

Le ofreció le mano y Pierre se la estrechó, moviéndola enérgicamente. Tenía los dedos tan fríos como ella.

—Pierre LaMont —añadió el apellido al nombre que ella ya conocía.

—Pierre LaMont. No es un nombre demasiado judío.

—No, mi padre no era judío, solo mi madre. Pero se llevaron a mi padre de todas maneras.

«Yo te veo aquí temblar. ¡Ah, cuánto te costó haberme amado! ¡Ah, cuánto te costó haberme amado!».

—También se llevaron a mi padre —dijo Eva, ignorando la canción que la atormentaba. El amor casi siempre tenía un coste terrible.

—¿Le hablabas a él?

A Pierre no le parecía extraño que estuviera hablando al cielo.

—No. Hablaba con Angelo.

—¿Quién es Angelo?

—Angelo es... era el hombre con el que me quería casar. Lo quería... Lo quiero mucho.

—¿Y qué te ha dicho Angelo? —preguntó Pierre con seriedad, como si una respuesta fuera totalmente plausible.

A Eva se le hizo un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No ha respondido —contestó con la voz ahogada.

—¿Qué crees que diría si pudiera?

—Me diría que rezara. Si Angelo estuviera aquí, seguro que rezaría —respondió de inmediato.

—Podemos hacerlo. ¿Y luego qué?

—Si Angelo estuviera aquí... —Eva pensó un momento y luego la respuesta le vino tan claramente como si una voz le estuviera hablando directamente al oído—. Si Angelo estuviera aquí, me diría que buscara una iglesia.

Pierre se levantó y le tendió la mano. Eva dejó que la levantara y se sacudió el trasero como si la poca suciedad y porquería que se le había pegado al sentarse al lado de la carretera pudiera empeorar su asquerosa falda. Pierre caminó hasta el cruce y giró hacia el oeste.

—Eva, ¡mira! —Pierre dejó de andar y señaló hacia delante—. Allí, ¿lo ves?

Ella se apresuró a su lado y contempló el paisaje con asombro. Pierre señalaba un campanario blanco y estrecho que se erigía entre un grupo de casas pintorescas que había a lo lejos.

—*Merci*, Angelo —dijo el niño sin más.

—*Merci*, Angelo —susurró Eva—. Ahora haz que encontremos a un cura igual que tú.

Era una mujer bella, alta y voluptuosa; seguramente tan alta como su marido, pero, a cambio de toda su belleza amazónica, Greta von Essen era igual de tímida y asustadiza que un ratón. Angelo la había visto meterse en la iglesia, hacer la genuflexión delante de la cruz y encender una vela. La había visto rezar un poco y luego meterse en el confesionario, donde permaneció unos cuantos minutos antes de salir de nuevo y dirigirse hacia las enormes puertas de la parte trasera de la iglesia. Fue entonces cuando Angelo se interpuso directamente en su camino. No llevaba la sotana, sino la ropa de trabajo y una vieja gorra. Ella lo miró con nerviosismo.

La mujer desvió la mirada, pero la volvió casi de inmediato. Inclino la cabeza hacia un lado, entrecerrando los ojos y frunciendo los labios como si no acabara de reconocerlo. Angelo se percató del momento en el que lo hizo.

Greta se dio la vuelta y empezó a caminar rápidamente en dirección opuesta, hacia una salida que estaba a la izquierda del

ábside. Angelo sintió una ráfaga de furia y, sin pensarlo, la persiguió casi corriendo, galopando torpemente para alcanzarla.

—¡Para! —le pidió cuando aumentó la velocidad—. Solo quiero hablar contigo. Me lo debes.

Se detuvo bruscamente como si seguir órdenes fuera absolutamente natural para ella. Se dio la vuelta despacio y lo miró a los ojos con temor.

—Mi marido dijo que estabas muerto.

Su voz tenía un tinte acusatorio, como si el hecho de que no lo estuviera fuera de alguna manera deshonesto por su parte.

—Debería estarlo. ¿Te contó cómo morí? —Greta negó con la cabeza—. No, dejarías de quererlo o admirarlo, te lo puedo asegurar. ¿Te dijo qué le pasó a Eva? —Ella asintió rápidamente y bajó la mirada hacia la billetera que tenía en las manos. Estaba temblando—. Cuéntamelo. —Angelo bajó la voz y se esforzó por usar un tono más suave.

—La han deportado.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿No te importaba lo bastante como para preguntar?

Su voz era suave, pero Greta seguía vacilando.

—¡Me mintió!

—¿En qué? ¿En qué te mintió?

—No me dijo que era judía.

—Porque no sabrías manejar la verdad, evidentemente. Mira lo que le ocurrió a Eva..., lo que me ocurrió a mí cuando lo descubriste.

—Me dijo que tú eras su hermano.

Otra acusación que no tenía nada que ver con Greta pero que sin duda usaba para justificar lo que había hecho.

—No soy su hermano.

—Así que me dijo dos mentiras.

—¿Tu marido es un maldito asesino y te preocupan mentiras que se dicen para preservar la vida? —Se esforzó por mantener el tono de voz.

—¿Acaso eres cura? —preguntó con desprecio.

—Sí.

—Uno no muy bueno —replicó ferozmente.

—No, uno no muy bueno, aunque siempre lo he hecho lo mejor que he podido —contestó honestamente, y se dio cuenta de que era la verdad. Siempre había dado lo mejor de sí mismo con la fuerza y los recursos que tenía.

—Mi marido dijo que estabas enamorado de Eva.

De nuevo, escarnio, como si su amor fuera de muy mal gusto.

—Estoy enamorado de ella. Siempre la he amado y la encontraré.

Angelo le sostuvo la mirada, inquebrantable y sin remordimientos.

—Sabía que había alguien. Tú eres el chico de su casa, del que no quería hablar.

Angelo asintió una vez y Greta se desmoronó delante de él. Cuando lo volvió a mirar, la actitud defensiva y el desprecio habían desaparecido. Solo había remordimiento.

—No quería contárselo a Wilhelm. Eva me importaba, pero sabía que, si de alguna manera lo descubría, si averiguaba que yo lo sabía, me haría daño. *Frau* Caruso lo sabía y solo era cuestión de tiempo que se lo contara a otras personas. El secreto era demasiado bueno, demasiado jugoso.

—Necesito saber dónde se han llevado a Eva. ¿Puedes averiguarlo?

—No lo sé —susurró mientras sacudía la cabeza. Parecía haber vuelto a la impotencia del miedo, y Angelo supuso que Greta von Essen estaba asustada la mayor parte del tiempo.

—Averigua dónde se la han llevado y haremos lo que podamos para sacarte de Roma si necesitas ayuda para hacerlo. Tienes que volver a casa.

Eso hizo que levantara la cabeza.

—¿Por qué? ¿No están ganando los alemanes? Han derrotado a los estadounidenses en la costa de Anzio, ¿no?

Angelo negó con la cabeza. Sabía que era cuestión de tiempo. Dios no se quedaría en silencio para siempre.

—Los han detenido, pero Estados Unidos tiene armas, soldados y, lo que es más importante, la razón de su lado. El tipo de maldad que

he visto tiene que parar. Esta no es una guerra entre bandos iguales, sino opuestos. Se trata de lo que es correcto y lo que no, de la diferencia entre el bien y el mal. La maldad llegará a su fin y la gente como tú estará en medio del fuego cruzado cuando eso ocurra.

—Si averiguo dónde la han mandado, ¿cómo me pongo en contacto contigo? —dijo en un susurro, sin ni siquiera discutir sobre la diferencia entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto. Seguramente ya sabía cuál era; debía de saberlo.

—Díselo al padre Bartolo. Él me lo dirá a mí.

10 de mayo de 1944

Confesión: no sé qué hacer.

Eva ha sido enviada a Bergen-Belsen. Sentí un alivio inmediato por que no fuera Auschwitz, pero luego caí en la cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaba Bergen-Belsen. Greta von Essen consiguió la información. El padre Bartolo dijo que estaba segura de ello, que había visto los informes de transporte. No sé cómo consiguió eso, pero no pude preguntarle. Hace unos días, Greta von Essen se fue de Roma en compañía de un grupo de monjas que volvían a Alemania de una peregrinación de Semana Santa al Vaticano. Monseñor O'Flaherty se encargó de todo.

El norte de Alemania. Bergen-Belsen. Tenía un destino, pero bien podría haber sido la luna.

La policía alemana en Roma se está volviendo más despiadada y desesperada a medida que pasan los días. Una redada sorpresa en un monasterio del distrito de San Lorenzo ha tenido como resultado el arresto de tres monjes y una docena de judíos extranjeros. Un chico intentó escapar y le dispararon delante de sus padres, que en ese momento se tiraron encima de su cuerpo inerte. A ellos también los dispararon. Encarcelaron a los monjes junto con el resto de refugiados capturados.

Un oficial fascista local nos avisó de que se iba a hacer una redada en una villa abandonada al sur de Roma donde estaban escondidos cincuenta huérfanos judíos cuidados por monjes capuchinos. Llegamos una hora antes de la redada y dispersamos a los niños entre las casas del pueblo hasta que los

alemanes se marcharon, momento en el que volvimos a llevar a los niños a la villa y los dejamos al cuidado de los monjes. Todos rezamos para que no vuelvan a ir los alemanes.

Es el juego del gato y el ratón, de curas y cazas, y es asombroso que no haya más gente que se derrumbe ante el estrés. Sin embargo, tenemos un objetivo, y ninguno de nosotros se detiene a pensar más allá del presente, más allá del día a día. Luchamos, rezamos y dormimos cuando podemos.

Las temperaturas están subiendo y la gente de los lugares de más al sur de la ciudad, cerca de las catacumbas y las Fosas Ardeatinas, empiezan a quejarse del olor. Los muertos se están haciendo notar. La indignación y el miedo en la ciudad, la desesperación de las tropas ocupantes y el tictac del final parecen penetrar en el aire con el mismo hedor que la muerte. Ninguno de nosotros podremos aguantar mucho más, pero lo haré por Eva, y ella, dondequiera que esté, tendrá que aguantar también.

Angelo Bianco

Capítulo 24

Los estadounidenses

Cuando el 4 de junio de 1944, los miembros del Quinto Ejército de Estados Unidos tomaron Roma, hubo poca algarabía. Los alemanes simplemente se marcharon. Quitaron los estandartes rojos y las banderas nazis del cuartel de vía Tasso, abandonaron las casas que habían requisado y soltaron a los prisioneros políticos. Se retiraron sin más. Algunos decían que fue por la influencia del papa, otros que solo se trataba de un reagrupamiento estratégico y unos pocos que fue por respeto a la considerable importancia histórica y artística de Roma. Fuera cual fuera el motivo, se retiraron cuando llegó el momento.

Luego la gente esperó, con la respiración contenida y el oído bien afinado. Los aviones estadounidenses habían lanzado panfletos el día anterior, instando a los civiles a que se quedaran en sus casas y se mantuvieran alejados por si se complicaba el conflicto. Sin embargo, no hubo enfrentamiento ni bombas, simplemente panfletos y una mañana clara de junio.

Cuando entraron en la ciudad los primeros camiones y tanques estadounidenses, la gente no se quedó dentro: bailaron en las calles. En realidad, era una situación extraña: los italianos, que se habían aliado con un despiadado dictador y habían luchado y muerto al lado de los alemanes, recibieron a los estadounidenses en la capital. Cuando los tanques y las tropas alemanas habían llegado a Roma hacía apenas nueve meses, la gente había perecido en el intento de

mantenerlos fuera. Eso decía bastante de los sentimientos de la gente italiana, del resentimiento por haberlos arrastrado a una guerra que muy pocos de ellos querían para luchar y morir en nombre de objetivos absurdos y hombres ridículos.

Angelo se limitó a observar con un alivio agrí dulce el desfile de vehículos militares que avanzaban traqueteando por las calles adoquinadas y el llanto jubiloso de la gente. Mario y su pequeña familia, las monjas de Santa Cecilia e incluso monseñor Luciano y su hermana saludaban a las tropas estadounidenses, que sonreían y devolvían el saludo como si fueran estrellas de cine mientras entraban en la ciudad. La guerra había acabado en Roma. Ese día fue una victoria impresionante para el clero, la resistencia y los judíos que se escondían: habían sobrevivido.

La mayoría de ellos.

Pero otros no, y algunos no lo lograrían. La guerra no había acabado para los que habían desaparecido. No había acabado para Eva ni para los innumerables judíos que todavía estaban prisioneros en los campos del norte y el este. No había acabado para los soldados aliados que seguían luchando, haciendo que los alemanes continuaran retrocediendo.

Dos días después, el 6 de junio, Angelo y un pequeño grupo de curas se reunieron en el Vaticano alrededor de una radio mientras la BBC anunciaba que el Día D había llegado.

«Esta mañana, temprano, los aliados comenzaron el ataque en la cara noroeste de la fortaleza europea de Hitler. Bajo las órdenes del general Eisenhower, las fuerzas navales aliadas, respaldadas por las sólidas fuerzas aéreas, empezaron a desembarcar a los ejércitos aliados en la costa norte de Francia».

Durante los siguientes días, los países aliados contra Hitler esperaron con el corazón en un puño y las manos temblorosas mientras escuchaban las novedades y los informes. Ese primer día, los alemanes solo sufrieron mil bajas. Los aliados sufrieron diez veces más, pero para el 12 de junio, las cinco cabezas de playa de Normandía se unificaron bajo el control de los aliados, lo que supuso el punto de apoyo que necesitaban para echar a Alemania de Francia.

Desde Normandía se llegaba a París en línea recta por el este, y cuando liberaron París a finales de agosto, Angelo puso en marcha el único plan que había podido idear. Un soldado del Quinto Ejército, un comandante que había pasado el último año en Italia, le había dado algún consejo.

—El Quinto Ejército se va a dividir y algunos de nosotros iremos a Francia. La guerra en Italia no va a ningún lado, padre. Llevamos luchando aquí mucho tiempo, escalando una montaña solo para encontrar otra detrás. Hemos tomado Roma, pero si las cosas continúan como estos últimos nueve meses, tendremos un largo y arduo camino por delante, y desde luego no saldremos de Italia hasta que Alemania se rinda o lo hagamos nosotros. En esta batalla, cada centímetro cuenta. Si quiere encontrar a esa chica, su mejor jugada es adentrarse en Francia y, desde allí, seguir a los estadounidenses hasta Alemania.

Angelo le contó su decisión a monseñor O'Flaherty y este le dio su bendición y le recordó que seguía siendo cura, que no había sido laicizado y que no tenía permiso para casarse. Ese tipo de permiso tenía que concederlo el mismo papa, y nunca se daba por sentado. Si quería casarse con Eva, tendría que hacerlo fuera de la Iglesia católica. Pero monseñor O'Flaherty lo abrazó de todas maneras y le dijo que, cuando encontrara a Eva, la trajera de vuelta a Roma para que pudiera volver a verla.

El ejército estadounidense se instaló en el Hotel Hassler, conocido entre los locales como Villa Médici, e hicieron del sitio recién renovado su cuartel general durante su estancia. Angelo estaba allí, vestido con la sotana y con el bastón escondido, esperando para hablar con el comandante del Quinto Ejército que había tomado la ciudad hacía dos meses. Había seguido el consejo del comandante y estaba allí para alistarse donde fuera necesario. Su único objetivo era llegar a Alemania.

El hotel le recordaba mucho a Eva; a pesar de eso, el estado actual en que estaba no se parecía en nada al de la noche en la que la joven tocó el violín en una habitación llena de enemigos. La visualizó muy claramente, resplandeciente con su vestido negro de noche, con el

cuello terso inclinado hacia el violín, brillantes en las orejas y una chispa en los ojos cuando lo miraba. Esa noche sostuvo en la palma de su mano esos pendientes mientras contemplaba el futuro, inclinado sobre el lavabo de la habitación del hotel, reconfortado por el baño pero frío por los acontecimientos de la noche. La redada había disparado sus nervios y estaba muy alterado. Sintió el cambio, el reajuste de sus prioridades, y, mientras sujetaba los pendientes con la mano, mientras Eva dormía en la habitación de al lado, le dolió el corazón a causa del amor y sintió el peso de la espera en el alma.

— ¿Padre? ¿Qué puedo hacer por usted?

Un hombre elegante con un uniforme impecable, el pelo peinado hacia atrás y un cigarrillo en la boca lo saludó desde la puerta de su oficina. Su «oficina» era el gran guardarropa donde Eva le dijo a Angelo que creía que iban a hacer una redada. Angelo se levantó y siguió al comandante hasta dentro intentando que no se notara su cojera, aunque probablemente la estuviera haciendo más evidente por el esfuerzo. Decidió ir directamente al grano y, después de sentarse frente al comandante, abordó la cuestión.

— He venido para ver si podría ser de utilidad para sus hombres.

— Tenemos capellanes, padre, pero siempre viene bien disponer de unos cuantos más, si eso es a lo que se refiere.

— He vivido en Italia desde que tenía once años, pero soy estadounidense. Hablo con soltura alemán e italiano, y también algo de francés. Podría ser intérprete, además de capellán.

— ¿Por qué? El ejército no paga bien y no tiene por qué hacerlo.

— Sí que tengo. Además, el sacerdocio tampoco paga bien y el dinero no es la razón por la que la mayoría hacemos lo que hacemos, ¿no es cierto, comandante?

— Tiene razón, padre. Pero ¿cuáles son sus motivos?

— Deportaron a una chica judía muy importante para mí y la enviaron a un campo de concentración al norte de Alemania hace casi cinco meses. Quiero encontrarla, y me dijeron que la mejor manera de hacerlo era seguir al ejército estadounidense hasta Alemania. Serviré en todo lo que sea necesario siempre y cuando me envíen a un destino desde el que pueda llegar a Alemania lo más rápido posible.

—Tendrá que quedarse durante el tiempo que lo requieran. Incluso si por algún milagro encuentra a esa chica, deberá permanecer con nosotros hasta el final. No podrá marcharse.

—Lo entiendo. Lo único que quiero es encontrarla y ponerla a salvo. Cumpliré con mis obligaciones.

—El padre O’Flaherty dijo que estaba decidido a unirse a nosotros. —Angelo se sobresaltó ante la mención del monseñor—. Me mandó un mensaje. Dijo que vendría a verme. Se las arregló para esconder de los alemanes a muchos de nuestros pilotos caídos. Se lo debemos. Me dijo que le podía devolver el favor ayudándolo a usted.

Angelo no pudo más que asentir, agradecido por el gesto. O’Flaherty siempre hacía lo que estuviera en su mano.

—¿Qué le ocurre en la pierna? Su cojera...

—Es una dolencia que tengo desde niño. Ando más rápido que cualquiera que conozco. Siempre llevo mi propio peso. No tendrá que preocuparse por mí, comandante.

El comandante se rio y se echó hacia delante en su silla.

—Lo creo, padre. Me parece que tiene un ángel de la guarda que vela por usted. Monseñor O’Flaherty me contó lo de la masacre en las Fosas Ardeatinas. Ese acto no quedará impune, se lo prometo.

—Asesinaron a muchos hombres buenos ese día —dijo Angelo con suavidad.

—Hemos perdido a muchos hombres buenos en esta maldita guerra. Eso es lo que me hace seguir adelante. Haré lo que pueda por ayudarle a encontrar a esa chica, pero se lo advierto: aún queda un largo y duro camino por delante. Los alemanes no han dejado de luchar y, mientras sigan así, nosotros también tendremos que hacerlo.

—No sé qué más hacer. No puedo tomar un tren a Alemania así como así y exigir que la liberen, pero tampoco me puedo quedar aquí sentado. Tengo que ir. Lo único que me hace seguir en pie es creer que Eva está allí, y si puedo llegar a ella a tiempo..., si aguanta un poco más, hasta que llegue, entonces será lo que haga.

El comandante dio una fuerte calada al cigarrillo y soltó el humo despacio mientras miraba a Angelo. Luego asintió como si hubiera reflexionado y estuviera a gusto con su decisión.

—Un vehículo del ejército sale hacia Francia en tres días: usted viajará en él. Le encontraremos suficiente trabajo como para mantenerlo ocupado y probablemente deseará no haberse alistado nunca. La 20.^a División Acorazada acaba de llegar al sur de Francia. Subirán rápido hasta la frontera entre Francia y Alemania. Es lo mejor que le puedo ofrecer, padre. Buena suerte.

—Voy contigo —dijo Mario con firmeza.

—Mario, no. No lo harás.

Angelo bajó las escaleras de la basílica de San Pedro y vio a Mario esperando al otro lado de las puertas con un petate del ejército a la espalda y una mirada de determinación.

—Soy médico, me llevarán con ellos. No hablo muy bien inglés, pero tú sí, eres estadounidense, al fin y al cabo. Podemos hacer esto juntos. Yo soy doctor y tu, médico: un médico espiritual, un médico de Dios. —Sonrió y se encogió de hombros.

—Ah, sí, estoy salvando almas a diestro y siniestro —dijo Angelo con una sonrisa autodespectiva.

Las obligaciones de los últimos meses habían sido de naturaleza temporal: comida, refugio, seguridad. No había llevado a cabo ninguno de los ritos sagrados porque sentía que no era merecedor de hacerlo, ya que estaba determinado a dejar atrás el sacerdocio si encontraba a Eva.

—Voy contigo —repitió Mario.

—Mario, tienes una mujer y tres niños que han vivido un infierno. Por fin sois libres para retomar vuestras vidas. Te necesitan, tienes que pensar en ellos.

—Giulia está de acuerdo conmigo. Ella y los niños se quedarán en el convento y les enviaré mi paga todos los meses. Están a salvo, y Giulia tiene ayuda. No soy soldado, así que no voy a luchar. Salvaré vidas y me pagarán por ello, y si eso no sale bien, me uniré a la Cruz Roja. Me he mantenido escondido mientras masacraban a mi gente durante la guerra. Esta es mi manera de aportar algo, de luchar. No

tengo trabajo...

—¡Podrías encontrar uno! Si te pasara algo, Mario, nunca podría perdonármelo. El mundo no puede permitirse perder más hombres judíos. El mundo no puede permitirse perder a un hombre como tú, ¡y punto! No me hagas cargar con ese peso —le interrumpió Angelo.

—Si no voy contigo, nunca podré perdonármelo. Eva Rosselli se sentó con la espalda pegada a mi puerta y las piernas contra la pared mientras la Gestapo disparaba en mi casa. Ella solita salvó a toda mi familia, y se la han llevado. La *signora* Donati, mi vecina, se enfrentó a los hombres que llevaban metralletas y les dijo que mi apartamento estaba vacío, que nadie vivía allí ya, y también se la llevaron. Te he visto ponerte en peligro una y otra vez; te he visto luchar, maniobrar y trabajar para mantener a cientos de judíos a salvo. Te golpearon e iban a ejecutarte. Podrías haber hablado y habernos delatado, pero no lo hiciste.

»Me he visto obligado a dejar que todos vosotros os sacrificarais por mí y por mi familia. Tuve que hacerlo, pero ya no lo haré más. Es mi turno, y pretendo estar ahí cuando liberen esos campos. Es mi turno para salvar vidas. Voy contigo, Angelo, y no me vas a detener.

13 de diciembre de 1944

Confesión: no podía irme sin el violín de Eva.

He caminado por toda Francia con un estuche de violín en la espalda. Todo el mundo me pide que lo toque y, cuando les digo que no sé, me miran como si hubiera perdido la cabeza. Puede que sí. Dejé todo lo demás, incluidos los tres diarios que quedaban, con las monjas, en Santa Cecilia, pero no podía dejar el violín. Eva querrá volver a tocarlo cuando la encuentre.

Los soldados creen que soy raro y el alzacuellos clerical los confunde bastante. Lo llevo con una camisa de uniforme en lugar de la sotana. Todos los capellanes visten como los soldados la mayor parte del tiempo. Creo que Mario les contó a algunos de ellos mi historia para acallar las especulaciones, porque ahora parece que todos saben que el violín que no sé tocar pertenece a la chica a la que estoy buscando. Pero Mario no habla demasiado bien inglés, así que a saber qué rumores puede haber empezado.

Aun así, ya no bromean tanto y ahora todo el mundo me llama «padre Angelo». Algunos de los chicos me llaman «Angel Baby», pero los apodos son bastante comunes por aquí y parecen transmitir un cierto grado de cariño. En algunos aspectos, es como volver al seminario de nuevo, solo que con pistolas, menos comida y ampollas congeladas. La parte positiva de tener una sola pierna significa que solo puedo sufrir pie de trinchera una vez.

Hay un himno que habla sobre rescatar «un alma tan rebelde y orgullosa como la mía». Es un himno protestante que cantaba mi madre hace mucho tiempo. Anoche escuché a un hombre cantarlo en el servicio aconfesional que

organicé para la unidad. No pretendo ser sacrilego, pero estoy convencido de que mi alma rebelde es lo único que me mantiene en pie, y no quiero que me rescaten.

Han pasado casi cuatro meses desde que me marché de Roma y casi nueve meses desde la última vez que vi a Eva. Ahora, sin explicación alguna, en lugar de continuar por el norte hacia Alemania, nos han mandado al este, hacia Luxemburgo, y no puedo abandonar a mi unidad e irme por mi cuenta. Lo único que puedo hacer es rezar para que el alma de Eva sea tan rebelde como la mía.

Angelo Bianco

Capítulo 25

Bélgica

El frío era implacable. Un soldado comparó adecuadamente la niebla con el algodón de azúcar, sin embargo el frío era como vivir en un barril de helado, aunque sin su sabrosa dulzura. Había rumores de que era el invierno más frío que se había registrado y Angelo estaba convencido de que debía ser cierto. Puede que hubiera nacido en Nueva Jersey, pero se había acostumbrado al clima de Florencia y Roma y, aunque en ambos sitios hacía frío en invierno, ninguno era como el de las Ardenas. Nunca había sentido tanto frío o tristeza en su vida. Intentó no pensar en Eva en el campo de trabajo al norte de Alemania o en las temperaturas y condiciones que estaría padeciendo. Aquello le hizo apretar los dientes para evitar quejarse. Estaba haciendo tratos con Dios a diestro y siniestro. Quería que mantuviera viva a Eva. Si la mantenía a salvo, a cambio él sufriría lo que fuera.

Pero Dios no actuaba de esa manera, no hacía tratos ni daba voces. No siempre se hacía ver; de hecho, raramente lo hacía. Angelo había tenido que observar atentamente para encontrar pruebas de su existencia. Dios era bastante callado. Insoportablemente callado, justo como la nieve, la niebla y los cielos. Estuvo callado mientras Angelo deambuló siguiendo a la 20.^a División Acorazada por Francia hasta los alrededores de Metz, lugar donde se unían Francia, Luxemburgo y Alemania, aferrándose a la esperanza de que continuaran hacia Alemania para forzar el fin de la guerra y tener una oportunidad para

llegar hasta el campo donde Eva estaba retenida. Sin embargo, a pesar de que los aliados obtuvieron una victoria en Metz, no fue suficiente para perforar y dar un golpe mortal al Reich. Mario y él esperaron. Mario tenía que volver a casa y Angelo tenía que avanzar. Y Dios permaneció callado.

El bosque de las Ardenas también estaba muy silencioso, siniestramente silencioso. Se lo conocía como el frente fantasma por la fría neblina blanca que se pegaba al suelo y por el silencio que no se había visto interrumpido por la guerra. Las tropas habían estado hablando de volver a casa. El frente de las Ardenas era el lugar al que se mandaba a las divisiones cuando había habido demasiadas bajas o era necesario descansar. Eran ciento treinta kilómetros de bosque, y a los estadounidenses los tomaron por sorpresa.

Justo antes del amanecer, el 16 de diciembre, todo eso cambió: el cielo se iluminó con focos y el silencio fue diezmado por un aluvión de artillería. Tras él, una fuerza masiva de tropas alemanas se abrió paso a través de los ciento treinta kilómetros del frente en dirección a Bélgica cubierta por la neblina y en unas condiciones meteorológicas espantosas.

El destacamento de Angelo pasó por Luxemburgo creyendo que se acuartelarían allí, pero en lugar de detenerse, como pensaron al principio, los enviaron a un pueblo llamado Noville, en Bélgica, sin tener ni idea de cuáles eran realmente las órdenes. Angelo descubrió que esa era la vida en el ejército para los hombres de uniforme — capellanes, médicos y soldados —; alguien apuntaba a algún lado y tú marchabas. Quizás fuera mejor así: no saber qué estabas haciendo, no saber qué habría al pasar la curva. Quizás a veces fuera mejor que Dios se quedara en silencio.

En Noville, la compañía a la que fueron asignados recibió órdenes de impedir el avance a la 2.^a División Panzer alemana. Nadie sabía que los superaban diez a uno y que disponían de más armamento. Quizás eso fuera mejor también, luchar sin conocer las probabilidades. Todo hombre con capacidad de disparar una pistola lo hizo y la ciudad se vio inmersa en una batalla de armas de pequeño calibre que duró hasta que tuvieron encima los tanques Tiger y recibieron órdenes

de retirarse hasta Bastoña, a unos cinco kilómetros bajando por la carretera.

—Chicos, Bastoña es donde todo se cruza —les dijo su comandante—. Es el centro de una ruleta, siete carreteras principales convergen aquí, y los alemanes saben que tienen que abordarla si quieren tomar el control de la zona y seguir presionando hasta Amberes, la base de suministros más grande de las tropas aliadas en el frente occidental.

No fue fácil hacer esa caminata de cinco kilómetros. Se metieron en zanjás, los dispararon por la espalda y contuvieron la sangre de los soldados heridos con las balas sobrevolando sus cabezas hasta que llegó la 101.^a División Aerotransportada en paracaídas para salvarlos en el último momento, lo que ayudó al grupo a llegar a trompicones a Bastoña para entablar batalla de nuevo.

—Será duro —dijo el comandante—. No podemos contar con el apoyo aéreo con este tiempo. Será un combate cuerpo a cuerpo, o Tiger contra pistola de juguete. ¡Me cago en la puta! Es como luchar en un congelador.

—Solo tenemos que ralentizarlos, hacer que su vida sea un infierno hasta que el cielo se despeje y nuestros chicos los arrasen todo desde arriba —añadió para animarlos el comandante de la 101.^a, y todo el mundo asintió y se resguardó.

Por suerte, la gente de Bastoña huyó de la ciudad en cuanto se enteraron de que se acercaban las divisiones Panzer por toda la campiña. Abandonaron la tranquila ciudad empujando apresuradamente carros cargados con todo lo que habían podido coger, la mayoría preguntándose quién estaría al mando cuando volvieran. Algunos de los residentes habían vuelto a colocar las banderas nazis en sus puertas solo para minimizar los riesgos. La evacuación facilitó el establecimiento de un puesto de socorro con provisiones y la unidad montó un hospital improvisado en la base de un edificio de tres pisos en la calle Neufchâteau. Había un almacén en el primer piso, y en los pisos de arriba estaban las habitaciones, de las que se apropiaron los médicos, mientras que la exhausta unidad se instaló en un apartamento unos cuantos edificios más abajo, al otro lado de la calle.

El bombardeo constante los acompañaba todos los días. Angelo y Mario se abrían paso entre los heridos junto con las dos enfermeras voluntarias de la zona y Jack Prior, el médico estadounidense asignado a la división. Hicieron cuanto pudieron con lo poco que tenían: unos cuantos apósitos, muy poca morfina, pastillas de sulfamida y plasma. El puesto de socorro, que se encontraba en algunos de los antiguos barracones belgas que había bajando la carretera y que había organizado la 101.^a División Aerotransportada, no era mucho mejor. El mayor de los problemas era la gangrena, y el doctor Prior no era cirujano. La mayor esperanza era mantener vivos a los heridos para que los evacuaran, lo que aún no había pasado ni pasaría a no ser que hicieran retroceder al enemigo.

Para cuando llegó el 21 de diciembre, la ciudad de Bastoña estaba totalmente rodeada por los alemanes, con la 101.^a y la 20.^a acorraladas. Los soldados empezaron a bromear: «Nos tienen rodeados, pobres desgraciados. No importa dónde disparemos, es inevitable dar a alguno». «Pobres desgraciados» se convirtió en un grito alentador durante los siguientes días.

El 22 de diciembre, un comandante alemán envió una carta al general McAuliffe amenazando con la aniquilación si Bastoña no se rendía, cuya única respuesta fue un sucinto «¡Lunáticos!». Los soldados se rieron y Angelo le dio vueltas a la respuesta durante diez minutos; luego sacudió la cabeza y también se rio, suponiendo que simplemente era jerga que no entendía. Había descubierto que le gustaban los estadounidenses y que estaba orgulloso de ser uno de ellos, aunque fuera solo de nacimiento.

La noticia de una masacre de casi cien soldados estadounidenses cerca del municipio de Malmedy —soldados que solo unos días antes se habían rendido ante la División Panzer—, probablemente suscitara el rechazo de la rendición que solicitaban los alemanes. Angelo se imaginó que «Lunáticos» significaba «Estáis locos». Eso... o «¡A la mierda!». Ambas opciones valían. Con las divisiones mordiendo los flancos alemanes y la 101.^a sin querer rendirse, la batalla de Bastoña continuó durante casi una semana.

Angelo dio lo mejor de sí mismo, ofreciendo un par de manos y

ayudando a los convalecientes en lo físico y en lo espiritual. Había empezado a pensar que podría ser un médico decente si vivía para ver el final de la guerra, si encontraba a Eva y conseguían volver a casa. Si no podía ser cura, tendría que hacer otra cosa.

Era 24 de diciembre y ya había anochecido. Era una Nochebuena como ninguna otra en su memoria cuando apareció una anciana en el puesto de socorro pidiendo ayuda para una mujer del pueblo que se había puesto de parto.

Mario estaba cosiendo una herida y el doctor Prior estaba deteniendo una hemorragia. Mario miró alrededor como un loco en busca de alguien que ayudara a la insistente mujer que le estaba tirando del brazo, rogándole y parlotando sobre el dolor y la duración de las contracciones y sobre cómo el niño se había quedado atascado.

—¡Angelo! —lo llamó—, hay una mujer que está dando a luz no muy lejos de aquí. Necesita ayuda.

—¿Por qué no se fueron con el resto?

Angelo acabó de ayudar a un soldado herido a beber agua y luego se dirigió hacia Mario y la anciana.

—La madre tenía miedo de ponerse de parto, y parece que tenía razón —contestó Mario.

La mujer se alejó de la sangre, con la mirada cansada y desesperada.

—Iré yo, tú no puedes marcharte —dijo Angelo, intentando no pensar en lo que podría encontrar.

—Si puede, que se coloque a cuatro patas, Angelo. Si el bebé tiene la cabeza hacia abajo pero no se ha colocado bien, a veces esa posición ayuda a que salga de manera natural.

Las instrucciones hicieron que Angelo parara y lo reconsiderara.

—Mario, no puedo hacerlo —contestó suavemente—. No soy médico, no sé nada sobre cómo traer bebés al mundo, y menos si la madre o el niño están en peligro.

—Lo sé, pero ve y mira qué se puede hacer y, si puedes, tráela aquí. Podemos ayudar mejor a todo el mundo si están todos en el mismo lugar. Llévate el carro.

La anciana besó el rosario mientras andaba y tiraba. A Angelo le recordaba a su *nonna* de Florencia. Empujó el carro hasta una casa que estaba a solo tres edificios del puesto de socorro y la mujer subió por unas escaleras heladas. Angelo la siguió pisando tan cuidadosamente como hacía ella. Abrió la puerta delantera y se quitó la bufanda de la cabeza, llamando a quien estaba en la casa.

—Te he traído un cura —gritó en francés—. Era el único del que podían prescindir.

Se volvió hacia Angelo, que se quitó la nieve del calzado mal emparejado, consecuencia de la prótesis, en la que siempre llevaba una bota negra, y cerró la puerta al entrar.

—Ha intentado andar creyendo que eso ayudaría. No sé qué más hacer. Está agotada y lleva así mucho tiempo.

La anciana parecía avergonzada, como si por ser mujer debiera ser de más ayuda.

En el rellano de arriba se escuchaban pasos lentos y llenos de dolor, y Angelo elevó la mirada hacia la parte de arriba de las escaleras. La mujer tenía las manos apoyadas en la espalda para mantenerse erguida y su pelo era como una nube oscura desaliñada sobre sus pequeños hombros, pero la mirada de Angelo se dirigió directamente a la enorme barriga. Parecía incluso más grande por el tamaño de la propia chica. La parturienta llevaba un jersey rosa caído sobre los hombros y un vestido holgado negro que se había lavado demasiadas veces pero que, evidentemente, se había elegido para que le quedara bien con ese abultado vientre. Tenía los pies finos e iba descalza a pesar del frío. Las uñas de los pies eran increíblemente rosas, como el jersey. Durante un segundo, Angelo se preguntó cómo habría conseguido tal hazaña antes de elevar la mirada hasta su cara y de que el mundo se tambaleara y se volviera del revés. La mujer lo miraba desde arriba como si hubiera vuelto de entre los muertos; como si fuese Lázaro y hubiese ido a visitarla.

—¿Eva? —jadeó.

Ella apartó una de las manos de la espalda y la apoyó contra la pared, como si esta se cerniera sobre ella. No cuestionó su presencia. Se limitó a observarlo como si esperara que fuera a desaparecer en cuanto pestañeara, y las piernas le cedieron peligrosamente.

Angelo nunca recordaría cómo cruzó las escaleras ni si lo hizo; debió de haber volado, porque se encontró a sí mismo de pie frente a ella y de espaldas a las escaleras. Eva se desplomó contra la pared, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Eva —volvió a pronunciar su nombre.

Entonces, Eva se tiró a sus brazos. Se quedaron un rato abrazados y luego Angelo la alejó lo justo para volver a mirarla y asegurarse de que era real. Le cogió la cara mientras la mirada incrédula de Eva recorría sus rasgos. Eva no dejaba de pronunciar su nombre; la palabra «Angelo» le abría los labios, que se juntaron de nuevo con los de él cuando la besó, primero en la boca y luego por el resto de la cara: mejillas, barbilla, nariz, frente... Luego volvió a buscar sus labios una vez más.

—¡Eva!

Se oyó un grito sobresaltado desde el final de las escaleras que los hizo separarse brevemente. La pobre anciana estaba fuera de sí al ver a un desconocido —¡a un cura!— besar a la embarazada.

—¡Este es mi Angelo, Bettina! —gritó Eva, riendo y llorando a la vez mientras seguía tocándole la cara con incredulidad—. Este es mi Angelo.

—¿Angelo? *¿Le père du bébé?* —Bettina carraspeó.

Esta inmediatamente se santiguó. El alzacuellos de Angelo claramente la confundía. Eva no debía de habérselo contado todo. Después, las palabras de asombro de la mujer hicieron mella en la incredulidad eufórica de Angelo.

—¿El padre del bebé? —repitió él al recordar de repente el motivo por el que lo habían llamado en primer lugar.

Sus manos fueron al abdomen hinchado de Eva seguidas por sus ojos. Luego volvió a contemplar su preciosa cara agotada y sus ojos anegados en lágrimas.

—Sí, el padre del niño —susurró sin apartar los ojos de los de

Angelo, con la respiración contenida y las manos apretadas.

Volvió a refugiarse en sus brazos mientras Angelo la sostenía en medio del dolor de un parto para el que no estaba preparado en absoluto.

—Las contracciones son intensas y fuertes —resolló Eva—. Llevo de parto desde ayer y creo que no está yendo como debería.

—Tienes que ponerte a cuatro patas —le instó Angelo.

Entraron en la habitación de la que evidentemente había salido Eva. El fuego rugía en la chimenea, y el agua, las toallas y la cama con sábanas limpias estaban preparadas. Claramente, Bettina había hecho todo lo que sabía. Angelo acompañó a Eva hasta la cama y la ayudó a acomodarse a cuatro patas. Los brazos y las piernas le temblaban a causa del cansancio. Parecía extremadamente débil y se dio cuenta de por qué Bettina había ido en busca de ayuda.

—Tengo que ir a por Mario. Puede que esto funcione, pero vas a necesitar un médico —dijo con urgencia.

—¿Mario? —Elevó la voz asombrada—. ¿También está aquí Mario? ¿Cómo es posible? ¿De dónde venís, Angelo? Pensaba que estabas muerto. Me dijeron que estabas muerto.

La conmoción la debilitó aún más y le temblaron los brazos salvajemente.

—Chist, ya tendremos tiempo para eso. Tenemos mucho de lo que hablar, pero ahora necesitas un médico.

—No te vayas —suplicó Eva con los ojos implorantes mientras intentaba extender una mano, que osciló peligrosamente—. Por favor, Angelo, por favor, quédate conmigo.

Angelo también sintió el presentimiento de que si se separaban ahora, la fisura que se había abierto y les había permitido cruzar tiempo y distancia y reencontrarse se cerraría para siempre. Dudó, pues sabía que necesitaban a Mario, pero no quería perder de vista a Eva.

—*J'y retournerais* —se ofreció Bettina desde la puerta; la pobre mujer acababa de subir por las escaleras—. Iré otra vez.

—*Madame!* —la llamó Angelo—. Dígale al doctor Sonnino que he encontrado a Eva. Vendrá.

Pero Mario no llegó, y Bettina tampoco. En su lugar, la Luftwaffe irrumpió con disparos ensordecedores en el claro cielo de diciembre y, de pronto, debido a las bengalas de magnesio, la noche era tan clara como una tarde de julio. Segundos después, un chirrido infernal penetró en el aire y Angelo cubrió a Eva con su cuerpo mientras las primeras bombas alcanzaban sus objetivos y la tierra temblaba por el impacto. El apartamento tembló, pero no le dieron. Angelo se preparó mientras el sonoro zumbido volvía a empezar, señalando que otra bomba se dirigía hacia ellos.

—Te quiero, Angelo —le dijo Eva al oído.

Angelo le devolvió las palabras protegiéndola lo mejor que pudo mientras el mundo explotaba a su alrededor. Aun así, el edificio resistió. Luego, el ataque empezó. Un bombardero alemán descendió para ametrallar la zona. Los alaridos y gritos de los supervivientes interrumpieron el sonido del cristal al romperse y del bombardeo, y Eva y Angelo esperaron con la respiración entrecortada, liberados de un trauma por la llegada de otro.

—Angelo —dijo Eva entre jadeos—. Ya llega. El dolor es diferente. Siento una presión; el bebé ya llega.

Angelo abrazó a Eva durante todo el tiempo que pudo mientras ella estaba a cuatro patas y, luego, la recostó de lado y la dejó descansar, solo a ratos, cuando la agonía no hacía que se retorciera.

Eva sonrió como si Angelo hubiera llevado a cabo un milagro y el joven cerró los ojos, aliviado y agradecido, antes de ayudarla a sentarse y le llevaba las piernas al pecho. No sabía qué tenía que hacer, pero en algún recoveco de su mente vio a una mujer ayudando a su madre mientras traía al mundo a su hermana. Su madre ganó la batalla, pero perdió la vida, y eso no pasaría ahora. No lo permitiría.

—¿Y Bettina? —jadeó Eva, interrumpiendo los terribles pensamientos de Angelo. Tenía los ojos abiertos y llenos de preocupación—. ¿Y Mario?

El hecho de que ninguno de los dos hubiera llegado era una señal

alarmante de que el bombardeo había causado muerte y destrucción en las calles. Pero Angelo tenía un propósito; ya se preocuparía de Mario cuando Eva dejara de estar en peligro.

—No lo sé, Eva, pero yo estoy aquí. Todo irá bien —dijo para tranquilizarla.

El miedo que sentía en el estómago era tan grande que se había solidificado y ahora era una roca enorme, pero tenía que mantener la calma. La había encontrado y estaba dando a luz a su hijo. Tenía que mantener la calma.

Eva sonrió ligeramente y luego asintió, creyendo en él como siempre lo había hecho. Después se le llenaron los ojos de lágrimas cuando el dolor regresó. Llevó la barbilla al pecho y arqueó la espalda a modo de protesta.

—Cuéntame... —jadeó—. Cuéntame cómo me has encontrado.

—Me dijeron que te habían enviado a Bergen-Belsen. Después de que los estadounidenses liberaran Roma y luego París, fui a Francia y seguí al ejército por todo el país para intentar llegar a Alemania y encontrarte. Ha sido muy frustrante. Hubo días que estuve a punto de marcharme por mi cuenta, pero Camillo siempre me contenía.

—¿Mi padre? ¿A qué te refieres?

—Camillo fue a Austria y nunca volvió a casa. Sabía que no te volvería a ver otra vez si no era prudente. Cada vez que quería apresurarme, era como si estuviera detrás de mí, dirigiendo mis pasos.

—También estaba conmigo. De no ser por él, ahora estaría en Bergen-Belsen. Soñé con él y me dijo que estabas conmigo, dentro de mí. No entendí lo que quería decir hasta que me di cuenta de que estaba embarazada.

—¿Cómo acabaste aquí? ¿En Bélgica? —le preguntó, tratando de distraerla de su creciente agonía.

Se sentó detrás de ella para que se apoyara en su pecho y Eva enterró la cara en su cuello mientras intentaba escapar de las contracciones.

—¡Salté! —gritó, y presionó la cara contra él mientras empezaba a temblar—. Salté y luego eché a andar.

Dejó de hablar; era una tarea demasiado exigente. Angelo quedó

maravillado al escuchar sus palabras.

Saltó y luego echó a andar.

Parecía que las contracciones aumentaban, hasta que no hubo más alivio ni pausas para reponerse y descansar tranquilamente. Eva empezó a empujar en vano, ya que su cuerpo le pedía que lo hiciera. Eran arremetidas, ataques, y una hora se convertía en otra y luego en otra mientras el mundo al otro lado de las ventanas rotas seguía ardiendo y la mujer a la que amaba rezaba por su salvación. Angelo movió la cama al lado del fuego y clavó mantas a la ventana para mantener fuera el máximo frío posible e impedir que entrara la luz en caso de que los bombarderos alemanes volvieran, pero las condiciones estaban lejos de ser favorables. Bettina había traído mucha agua hervida, y Angelo mantuvo la zona todo lo limpia que pudo y a Eva lo más cómoda posible hasta que por fin, cerca de la medianoche, llegó al final.

Un charco de agua teñido de sangre empapó la sábana y Eva gimió en agonía. Presionó hacia abajo, empujando y llorando con un aguante nacido del amor y poco más. Angelo, de rodillas delante de ella, rezaba a la *Madonna* para que interviniera, y, concebido con amor y tribulación, llegó al mundo un bebé el día de Navidad. El llanto del niño rompió la sagrada calma del momento, sacudiendo furioso sus pequeños brazos y piernas al tiempo que su padre lo saludaba por primera vez.

—Es un niño, Eva. Es un pequeñín.

Angelo lloraba, abrumado. En un pueblo bombardeado, en un país extranjero, había aparecido una hojita en una nueva rama, un nuevo amanecer en un día en el que muchos hijos se habían desvanecido. Temblando y asustado por sus propias emociones, dejó con cuidado el bebé en el pecho lleno de sudor de Eva y cortó el cordón que unía a la madre con su hijo. La sonrisa de Eva era débil, pero respiraba profundamente y tenía el rostro sereno. Cubrió a su hijo con una toalla limpia y buscó con una mirada resplandeciente su carita.

—Ya está aquí mi pequeño Angelo Camillo Rosselli Bianco.

El bebé dejó de llorar casi de inmediato y se quedó mirando la cara de su madre con tal curiosidad y asombro que Eva rompió a reír a

pesar de que las lágrimas le recorrían el rostro de forma incesante. Y luego empezó a cantar. Más que una canción, era un susurro, y Angelo inclinó la cabeza hacia la de ella y escuchó el villancico que había cantado exactamente un año antes en el camión de reparto, encajonada entre Angelo y monseñor O'Flaherty.

Oh, Niñito mío divino,
yo te veo aquí temblar.
¡Oh, Dios santo!
¡Ah, cuánto te costó
haberme amado!
¡Ah, cuánto te costó
haberme amado!

Querido niño elegido,
esta misma pobreza más me enamora,
ya que el amor te hizo aún más pobre,
ya que el amor te hizo aún más pobre.

Angelo besó las lágrimas de la cara de Eva y las saboreó en sus labios. El amor no les había hecho más pobres: el amor les había hecho ricos. En ese momento eran de la realeza, un rey de la fortuna y una reina del destino abrazando a un pequeño príncipe de la paz. Angelo aún no tenía ni idea de dónde había estado Eva ni de cómo había acabado en un lugar llamado Bastoña en medio de un asalto, pero la había encontrado.

La había encontrado.

Y no había hombre en la tierra ni ángel en el cielo que pudieran convencerlo de que los milagros no existían. Por una vez, Dios no se había quedado en silencio.

Capítulo 26

Bastoña

A primera hora de la mañana, Angelo y Eva escucharon que abrían por la fuerza la puerta de abajo y repiqueteos de pies dentro de la casa, acompañados de gritos. Angelo, que había estado dormitando en una silla al lado de la cabecera de Eva, se levantó y, de inmediato, corrió de la silla hasta la puerta. La abrió de golpe y salió al rellano.

—¡Mario! —dijo con un gran alivio en la voz—. ¡Aquí arriba!
¡Estamos aquí arriba!

Eva acurrucó al bebé entre las mantas que Angelo había colocado sobre ellos y escuchó que las botas subían las escaleras y a Angelo reír de pura gratitud.

Los hombres empezaron a hablar a la vez, palmeándose las espaldas y asegurándose el uno al otro que estaban bien. Luego Mario Sonnino se quedó en la puerta. Tenía la cara sucia y el uniforme manchado de sangre, y parecía haber sobrevivido a la detonación de una bomba enemiga.

—Bettina, la mujer que me dijo dónde encontraros, está a salvo. No pudimos venir hasta aquí porque había una pila de escombros delante de la puerta que me sacaba una cabeza. Alcanzaron el edificio de al lado, en todo el tejado, así que tuvimos que esperar un poco. Se desató el caos y ninguno de nosotros podía salir a descubierto y ponerse a quitar los escombros —explicó.

Mario sacudió la cabeza para intentar ver mejor y se frotó los ojos

con fuerza, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Hola, Mario —dijo con calma Eva, que sonrió ante su cara anonadada. Él caminó despacio hasta la cama y se arrodilló al lado de ella con humilde respeto. Angelo lo siguió, con los ojos clavados en Eva y la boca temblando de emoción—. Te presento a Angelo Camillo Rosselli Bianco —murmuró, y le mostró la cara adormecida de su hijo—. Nació el día de Navidad.

Mario simplemente se quedó mirando, estupefacto.

—¿Cómo? —pronunció finalmente con la voz rota.

—Cuando dos personas se quieren mucho —dijo burlonamente Eva—, a veces tienen hijos.

—¿Cómo? —volvió a decir Mario mirando a Angelo.

Este simplemente sacudió la cabeza, como si le fallaran también las palabras. Angelo llevó al fatigado médico hasta la silla de la que se había levantado y trajo ropa limpia, una pastilla de jabón y un cubo de agua.

—Mario, aséate y Eva nos contará la historia.

Les habló de Pierre, el chico de Bastoña, cuya madre la había convencido para que saltara del tren que iba a Bergen-Belsen. Les contó cómo era volar por el aire con balas zumbando a tu alrededor y cómo se sintió cuando se dio cuenta de que había conseguido saltar y sobrevivir. Les contó que se encontraron la señal y que así supieron que estaban en Alemania, y luego que Pierre y ella se escondieron en una iglesia durante dos días, bebiendo del depósito de agua del exterior y comiendo hostias sagradas hasta que los encontró el pastor y les dio de comer antes de mandarlos al siguiente pueblo, limpios y vestidos apropiadamente y con instrucciones de encontrar al padre Hirsch.

El padre Hirsch los mandó al padre Gunther, en Gustavsburg; el padre Gunther, al padre Ackermann, en Bingen; el padre Ackermann los mandó al padre Kuntz, en Bengel. Caminaban o los llevaban a escondidas hacia Bélgica, pueblo tras pueblo, confiando en la integridad de la Iglesia católica, en la que no siempre se podía confiar. Uno de los curas les advirtió que evitaran al cura del siguiente pueblo porque era simpatizante nazi y su hermano era un alto cargo del

Reich.

Cuando llegaron a la frontera, los subieron en la parte de atrás de un carro y, cubiertos por un toldo de plástico, esparcieron encima de ellos estiércol hasta arriba para camuflar el escondite. Un granjero alemán enganchó el carro a su mula y cruzó tranquilamente la frontera. Y nadie dijo nada. Los llevó hasta las afueras de Sankt Vith, y desde allí se dirigieron al sur; una noche durmieron en el bosque porque estaban demasiado cansados como para caminar el último tramo hasta Bastoña. Les llevó tres semanas recorrer doscientos cuarenta kilómetros, y, después de llegar, Eva estuvo enferma durante dos meses. Después de dos meses sin venirle el período, se dio cuenta de que el cansancio y las náuseas no se debían al estrés extremo y el sobreesfuerzo, sino a que estaba embarazada.

—Y desde entonces, he estado aquí —concluyó Eva—, escondida. Aún había alemanes en la zona, aunque no muchos.

—¿Dónde está ahora Pierre? —preguntó Angelo.

—Bettina y yo le obligamos a irse cuando evacuaron la ciudad. Está con unos amigos.

—Menos mal que se fue, porque no sabía lo que iba a encontrarme cuando crucé esas puertas —dijo Mario—. Las bombas caían como si fueran lluvia. También alcanzaron el puesto de socorro. Yo estaba en la cocina, en la parte de atrás, ya que guardamos el plasma en el frigorífico. Era poco más que un invernadero acristalado. Salí volando a través del cristal y aterricé en un banco de nieve. Tengo algunos arañazos. Eso es todo, pero el puesto se incendió. Evacuamos a algunos heridos. Al resto lo aplastaron los escombros.

—Has perdido las gafas —observó Angelo.

—Pero eso fue todo, eso es lo único que he perdido. Una de las enfermeras, Renée, está muerta. Entró a por los heridos una y otra vez. La última, no salió.

—Otro héroe de guerra —susurró Eva—. Gracias, Mario. —Este se encontró con su mirada—. Gracias por encontrarme, gracias por tu amistad.

—Angelo nunca perdió la esperanza, Eva. Estaba decidido a encontrarte —contestó Mario.

—Es un hombre con una fe enorme —murmuró, y sonrió a Angelo, que no había apartado los ojos de la cara de Eva mientras esta contaba toda la historia de su viaje a Bastoña.

—Un hombre con una fe enorme —coincidió Mario.

El día después de Navidad, el Tercer Ejército de Patton liberó la ciudad del asedio. La 101.^a División Aerotransportada, con una jactancia considerable, manifestó que en realidad no necesitaban ayuda, y puede que fuera cierto: los pobres desgraciados alemanes estaban rodeados, los tenían a tiro por todos lados. Sin embargo, al margen de si la necesitaban o de si era bien recibida, la batalla de Bastoña acabó y, en los días siguientes, el frente se desplazó mientras el embolsamiento que habían creado los alemanes en la línea de los aliados se rectificaba por su propia naturaleza y la niebla se disipaba, haciendo posible trasladar a los soldados enfermos, llevar suministros y sacar de los escombros los cuerpos de los muertos.

Tras hacerles a Eva y al bebé una revisión rudimentaria, Mario tranquilizó a Angelo: lo había hecho bien, mejor que bien.

—Eres un médico en potencia, Angelo —le dijo seriamente, abrazando al bebé chillón que no había disfrutado demasiado de la revisión.

Eva lo tomó en brazos, arrullándolo y riéndose de su enfado, y abandonó la habitación para ir a alimentarlo. Angelo los observó irse. Aún seguía asombrado, aún no podía creer lo que había sucedido. Se volvió hacia Mario y respondió a su cumplido.

—De hecho, lo he considerado, pero no quiero ser médico. No quiero tener más que ver con la muerte, amigo. Camillo siempre decía que estamos en la Tierra para aprender. Creo que quiero enseñar. Quiero enseñar historia para que el mundo no tenga que repetir sus errores. El viaje de Eva a través de Alemania me ha convencido de que también hay muchos alemanes buenos. Tienen tanto miedo y han sufrido tanto como nosotros. Los italianos no tenemos derecho a juzgar: también luchamos para Hitler. Puede que la gente no tuviera

opción, pero a veces me pregunto qué habría pasado si todo el mundo que no tenía opción hubiera tomado una decisión igualmente; si todos nosotros hubiéramos elegido no participar, no habernos dejado intimidar, no tomar las armas, no perseguir al enemigo. Entonces, ¿qué habría pasado?

Mario asintió.

—Todos hemos estado a merced de Hitler. Estoy seguro de que ha sido igual para muchos de los alemanes. Sus secuaces y él han mentido al mundo y nadie sabrá toda la verdad, nadie será siquiera capaz de creer la verdad hasta que haya acabado el conflicto realmente.

—Con suerte, será pronto —musitó Angelo.

No sabía si podría soportar abandonar a Eva de nuevo, pero su división reemprendería el rumbo pronto y tenía la obligación de ir con ellos.

—El doctor Prior le ha contado al general McAuliffe tu historia, Angelo. Eva y tú volveréis a Roma tan pronto como ella y el bebé estén preparados para viajar —dijo Mario con una sonrisa.

Angelo se desplomó de alivio y se llevó la cara a las manos.

—Gracias a Dios. ¿Tú también vienes?

—Espero poder unirme a vosotros pronto, pero no me permiten marcharme todavía. Necesitan médicos desesperadamente y yo me ofrecí voluntario. Cuando me alisté, me comprometí a estar con ellos hasta el final. Esta guerra va a acabar más pronto que tarde —añadió Mario—, y quiero ver la verdad con mis propios ojos. Lo necesito.

Cuando limpiaron todos los escombros y los restos del puesto de socorro, uno de los soldados encontró un estuche de violín, tremendamente arañado, abollado y lleno de cenizas blancas. Lo examinó e intentó averiguar por un momento lo que había descubierto. Consiguió abrir el cierre torcido y descubrió que el violín que había dentro estaba intacto.

—Oye, ¿no es del padre Angelo? —gritó alguien desde abajo.

El soldado se encogió de hombros y cerró el estuche antes de pasárselo al hombre que había hablado. El soldado galopó hasta el puesto de socorro reconstruido. Sabía perfectamente dónde encontrar

al cura que había llevado un violín a su espalda durante los últimos cinco meses.

El día avanzó y encendieron varios fuegos, y mientras la 20.^a División Armada y la 101.^a División Aerotransportada se preparaban para salir a la mañana siguiente, una dulce música surgió de la carretera destruida. Los soldados se detuvieron, inclinando la cabeza para escuchar. Era una melodía cautivadora y pura, tocada por una mujer que no había sostenido un violín en los últimos nueve meses, desde que tocara en una habitación llena de policías alemanes y la denunciaran por ser judía.

Eva estaba en medio de la calle, envuelta en el frío y tocando sin cesar una pieza tras otra. La ciudad devastada por la guerra era de nuevo libre, gracias a la música reconfortante. Aquel era el regalo de Eva a los hombres que le habían llevado a Angelo, a los héroes anónimos de una guerra sin fin. Los villancicos y las nanas calentaban el aire gélido. Los susurros comenzaron cuando los hombres cayeron en la cuenta de quién era y empezaron a reunirse de forma dispersa en la plaza del pueblo.

—Esa es la chica a la que buscaba el padre Angelo.

—Escapó de los alemanes.

—La ha encontrado aquí, en Bastoña.

—¡Era su violín!

—Es un milagro.

A través de susurros de estupefacción, la historia de Eva y su violín se extendió entre la gente y por las calles. Se filtró hasta los campos y entre los soldados que estaban allí, escuchando el dulce bucle de música que se extendía a través de la neblina invernal. El frente fantasma se convirtió en un pequeño paraíso, aunque fuera solo durante un rato.

Angelo observaba tocar a Eva desde una ventana del piso de arriba del apartamento que daba a la calle con su hijo en brazos y los oídos atentos para no perderse ni una nota. Sí que era un milagro. Había habido muchos y antes de que acabara la guerra, habría más. Encendió una vela y la observó parpadear. La luz se reflejaba en la cruz que colgaba de la pared. Y siguió escuchando a Eva tocar.

Epílogo

3 de agosto de 1955

Confesión: agosto me recuerda a Maremma.

No hemos vuelto a ir a Grosseto ni a las playas de Maremma. Puede que algún día llevemos a nuestros hijos allí y les enseñemos las pozas y les dejemos que vean los flamencos rosas. Nos bañaremos en las aguas cristalinas, recogeremos piñas de los pinos marítimos que bordean las playas blancas y subiremos los escarpados acantilados. Aunque no sé si podré.

Ahora, todos los agostos vamos a Cabo Cod y bromeamos con que simplemente tiene la forma de una bota más pequeña. Nos quedamos en una cabaña, comemos pasta y langosta y toco el violín. La piel de Angelo se oscurece y sus ojos se tornan más azules que el océano mientras que yo hago lo posible por no quemarme ni preocuparme por lugares lejanos que persisten en mi cabeza como notas infinitas en el viento.

Buscamos perlas, nos robamos besos y nos escabullimos para hacer el amor como si fuéramos de nuevo los adolescentes de la cabaña del pescador. Pasar agosto en la playa me duele un poco, pero es un dolor dulce, una agonía necesaria. Es la angustia de la vida, de sentir alegría cuando muchos no pueden. A veces huelo la pipa de babbo y escucho a Chopin en algún lugar en la distancia, como si Felix me recordara quién soy.

Todavía sueño con el tren, como si mi subconsciente supiera que nunca llegué a su destino. Salté, engañando a la muerte, y aún me veo forzada a seguir saltando. Odio esos sueños y siempre me despierto con el hedor a

sangre, orina y pólvora en la nariz. Angelo nunca me pregunta por los detalles, ya los conoce; simplemente me abraza y yo hundo la nariz en el hueco de su garganta, respirándole y exhalando el miedo, porque agosto también me recuerda a Auschwitz.

Babbo me dejó en agosto. De acuerdo con los informes, que los alemanes guardaron con un cuidado meticuloso, lo metieron en una cámara de gas el día que llegó al campo. Lo hicieron junto con la mayoría de hombres que tenían más de cuarenta años; babbo tenía cincuenta y dos. Al tío Augusto y a la tía Bianca también los gasearon poco después de que llegaran al campo. Levi y Claudia lograron pasar la primera selección, pero les dieron la opción de ir en camión hasta el campo, que según les dijeron estaba a diez kilómetros. Fue una mentira para eliminar a los perezosos; los gasearon junto con sus padres. De los aproximadamente mil doscientos judíos que fueron deportados de Roma en la redada de octubre de la que los Sonnino escaparon por los pelos, alrededor de ochocientos fueron gaseados de inmediato. De cuantos entraron en el campo, solo sobrevivieron una mujer y cuarenta y siete hombres. Cuarenta y ocho personas de mil doscientas.

La madre de Pierre, Gabriele LaMont, no sobrevivió al último invierno en Bergen-Belsen a pesar de que aguantó ocho meses, algo casi inaudito. Mi hijo y yo no habríamos sobrevivido tanto tiempo. No creo que mi bebé hubiera sobrevivido al parto. Al final de la guerra, fueron hospitalizados sesenta mil prisioneros y se extendió el tifus. Los británicos liberaron Bergen-Belsen en abril de 1945. Aquel fue un primer vistazo real al mundo de los horrores que nadie había creído posible. Me obligué a mirar las fotografías; se lo debía a aquellos que no contaron con un ángel blanco que los escondiera, a aquellos que no tuvieron la fuerza o la oportunidad para saltar y que no fueron capaces de aguantar.

Angelo y yo no nos quedamos en Italia, aunque después de la guerra, volvimos un tiempo a Florencia. Nos casamos en una pequeña ceremonia aconfesional, aunque los dos añadimos nuestras propias pinceladas desafiantes. Sigo siendo judía y Angelo todavía es cura. Son cosas que no se pueden deshacer, y tampoco queremos hacerlo. Sin embargo, lo han laicizado, no puede llevar a cabo ordenaciones, y la Iglesia católica no reconoce nuestro matrimonio. Pero creo que Dios sí, y eso me basta. Ya nadie lo llama padre..., excepto nuestros cuatro hijos, y por lo general lo llaman «babbo». Al fin y al

cabo, somos italianos y siempre lo seremos.

Santino y Fabia querían que nos quedáramos con ellos en Florencia para darnos amor a nosotros y a nuestros hijos. Querían volver a ser una familia. Después de todo, la villa era nuestra casa, una casa que me devolvieron tras la guerra. Pero hay algunas heridas y recuerdos que es mejor enterrar, dejarlos en las fotografías y en una parte de la memoria selectiva. Necesitábamos crear una vida juntos más allá de la sombra de la guerra, más allá de los dictados de nuestro pasado y de los susurros y especulaciones de aquellos que creían conocernos.

Nos quedamos en Florencia hasta que el pequeño Angelo tuvo dos años y Felix Otto, nuestro segundo hijo, seis meses. Los gemelos nacieron en Estados Unidos, dos niñitos a los que llamamos Fabio y Santino en honor a sus bisabuelos, quienes decidieron que, si no podían convencernos para que nos quedáramos en Italia, se vendrían con nosotros a Estados Unidos.

Han sido unos años felices. Estoy enseñando a mis hijos a tocar el violín, insistiendo en las notas largas y en las escalas, haciéndoles leer las partituras y recordándoles que la música es algo que no pueden arrebatarse. Son indisciplinados, como lo era yo, pero cuando tocan, oigo mi vida y la de mi familia salir de las cuerdas, justo como decía el tío Felix que tenía que ser.

Angelo enseña Historia y Teología en una pequeña facultad en el norte de Nueva York. Ahora es el profesor Bianco. El título le sienta bien. Sabe más de religión que cualquier hombre que haya conocido y, aun así, tiene un millón de preguntas. Cuando se enzarza en el dogma y se desilusiona con la doctrina, simplemente le sonrío y sacudo la cabeza.

«Hay dos cosas de las que estoy segura, Angelo Bianco», le digo como le he dicho una docena de veces, y él siempre finge que no sabe lo que le voy a decir.

«A ver, cuáles», contesta.

«Nadie conoce la naturaleza de Dios», insisto, levantando un dedo.

«¿Qué más?», pregunta con un brillo en los ojos, y lo señalo con el dedo y lo sacudo como si le estuviera regañando como haría una buena mujer italiana, pero mi voz es cariñosa.

«Te quiero, siempre te he querido y siempre te querré».

«Eso es suficiente para mí, mi sabia y retorcida esposa», susurra, y me abraza con tal fuerza que apenas puedo respirar.

Para mí también es suficiente.

Batsheva Rosselli-Bianco

Nota de la autora

La Segunda Guerra Mundial me ha fascinado desde hace mucho tiempo, pero nunca creí que pudiera escribir un libro ambientado en esa época, simplemente por la amplitud del tema y la enormidad de la tarea. Cuando me topé con un artículo sobre los judíos de Italia que fueron escondidos por miembros del clero de la Iglesia católica, me quedé intrigada e indagué un poco más, y más, y empecé a creer que podía contar una historia especial. Rezo porque la gente conozca el pasado para que no se repita.

El marco histórico y los acontecimientos en los que Eva y Angelo se encontraron inmersos son reales: el oro con el que extorsionaron a los judíos de Roma y que luego simplemente se quedó en vía Tasso cuando los alemanes abandonaron la ciudad; la masacre de las Fosas Ardeatinas; las redadas en ciudades de toda Italia y las vivencias de aquellos que se escondieron en conventos y monasterios se basan en hechos reales. Muchos curas, monjes, monjas y ciudadanos italianos arriesgaron todo por el bien de otros; me impresionó y conmovió verdaderamente el sacrificio y el valor de tanta gente. Fue una época terrible, pero la parte positiva fue la revelación de una bondad y de un heroísmo increíbles. Para mí, el horror quedó eclipsado por las historias de coraje y valor. El ochenta por ciento de los judíos de Italia sobrevivieron a la guerra, una cifra que contrasta de forma impactante con el ochenta por ciento de ciudadanos judíos de Europa que no lo hicieron.

Como suele pasar con la ficción histórica, Eva y Angelo no fueron

reales, pero interactúan con personas que sí lo fueron. Jake Prior fue, de hecho, un médico estadounidense que trabajó en el puesto de socorro de Bastoña durante la batalla de las Ardenas. Consideré cambiarle el nombre, pero luego pensé en lo bonito que es reconocer el mérito de una persona, aunque sea a través de un nombre, cuando puede hacerse. Pietro Caruso, jefe de policía de Roma; Peter Koch, cabeza de una violenta brigada fascista en Roma, y el teniente coronel Herbert Kappler, jefe de la Gestapo en Roma, fueron personas reales. El sacerdote irlandés, monseñor Hugh O'Flaherty, fue un verdadero héroe: trabajó desde el Vaticano para rescatar y ayudar a seis mil quinientas personas en Roma durante la guerra. El rabino Nathan Cassuto era el líder espiritual de los judíos de Florencia en 1943, cuando los alemanes ocuparon Italia. Su historia me inspiró y me obsesionó a partes iguales. Mostró un increíble liderazgo y valor, y sobrevivió a Auschwitz, aunque murió en febrero de 1945, en una marcha forzada hacia la muerte a manos de sus captores. Tenía treinta y seis años cuando murió y mostró más fortaleza, gracia y fuerza en su corta vida que la mayoría demostrará nunca. Le dedico este libro a él.

El mundo tiene una enorme deuda con gente como monseñor O'Flaherty y el rabino Casutto, y yo también, ya que ellos me han inspirado y guiado mientras escribía *La frágil belleza del cristal*. He intentado representar lo mejor que he podido, con amor y con respeto, el judaísmo, el catolicismo y a las personas. Cualquier error o imprecisión que haya cometido a la hora de reflejar ciertas costumbres o posturas son de cosecha propia y han sido realizados de manera inadvertida.

Además, sé que la historia puede ser turbia y los informes, cenagosos. Mi deseo no era ni condenar ni vilipendiar o exagerar, pero no he inventado las atrocidades que aparecen en este libro. Tristemente, todas las atrocidades que han sido citadas y usadas están basadas en hechos e informes reales.

Quiero dar gracias también al padre John Bartunek por ayudarme a enamorarme de Florencia, del arte y del catolicismo. Le agradezco su generosidad, su tiempo y atención, su pasión por su vocación y que

compartiera conmigo el San Jorge de Donatello. Sé que no capté bien la esencia de un cura válido y comprometido, dedicado a su trabajo y a su vocación, pero creo que el padre John lo entiende por completo, y me siento agradecida por su tiempo y su amistad.

Gracias a Karey White, mi editora personal y amiga. Agradezco tu honestidad e integridad y que creas en mí y en mis libros.

A Tamara Bianco, la mejor asistente personal de la historia de los asistentes. No hay nada que no puedas hacer, pero este libro te necesitaba más que otros. Gracias por tu ayuda con las cuestiones lingüísticas, y gracias también a Simone Bianco por dejarme usar su apellido y por su ayuda en todo lo referente a Italia.

A Jane Dystel y todos los amigos de Dystel & Goderich: siempre he sentido que me respaldabais, gracias por eso. A la gente de Lake Union Publishing, por amar mi libro y creer en mi historia. Gracias a Jodi Warshaw, Jenna Free y a tantos otros que han trabajado para que este libro sea un éxito.

Y, finalmente, gracias a mi marido, que parece que nunca duda de mis habilidades, y a mis hijos, que tienen que aguantar a una madre con la cabeza en las nubes o inmersa en la historia. Mi marido, mis hijos, mis padres, mis hermanos y mis familiares son lo mejor de mi vida. Gracias por quererme y creer en mí.

Como Angelo, creo que Dios es silencioso, pero no es ciego o imparcial ante los asuntos del hombre. No conozco sus misteriosos y, como Eva, estoy convencida de que nadie lo hace, pero doy las gracias por conocerlo como lo hago, por sentir su amor e influencia en mi vida y por caminar en silencio con él lo mejor que puedo.

Notas

(Todas las notas son de la traductora)

1. Día de descanso de la semana judía.
2. Alimentos puros, aptos en cuanto a seguridad alimentaria y calidad, de acuerdo con los preceptos bíblicos del Levítico.
3. DELASEM fue una organización de resistencia italiana y judía activa durante el período de 1939 a 1947. Se calcula que, durante la Segunda Guerra Mundial, distribuyó más de 1 200 000 dólares en ayudas, de los cuales 900 000 provenían de fuera de Italia.
4. En el judaísmo, es el período de siete días en el que los parientes más cercanos velan al fallecido.
5. La mezuzá es un pergamino que tiene escrito dos versículos de la Torá; se encuentra albergado en una caja o receptáculo y está adherido a la jamba derecha de los pórticos de las casas y ciudades judías. Es una de las características más singulares de los hogares judíos.
6. Oración del judaísmo que se usa para bendecir.
7. Uno de los villancicos de origen italiano más famosos, compuesto por Alfonso María de Ligorio en 1754.

Sobre la autora



Amy Harmon es una célebre autora *best seller* estadounidense. Desde una temprana edad, Amy supo que quería dedicarse a escribir

y, gracias a su pasión por los libros, desarrolló una increíble habilidad que la ha colocado en las listas de los libros más vendidos del *Wall Street Journal*, el *USA Today* y el *New York Times*. Los libros de Amy Harmon se han publicado en quince idiomas y cuentan con millones de seguidores en todo el mundo. *La frágil belleza del cristal* es su cuarto título en castellano, después de *Máscaras*, *Siempre Blue* y *La ley del corazón*.